Accessions

Shelf No. D.150B/22

FROM THE

Ticknor Fund.

Rec'd.

COLECCION

DE

LIBROS ESPAÑOLES

RAROS Ó CURIOSOS

POR EL

Marqués de la Fuensanta del Valle

DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA
Y DE LA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

COMEDIA

LLAMADA

THEBAYDA

TOMO VEINTE Y DOS

VÉNDESE
EN LA LIBRERÍA DE MURILLO
Alcalá, 7

COLECCION

DE

LIBROS ESPAÑOLES

RAROS Ó CURIOSOS

OBRAS PUBLICADAS

I. DELICADO.—La Lozana Andaluza.
II. VERDUGO.—Guerra de Frisa.
III. MUÑON.—Tragicomedia de Lisandro y Roselia.
IV. CANCIONERO llamado de Stúñiga.
V. VILLEGAS SELVAGO.—Comedia Selvagia.
VI. LOPE DE VEGA.—Comedias inéditas. Tomo I.
VII. MILAN.—El Cortesano.
VIII. PERO TAFUR.—Andanças é viajes.
IX. SILVA.—La segunda Celestina.
X. LUCAS RODRIGUEZ. — Romancero historiado.
XI. HURTADO DE MENDOZA. — Obras poéticas.
XII. TIRSO Y GUILLEN DE CASTRO.—Comedias.
XIII. Varias Relaciones del Perú y Chile.
XIV. Varias Relaciones de las campañas de Flandes.
XV. Guerra de los españoles en Africa, en 1542, 1543 y 1632.
XVI. MONTESINOS.—Memorias antiguas del Perú.
XVII. ALMANSA Y MENDOZA.—Cartas.
XVIII. Cartas y avisos del año 1581.
XIX. Tres relaciones históricas.
XX. Pio IV y Felipe II.
XXI. LAS CASAS.—De las antiguas gentes del Perú.
XXII. THEBAYDA.—Comedia.

COLECCION

DE

LIBROS ESPAÑOLES

RAROS Ó CURIOSOS

POR EL

Marqués de la Fuensanta del Valle

DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA
Y DE LA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

*D150 b 122

TOMO VEINTE Y DOS

PUBLIC LIBRARY
OF THE
CITY OF BOSTON

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ PERALES Y MARTÍNEZ
Calle de la Cabeza, 12
1894

Lichtner.
Sept. 16. 1895.
6.

4 v. cont. letters

PUBLIC LIBRARY
OF THE
CITY OF BOSTON

ADVERTENCIA

HACE *veinte y tres años que el que escribe estas líneas, deseando salvar de la destruccion ó del olvido muchas de las obras de nuestros antiguos autores, dignas de estimacion y lectura, comenzó á publicar esta* COLECCION, *en que sin auxilio alguno del Estado, Academias y Corporaciones docentes, y con número reducido de suscritores llega hoy á dar á luz el tomo veinte y dos. A cambio del sacrificio pecuniario que esto supone, tiene la satisfaccion de que pueden leerse en nuestra patria obras de las que no se conocía ya en ella ningun ejemplar: que otras inéditas é ignoradas se hayan impreso y que se conozca quién fué el autor del libro titulado* LISANDRO Y ROSELIA, *tan no-*

table é interesante para el estudio de nuestra lengua.

Entre las obras que pueden calificarse de varas pocas habrá como la que se contiene en este volumen; de tres ejemplares solamente tenemos noticia: del de la Biblioteca Nacional de París, que está incompleto; del de la Imperial de Viena, falto de colofon, y por último, del que poseía el Sr. Salvá y hoy la Biblioteca Nacional, que es el que nos ha servido para esta reimpresion.

LA THEBAYDA, *acogida con favor del público de su tiempo, como lo prueba el haberse hecho tres ediciones por lo ménos* (1) *no merece el olvido á que habia llegado; escrita en los primeros años del siglo XVI* (2), *su lenguaje es muy puro y contiene multitud de proverbios y refranes oportunamente traidos y citados; y aun los defectos inherentes á su época, de falta de propiedad en los personajes, hablando los criados un lenguaje demasiado elevado para su condicion, y el estilo declamatorio y su-*

---

(1) Valencia, 1521; otra edicion en la misma ciudad en 1532, y la de Sevilla de 1546.

(2) Véase la página 533 donde dice eran sus Monarcas Fernando é Isabel.

mamente difuso y enrevesado que emplea con frecuencia no pasaba inadvertido á su mismo autor, quien lo critica, burlándose con gracia de las palabras que él mismo escribe (1). *Es tambien dato muy importante esta comedia, para conocer las costumbres y usos de la sociedad española en el siglo XVI, las escenas que describe con todos sus detalles y que ahora serian censuradas con severidad, eran en aquella época cosa natural y corriente, pues de otro modo no hubiera permitido que le fuera dedicada la obra el Duque de Gandía, esposo de la piadosa Doña Juana de Aragon, y padre de San Francisco de Borja.*

Lo que no hemos podido saber es el nombre del autor de LA THEBAYDA. *Moratin creía que era valenciano; Salvá lo tiene por andaluz, y nosotros no sólo tenemos esto por indudable, sino que no vacilamos en decir era cordobés; en efecto, sólo un natural de esta ciudad ó residente muchos años en ella podía describir de la manera que él lo hace calles y sitios que muchos de los que viven en ella ignoran, que desde*

---

(1) Claudia. ¿Qué dices, madre Veturia? cuánto yo no entiendo esta algarabía. (Página 436).

el adarve se va, *como dice,* á Santa Isabel; *aún subsiste* el caño quebrado; *los vinos de Lucena tienen gran consumo en la ciudad, y otros muchos detalles que prueban lo que decimos.*

El Sr. Sancho Rayon, á quien se debe la preparacion y publicacion de los tomos 18 *y* 20, *y el haber reproducido las portadas de otros, así como los grabados que contiene el* ROMANCERO HISTORIADO, *ha dejado de prestarnos su cooperacion; pero esto en nada ha de alterar las condiciones ni el interés de esta* COLECCION; *tenemos en prensa las obras completas de Lope de Rueda, que por primera vez aparecerán reunidas; muy adelantada la preparacion de las dramáticas de Timoneda, el* COMPENDIO DE ALGUNAS COSAS DE ESPAÑA Y LA CONQUISTA Y TOMA DEL REINO DE GRANADA, *de Fr. Domingo de Valtanas, y otras no ménos interesantes para nuestra historia y literatura patria.*

F. DEL V.

COMEDIA

LLAMADA

THEBAYDA

NUEVAMENTE COMPUESTA

DIRIGIDA AL
YLLUSTRE E MUY MAGNÍFICO
SEÑOR

EL SEÑOR DUQUE DE GANDÍA

M.D.xlvj.

PREFACIO

Ilustre y muy magnífico Señor: el Enio, poeta cómico, venido de Corintho con deseo de ver la gobernacion de la Romana república, siempre siguió la casa y familia de los Escipiones, y así dirigió siempre sus obras á ellos, y aun despues se encargó de escribir sus famosas hazañas; por donde en el antiguo monumento de sus antiguas estátuas, mereció erea sepultura en medio de las de tan claros varones. Pues ya aquel mantuano Maron, con cuánta vigilancia dirigió su obras al Octaviano Augusto. Tambien otros autores sin número, así nuestros como extranjeros, ¡con qué so-

lercia, con qué astucia se han trabajado en intitular sus prefaciones á reyes y á grandes señores, y todo para obtener y venir en el fin de su principal presupuesto, que es su obra ser grata y favorecida en el vulgo! Pues considerando, Ilustre Señor, en que la antigüedad se trabajó que sus escrituras recibiesen más ser y más autoridad acerca de la república, mediante la grandeza de las personas ilustres á quien iban epigramatizadas, parecióme no desviar de la doctrina de los mayores, especialmente, redundando tan gran magestad á la prosa ó metro de parte del Señor á quien va dirigida: y teniendo esto por tan constante, ¿de dónde más fama, de dónde más gloria, de dónde más supremo favor, de dónde más gravedad, de dónde más próspera ventura puede venir á mi obra, que de vuesta ilustre y muy magnífica Señoría, descendiente por línea derecha de los reyes de las Españas, grande de estado, grande de pensamientos, acompañado de todo género de virtud, dotado y cumplido de las gracias de la natura? ¡Qué humano con todos,

qué acompañado de toda perfección, qué dotado en la experiencia de la política vida, y qué prudente en todo género de disciplina, así militar como literaria! Solamente resta, para venir á mi tan deseado fin, suplicar á vuestra ilustre Señoría, la reciba con rostro benévolo, y en tiempos desocupados de sus importantes y árduas negociaciones la vea, porque aunque el estilo cómico no sufre aquella pesadumbre, ni aquella inflación en el proceder que los cuentos de los reyes y grandes señores, todavía usurpando y sacando de madre la cómica prosa, trabajé por entretejer algunas hazañas antiguas de los famosos hechos de memoria inmortal, no ménos útiles y dulces en la manera de su narracion. Y como mi intento haya sido siempre desear el servicio de vuestra ilustre Señoría, con éste mi tan pequeño trabajo me satisfago en algo para poder traer mis mayores pensamientos á debida ejecucion, y quedo rogando á nuestro Señor, la ilustre y muy magnífica Señoría, guarde con acrecentamiento de mayores señoríos y estados.

En los metros siguientes, el autor dirige su obra á su ilustre y muy magnífica Señoría, catando primero su benevolencia.

Los grandes héroes, la antigua nobleza,
los próceres altos de vos ascendientes,
fueron varones muy grandes potentes
con todos estados usando proeza;
por tanto mi mente bien falta en destreza,
suplica, suplica con toda atencion,
que suplan la mengua de su discrecion
los altos favores de vuestra grandeza.

Y porque con todos sois otro Trajano,
discreto, prudente, cual fuera Solon,
á todas las gentes, Señor, tan humano,
y en todos los hechos novelo Cathon,
mi lengua temblando con tanta razón,
dirige su obra tan falta de ciencia,
á vuestra grandeza de tanta excelencia
que no se le iguala la del Escipion.

A vos de la línea del César sin falta
que el orbe presente gobíerna y regía,
á vos descendiente de la monarquía,
á vos todo el siglo sin duda os exalta;
por tanto mi pluma los metros que esmalta
no los inclina sin duda á otras leyes,
salvo á la vuestra nacion de los reyes
de nuestras Españas, sin duda, sin falta.

Declara el autor de lo que trata y lo que se contiene en la obra.

Va describiendo y en esto más puna
los tristes desastres que causa el amor,
y como el que tiene tal ansia y dolor

en todos sus hechos así se repugna;
tambien á las vueltas mi lengua importuna,
ingere y recita los hechos de fama,
y escribe de aquesta tan alta gran dama
su próspera andanza de buena fortuna.

Otras vegadas por ir complacer
narramos los vicios fingiendo alegría,
mas en el medio de tanto placer
mezclando pesares, mezclando agonía,
otras de veces tambien resumia
actos venéreos y en forma gentil,
y otras sentencias diversas cien mil
de extrañas hazañas que así convenia.

Declara la manera y estilo de la obra.

Siguiendo materias que ponen espanto
y bien peregrinas en esta comedia,
y tanto imito sin duda á tragedia
mas no en los principios y fin de quebranto,
y la sentencía no más la levanto
de cuanto se sufre torciendo tal hilo,
ni ménos me aparto del camino estilo,
antes trabajo siguiendo otro tanto.

Concluye el autor su epigrama, dirigiendo los versos que se siguen á su ilustre y magnífica Señoría.

Dechado en milicia mi lengua os asigna,
pues que en el siglo vos tienen por tal,
que nunca ninguno leì ser igual
por vuestra natura que tanto os empina,
así mi defecto sin duda se inclina
de todas enigmas y nublo cerrado,
porque en las cosas que lengua no atina.
supla la vuestra prosapia y estado.

Rasura del argumento de la presente comedia llamada Thebayda.

Don Berintho, caballero mancebo y dotado de toda disciplina, así militar como literaria, fué hijo del Duque de Thebas, y conmovido de ejercitar la fuerza de sus varoniles miembros, y la fortaleza de su ánimo, y la prudencia de que estaba asaz instruto, así de su natural como adquisita, mediante la doctrina de preceptores, vino en las Españas, con propósito de servir al rey que al presente la monarquía del mundo gobierna, despues de haber andado peregrinando por otros reinos de diversas naciones; y en el reino de Castilla, fué tocado y encendido más de lo que á su grandeza de ánimo convenia, del amor de una doncella, huérfana de padres, llamada Cantaflua, dotada de extremada hermosura y de incomparable honestidad y virtud, muy rica de posesiones, nacida de ilustre generacion y acompañada de muchos parientes y nobles. La cual, asimismo presa en el amor de Berintho, sufrió grandes trabajos, com-

pelida de las fuerzas de su honestidad, á cuya causa, el proceso de sus amores se prorrogó más de tres años. Y al fin fué consejo de sus parientes, interceciendo Franquila, mujer de un mercader y persona discreta, concedió en la voluntad de Berintho, otorgándole su amor, y así se desposaron secretamente, estando Cantaflua en una ermita, teniendo novenas. Lo cual, sabido por los parientes, se aprobó, y así todas las cosas de su historia y lo á ella concerniente, tuvieron prósperos y alegres fines, como de la escritura parece.

ESCENA PRIMERA.

EN QUE SE INTRODUCEN BERINTHO, MENEDEMO, GALTERIO, SIMACO, AMINTHAS.

BERINTHO.

Oh soberana deidad, oh centro y fin ultimado de todas las cosas! ¡Oh tú que mandas ir el siglo á duracion perpétua! ¡Oh tú que, estándote quedo, haces que todas cosas se muevan! ¡Oh principio y fin del gran universo! Oh Señor del firmamento y natura, y no moverias el corazon de Cantaflua, ablandando su tan demasiada dureza, liqueciéndola con el licuor de tú tan inmensa misericordia, porque de otra manera imposible es yo poderme salvar, pues estoy tal, que la imaginacion y pensamiento un solo momento no se divierte á extraños actos, ni deja de contemplar su tan inmensa y extremada

hermosura, su incomparable beldad, su tan extraña excelencia y la gracia tan resplandeciente con que á todas las del mundo excede y sobrepuja; y cuando ya algun tanto vaco me siento de la tal imaginacion y pensamiento, quedo tan lasso, quedo tan fatigado, y tan sin acuerdo, que hago harto en tornar poco á poco á cobrar aliento de nuevo para con fuerza reciente tornar á èmprender el fuego tan intolerable y tan agente en que por su causa á la contínua me estoy quemando, sin que su rabia y llama cruel un solo instante me deje reposar. Pero como el espíritu por la suma y divina bondad fué creado incorruptible é inmortal, no fenece, pero está tan cargado de cuidados, tan anxioso, con tanta angustia, tan acompañado de miseria y de continuos dolores, tan lleno de ansias, con tan poco reposo, tan perplejo, que cada momento no estoy esperando sino cuando la carne cansada de tantos trabajos y ya tan enflaquecida, faltándole la virtud é influencia de los espíritus superiores, mediante la cual influencia se sostiene, parta la compañía y union que tiene con el ánimo, segregándose cada uno para el fin que fueron formados: y si esto fuese, tendría alivio, tendría descanso, cesarian mis sobradas congojas, mis tan

demasiadas fatigas y cumplirse hía la voluntad de aquella que, como brava y rugiente leona, desacompañada de los hijos, no cesa un punto de acrecentar mis males, deseando el fin que yo, por la complacer, con grandes clamores, con asídua eficacia, con demasiada alegría y gozo, sin comparacion estoy esperando.

MENEDEMO.

¿No sabes, Señor, que dice el gran Ciceron en las Quistiones tusculanas, este animal que llamamos hombre, lleno de consejo, y agudo, y de memoria, y sagaz y cumplido de razon, de Dios solo fué formado? ¿Y no sabes que Dios te crió semejable así en las cosas naturales? Pues qué esto es cierto, ¿para qué te desvías con tan sobrada culpa de los límites de la razon? ¿Y no sabes que dice el Augustino que el árbol situado en el Paraiso terrenal, llamado de la ciencia del bien y del mal, significa el libre albedrío del hombre? Pues esto es cierto, ¿para qué estás quejándote tan demasiadamente y tan sin medida de los cuidados voluntarios, y de las congojas que tú, con tus propias manos, procuras de te cargar, pues está en tu voluntad, y en tal libertad fuiste criado, seguir

el camino del bien ó del mal? Asimismo no ignoras, en Athenas, en el templo de Júpiter, estar dos urnas llenas de vino: la una de bueno y saludable, la otra de malo y dañoso; y á todos los que entraban en el templo convenia, y tal facultad les era permisa, de gustar del buen vino ó del malo; finalmente, siguiendo cada uno su propia libertad y albedrío. Esto digo por que aun los filósofos antiguos de que en aquel tiempo mucho florecía Athenas, afirmaban que en el propio albedrío y voluntad del hombre, estaba seguir los actos virtuosos y nobles, á los contrarios dañosos y nocivos, y aunque la comun gentilidad atribuya algunas fuerzas y poder á la que llaman fortuna, afirmando las cosas del orbe mundano gobernarse mediante su providencia; pero notorio es que aquel Platon, que todos llaman divino, y aquel Sócrates, su maestro, y otros sin número que pudiera traer en ejemplo y lo dejo, huyendo y por evitar prolijidad, ninguna esperanza tenian ni pusieron en cosa, salvo en la primera causa, de donde afirmaban proceder todas las cosas; y dicen que de un bien procedian todos los bienes, y de un principio dependía toda la natura. Y pues esto es cierto, y bien sé que estás al cabo de cuanto yo y todos los del mundo

en esto te podriamos decir, ¿por qué te matas, por qué te congojas, por qué te aflijes, diciendo que estás abrasado? Pues claramente vemos todos los que estamos aquí que ese fuego de que te quejas, tú mismo lo enciendes, y siguiendo la voluntad y no la razon, espontáneamente sin que nadie te compela, te metes en él, corriendo tan á velas tendidas, sin que un punto detengas la rienda.

GALTERIO.

Especialmente que Cantaflua, por quien tú, Señor, manifiestas padecer tantos males, se dice que á tu causa siente los dolores y trabajos doblados.

BERINTHO.

Espantado estoy, y ahora conozco cuán ageno me hallo de la verdad y cuán olvidado estoy de mí mismo, y cómo ahí estábades vosotros y no os veia. ¡Oh alta sabiduría de Dios y cómo estoy sin acuerdo! ¡Oh cómo estoy acompañado del mismo olvido, y cómo estoy casi privado de los sentidos corporales!

MENEDEMO.

Y aun de las potencias del ánima, que es lo peor.

BERINTHO.

¿Qué dexiste, por mi vida, Menedemo?

MENEDEMO.

Digo, Señor, que entre tanto que de las potencias del ánima no estuvieres privado, no tienes por qué te quejar de Cantaflua.

BERINTHO.

Maravillado estoy, Menedemo, de las razones tan vivas que hoy te he visto estar apuntando, y tan envueltas en verdadera sabiduría, que quisiera hallarme algun tanto vaco de esta pasion que tanto me atierra para poder platicar contigo é altercar investigando algunas conclusiones de sciencia acerca de lo que te he visto estar afirmando. Pero esto dejado para cuando tengamos ocio, si el tiempo tanta oportunidad nos concediere, dime, que la buena ventura te acompañe, ¿quién os trujo aquí á tí y á Galterio, ó cómo vino á vuestra noticia, ó quién os informó que el amor de Cantaflua me atormentaba, porque, segun las razones que entrambos habeis hablado,

á mi parecer estais algo instrutos de mi mal?

MENEDEMO.

¡Oh providencia divina, mediante la cual todas las cosas del siglo mundano se rigen y gobiernan, y cuán fuera de seso está nuestro amo! ¡Oh cómo la flaca composicion de aquella mujer le robó la libertad! En verdad, ningun acuerdo tiene consigo, y á lo que creo, su salud recobrarse es imposible; habiéndonos él llamado y habiéndonos dicho que por descansar nos queria dar alguna parte de la cuita que tanto le atormentaba, y habiendo en nuestra presencia relatado todo su proceso, dícenos agora que quién nos trujo aquí, y que quién nos ha dicho que él tiene pena, sobre no haber cosa más pública en la ciudad.

BERINTHO.

¿No me respondes, Menedemo, á lo que tengo dicho, que te oigo hablar entre dientes y no entiendo bien lo que dices?

MENEDEMO.

Respondido he, Señor, salvo que hablo

paso porque no me entiendan los mozos que están á la puerta de la sala, y pensaba, Señor, y aun lo tenia creido, que me entendias, y la distancia del lugar y tu imaginar en otras cosas, han dado causa á que otra vez haya de recitar lo que ya habia dicho.

GALTERIO.

Acércate más, Menedemo, porque, hablando alto, darás ocasion que estos negocios sean más públicos de lo que son.

BERINTHO.

¿Qué dices, Galterio, que Dios te vala?

GALTERIO.

Digo, Señor, á Menedemo que se acerque un poco á la cama, porque es bien que estas cosas sean secretas, y no vengan á noticia del vulgo.

SIMACO.

Tresquílenme en concejo y no lo sepan en mi casa, sobre que en todos cuantos corrillos de gentes hay en la ciudad no se

habla de otra cosa, y hasta las mozas en las fuentes no dicen ni entienden, sino en cómo Berintho está loco por amores de Cantaflua. Está ahora Galterio haciendo del ladron fiel, con grandes disimulaciones, haciéndole creer que aún su locura no se sabe, ni está publicada, por que veais en qué mundo vivimos.

BERINTHO.

Mirad que parece que hablan, no venga alguien de fuera de casa.

GALTERIO.

No son, Señor, sino los mozos y pajes de casa que están hablando en el corredor.

BERINTHO.

Bien dice Galterio; acércate más, Menedemo, y aun ambos os podeis hincar de rodillas en el estrado, que está delante la cama, porque oiga bien lo que dijéredes; y allende de esto, quiero platicar con vosotros todas mis cosas y la causa principal de tanta pasion, y en qué consiste el remedio de mi mal. Pero antes que procedamos adelante, con mucha instancia te

encargo, Galterio, me avises de quién podríamos ser certificados, ó cómo sabes tú la voluntad de mi señora Cantaflua; por que segun poco antes te oí decir, y aun con mucha atencion lo afirmando, ha venido, á lo que parece, á su noticia alguna parte de la pena que sin dejarme descansar un punto de cada día aumentado sus asechanzas, tanto procura en acrecentar mi tormento.

GALTERIO.

¡Qué memoria tiene el diablo! Siempre lo oí afirmar, y agora lo tengo por más cierto, que no hay hombre tan loco que no se acuerde de las cosas que más le empecen. Sobre que ha tres horas que dije Cantaflua tener su misma pasion, y ya no tenia cosa más olvidada; torna ahora al rodeo rastro á preguntar, inquiriendo que de dónde supe yo que á noticia de Cantaflua habia venido su pena, buscando polecías de hablar para escusalla con toda diligencia de otra tal locura como la suya.

BERINTHO.

Yo estoy tan amortiguado, Menedemo,

que de todo cuanto Galterio ha razonado, cosa no he podido comprender. ¿Qué es? Así goces lo que ha dicho.

MENEDEMO.

Aún hasta agora, Señor, no ha dicho ni explicado cosa; pero él lo dirá.

BERINTHO.

¿Qué aún no has replicado? Yo jurara que te habia oido estar hablando, aunque no habia aprendido la sentencia de tu razon. Pero, pues yo estoy tal que se me antoja una cosa por otra, procede y muy por extenso me absuelve el enigma del nunblo tan cerrado, que así tiene opresas mis entrañas con la fuerza de su tan duro sello.

GALTERIO.

Maravillado estoy, Señor, de las tinieblas que así te ofuscan la lumbre del entendimiento: maravillado estoy de tu importunacion y poco acuerdo. ¿No sabes que ante de ayer vino á visitarte Franquila de parte de Cantaflua, y en presencia de

Menedemo y mia, te dijo grandes cosas, especialmente te certificó de la voluntad de Cantaflua, y aun dijo con enojo que otras muchas veces te habia afirmado lo mismo, y con grande eficacia, públicamente redarguía tus cosas, diciendo que te ahogabas en poca agua, y que hervías sin fuego, y que siempre, á su parecer, le negabas lo cierto de tu voluntad, afirmándole una cosa por otra? Finalmente, diste mucho crédito á sus razones, y te dejó tan consolado, que hasta hoy has estado siempre en mucho acuerdo, y te prometió, y aún afirmándolo con juramento, que recibiría mucha honra si en esta jornada te sirvieses della. Así que, Señor, concluyendo, tu remedio está cierto, y no tienes porqué más recibir congoja, principalmente con tan solícita mensajera como Franquila. De manera que lo que deseabas saber ya lo he dicho.

SIMACO.

¡Oyes, oyes, Aminthas!

AMINTHAS.

¿Qué me dices?

SIMACO.

Qué está nuestro amo tan desacordado, que teniendo toda su esperanza y remedio en Franquila, la familiar y criada de Cantaflua, ya no se acuerda de cosa, ni tiene memoria della, ni de lo que le ha dicho. A Séneca paresce en la memoria, de quien se escribe que doscientos versos dichos por doscientos escolares, incontinenti los tornaba á recitar, comenzando del postrero hasta el primero.

AMINTHAS.

Escucha, veamos en lo que están.

BERINTHO.

¡Oh inmenso y universal juez! ¿qué es lo que me ha dicho Galterio, y con tanta eficacia, que á mi parecer, estoy por dalle algun crédito?

GALTERIO.

Dar algun crédito, dices; eso sería sobre un yerro otro inconveniente mayor; no abasta que te cargues tanto de cuida-

dos; que se te olviden los remedios de tu salud, salvo que trayéndote á la memoria preparamientos convenientes á la enfermedad, para que recrees y recibas medicina saludable, estás titubando y vacilando de tal manera, que nos das á entender que de todo género de medicina y remedio saludable estás incapaz.

BERINTHO.

Por mi vida, Galterio, que no te congojes, y déjame de mi espacio y á mi voluntad preguntar á Menedemo quién es esta Franquila, que tan solícita mensajera la haces para causar algun alivio á mis males.

SIMACO.

¿No oyes, no oyes, Aminthas? Sobre que de tres años á esta parte que ha que vivo con él, me ha enviado mil veces con mensajes en casa de Franquila, y sobre que pocos son los dias que ella no viene á le visitar, dice agora que de su espacio quiere preguntar á Menedemo quién es esta Franquila. ¡Oh maravilloso Dios, y cuán fuera está de sí! ¡Oh qué robado tiene el sentido! ¡Oh qué privado está de la lumbre interior, y cuán falto está de toda razon!

AMINTHAS.

Cierto, es lástima de un hombre que así, procurándolo él con sus propias manos, ha querido enagenarse; y en verdad que ninguno he visto yo tan apasionado de letargia, que tan olvidado esté de sí mismo.

BERINTHO.

Has oido, Menedemo, esto que Galterio me ha estado relatando, y las maravillas grandes que me ha dicho? Por cierto, cosas nuevas son para mí. ¿No trabajarias, aunque fuese usando de algunos rodeos, ó aprovechándote de algunas reglas del arte memoriativa, de manera que yo me certificase y tuviese alguna noticia de esta Franquila, ó quién es, ó dónde mora, ó cómo tiene tanta familiaridad con Cantaflua, ó qué arte de mujer es, porque ya yo daría todo lo que tengo por conocella?

MENEDEMO.

¿Estás burlando, Señor, ó díceslo de verdad, que no conosces á Franquila?

BERINTHO.

¡Y en tiempo estoy de burlar! No, por la omnipotencia de Dios, salvo que de verdad afirmo, á mi parecer, en mi vida haber oido decir tal nombre de mujer.

MENEDEMO.

Mayor daño tiene Berintho que nunca pensé. En mucho tenia su mal; pero creia que el remedio estaba en sus manos todas las horas que él quisiese; pero al presente no lo culpo, no lo increpo, de la manera que hasta aquí; ninguna libertad tiene, del todo está ageno de sí. ¡Oh amor imperbio, oh cruel, oh de ánimo duro, y cuántos males se han causado por tí!

BERINTHO.

¡No me respondes! ¿Qué dices del amor, Menedemo?

MENEDEMO.

Digo, Señor, que nadie puede pensar cuánto la frecha del amor traspasa. Bien dijo el Marco mantuano en su Bucólica,

la fuerza que tenia, y llamóle duro y cruel.

BERINTHO.

Pues cómo, ¿y eso viene de nuevo á tu noticia? ¡Sobre que toda tu vida te conozco andar revolviendo tanta multitud de libros, y no hay estudio donde no has estado, hablas agora en la fuerza del amor tan miserablemente, y como por semejas! Por Dios, estamos buenos, ¿y cómo no has oido del gran Emperador africano, y por tal en el Senado de la gran Cartago tenido, que despues de sojuzgadas las Españas, y pasados los Alpes con ejercicio que, despues del fuerte Hércules, hasta él nadie lo hizo, y vencidas las batallas de Canas y Trasmene, el animoso Lucio Escipion muerto, y el Consul Emilio Paulo, se detuvo en Cápua y Pulla, compelido del amor de una pobre doncella, á cuya causa, sucediendo la diversidad de los tiempos, vido las cosas y sucesos bien contrarios de la gloria y fortuna primera? Y aquel Rey Masimissa (*sic*) ¿no sabes que erró á la amistad de Publio Escipion por el amor de Sofonisba? Pues el nuestro godo Rodrigo, si los amores de la Cava trujeron á él y á su reino en total destruccion, vues-

tros antecesores son buenos testigos. Y si el amor desordenado que el otro tuvo á Lucrecia se convirtió en perdicion del padre, postrimero rey, díganlo las historias romanas, y quién así mesmo fué causa de la muerte de Urias, y de tan gran yerro como en el que David incurrió, salvo ser compelido del amor de Betsabé; y de aquí, sino que sería nunca acabar, te contara grandes sábios y poderosos reyes, y otros señores de grandes estados que, compelidos de la fuerza de amor, sus personas y reinos pusieron en grandes devostaciones (*sic*) y estragos. E otras muchas señoras del linage femenino, que así mesmo ciegas del amor, cometieron grandes y crueles excesos, sin mirar ni tener consideracion á la ilustre sangre de donde venian, ni á cuyas hijas ni mujeres eran.

AMINTHAS.

¿Has oido, Simaco, cómo nuestro amo aun está en su acuerdo? Para asignar causas de su desculpa, ¿has visto cuán altamente y cuán en su juicio ha procurado de abogar en su pleito? ¡Loco, loco! pero bien me parece que torna por sí. En verdad te digo que le oía con tanta atencion

como el ejército lacedemonio los versos del atheniense Cirtheo (*sic*), y por mi conciencia, que no quisiera tan presto cesara.

SIMACO.

Escucha, escucha.

MENEDEMO.

No dudo, Señor, en lo que has dicho, porque sin duda es la misma verdad; pero si te acuerdas, Publio Escipion, aquel que venció en batalla al Anibal, de demasiada continencia usó en Cartago la nueva con la hermosa doncella, esposa del enemigo príncipe de la Celtiberia; y aquel gran Alejandro, teniendo por prisionera á la muy extremada en hermosura, mujer de Darío, no la quiso ver; y muerta en su poder, asignando á los amigos la causa de su tan demasiado lloro, dijo que la fortuna no le habia concedido que se mostrase la virtud que en él habia. Otros muchos ejemplos muy resplandecientes desta tan famosa virtud pudiera recitar; pero para mi propósito estos bastan.

GALTERIO.

No me satisface, Menedemo, cosa de lo

que has dicho, porque esos señores que de tan sobrada continencia usaron, no estaban tocados del amor. E así, teniendo libertad, usaron de la razon. Pero abaste que donde toca el amor, ninguna cosa se le mampara, ni hay preservativo contra su dañada ponzoña, ni hay yerba de ballestero que así prenda, ni fuego artificial tan agente. Y en verdad, que en todo hablo de oidas, porque veas, Menedemo, si obiera sido tocado de la tal pasion, si dijera maravillas en el caso.

MENEDEMO.

Espantado me estoy desde poderío tan grande que al amor se atribuye, y por mi vida, que querría me certificases más por extenso, instruyéndome en la cosa de que en el mundo más deseo tengo de estar instruido.

GALTERIO.

Ya te dije, hermano, que hablaba de oidas, y á buen entendedor, etc.

BERINTHO.

¿Qué tanta voluntad tienes, Menedemo,

de saber qué cosa es el amor y las zozobras y pasiones que trae consigo?

MENEDEMO.

En verdad que lo oyese con más atencion que el Tarquino Prisco los tres libros de la prudente Sibila.

BERINTHO.

Pues que así quieres ser certificado de mi pasion, te digo, como testigo de vista, que el amor es una compostura de males dirigida contra el corazon, y una fuerza que fuerza las potencias de la libertad y franco albedrío, ligando juntamente las fuerzas y poder de la razon; y es una deletacion grande y suavísima á los ojos, y demasiada fatiga al entendimiento; y un astuto tahur, que nos echa pieza sin que la sintamos; y un sello de acero muy fuerte que se imprime dentro del alma; y un esperto maestro de esgrima que se pasa á jugar con el nuevo discípulo; y un embarazo en que tropieza el que se siente más sábio; y un consentimiento de la voluntad forzada, y un ladron dentro en vuestra propia casa, del cual nadie se puede guardar, y un familiar y secreto

enemigo, de quien dicen que no hay pestilencia tan dañosa para empecer: y cierto todo entendimiento, tocado desta rabia, se desencasa y trastrueca, y se torna dessemejable del que solía ser; ¡oh qué dulce, oh qué apacible es su entrada, y qué clara y qué llana se representa á nuestro vivir! Pero si quisiéreis salir, ni vereis medios ni vado, ni señal de la puerta por donde entraste, y en los principios ¡qué halagüeño se muestra! ¡cuántas caricias nos enseña, y con cuántas lisonjas y blandicias nos atrae, y de qué palabras tan dulces usa, y qué melodía tan deleitable representa en la lengua, y de cuánta humanidad usa en la conversacion! ¡qué benévolo en el razonar, qué benigno en la manera de proceder, de qué discrecion usa en las sentencias, de qué elegancia en los vocablos, qué invenciones tan nuevas halla para decir lo que quiere; qué autoridad representa en el gesto y qué mina enseña, y con cuánta dilacion nos mira, fingiendo que se huelga mucho; qué reverencia muestra en la persona; qué honestidad en todo su decir; qué humilde se hace, y cuán igual de todos los que con él razonan; qué discreto; qué prudente en todo género de bien hablar; qué afable en sus sermones, y qué sábio se muestra discerniendo las

cosas del tiempo en que estamos, y qué memoria en las cosas pasadas; qué providencia en los futuros casos, y siempre dándonos á entender que toda su solicitud y toda la diligencia de que usa se convierte en nuestra utilidad y provecho, y aun á primera faz os hará creer que en otra cosa no entiende, salvo en lo que cumple á aquellos con quien conversa! Y desta manera, con tales modos, con tantos rodeos, con tanta astucia, con tan invisibles cautelas, ¿quién se le puede defender; quién se le ha de mamparar; quién se le puede esconder; quién puede huir de su vista? Porque una de sus principales potencias es en todo tiempo, en todo lugar, á todas personas, á todos estados, y en cualquiera sazon hallarse presente. Pero de que ya nuestro triste vivir, acompañado de toda miseria, con todo denuedo se ha determinado de amar, siguiendo sus amagos y lisonjas, ¡qué subita mudanza y cuán presta se ve en él, y con cuánta ligereza se muda de la apariencia primera con que se acarreaba el engaño fingido, y qué soberbio se hace en sus preguntas; qué desabrido en lo que ha de responder; qué presuntuoso está á los que llegan á hablar! ¡Cuán airado se muestra en la vista; qué altivo en la conversacion; qué enojoso á

sus familiares; qué sencillo á los más amigos, y qué brosno; qué turbieza en el gesto y euán tibiamente responde á lo que le preguntan; de qué desatinos está acompañado y cómo quiere que le teman, y con cuánta veneracion quiere que le traten y honren, y qué terrible tiene la vista; qué esquividad enseña consigo; qué súbitas alteraciones; qué mudanzas, qué arrebatamiento en sus cosas; qué enojarse cada momento mil veces; qué iniquidad en las palabras; qué desabrimiento en la lengua; qué furioso está de contino; qué rabia le sale del corazon; qué llamas de fuego echa por la boca, y con cuánta presteza enciende á los que más le siguen; y con cuánto ahinco sigue el camino más peligroso! ¡De cuántos antojos usa; de cuántas variedades se aprovecha; cuán ciega tiene la vista, y qué trémula la voz en hablar lo que nos cumple; qué turbio de entendimiento; qué ageno de razon; qué falto de consejo; qué pobre de juicio; de qué sobresaltos está acompañado; qué miserable se nos hace muchas veces; qué triste está, y que embazado se halla para hacer por los que más le siguen; qué amenazas; qué temores enseña, y qué liviandad en su meneo, y qué poco reposo en el habla; qué tartamudez en la lengua; qué

diversas maneras en su concluir, y qué acompañado de cautelas; y de qué novedades usa, y qué sutilezas se halla, y de qué invenciones tan no pensadas se aprovecha, y todo pasa en aumento de nuestra total destruccion; y de qué prisiones, y de qué ligaduras nos carga; y qué géneros tiene; y qué nueva manera de atormentar, y cuán dañada la voluntad en ejecutar su justicia, y cómo se trabaja en cada hora cien veces en representarnos la vision de la muerte! Pues su dureza de corazon y de la crueldad de que usa, quién abastaría, hermano mio, á te poder informar; ¡y qué secutivo; y qué riguroso y qué aspereza en la condicion! por cierto ni aquellos dos Dionisios de Siracusa se le igualan, ni el malvado y celeroso Catelina, proditor de su patria, tan reprendido del Ciceron en la invectiva que contra él escribió; ménos se le compara; ni la sevicia de Neron, que mató á su misma madre, se puede traer en consecuencia, ni la del otro Phalaris, el tirano de Agrigento, que buscaba nuevas maneras para atormentar los hombres; de quien se escribe que á el mismo amigo metió en el toro de metal ardiendo; ménos con harta parte igualan á la crueldad del amor tras quien nosotros, con tan sana y entera voluntad caminamos; ¿pues

qué te parece, Menedemo, qué te parece, que te veo estar retorciendo? A burla tenias primero el poderío del amor; ¿qué me dices? ¡Así te vala aquella Señora que nació preservada de la culpa original causada en los primeros padres por la trasgresion del precepto prohibitivo!

MENEDEMO.

Qué quieres que diga, Señor, sino que me consta notoria la disculpa de los sabios varones, que siguiendo el amor, incurrieron en algunos torpes casos y feos hechos.

GALTERIO.

No es poco, pues, á buena fé estar tú contento; pero el dia se va, y hay necesidad que tornes á la primera plática de Franquila.

AMINTHAS.

¿Has oido, Simaco, á Berintho?

SIMACO.

Veo que ha estado repitiendo en amo-

res, y tan sutil y compendiosamente, que pienso que como está ciego, habla el diablo en él.

BERINTHO.

¡Oh, Galterio, cómo has hablado discretamente! bien parece que te duele mi mal, pues tanta memoria tienes del remedio principal en que, á tu parecer, consiste toda mi buena ventura. Dime, dime, Menedemo, que Dios te vale, ¿quién es esta Franquila, que el alma se me sale ya por sabello, y tengo creido, segun lo que me habeis informado, que toda mi salud depende de la solicitud de esa mujer?

MENEDEMO.

¿Cómo, Señor, no se te acuerda de la mujer del mercader, que vive cerca de San Roque, en la calle empedrada que no tiene salida, y su marido fué el que te trujo los enforros de los armiños y las piezas de carmesí, y ella fué criada de Cantaflua, y de aquella crianza siempre tiene en su casa mucha conversacion?

BERINTHO.

Algo parece que se me va acordando,

pero semeja al pensamiento haber visto todas esas cosas en sueños, pero procede y podrá ser que cayese algun tanto en la cuenta.

GALTERIO.

Guay si Cantaflua supiese la poca memoria que hay de su mensajera, pues que si viniese noticia de Franquila, hoy digo yo que andarian buenos los amores, sobre que piensa ella que acá en otra cosa no se está imaginando salvo en ella.

BERINTHO.

¿Qué dices, Galterio? así goces de lo que más deseas.

GALTERIO.

Estoy diciendo, Señor, entre mí, que sería gran inconveniente si acaso Franquila supiese la poca cuenta que se hace della, y cómo no te acuerdas que la noche que hablaste á Cantaflua desde la calle lo concertó ella y aun abrió la ventana y estuvo primero que Cantaflua viniese, hablando conmigo un cuarto de hora.

BERINTHO.

Ya, ya, ya, que aquella tan familiar y tan grande amiga de Cantaflua, se llama Franquila. ¡Oh inmensa deidad, y cuánto descanso me habeis dado en traerme á la memoria su nombre, que ya yo estaba desacordado de las cosas que de parte de Cantaflua me habia dicho, y conozco claramente que mi salud depende de la voluntad y diligencia de esa mujer! ¡Oh Dios inmortal, y si por algun infortunio ó desastrado acontecimiento, viniera á su noticia que no tenia noticia de su nombre, otra cosa no era necesaria para que mi espíritu desesperado abajara á la casa de Pluton á visitar la Proserpina, sufriendo primero el desabrido recibimiento del barquero triste llamado Acheron, y en acordarme de las cosas de Franquila! ¡Oh cuánto alivio sienten mis males; oh cuánto descanso sienten las tristes abrasadas entrañas; oh cuánta alegría se va derramando por mis venas; oh cuánto reposo siento de la agonía triste que poco antes me mataba; oh cómo se sosiega el corazon que tan atormentado estaba de suspirar; oh cómo los espíritus vitales van recobrando nueva salud; oh cómo el fue-

go que me quemaba se va amortiguando; oh cómo el dolor que tanto dolia se amansa: oh cómo la causa que con grandes errores crecía va perdiendo su fuerza; oh cómo las ansias tan dolorosas y tristes que de rato en rato hacían pedazos mis entrañas, han dado descanso á su acucia! ¡Oh cómo las cadenas que tan preso me tenian se han aflojado! ¡Oh cómo los ojos, que como habeís visto, de contínuo estaban hechos fuentes de lágrimas, han cesado á causa del alivio que sienten en las partes interiores, donde los secretos de mi mal están encerrados!

SIMACO.

¿Has oido, Aminthas, la retórica de tu amo, en acordarse del nombre de la criada? ¿Qué haría si se viese con el ama?

AMINTHAS.

Mas ¿parécete que sabría razonar si se viese sólo con Cantaflua?

SIMACO.

Sabría el diablo, y aun pienso que, dejadas las filosofías, pondría el pleito á las

manos; pero estemos atentos, que habla Menedemo.

MENEDEMO.

Nunca yo puse duda en el remedio de tu salud, ni inconveniente que algo parezca se me ha antepuesto, pero he tenido el remedio de tu vida creyendo que antes que llegase el consuelo habias con tanto fatigarte, de dar causa que lo que el pueblo pronostica se cumpliese.

BERINTHO.

¿Cómo el vulgo tiene memoria de mi mal?

MENEDEMO.

Todos á una voz dicen que no tienes por qué pensar ni de qué te quejar de Cantaflua, y aun afirman que te sería la vida apartarte de estos amores, y procurar de los olvidar, pues tanta carga y tan gran fastidio traen consigo, y pues de tantas pasiones vienen acompañados.

BERINTHO.

¿Qué es lo que me dices?

MENEDEMO.

Señor, lo que has oido.

BERINTHO.

A mi muerte llaman vida
los de mal conocimiento,
en no sentir lo que siento,
que mi mal va sin medida.
Sin medida y sin compás
crece mi mal y tormento,
y procura el pensamiento
la muerte nunca jamás,
y dicen que habrá guarida
los de mal conocimiento,
mas mi vida está perdida
en sentir bien lo que siento,
que mi mal va sin medida.

GALTERIO.

¿Qué te parece, Menedemo, si está Berintho conforme con la voz del pueblo? ¿Has comprendido bien la sentencia de aquella cancion: maravillado me estoy y trovar sabe?

MENEDEMO.

En verdad te digo, si hubieses visto las

cosas que en prosa y en metro tiene compuestas, te pondría espanto.

GALTERIO.

Cierto en eso, aunque ha cuatro años que le sirvo como has visto, yo estaba bien ignorante.

MENEDEMO.

No me maravillo, porque si no es con algun gran amigo, no se comunica jamás; y aunque al parecer todos como ves le tienen por comunicable, tiene la conversacion harto esquiva en cosas de importancia.

BERINTHO.

Estais hablando y tan paso, que sentencia de lo que decís en mi entendimiento no se concibe; pero la plática veo tan en seso y tan de verdad, que querría gozar de vuestras razones. Porque sin duda no tenía creido y estaba engañado que tanto sabíades y habíades comunicado de las cosas del mundo. Pero otra cosa siento después que tan vivamente os he visto razonar en esto que al presente se nos ha ofrecido.

SIMACO.

¿Has oido, Aminthas, lo que dice Berintho?

AMINTHAS.

A buena fé él está donoso, sobre que los diablos son tan viejos, que el uno tiene pelada la cabeza de andar representando farsas y hecho sacrificar, que no pienso hay iglesia en el obispado donde no ha servido, y sobre el otro, haber sido toda su vida tabernero y hostelero, y padre de la otra honrada gente: díceles agora halagándolos, que no pensó que sabían tanto del mundo, vídose tal cosa jamás.

MENEDEMO.

Estamos Señor, Galterio y yo, altercando sobre algunas cosas de tu condicion, y dijimos que al ménos para con nosotros te declarases más. Porque bien abasta que Cantaflua y sus parientes se quejen de tí, diciendo que no te han podido entender, y que unas veces mostraste desabrimiento estando los negocios en tus manos, otras veces deseas lo que es imposiblo, al ménos

á nuestro parecer poderse cobrar. Así que, Señor, esta es nuestra plática, bien puedes satisfacernos porque á lo ménos estemos mas instruidos que hasta aqui.

GALTERIO.

Espera esa respuesta, verás, agora se para á trovar.

BERINTHO.

El triste grave tormento
del dolor bravo y esquivo,
causa en mi tal sentimiento,
que el humano entendimiento
ya se espanta cómo vivo,
y porque nunca fenezca
ni mengüe tan gran dolor,
llamo para que más crezca,
rosa fresca, rosa fresca,
rosa fresca y con amor.
Y así con tal descontento
de verme vivo y arder,
crecerá mi pensamiento,
cobrando de nuevo aliento
para mejor padecer;
y mis carnes en pedazos
dirá que es nueva razon,
pues con tales embarazos,

cuando yo os tuve en mis brazos
no os supe servir, non.
Tambien el triste sentido
se amortigua de tal suerte
en verse con tal olvido,
de verse cual nadie es (*sic*) vido;
que siempre llama la muerte,
y creciendo su porfía
aunque no tiene razon,
os llamo señora mía,
y agora que os serviría
non vos puedo yo haber, non.

AMINTHAS.

Jesús, Jesús; espantado estoy de Berintho, ¿no oyes Simaco, lo que ha dicho? A su propósito ha glosado el romance de rosa fresca, de manera que ha satisfecho á sus consejeros de lo que deseaban saber.

SIMACO.

Bien conocida tengo su intención de las trovas que le he visto estar entre sí rimando, y porque veas si estoy en lo cierto, él querría tener allí á Cantaflua.

AMINTHAS.

Oh, ignorante, ¿y en eso dudas? pues yo

daría la capa y sayo de la librea, por tenella á mi voluntad, aunque fuese poca distancia de tiempo, cuanto más el que está de continuo adorándola y contemplándola noches y dias con toda la imaginacion, y teniendo medio arrancada el ánima de las carnes á su causa.

GALTERIO.

Todavia te afirmo, hermano Menedemo, que no hay quien acabe de entender á este hombre, y en verdad que me estuviese toda mi vida sin comer ni dormir oyéndole.

BERINTHO.

¿Estás ahí, Menedemo?

MENEDEMO.

¿Cómo, señor, preguntas si estoy aquí? Has visto que desde la una, y son las seis, Galterio y yo estamos hincados de rodillas en el estrado delante de tí, sin nos apartar ni te dejar un punto, que parece que estamos clavados, ó tomados con yeso, ¿y preguntas agora si estoy aquí? ¿Y cómo no nos ves?

BERINTHO.

En verdad que no os veía, y no os maravilleis, porque aunque los ojos corporales tenga situados en vosotros, muchas veces con la imaginacion y contemplando en mi señora y mirándola en idea con los ojos intelectuales, que es la verdadera vista, esotros sentidos corporales, como de menor preeminencia, como de menor dignidad, conociendo la fuerza interior, como súbditos se inclinan, perdiendo sus ejercicios, dejando á las potencias más nobles gozar y ejercer su operacion. Y así refiere Estacio: que aquel Demócrito, tan antiguo filósofo, vuelto á la patria, dió toda su hacienda á la república é hízose sacar los ojos, y apartóse á un huerto suyo por mejor poder contemplar en la ciencia, y deste escribió el Ciceron en el libro quinto de las *Quistiones tusculanas*, que se sacó los ojos por mejor poder contemplar los secretos de natura. Así que á mi parecer, lo dicho me escusa algun tanto de la culpa y descuido, de que poco antes de vos era increpado.

GALTERIO.

No le respondas á eso, Menedemo, por-

que á mi ver no le faltan filosofías para hacernos creer que no está fuera de seso.

MENEDEMO.

Bien dices; pero déjame un poco con él; veamos si hemos de concluir tanta importunidad; que de unas cosas en otras nos ha tenido seis horas; y en verdad, que ya yo diese algo por verme fuera de aquí.

GALTERIO.

¿Y cómo y qué es concluir? ¿Y tanta congoja tienes? Por cierto pensé que te holgabas; á veces con tantos desvaríos, á veces hablando allá en vuestras gramáticas que vosotros entendeis; pero en verdad si supiera lo que agora sé, y por tan extenso de su voluntad estuviera certificado, tres horas oviera que ya no estuviéramos aquí.

MENEDEMO.

Agora, pues, quiero ver á cuánto se extiende tu ciencia y lo que deprendiste en la casa de trato, y lo que te enseñaron Jorge, Peligro y Terron y Celada, en el tiempo que tanta honra les hacías; bien

me entiendes; cuando eras padre en Lucena, en el tiempo que todos esos y los demás que ya estás al cabo, te obedescian, y con un acatamiento paternal te llamaban padre.

SIMACO.

Cuál el padre, tales los hijos.

GALTERIO.

En verdad que pues estás de gana de chuferas, que pocas veces lo verán en tí, quisiera estar allá fuera para satisfacer tu voluntad bien por entero. Pero la oportunidad del tiempo no concede que á cosa te satisfaga, ni que á otras materias nos distraigamos; por tanto, solamente quiero satisfacer tu primera y principal intencion, que es ver concluida esta causa y fuera de aquí, y acabar ya con los desatinos deste hombre.

MENEDEMO.

Atento estoy, sus, á la lucha.

BERINTHO.

En verdad que me maravillo cómo callais.

AMINTHAS.

A osadas en hora mala.

BERINTHO.

Y sería bien que en unos negocios ó en otros comunicásedes, siquiera por pasar tiempo.

SIMACO.

En una intencion estais todos. Los otros están concertando de salirse huyendo y que allá se avenga con su Cantaflua, y él muy despacio y en seso, los dice que hablen en algo por pasar tiempo.

AMINTHAS.

Calla, déjalos; veamos en lo que paran los trajes.

GALTERIO.

¿Cómo, señor, nos dices que pasemos tiempo en algo? ¿No miras que la corona del hijo Latona ya no resplandece, y tambien en la octava esfera, en el sublunar

mundo, está dividiendo la luz de las tinieblas, y Vulturno con el aliento de la húmeda noche anda corrusco, y sería bien entender en lo necesario y no estar atizando el fuego?

MENÈDEMO.

Por astrología me entras, ¿y quién diablos te enseñó á hablar de esa manera? Mira, mira, y esa es la conclusion que pones; á otra réplica como esa nos amanece aquí.

GALTERIO.

Escucha, escucha, no mofes tan de verdad; falta ver el fin, que más se me entiende de lo que piensas.

BÉRINTHO.

Prosigue, prosigue, Galterio; no te pares.

GALTERIO.

Y pues es tan tarde, sería mejor y cosa más convenible como ya dije, entender en lo que hace al caso, que no estar enlazan-

do de unos eslabones en otros y encendiendo la llama con materiales exquisitos porque no se amortigüe, y añadiendo esparto á la pleita con propósito de hacer la causa inmortal.

SIMACO.

Dime, dime, Aminthas, ¿qué te parece cómo Galterio ha hurtado el aire á Berintho, y se precia de hablar como los abogados lo acostumbran en los libellos; si lo aprendió en el hostal ó en la casa de trato?

MENEDEMO.

No entiendes, Galterio, cómo está trunfando Simaco allá á la puerta. No dirás agora que yo sólo lo hago y que yo sólo soy el que te tiene por jurista.

GALTERIO.

Déjalo, que es un simple; pero mira qué me replica Berintho.

BERINTHO.

No entiendo bien, Galterio, lo que dices, porque insultas unas razones con

otras, y por términos no acostumbrados; pero, pues que así es, y todavía quieres salir con la barca adelante, ¿qué sería bueno al parecer de vosotros que se hiciese?

GALTERIO.

No me puedes negar si entiendes seguir este proceso, salvo que todo ó la mayor parte del remedio, consiste en tener contenta á Franquila.

BERINTHO.

Eso los niños lo saben; ¡si en todo acertases así!

GALTERIO.

Pues que esto es cierto, excusada caso es gastar tiempo en vano, y cosa demasiada es usar de más circunloquios, salvo ir y traer á Franquila y hablar con ella, y dile que todos ambajes desechados y todo género de dilacion apartada, le diga á Cantaflua tu voluntad; y declárate con ella como si estuvieses á los piés del confesor; y dile tu pena y la fatiga en que estás y el angustia que de nuevo más te apasiona; dile en lo que consiste tu reme-

dio; aun sería bien que entre tanto que yo voy á llamarla, escribieses una carta, no prolija, mas compendiosa, en que expliques todo tu mal y el fuego que de contínuo te abrasa, y débeslo encarecer mucho, porque es cosa de que las mujeres huelgan; especialmente que no dirás tanto cuanto es, y á lo que hoy te he oido, que en verdad antes de tus cosas no estaba tan instruido, no tienes necesidad de consejo para hablar en caso de amores, antes me parece necesario otro monitor como el del persio que á su tiempo te diese del codo poniéndote alguna rienda, y con tanto de tu licencia yo voy á traer á Franquila, y sé que aunque sea media noche, vendrá.

AMINTHAS.

Todavía me parece Galterio ser poeta; de verdad te juro, Simaco, que á lo que yo creo, seyendo mancebo debiera estudiar algun poco tiempo.

BERINTHO.

¿Qué se os parece á vosotros?

MENEDEMO.

No hay vía tan llana como la que Galterio ha demostrado.

BERINTHO.

¡Oh saludable consejo! ¡Oh saludable camino por do pueden caminar mis males y angustias, sin temor de ser salteadas de ningun tirano! ¡Oh suma bondad! ¡Oh incomprensible potencia! ¡Oh maravillas del alto Dios! ¡Oh soberana clemencia y cómo en las mayores congojas acorres á los atribulados! Pero consejo tan maravilloso no ha procedido de Galterio, pero sin duda de la inmensa Trinidad fué guiado, y espíritu de profecía inspiró en él, y alumbrado de la divina justicia, con la primera flecha dió en el blanco; y pues de bien en mejor van mis negocios, que yo lo veo, ya no tengo de qué temer ni ya espero contraria fortuna; corre, corre, Galterio, no te detengas; y tú, Menedemo- puesya es noche, enciende velas y llégame la mesa aquí, á la cama, y dame papel y escribanía, y siguiendo el consejo del inspirado por espíritu profético, escribiré de mi espacio, entretanto que Franquila viene.

AMINTHAS.

¡Gentil profeta se ha hallado! ¡Qué Daniel! ¡Qué David!

SIMACO.

Calla, déjalo; cada loco con su tema.

MENEDEMO.

Todo, señor, está aderezado.

BERINTHO.

Pues cierra esas puertas y haz que un paje no se quite de ahí, porque si alguno de fuera de casa me viniese á visitar, le digan cómo estoy durmiendo, ú otra excusa semejante; y á Dios vayas encomendado y te tenga en su guarda, que gran descanso me queda con la esperanza de la venida de Franquila.

ESCENA SEGUNDA.

EN QUE SE INTRODUCEN MENEDEMO, GALTERIO, AMINTHAS.

MENEDEMO.

Qué te parece, Galterio, de las cosas de Berintho? Que en verdad, cuanto yo, cuenta hago que me ha librado hoy de las galeras de Camalí, el renegado.

GALTERIO.

Ya ves cuál está. Justa cosa es, que en esta necesidad le sirvamos fielmente y con toda diligencia.

MENEDEMO.

Del mismo voto soy; pero, ¿qué ordenas de facer al presente?

GALTERIO.

¿Qué? Que me voy á la despensa á cenar un bocado, en pié, de cualquier cosa que hallare á mano, y de ahí me voy á casa de Franquila, con tanto ímpetu, como el Tigre de que abaxa á regar los campos de Armenia la Mayor.

MENEDEMO.

Todavía me parece que te vas preciando de algunos menos modos de razonar, y bien es, que el que trata con el melcochero se le pegue algo; pero si te parece, acompañarte quiero esta jornada.

GALTERIO.

No hay necesidad, porque mientras menos fuéremos, será la cosa más secreta; especialmente que para lo que llevo concebido en el pensamiento, me traerías estorbo.

MÈNEDEMO.

¿Qué es, por mi vida, lo que llevas en pensamiento de hacer?

GALTERIO.

Abaste, que de lo que sucediere, de todo serás avisado.

MENEDEMO.

No me satisface cosa de lo que dices, ni menos compito con el amor que te tengo, porque si alguna cosa en caso de armas te aconteciese, yo quedaba quebrado por te haber dejado ir desacompañado en tal jornada.

GALTERIO.

¿En caso de armas me dices agora? Por mi fé que estás en mi pensamiento; á buen viejo, hermano, no le busques abrigo, ¿y no me has oido decir muchas veces, que ha veintisiete años que no me he visto en cuestion ni he reñido con nadie? Y no porque no se han ofrecido algunos casos, pero con el buen seso, á la mía fé me gobierno.

MENEDEMO.

Maravillado estoy de eso que me dices, porque sin dubda, yo te tenia por hombre algo amigo de bandos.

GALTERIO.

Hallado habeis el bandolero en algunas partes; con todo eso, donde yo me entiendo, muchas veces acostumbro contar grandes hazañas, y como todos hacen, procuro siempre de loar mi partido. Y como dicen, el viejo en su tierra y el mozo en el agena, así que cuando me hallo con mancebos de poca edad, cuento cosas que me acaescieron aquí, en la cibdad, y procuro de decir lo que me cumple; y como soy de alguna edad, dánme crédito á lo que á mí me parece. Pues si acaso están allí algunos de más edad, fabrico otros cuentos de otras partes extrañas, y así paso; pero tambien tengo aviso de aprovecharme de otras cosas que están bien á los hombres que han seguido mi arte y manera de vivir, así como traer la barba larga, y el cabello tresquilado, siempre la espada en la mano y con media vaina, y tambien nunca dejar un broquel de los sevillanos de la cinta, y otras veces entender en cosas que están y parecen bien á los que han tenido el oficio y honra que yo. Así como intervenir en hacer amistades entre los hombres, de seguida, y en ponelles treguas de que las cosas no se

pueden ligeramente concertar, y juzgar que pague el vino el que ganó algun punto de honra en las amistades; algunas veces; ir asimismo á rescatar algunas armas que les ha tomado la justicia, y dar algunos dineros á las vueltas á los alguaciles, porque aseguren el rufian y á su mujer, y de esta manera, y con estas cosas, paréceles á algunos que yo soy aficionado á bandos como antes decias; pero la verdad, hablando contigo, todavía procuro, al tiempo de la cuestion y rencilla, salirme afuera y dejar á los bisoños, como los soldados dicen, en la pelarza, y como dicen, arrojar la piedra y esconder la mano, y esto lo más honestamente que puedo.

MENEDEMO.

¡Jesús, qué tal me dices!

GALTERIO.

Pues sí, y si así no lo siguiésemos los hombres que hemos tenido oficios, no nos llamarían marcados, ni habria diferencia entre nosotros y los nuevos rufianes que acá llamais mozalbillos, que á cada palabra luego os desafían.

MENEDEMO,

Todavía, Galterio, no quedo satisfecho de lo que me has dicho, si no me dices una cosa de que aún me queda alguna duda.

GALTERIO.

Sí haré, y por la Encarnacion del Verbo Divino lo juro, y por la Verónica Santa de Jaén te lo prometo.

MENEDEMO.

Bien, abasta, y aun sin juramento te creyera. Pero, pues que así es, dime cómo es posible que andando en tales pasos, en veintisiete años, que no se te hayan ofrecido algunas cuestiones, porque aun á los que vivimos acá pacíficamente, muchas veces los enojos se nos levantan de entre los piés.

GALTERIO.

La verdad es esa; pero hay mil medios para que las cosas no vengan en quiebra. Como si alguno dice que quiere hablar

con vos, decille que bien, y señalar el tiempo y el lugar; y por otra parte, hacello saber de secreto á los amigos para que se metan en medio, y en fin, viene todo en ir á visitar la tabernilla del alcázar; pero en la verdad, el mejor remedio, y lo que yo algunas veces he hecho, es el tiempo del reñir ya concertado, á los tales que presumen de muy gallicos, echalles la justicia encima; y otras formas hay de que nos aprovechamos, cada una en su tiempo.

MENEDEMO.

¿Qué tal cosa hay en el mundo?

GALTERIO.

¿Pues por qué piensas que traemos nosotros en la boca muchas veces, en Córdoba tembló la tierra; éntrome acá que llueve; tablajero del Herena; la mar brama y el rio suena; y otros mil refranes y chistes semejables á éstos? ¿Creéis vosotros acá, que hablamos palabras sin misterio? Engañados estais.

MENEDEMO.

Pues que el tiempo y plática que tene-

mos entre las manos lo ha ofrecido, con mucha eficacia te ruego, Galterio, me digas qué oficios has tenido; porque á lo que te veo apuntar, te aprovechan para tener alguna preeminencia entre esotra gente.

GALTERIO.

Yo he sido prioste de juego de esgrima, y en San Lúcar de Barrameda serví un hostal por el mismo señor de la casa, y en Carmona tuve casa de trato, y en algunas partes, como ya te es notorio, he ido padre, y aun yo te aseguro que no es halle que justicia prendiese mujer que una vez me entregase á mí su marido, y con estas cosas, gané la fama que ves que tengo, y tantos amigos, que á medio repique de campana, se juntarían trescientos compañeros, y todos, en verdad, hombres de bien.

MENEDEMO.

Satisfecho estoy de la duda que primero tenia. Pero con todo eso te encargo, hermano, me digas de la manera que te entiendes haber con Franquila, y deseo mucho sabello por ver tus astucias.

GALTERIO.

No te quiero negar punto de la verdad. Sabe que yo entiendo requerilla de amores, y de lo que sucediere te haré cierto.

MENEDEMO.

Bien me parece; pero mira que Franquila es moza, y de buen gesto, y rica, y aunque su marido ha un año fué con mercaderías á Flandes, cada dia le está esperando, á lo que ella dice; todos estos inconvenientes, especialmente ser mujer honesta y muy hermosa, me parescen regios para de fácile consentir en tu voluntad cuanto más que aún hay otros que me callo, harto más dificultosos, míralo bien.

GALTERIO.

¿Quieres que te diga? Poco se aventura, pues no es esta la primera vez que hombre pierde la vergüenza, y hay sino arrojar una pellada de barro á la pared, y si pegare bien, si no tambien.

MENEDEMO.

No estás en lo cierto, ni es esa buena

cuenta. Eso fuera, si de presente, la salud de nuestro amo y nuestra, no dependiera de la voluntad y diligencia de Franquila; y si por ventura se enoja de tus razones, podría ser que la perdiésemos, y faltando ella, no veo yo camino tan saludable por do sin peligro de mil géneros de asechanzas pudiésemos caminar.

GALTERIO.

Bien has hecho en avisarme; pero yo como perro viejo, lo entiendo soldar todo, y al tiempo el consejo; y á Dios quedes, hermano, que ya ha más de una hora que Diana, comunicado su noble lumbre, está tendida influyendo su curso sobre todas las cosas criadas.

AMINTHAS.

¿No me dirías, Menedemo, á quién imita Galterio en tan alto estilo de hablar? Por los santos ángeles de Dios á milagro lo tengo.

MENEDEMO.

Déjalo, que él se entiende; á Dios vayas encomendado, hermano.

GALTERIO.

Quedad vosotros en paz.

MENEDEMO.

¿No te dejé, Aminthas, arriba á la puerta de la sala?

AMINTHAS.

Sí, pero ya es noche, y pienso que no vendrá nadie; y tambien rogué á Simaco, que entretanto que yo bajaba, no dejase la puerta por si acaso llamase Berintho.

MENEDEMO.

¡Oh cómo lo dejaste bien proveido! Y pues que así es, vamos y cenemos, que á Galterio ni á Franquila no los espero acá destas tres horas; pero á tu parecer, ¿qué quedaba haciendo Berintho?

AMINTHAS.

Algunas veces he estado atento por ver lo que decia, y parecíame que hablaba alto, y tambien de rato en rato murmuraba. Otras veces recitaba canciones, y tan

nuevas, que nunca en mi vida las he oido á mi parecer. Otras veces se maldecía, tambien escribia, y algunas veces hacía pedazos lo que primero habia escrito, y cierto á mi parecer, grandes confusiones padece consigo, grande perplegidad lo tiene abrasado, gran mal es el suyo, fuerte tormento es el que tan mal lo trata, temeroso estoy de su vida, y aún tengo muy dudoso su remedio. ¡Quiera Dios toda las cosas sucedan y se conviertan en bien, y plegue á la Divina Majestad que destos amores no veamos algunos tristes fines y algunos infortunos y desastrados casos!

MENEDEMO.

En todo has dicho muy bien y discretamente, hermano Aminthas, y como cuerdo mancebo; pero tanto siento en este caso, que cosa no oso decir, y plegue á la fuente del bien verdadero, como dices, que no sucedan algunos desastres, que sin duda por mar bien peligroso navegamos. Pero la mesa está puesta, y la familia toda nos está esperando; cenemos, y tomemos el tiempo como viniere.

ESCENA TERCERA.

EN QUE SE INTRODUCEN GALTERIO, FRANQUILA Y MENEDEMO.

GALTERIO.

CERCA estoy de casa de Franquila, y con oportuno tiempo, pues ninguno de la vecindad parece, y aun allende desto pienso, ó la vista con las tinieblas de la noche me engaña, que es ella la que está á la ventana. Ella es, por la Casa Santa de Jerusalem; pero quiérome acercar paso á paso, porque si me conoce, luego sin hacer tumulto bajará á abrir la puerta. Que ella es sabia, y experta en todo género de negociacion, y luego concebirá de mi venida la demasiada necesidad que hay de su remedio; principalmente, que ya ella sabe cuán enemigo soy de andar por las tinieblas de la noche;

por los Corporales Santos de Daroca, ó yo me engaño, ó me hace señas con la mano que me llegue á la ventana, y á mi ver, me ha conocido.

FRANQUILA.

Hombre honrado, ¿qué bueno quereis en nuestra vecindad?

GALTÉRIO.

Bien debe vuestra beldad tener concebido, que visitar agenos barrios á tal hora, que no es sin gran necesidad.

FRANQUILA.

¡Santa María! ¡Santa María! Señora, ¿Y Galterio sois? Espera, espera; entra, Galterio, hermano, sin que des golpes á la puerta, porque no tenemos necesidad de dar cuenta á nadie.

GALTERIO.

Buenas palabras son estas para poner en ejecucion mi propósito.

FRANQUILA.

Siéntate, Galterio, y tu venida sea con

tanta prosperidad y tan en buen hora, como fué la de Furio Camilo á los romanos, cuando elegido dictador, alzado su destierro, vino á remediar el Capitolio.

GALTERIO.

En cada parte me parece que cuecen habas; y de tratar estotra modorra con Berintho, tambien me está filosofando; y los otros necios de mis compañeros se burlan de mí.

FRANQUILA.

¿Qué has dicho entre dientes, por tu vida, Galterio, qué siempre burlas de los mal vestidos?

GALTERIO.

Lo que digo, señora, y todo mi bien, que tu graciosa persona me perdone la visita en hora no acostumbrada; pero la sujecion de la misma natura temerosa, dió causa que me tengas por mal criado. En lo demás tambien me maravillo de verte relatar hazañas antiguas.

FRANQUILA.

Tambien me parece, Galterio, que tú te

precias más que hasta aquí, usando de algunas elegancias en el hablar, y allende de esto, no solías hablar conmigo con la desenvoltura y de la manera que esta noche has razonado; y cierto no sé á qué lo atribuya; pero en verdad te digo, que estoy algo escandalizada de tu venida; por tanto, hermano, sin usar de otros rodeos te encargo y en ello recibiré señalada gracia, me digas qué es lo que quieres, ó qué hay de nuevo.

GALTERIO.

Como el conocimiento y conversacion haya ido creciendo entre nosotros, así mi voluntad de cada dia, se ha ido inclinando á desear que sucediesen algunos negocios en que te pudiese, señora, servir; y como eso aún no se haya ofrecido y de la abundancia del corazon hable la boca, no es de maravillar ni debes, señora, rescibir pena por verme con más crianza que hasta aquí; en lo demás que deseas saber, te certifico que la salud, y vida, y muerte de Berintho, está en tus manos; y confiando tan árdua negociacion de mí, muy en secreto me encomendó que si quieres velle vivo, sin poner dilacion en cosa, vayas á visitalle, que no menos tiene esperanza en

tí, que los ciudadanos de Utica en la salud del Porcio Cathon, aquél á quien todos llaman inmortal, y no debes escusarte, pues sabes que las cosas de tu honra, él y todos nosotros las tenemos por propias.

FRANQUILA.

Al diablo este rufianazo, y todavia tengo creido que sin duda le pasa alguna liviandad por la fantasía.

GALTERIO.

No me parece, Franquila, que me replicas á mi embajada, ni que á cosa me satisfaces, y de lo que más me siento, es en ver que estás murmurando de mis razones. ¡Oh Madre del Redentor del linaje humano, y qué desdichabo soy! Donde pongo la voluntad con toda atencion y firmeza, ahí se me convierten todas las cosas en oprobio; y donde con mayor eficacia pienso servir, allí soy menospreciado. ¡Bien dicen que á la fortuna contraria no hay casa enhiesta! ¡Oh qué recia y qué fuerte ventura fué la mia!

FRANQUILA.

Por la fé en que creo, no me engañaba,

¡Jesús, Jesús, y cuán claro me lo ha dicho con su poca vergüenza! Pero, ¿espérase dese otra cosa, bellaco, desuella caras, que no traen otra cosa por oficio, ni otro acostamiento llevan de esos señores, salvo sufrilles y favorecellos en sus bellaquerías? Pero á osadas que ó yo me engaño, ó él dará otra badajada por donde dé con la carga en el suelo.

GALTERIO.

Franquila, señora; en las cosas de mi señor Berintho, no me parece que respondes nada.

FRANQUILA.

Amigo Galterio: tengo este su negocio por tan mio, y tengo tanto cuidado de su pena, y tengo tan á cargo todas las cosas que á Berintho tocan, que la verdad hablando, no hay cosa en esta vida que tanto desee ni de que tanto descansase, como en que ya su pensamiento tuviese algun reposo y sus tan demasiadas pasiones recibiesen algun alivio; pero como estos negocios sean de tan mala digestion y de sí mismos sean tan enojosos, por venir de su mismo deleite acompañada de torpeza que

del mismo hecho resulta, no se pueden concluir tan fácilmente que primero no se traguen algunas zozobras y aun hartos desabrimientos; ¡ay Galterio, Galterio, y como nadie traga los tales bocados sin que á las vueltas vaya el arzonique! Pero como está nuestra voluntad tan pronta á todo daño, tan aparejada á todo mal, siguiendo el apetito de presente y el deleite que tan en breve pasa, no se trabaja en mirar los futuros inconvenientes ni procurar de buscar el camino más apartado de barrancos; cuando más descuidados pensamos estar, y con más reposo y más arredrados de pasion, se nos enciende entre las manos el propio fuego de nuestra perdicion, como muchas veces le acontece á la gallina, que escarbando, encuentra el cuchillo con que la degüellan. ¿Y esto de dónde piensas que procede? De estar ya tan cargados de los vicios que mediante la concupiscencia han hecho tal impresion en nosotros, aprobando nuestra misma voluntad, y prestando de tal manera consentimiento, que casi ya de la tan asidua habitación en el mal, y convertida en otra naturaleza, no podemos hacer al; salvo seguir el camino más peligroso, tan recios como en el tiempo del estío va la estrella Crinita, á la cual los griegos llaman co-

meta, y que otro inconveniente mayor si te piensas te contaré: que cuando ya tan predestinados estamos y tan pertinaces en el mal, comenzamos á seguir la malvada gentílica seta, diciendo que la fortuna nos ha traido en tanta miseria, y nos ha causado tantas persecuciones, y los tales no pienses que en tal razon te confesarán que hay libre albedrío, ni qué cosa de lo pasado ha estado en su mano, ni ménos el remedio en los casos futuros; mucho pudiera, Galterio, decirte de aquí, pero porque el tiempo no le compadece, ceso; y en lo que me importunas de la salud de Berintho, ¿qué puedo hacer otra cosa, salvo dejar mis propios negocios, y con toda diligencia, toda pereza desechada, ir contigo, y con tal voto y juramento de no partir mano de la causa hasta ver el fin, y como dicen el cabo al ovillo?

GALTERIO.

Señora Franquila, ¡y cuán altamente has razonado! En verdad, y por Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, te juro que oía con tanta atencion, que me pesó mucho cuando á tan dulce sermon pusiste fin; en lo demás de los negocios de Berintho ya tengo su negocio por cierto, pues

te veo tan encargada de su cuidado, y sin duda hasta aquí yo tenia por bien pesada, y por de mala natura esta negociacion; pero ya, la verdad hablando, en estar tú en medio no espero en cosa mala nueva, ni temo que ya cosa adversa nos pueda suceder, ó yo me engaño con el demasiado amor que, señora, tengo.

FRANQUILA.

Todo lo remedia la Virgen, que de sólo consentimiento concibió del Espíritu Santo. Y esto dejado, te ruego, Galterio, me digas qué es la causa, ó qué has visto en mí porque te has atrevido prendiéndome el velo de la vergüenza, hablándome algunas deshonestidades, dándome á entender por buenas palabras que me tienes y por tal mujer, como son las cantoneras á quien vosotros llamais enamoradas, con quien tú te precias siempre de conversar; y por mi vida si me enojo que no te halles bien dello.

GALTERIO.

Señora Franquila, vuestra sobrada beldad y demasiada gracia, han dado ocasion á que en mi pensamiento se concibiese

tener voluntad de serviros. En lo demás, bien cierto es que en la ciudad yo no converso, salvo con mujeres de bien, y aunque tengan algunos amigos que les cumplan sus necesidades y parezca que viven de aquéllo, no por eso dejan de estar en mucha honra, ni aun piensan ellas que han decaido punto de quien son.

FRANQUILA.

Y aun ahí está el mal. Pero en lo demás que dices, no te quiero responder, salvo que en paz te ruego, Galterio, te vayas de mi casa, y me dejes, que quien á un hombre de tal arte viere aquí, y á tal hora, mira lo que dirá; y luego, Galterio, te ve, que me voy encendiendo en enojo, considerando las desvergüenzas que te has dejado decir. ¡Jesús, Jesús! bien me decían á mí las cosas de este hombre.

GALTERIO.

¡Oh! reniego de los que habitan en la profundidad del Erebo, y despecho del enemigo mortal de la humana natura: ¿y hombre de qué arte soy yo, ó qué desvergüenzas he dicho? Asiéntate, asiéntate, señora Franquila, y mira las cosas con

razon, ¿y cómo no sabes que todo el pueblo me tiene á mí por hombre de bien, y siempre he vivido en alguna manera de honra, y he tenido cargos y oficios como muchos en la ciudad al presente viven, y nunca he hurtado, ni tomado á nadie lo suyo?

FRANQUILA.

Aun no serás para tanto, segun he oido yo.

GALTERIO.

Habla alto, señora Franquila, porque á cada cosa te quiero satisfacer, y si no estás bien informada de mi vida, es bien que en todo estés avisada, porque otro dia sepas de la manera que hablas.

FRANQUILA.

Lo que digo es que ¿qué diablos de oficios has tenido? Y tambien por concluir contigo, digo que no tengo necesidad de saber tus cosas, salvo que sin poner más dilacion te vayas de mi casa.

GALTERIO.

¿Cómo, señora Franquila, de nuevas os

haceis, que no sabeis que yo haya tenido oficios?

FRANQUILA.

Mira, mira, mira y si llama oficio á que cuando vino á esta ciudad, anduvo por porqueron de Juan de Murga el alguacil muchos dias, ó si llama oficio á cuando vivió con el alcaide de la cárcel, gentil cosa por mi fé, para loarse della.

GALTERIO.

¿Pues no te parece que al presente en la ciudad, muchos valientes hombres que sostienen harta honra desa manera?

FRANQUILA.

A osadas y qué negra honra: ¿cuál sea tu vida, cuál es lo que dices y los oficios que has tenido?

GALTERIO.

Todavia me parece que estás enojada, ¿qué dices?

FRANQUILA.

Que en todo caso te querria ya ver fue-

ra de mi casa, y ten cuanta honra quisieres; pero un run run anda por esa ciudad de tí, no sé de qué, tú lo sabrás.

GALTERIO.

Al cabo estoy, pero eso público es, y nunca lo niego á nadie es otra cosa: salvo que seyendo mancebo y fijo de vecino en Ecija, me afrentó la justicia: mas si otra cosa supieres, bao, como dicen en Cardona. Por eso digo yo, de la mejor, reniego, como el que araba con los lobos, ¿qué con eso pensabas correrme? ¿Qué hiciera si fueran otras afrentas mayores?

FRANQUILA.

Y estos diablos al azotar creo que llaman afrentar, buscando maneras de hablar hermoseando las palabras.

GALTERIO.

Pues sabes otras injurias que me eches en plaza, hi de puta, y quién fuera muy vergonzosico.

FRANQUILA.

Lo que te ruego, Galterio, por amor

del Cordero sin mancilla, es que te vayas de mi casa.

GALTERIO.

Agora que está blanda es tiempo de usar de mis fieros.

FRANQUILA.

¿Pues qué, no respondes, Galterio, hermano?

GALTERIO.

¿Ir dices, ó qué? Y envióme acá Berintho por guillote; reniego de las que tengo en la cara, y de Dios no me despido, y si me enojas, si no hago que cien pasadas al rededor de tu casa tiemble la tierra.

FRANQUILA.

¡Ay cuitada de mí, cuál diablo me metió en mi casa á este bellaco! Y pues así es, quiero cobrirme, y ir á visitar á Berintho; y este trance pasado yo remediaré lo que más cumple.

GALTERIO.

Pues acuerdas todavía que arrebatada-

mente tu vecindad de improviso y tu casa perezca, y que Galterio pierda la tierra, ¿qué me respondes?

FRANQUILA.

Que determino de ir á ver lo que Berintho quiere, solamente por te complacer.

GALTERIO.

Ese es el mejor consejo y el más llano camino, porque quien á Galterio enoja, no le cumple vivir en el mundo.

FRANQUILA.

¡Y cuán furioso se está el bellaco rufian! En verdad que tengo creido que ya hubiera cometido algun desastrado caso, si no le hubiera ablandado con palabras.

GALTERIO.

Pues no sabrá hombre en qué ley vive.

FRANQUILA.

Aderezada estoy: bien puedes andar, hermano, cuando mandares.

GALTERIO.

Primero quiero, señora, te asientes un poco, porque te veo más sin pasion, y será bien que estés atenta y sepas de quién te puedes servir, y conozcas quién es Galterio.

FRANQUILA.

A sufrir habremos sus blasonerías, algo querrá contar destos sus negros oficios.

GALTERIO.

Mucho te veo estar susurrando, Franquila, y en verdad que ganarías más en complacerme.

FRANQUILA.

¿Qué negras ganancias son estas?

GALTERIO.

No me respondes, señora Franquila, ¡oh, qué dura eres de cocer!

FRANQUILA.

Asentada estoy, dí lo que quisieres.

GALTERIO.

¡Oh qué gran merced, oh qué gran maravilla, oh qué oportunidad de tiempo para efectuar mi propósito!

FRANQUILA.

Mal me parece, Galterio, lo que haces: ¡y cómo no te abastaba la descortesía en asentarte junto conmigo, sino que agora ya me estás maltratando! ¡oh, por la Pasion de Dios! ¿y no miras que me echas á perder? ¿y no miras quién soy? ¿y no miras el peligro en que me pones? Pero pues así quieres, súfrete un poco, que pareces buitre sobre la carne.

GALTERIO.

Bueno estaría yo si te dejase entrar en juego; oilda, vereis, y esperalda un poco: y aun eso es lo que yo he aprendido.

FRANQUILA.

¿Qué dices, Galterio?

GALTERIO.

Digo, señora, que pues tengo conoscida

la buena voluntad que me tienes, no tengo yo por qué rescibir congoja.

FRANQUILA.

A propósito, fray Jarro, mejor el diablo te ayude, que en ello aciertas.

GALTERIO.

Pues, señora de mi vida, ¿estais ya con el enojo que antes?

FRANQUILA.

¡Oh desventurada de mí! y cómo me has amenguado, y cómo quedo deshonrada; ¡oh, cómo no osaré parecer donde gentes haya! no te abastaba si querias burlar un rato, salvo que todas las cosas has querido llevar por los cabos: de cierto que estos tus juegos son tan pesados, que ya querría verte fuera de mi casa, y aun en cabo del mundo, antes que sufrirte tanta importunidad.

GALTERIO.

Descanso y alegría de mis cuidados; ya, ya cesen vuestras tan desabridas respues-

tas, y cuando quisiedes vamos en casa de Berintho.

FRANQUILA.

Agora que el rufianazo ha hecho todo lo que ha querido, y aun me deja muerta, no ve la hora de irse. El mejor y el peor, todos lo tienen: pasado el primer deleite, se querrian ver doscientas leguas de ahí; por eso es enemiga de sí mesma quien cosa hace por ellos: mira lo que ha dicho, y tener confianza: no hay dubda, esto todas lo conocemos, que el que mucho ama, y el que poco amor tiene, despues que han tenido á su voluntad lo que deseaban, todos se siguen por una cuenta.

GALTERIO.

Pues, descanso mio, ¿qué quieres que hagamos? Que antes el hijo de Latona, dejará su lumbre acostumbrada, que yo deje de seguir tu voluntad.

FRANQUILA.

Esas poesías y esas circunferencias en el hablar déjalas á los que están á la continua encima los libros; y esto es lo que

me parece; en lo demás, antes que nos vamos puedes hacer colacion, y cata aquí unas costras de poncil; pero has de perdonar, que no hay vino: porque como yo no lo bebo, ni lo veo, ni lo tengo en casa, salvo cuando está aquí mi marido en la ciudad.

GALTERIO.

¿Que no hay vino? ¡Oh pedores de los muertos! agora digo que no hay buena; pero todo lo hace en llegando á casa, procura de rehacer la chaça de aquel torrente de Martos, y como dicen, á rio revuelto, etc.

FRANQUILA.

Y espérate un poco, que aún no son las diez.

GALTERIO.

¿Y eso me dices? como si no te entendiese; y creo que piensa la bagasa que soy de los que piensan nunca verse hartos desta su vianda (pues ándese trás mí, que á buena fé, una vez en el mes me abasta tanto cuanto la más).

FRANQUILA.

Déjate de estar murmurando, y dime: ¿qué es esto que traes colgando del pescuezo? ¿es soga de ahorcado?

GALTERIO.

¡Qué palabras tiene la noble! á otro perro con ese hueso; ya lo digo yo, que algunos de mis compañeros cumplieran mejor esta jornada.

FRANQUILA.

¡Que no has de responder á lo que te pregunto!

GALTERIO.

¡Qué tengo de responder! ¡Pues burlas de las santas reliquias que traigo en esa caja de plata que ves!

FRANQUILA.

¿Y plata es esta? á la fé, plomo me parece á mí, y aun no de lo bueno.

GALTERIO.

Así es, porque por ejemplo de humildad, dicen que tienen más virtud las cosas santas traidas en metal bajo.

FRANQUILA.

Para eso en hierro las traerías bien; pero por tu vida me digas, ¿qué reliquias ó qué devociones son?

GALTERIO.

A perro viejo no tus tus, qué gana tiene la huéspeda de manteles, y éntrame por santidades; pero quiero hacer con ella del bobo. Son, señora, el salmo de *quium que vult*, y los nombres del Hijo de Dios y la nómina del dean de Córdoba.

FRANQUILA.

¿Es esa una nómina que dicen que el que la trujere, ni morirá en fuego, ni en agua, y que sabrá el dia de su muerte?

GALTERIO.

Por la Encarnacion de Cristo, como si la hubieses visto.

FRANQUILA.

¿Pues quieres que te cuente en el mismo caso un cuento?

GALTERIO.

Holgaré de oille.

FRANQUILA.

Has de saber, que en el Puerto de Santa María iban á ahorcar á un hombre, y estando al pié de la horca y muy acompañado de la justicia, dijo á un fraile que le estaba esforzando á bien morir: padre, sacadme de la manga izquierda del jubon unas devociones que traigo y leédmelas. El fraile lo hizo con propósito de inducille á más devocion; y cuando acabó de leer, el que esta oracion trujere no morirá en fuego, ni en agua, y sabrá el dia de su muerte, dijo el pobre del hombre, pese á tal y qué verdadera habeis vos salido.

GALTERIO.

Pues no burles, señora Franquila, que en verdad yo se las presté á Benito Melo-

nero, y nunca mientras las trujo le hirieron, aunque muchas veces riñó. Y el mismo dia que me las tornó, le cortaron la pierna de la manera que ves.

FRANQUILA.

¿Y yo de dónde le he visto, ó dónde le conozco, ó quién diablo es ese Benito Melonero?

GALTERIO.

Por las reliquias santas de San Juan de Letran, que jurara que estábamos en Cabra, en la posada de Pedro Agujetero.

FRANQUILA.

Pues no abasta tener el pensamiento en Cabra para que estés metiendo las manos ahí, y válalo el diablo, y todas las piernas me ha descubierto; guay, que de todas esas cosas tienes necesidad, al fraile que demanda para el convento me quiere parecer.

GALTERIO.

Ya, señora, no tendrás por qué me llamar importuno.

FRANQUILA.

Por tu vida te estés un poco, que me huelgo mucho de tu conversacion.

GALTERIO.

Desas eres, hermana, que tambien eres redomada como yo; pues al freir lo verás; con todo eso veo en términos á la señora, que si no se me hiciese de vergüenza por ser la primera vez, pediría para un par de calzas; pero el tiempo es largo.

FRANQUILA.

¿Qué estás diciendo, señor mio, que me dejas muerta, y aún una buena palabra no veo de tí?

GALTERIO.

¿Qué hay necesidad de palabras? en grandes afrentas, señora, me prueba, y conoscerás el hombre que tienes.

FRANQUILA.

¡Oh pecadora de mí, que ya se tiene por

mi rufian, donosa estoy! En mi pensamiento está, pues yo le aseguro que se le torne el sueño del perro; mira, mira, válalo toda la perdicion del mundo. Pero con todo eso tengo necesidad con gentiles maneras echallo de mi casa, y lo pasado pasado. Y como dicen, vaya con Dios, que un pan me lleva.

GALTERIO.

¿Pues qué acuerdas, Franquila?

FRANQUILA.

¿No miras que tengo ya cubierto el manto?

GALTERIO.

Bien lo veo.

FRANQUILA.

Pues sus, vamos, que las diez deben ser.

GALTERIO.

Bien será, que vamos por detrás de la casa de la moneda por ir más encubiertos.

FRANQUILA.

Anda delante, y guia por do quisieres, que en verdad hago cuenta que esta noche me he nacido.

GALTERIO.

A la puerta estamos de nuestra posada, y entra, señora, que abierta está, que yo lo dejé así proveido.

FRANQUILA.

¿Y dónde está al presente Berintho?

GALTERIO.

Sube, que encima de la torre, en la cuadra que está encima de la calle, está aposentado, y la puerta de la sala está abierta, y solo me parece le han dejado; entra, que fuera me quiero quedar y reposaré algun tanto.

FRANQUILA.

Pues yo me entro, quédate á Dios.

GALTERIO.

¿Qué haces, hermano Menedemo? parece que te estás durmiendo.

MENEDEMO.

¡Oh! válame la vera Cruz de Caravaca, ¿y tú eres? En verdad que tres horas ha que me ando paseando por los corredores esperando tu venida, y ya algo fatigado, y aun teniendo por cierto que esta noche no hemos de pegar los ojos, me arrimé aquí por reposar algun poco; y de cierto me puedes creer que me huelgo tanto de verte, como si hubiera dos años que no te hubiera visto; y tan deseada era de mí tu venida, como era del gran Alejandre la respuesta del dios Amon, al tiempo que fué á se informar y saber sus sucesos; por tanto, con toda eficacia te encargo me digas qué has negociado y cómo te has tardado tanto.

GALTERIO.

Hermano, á lo principal á que fuí, ya ves cuán bien despachado lo traigo; en lo demás no se puede perder, que hecha queda de mí señal.

MENEDEMO.

No es posible.

GALTERIO.

Por el cuerpo de San Ildefonso, que está en Zamora, te lo juro, y aún más, te certifico que está tan satisfecha de mí á lo que parece, que quisiérame quedar allá toda esta noche.

MENEDEMO.

Donosa tienes la ceja, que eso traes creido; agora dìgo que la tengo por más marcada que á tí; pero dejado esto, díme, ¿cómo no vino?

GALTERIO.

¿Y de verdad lo dices? ¿luego no la viste entrar en la sala?

MENEDEMO.

No, por el Apóstol Santiago, ¿y cómo dentro está? pues no es razon de perder tiempo ni de dejar solo á Berintho, si-

quiera por aprender algo. Especialmente que todos los de casa están á la puerta de la sala, y parece mal en tal sazon estar hombre apartado.

GALTERIO.

Bien dices, y pues así es, entra delante.

ESCENA CUARTA

EN QUE SE INTRODUCEN MENEDEMO, GALTERIO, FRANQUILA, AMINTHAS, SIMACO Y BERINTHO.

MENEDEMO.

No miras, no miras, Galterio? Cata aquí á Franquila á los piés de la cama; ¡por el Crucifijo de Burgos, aún no ha hablado á Berintho!

GALTERIO.

Señora Franquila, ¿qué empacho es este agora de nuevo, ó qué manera de negociar tan no acostumbrada? ¿y no ves que la libertad y vida de Berintho, y todo el remedio y consuelo de nosotros está en tu mano? ¿qué esquivezas son estas, como si en toda tu vida no nos hubieses visto?

FRANQUILA.

No penseis que me hago de nuevas, ni extraña desta casa, ni tampoco cuides que procuro dilatar el remedio. Pero en entrando ví que Berintho estaba hablando á voces consigo, y ha dicho tantos desatinos, que no lo podrías pensar; y porque con mi vista tan inopinada no fuese de un extremo á otro, con el amor que me tiene, y la súbita mudanza fuese causa de algun inconveniente desastrado, tuve por mejor esperarme un poco, que no con mi entrada imprevista poner en condicion su salud.

MENEDEMO.

¡Oh, cómo nos has satisfecho, y con cuánta astucia has proveido lo que nadie pudiera pensar! pero ¿qué te parece que hagamos?

FRANQUILA.

¿Qué? que le dejemos, especialmente hasta que acabe de devanear.

GALTERIO.

¿No oyes? ¿No oyes, Menedemo, lo que dice?

MENEDEMO.

Ea, escuchemos.

BERINTHO.

Cuando sus fuerzas Saturno
contra mucho infundía,
y el de los doce Vulturno
con Caligo muy noturno
en mi alma se influía,
con cuitas muy desiguales,
con tormenta no bonanza
iba con ansias mortales
caminando por mis males
alongado de esperanza.
Mas la llaga tan secreta
de vos que hiere y no mata,
y la llama tan perfeta
de vos mi dama discreta
nunca se apaga ni mata,
y así estará sin mudanza
hasta que acabe de arderme,
sufriendo vuestra venganza

sin ninguna confianza
de quien pudo socorrerme.
Y así mi cuita mayor
del mundo y no otra tamaña,
se abrasa con el hervor
que sale del gran claror
de la beldad tan extraña,
y no pudiendo valerme
rompidas ya mis entrañas,
ni mirando en detenerme
determiné de perderme
solo por unas montañas.
Do sin duda el mal que paso
es mil veces más que escribo,
y en mirar tan triste caso,
tantas veces me traspaso
ques espanto cómo vivo;
mas mis angustias tamañas
me hacen estar muy quedo
notando tales hazañas
donde ví bestias extrañas,
fieras de quien ove miedo.
Y mirando el fuego á tal
de daño á tan bullicioso,
dije, dama sin igual,
quitad la cuita mortal
y á mis ánsias dad reposo,
y con un semblante ledo
sin sentir alteracion,
no temí mi perdicion,

esforzado con denuedo
de mi desesperacion.
Ageno así mi sentido,
del mal quen veros sentí,
de vuestra beldad vencido,
del disfavor obligado,
no vuelve ni torna en sí,
pero en aqnesta sazon
miro por ver qué harían,
y alejada la razon,
fuime á ellas de rondon,
por ver si me matarían.
Creciendo tanta pasion,
creciendo el poco sosiego,
no temí tal ocasion,
contemplando en la vision
que me abrasa con tal fuego,
que las brutas lo sentían,
y viendo tan triste suerte
mi cuita mucho plañían,
y unas á otras decían,
ninguna le dé la muerte.
Y su vida con gran pena
diciendo sostén pues ama,
y el amor que lo condena
con dolor que así lo apena,
lo abrasará con su llama,
y pues viene tan inerte,
mas aquí no se detenga
ni su mal no se despierte,

que su pena es muy más fuerte
que ninguna que le venga.

GALTERIO.

Todavia afirmo, Menedemo, que dejaré de comer por oir á Berintho, aunque más nos digan todos que está loco.

MENEDEMO.

No hay duda sino que todos los que le oyen se maravillan.

FRANQUILA.

¿Y no te parece que tienen razon? ¿Aquí en el mundo vísteis vosotros hablar ni trovar por tan alto y limado estilo? ¿Y adónde se hallará su abundancia de vocablos y su manera en lo que quiere proponer, y la facundia que tiene en la lengua? Hermanos, hermanos, y ¡cómo lo teneis mal conocido!

SIMACO.

Pues estad atentos, que todavía prosigue.

BERINTHO.

Así que ved la porfía
que por vos tan mal me trata,
y ved la cruda agonía
y el dolor que sólo un dia
nunca su cuita desata;
y ved el triste bramido
de las cuitas que no mengua
clamando con gran sentido,
dejalde muera á la luenga,
que de amor viene herido.
El corazon tal sintiendo
por medio se quiebra y parte,
y en vivas llamas ardiendo
ví mi alma ir tan tremiendo,
casi ya del cuerpo aparte,
y dicen, pues es venido
y tantos males sostiene,
ageno viene y vencido,
pues que así tan aborrido
hácia nosotros se viene.
Y cierto el imperbio amor
el cuerpo y alma le prende,
ya dejando su favor
le atormenta, y tal dolor
que su flama bien lo enciende;
mas porque su mal no niegue,
pues es tan malo dañoso,

ni tanta llama nos pegue,
huyamos antes que llegue
su fuego tan peligroso.
Pero mirando que un hora
mi mal no afloja y crecía,
dije, mirad, mi señora,
mi vida que así os adora,
ya casi se consumía
y así de angustia pensoso
cuando fuí tornando en mí,
con gesto muy temeroso
yo le dije con reposo,
cuando tal temor le ví.
Que aprovechó la huida
al corazon lastimado,
pues que la propia guarida
es buscar muerte, no vida,
al triste de amor llagado,
y pues nadie os daña aquí,
antes penais ménos fuerte,
decidme que me ardo en mí,
¿para qué huís así
de hombre de tan triste suerte?
Y esperad que vos goceis,
porque descanse algun tanto,
pues sin duda como veis,
á mi alma vos poneis
cuita terrible y espanto,
y porque mi mal concierte,
reposad que hayais ventura,

esto afirmaba tan fuerte,
y queriendo allí la muerte
y tambien la sepoltura.
Así con ansias mortales,
cubierto triste de duelo,
crecieron tanto mis males,
y eran tan grandes y tales
que no reciben consuelo;
mas en vuestra hermosura
cativo cuando miré
contemplando en tal figura,
díjeles yo con mesura
esta cancion que os diré.

FRANQUILA.

Cuanto que si en todo tuviese tanto concierto como en esto que trova, en el mundo habia hombre más concertado; por mi conciencia, no pensé que tan gran poeta era Berintho.

SIMACO.

¿Que no?

FRANQUILA.

No á fé, hermano.

MENEDEMO.

Encúbrelo él mucho toda su vida; pero gran manera tiene en el metrificar y en el decir lo que quiere.

FRANQUILA.

¿Y en el arte de la oratoria, parécete que se queda atrás?

MENEDEMO.

Muy mejor escribe en prosa que en metro. ¡Santo Dios! pero oigamos lo que dice.

BERINTHO.

Pues mi fuego desigual
arde y cresce tan sin calma,
¡oh mayor del mundo mal!
¡oh fuego fiero infernal,
que abrasa el cuerpo y el alma!
Y pues mi flaca ventura
fenece, que bien lo sé,
en la tierra triste dura,
y pues mi flaca ventura,
muy crudo por vuestra fé,

hagades me hagades me
monumento de amores he.
Porque el mal que no se aleja
consume así mi vivir,
con dolor que no me deja,
ante con cuitas aqueja
las ansias del mi morir;
estó ya muy trasportada
mi alma, y mi atención
les dijo ya traspasada,
así como fué acabada
mi triste lamentacion.
Y quedé tan sin concierto
de ver mi mal todo junto,
con daño tal y tan cierto,
que estando el sentido muerto
no le da reposo un punto,
y dije con gran dolor,
ya de aquí vos no huigais,
ni ménos tengais temor,
mas ques que sabeis de amor
decid con qué os remediais.
Y de qué sentís consuelo
agenas con tal olvido,
porque segun yo me duelo
no pienso debajo el cielo
tal daño nadie así vido,
y decis lo que pensais,
pues teneis lo tal sentido,
y el descanso que tomais

cuando el lugar que amais
vuestro amor no es recibido.
Responden tu pensamiento
de dolor jamás no falto,
con osado atrevimiento
ageno el conoscimiento,
amando en lugar tan alto;
mas pues que tiene valor
más que todas las que son
soy contento en padescer,
pues consejo quieres ver
con quien no tiene razon.
Así que segun barrunto
de la beldad el nivel
mi alma de todo punto
y el sentido ya defunto
mueren de rabia cruel,
y así con tanta pasion
me partí de tal contienda
quebrando el corazon,
viendo que en su relacion
no podia haber enmienda.
Penando así el alma mía
sin ver qué diga ni á quién,
la esperanza se desvia
y fieramente plañía
en verme sin vos, mi bien;
y no habiendo quien defienda
mis lloros tan lamentables,
por huir de quien me entienda

abajé por una senda
á unos valles muy suaves.
Donde con tino se halla
la pena puesta en hervor,
donde la razon se calla,
donde la cruda batalla
mata y la fuerza de amor,
do mis llantos espantables
mis ansias ya muy cansadas
vieron cosas inefables,
donde ví cantar las aves
de amores apasionadas.
Allí mis tristes sentidos
formaban su triste canto,
y mis ansias con aullidos,
con roncos graves gemidos
al mundo ponian espanto,
y las aves muy turbadas
cantaban sus versecicos
afligidas, maltratadas,
sus cabezas inclinadas
y los rostros tristecicos.
Y con disforme sonido
dicen las fieras sin calma,
mejor fuera no haber sido
que estar en llamas ardido
tu cuerpo y perdida el alma;
esto mayores y chicos
cantaban con gran clamor
las calandrias, jilguericos,

donde ví los pajaricos
en el lazo del amor.
Cuando hube así bien oido,
dama de todas más bella
que mi mal era entendido
de las brutas y sentido,
doblóse mi gran querella,
y viendo ya mi favor
ageno en otro lugar,
con ansia, con disfavor
membréme de mi dolor
y quise desesperar.

FRANQUILA.

¡Oh sumo y omnipotente Dios! ¡y quién pudiese de susto resistir este hombre en su primer ser, y en la libertad que antes tenia! ¡y quién le pudiese descargar de tanto cuidado, porque estando desocupado de tantas congojas, no habría en el mundo otro pasatiempo salvo conversar con él!

SIMACO.

Engañados estais todos, y si él estuviese en su seso, ¿habia de comunicar con vosotros? Bien librado estaría, ni ménos cuidados que le oiríades cosa desas que á

vuestros oidos son tan delectables, y quereis lo ver en el tiempo que le tuvistes por cuerdo ¿oíadesle esas cosas de que al presente tanto os estais holgando? No por cierto, que allá en su estudio se retraía y comunicaba con algunos hombres de ciencia, y aun yo sé que no se pagaba de todos; y vosotros ¿por qué callais? ¿no es esta la verdad?

MENEDEMO.

No hay duda, Simaco está en lo cierto.

GALTERIO.

No sé nada, no juzgo salvo lo de presente; y como dicen, el buen dia mételo en tu casa, ni ménos curo de tantas especulaciones; y oilde, que por su proceso adelante torna, y ¡ójala no cesase de aquí á mañana en la noche!

BERINTHO.

Y el mal que en esto sentí
con cosa jamás se dora,
porque desde cuando os ví
un punto no estuve en mí;
antes con vos, mi señora,
y con llanto y suspirar,

lleguéme junto con ellas
sin cosa les preguntar,
mas escuché su cantar
por ver si podia entendellas.
Las cuales de rato en rato
gimen de verme morir,
y dicen: ¡oh amor ingrato,
dale descanso algun rato,
no le quieras consumir!
y así llorando cabe ellas
estuve cierto afligido,
y en los llantos tristes dellas
viles sembrar mil querellas
que de amor habian cogido.
Así que ved el halago
del amor con tal gobierno,
y mirad mi mal y estrago
y decidme: ¿yo qué hago
que me abraso en tal infierno?
y clamé con gran gemido:
¡oh forma hecha de lodo!
¡oh quién nunca hubiera sido!
cuando ví así tan cundido
el poder de amor en todo.
Mas vista la ceguedad
que á los humanos aflige,
luego ví la vanidad
de la humana enfermedad
quel nuestro siglo persigue;
y mirando bien del todo

tan flaca composicion,
dejéla de todo en todo
y tome de allí tal modo
de tomar consolacion.
Quedando alegre y tan ledo
del mal que bien se desvia
mi pensamiento muy quedo
tan contento que bien puedo
cobrarme de tal porfía
y rogarles que cantasen
con su canto maravillas,
diciéndoles que esperasen
porque ellas no sospechasen
que quería más de oillas.
Así que ved lo que pasa,
y ved mi vida tan mustia,
y ved que no tiene tasa
el dolor que me traspasa
con fiera mortal angustia,
y á las tristes pajarillas
les dije la tal cancion,
cantad todas, avecillas,
las que haceis triste son,
discantará mi pasion.

MENEDEMO.

Paréceme que ha dado fin, porque ya le veo estar hablando de otras cosas entre sí, y á lo que parece no son versos.

AMINTHAS.

Por cierto muy altamente ha glosado el romance que dice: «Caminando por mis males», y en verdad que diera yo agora el jubon de carmesí de que antes de ayer me hizo merced, por tener un traslado de aquella glosa.

FRANQUILA.

Y, hermano Aminthas, qué ¿tan atento has estado? Yo dijera que estabas como mosca muerta.

AMINTHAS.

¿Atento dices? Juro por la vida de mi padre, que tengo bien en la memoria toda la letra del romance, y vosotros ya veis cómo cada dia lo tengo en mí discante, y por ver si estaba en su acuerdo, con sobrada atencion y sin hablar, como habeis visto, he estado oyéndole, y por el juramento que tengo hecho, cosa más concertada nunca se vido en el mundo, ni pié de todo el romance dejó por glosar; mia fé, hombre que tiene aún tan gran memoria, decir lo que vosotros quisiedes,

pero no tiene parte en cosa de locura; y dado caso, y en ello no dudo, antes lo tengo por fé, que los amores de Cantaflua mucho la duelan; pero entre tanto que él tiene memoria, no hay que esperar mala nueva, como yo he oido decir muchas veces al doctor de la medicina que vive junto al Caño quebrado.

GALTERIO.

¿Qué te parece, Franquila, si el muchacho sabe volver por el amo? Bien haya quien á los suyos parece; no tengais, vereis parientes en la corte.

FRANQUILA.

Siempre he oido decir, y no en verdad porque está delante, que Aminthas es cuerdo mancebo y de buen juicio.

MENEDEMO.

En lo que ha dicho podeis comprender alguna parte de su habilidad; pero Berintho está ya reposado, y ninguna cosa habla; bien será que pasemos adelante.

BERINTHO.

Aminthas, ¿estás ahí?

AMINTHAS.

Señor, desde que anocheció estoy guardando la puerta de la sala.

BERINTHO.

¡Oh! La Madre sin mancilla te haga bienaventurado, ¡y con cuánta diligencia sientes mi mal, y con cuánta solicitud me acompañas. Pero dime, que goces y no veas dolor de las cosas que más quieres; Galterio, mi amigo, qué se ha fecho, ó dónde está?

AMINTHAS.

¿Qué, señor? Agora llega de acompañar á Franquila, y entrambos entran por la sala delante y aun sin pedir licencia, teniéndose por muy privados.

BERINTHO.

¡Oh qué gran bien, oh qué inmensa gloria, oh qué gozo tan demasiado! ¿Y qué así es posible tan sin pensar encaminarse mis cosas?

FRANQUILA.

¡Oh, señor, y qué desmayos son estos tan grandes, qué querellas tan nuevas, que parece que ninguna memoria tienes de tu salud ni de cuantos avisos te he dado de tres años ó más á esta parte, que ha que ventilamos este proceso! ¿Por qué te quejas así? ¿Qué desastre ni qué desventura te puede venir que empezca á tan saludable consejo como el tuyo? ¿qué tormento te puede tornar, contra la cual la recia galera de tu entendimiento no se rija como en tiempo oportuno y próspero? ¿Y qué calma te puede sobrevenir, aunque sea en medio del Golfo de Leon, que contra los remos de tus sobradas astucias estorbe el camino que tú quisieres seguir? ¡Oh, válame la Señora de la Coronada, y qué desatinada me tienes! Por cierto pensase estando tú de mi parte, contra la misma fortuna, que contra aquél de los siete de Grecia tan odiosa se mostró, disputar de la misma manera que él, y con la osadía que el Arístides atheniense, capitan principal, la menospreció, de quien se escribe que tuvo en tan poco las cosas del siglo, que cuando murió, aún no tenia bienes para lo poder llevar sola-

mente hasta la sepultura. Torna, torna en tí, y no te tengan por de tan flaco ánimo, y mira que es grande oprobio que digan que la compostura delicada de una flaca mujer te atierra. ¡Jesús, Jesús, y qué mal ejemplo! ¿y qué haría más un hombre idiota, y qué haría más el falto de experiencia y de todo consejo?

MENEDEMO.

No prosigas adelante, que parece, Berintho, estar en disposición, que aunque hasta la mañana razones, no te volverá respuesta; cesa, cesa un poco, que bien le has dado materia de hablar, y abasta al sabio metello en el camino.

GALTERIO.

¿Qué os paresce, hermanos, de Franquila?

SIMACO.

Embazado estoy.

AMINTHAS.

Siempre he oido decir que es esta una sabia mujer. Pero al presente, por Evan-

gelio lo tengo, por las cosas que he oido decir.

BERINTHO.

¡Oh amiga mía Franquila, y verdadera hermana! ¿y cuándo te pagaré, ó con qué te podré satisfacer tan gran merced como en tu venida he recibido? En verdad que la que hizo el gran Alejandre al atheniense Phocion, no se le iguala; ni la que hizo el Cathon á los ciudadanos de Utica, de quien tan llenos están los historiales, por cuya causa cobró de renombre uticense, ménos con harta parte se le compara á la de tí al presente rescibida.

FRANQUILA.

A eso y á más me obliga tu merecimiento, ¿qué muestras en esto que al presente se ocurre?

BERINTHO.

¡Ay, ay! Por el Sepulcro Santo en que el Hijo de Dios fué sepultado, que se me habia ido de la memoria; y señalada gracia he recibido en habérmelo reducido al acuerdo; y á lo que, hermana, dices, digo

por satisfacerte, que consideradas bien tus palabras, llamas desmayo á la mesma muerte; á la cual, de la primera causa desde el principio de la creacion del grande Universo, está concedida facultad de poco á poco consumir las criaturas del linaje humano. Y por la fé que debes á Cantaflua, te afirmo que esta que ya he dicho que tiene el cargo de poner fin á nuestro vivir, contínuamente está sobre mí, procurando con toda astucia de poner término á mi vida, y porque siente que dello rescibo descanso, indignada de verme tener sus fuerzas en poco, cuando ya me tiene en el postrimero hilo, torna tan presto con un sotil artificio á devanar mi vida que me reduce á tal estado, y todo en un instante, que me parece que soy algun espíritu incorpóreo, los cuales son tan agenos de corrupción, que por permision del gran fabricador de los géneros de las causas, fueron criados agenos de muerte, y con aliento y duracion perpétua. Pero no pienses que en ningun tiempo ni término destos que digo, se me aparta de la memoria Cantaflua; porque está bien cierta, que mediante la tal recordacion, está fundada esta tan nueva delegada jurisdiccion que sobre mi cuerpo y sentidos está ejer-

citando; y no pienses que destos circuitos usa conmigo una ó dos veces al dia, pero mil veces en cada una hora; y estando apartado ya casi de la vida, no cuides que un punto solo el fuego, ya en mí tan raigado, se apaga; ni pienses que el mal viejo que tan sin calma contínuamente está tendiendo sus velas por el mar de mi triste esperanza, pone reposo á su tan temerosa tormenta; ni los tan ansiosos suspiros que así están deseando con tanto ímpetu las alas al corazon, haciendo que casi del todo pierdan su tan acucioso ejercicio, ménos me causan siquiera de rato en rato esperanza de futura felicidad. ¡Oh Dios, Dios, y cuán incomparables son tus altos secretos; y cuán de inmensa maravilla es tu omnipotente bondad; y cómo incesantemente por tus divinales líneas nos mueves y atraes á tí, pues para aquel fin é intencion fuimos criados! Y como nosotros siguiendo la via contraria, y el camino más peligroso á nuestra verdadera salud, sin mirar ni considerar la futura vida, que es la que ha de durar en los siglos de los siglos, navegamos á velas tendidas sin temor de contraria fortuna, por las ondas horribles de los más crudos peligros, que son el de Caribdis y Scila; aquellos de los espertos pilotos, y muy

sabios mareantes tan temidos. Aquesto le he dicho, mi hermana, y aún más que hermana mía, como si estuviese á los piés del guardian de Sant Francisco, para me escusar en algo; pero agora que he satisfecho á lo que con tanta voluntad deseabas de ser informada, puedes tú y todos los del mundo, juzgar lo que os placerá, y siquiera me tengais por loco ó cuerdo; pero en verdad, no me queda dentro más de lo que he dicho.

MENEDEMO.

¿Qué te parece, Franquila, y vosotros, hermanos, qué decís? ¿Hay en el mundo quien con tanta abundancia ni facundia razone?

GALTERIO.

Tan espantado estoy de oille, y tan demudado como el que ha hollado la culebra los pies descalzos.

FRANQUILA.

¡Oh, quién nunca se partiese de su conversacion! Y si no estuviese tan instruta de la verdad de la futura vida y de la

universal resurrección que esperamos, dijera que no quería más esperanza de gloria ni otra dilatacion de entendimiento. Pero cesado, bien será que le replique.

SIMACO.

Sea en breve, señora Franquila, porque me parece que está en disposicion de reposar algun rato, que ya ha tres dias y tres noches, ni ha cerrado los ojos ni la boca.

FRANQUILA.

A tiempo oportuno hablaste, y tarde es ya; bien será concluir este proceso, y estad atentos: ¡Oh, señor Berintho, y cuán altamente has razonado, concluyendo en tu principal presupuesto! ¡Oh cuán bien has explicado tu intencion! ¡Oh qué manera tan no pensada has tenido en el proceder! Por cierto, si aquel Marco Quintiliano de nuestra nacion, y el otro Demóstenes, tan estimado en Athenas, y el gran Ciceron, tan adelantado en dignidades de la Roma república, fueran vivos, conociendo la ventaja tan á la clara, te antepusieran en el primado en todo género de orar; y en verdad te prometo que si

como son las dos despues de las doce, anocheciera agora, seis horas me estuviera aquí. Pero ya, señor, muy bien tengo por extenso entendido tu voluntad, y la certidumbre de tu mal, y de dónde procede; al presente hay necesidad que brevemente, porque como digo es muy tarde, hablemos en el remedio y de la manera que has dicho; lo uno me certifica de lo otro, mandándome en qué quieres al presente, y en qué mandas que yo entienda; ó qué quieres que yo diga, ó haga, ó por qué las cosas de mis propios intereses dejadas, como ya otras muchas veces te lo he prometido, y aun con juramento afirmado, no partir mano ni me distraeré á otras casas hasta ver la certividad de esto en que al presente estamos.

BERINTHO.

Aquel Señor que de todas las cosas es principio y fin, te lo agradezca, y aquella Madre y socorro del linaje humano te dé la paga de tan gran merced, como al presente me haces. ¿Qué te parece, Menedemo, que hay que temer, qué otra cosa más próspera se puede desear, qué más bienaventurado suceso pudiera de presente acaecer? Por cierto, la gloria del Quin-

to Metello, con harta parte no llegaba á la mía. Aquel de quien se escribe que de toda la gentilidad antigua fué el más bienaventurado, y del que todos refieren no haber jamás visto en toda su vida cosa contraria á su felicidad, ¿y qué pensais todos hay algun hombre á la sazon en el siglo mundano tan acompañado de contentamiento? No por cierto.

MENEDEMO.

Bien se nos trasluce á todos ser esa la verdad, porque como dicen, harto es de ciego quien no ve por tela de cedazo; pero para que Franquila se despida, que es ya muy tarde, dale la carta que tienes escrita, y allende mira si de alguna cosa la has de informar, y nosotros nos salimos porque será bien que entre tí y Franquila pasen estas cosas.

BERINTHO.

¡Oh cómo has hablado tan sabiamente! Pues andad, hermanos, con Dios, que algunas cosas me restan de comunicar con Franquila, y aun no ménos importancia que el remedio de la propia vida.

FRANQUILA.

¿Otros duelos tenemos, y por ahí me entras?

BERINTHO.

¿Qué dijiste, amiga Franquila, que en verdad no pude comprender tu razon?

FRANQUILA.

Dije, señora *(sic)*, que si en la carta va tu voluntad bien por escrito, no hay mucha necesidad, si te parece, que gastemos más tiempo en esto, y la carta ya la tengo en mis manos; en lo demás, ya cumpliré segun la razon lo requería, como ya otras veces lo he hecho, especialmente que al presente se ha ofrecido la mejor oportunidad del mundo, porque anteayer fué Cantaflua con ciertas mujeres de su casa á tener novenas á Señora Santa Isabel, que es una ermita muy devota cerca de las huertas, y lugar bien solitario, y muy ageno de conversacion de gente para la poder compensar.

BERINTHO.

¡Oh Madre del Señor de la natura, y

tan grande oportunidad tenemos, y tanta prosperidad se acerca! Bien dicen que el bien ó el mal, primero que vengan, dan algunas señales, y pues que así es, hermana Franquila, lo que has de negociar, es traerme respuesta de la carta, y con esto estaré tan ufano como el príncipe Staturo, primer presidente de Siria y reino de Judea; y no te quiero más enojar, pues hacerte nuevos ofrecimientos, excusado es, pues mi persona y estado, y toda mi casa, están á lo que quisieres ordenar; pero será muy bien que todos esos mozos vayan contigo, y te acompañen porque vayas á tu honra.

FRANQUILA.

Del hecho resultará mi solicitud y diligencia, y remitiéndome á la obra, tengo, señor, en mucho la voluntad y aun las mercedes que de cada dia me haces. En lo demás, Aminthas solo irá conmigo, y así lo manda porque es muchacho, y aunque alguno nos vea, no echará mientes en cosa. Lo cual sería al contrario si me viesen ir muy acompañada.

BERINTHO.

En todo se siga tu voluntad. Galterio, Galterio, ¿no oyes?

GALTERIO.

Señor, ¿qué mandas?

BERINTHO.

Paréceme que tú y Menedemo os quedais aquí conmigo, y Aminthas vaya á acompañar á Franquila, porque nadie mirará en él.

MENEDEMO.

Aminthas, Aminthas, ¿no miras las voces que te dan?

AMINTHAS.

¿Qué es, Menedemo?

GALTERIO.

Cúbrete la capa, hermano, que manda Berintho que tú solo vayas á acompañar á Franquila.

AMINTHAS.

Cubierto estoy; pero cierto, yo quisiera

más reposar que andar como bruja por las calles á tal hora, especialmente que en mi vida anduve de noche; pero, pues se ha de hacer, bien será de la necesidad hacer virtud, fingiendo que me huelgo mucho, ¡oh señora Franquila! y qué gran merced, en verdad, me ha sucedido, segun deseaba; y pues se ha ofrecido en que mi voluntad se cumpla algun tanto, vamos, que aderezado estoy, y mi hermano Galterio me emprestará esta espada.

FRANQUILA.

Mucho agradezco, señor Aminthas, en verdad, el deseo que me muestras, y así para en las cosas que tocaren á tu honra, tendrás en mí una verdadera hermana.

GALTERIO.

Si mandas, señora, que todos te acompañemos.

FRANQUILA.

Más necesidad hay que os entreis con Berintho, que en verdad, no es razon que todos os quiteis de ahí.

GALTERIO.

Pues que así mandas, la Madre de Dios te guie; y vos, don rapaz, mira no hagais cobarde la espada, porque de cinco que tengo, esa es en la que yo tengo más confianza, y la que nunca se me cae de la mano; y esa es la que tan afamada está en toda la tierra.

MENEDEMO.

Yo me entro, que me parece que da voces Berintho.

AMINTHAS.

¿Esta es la que algunas veces te pide emprestada Pedro Recuero?

GALTERIO.

¿Pues qué piensas? De treinta años á esta parte no se ha hecho desafío en toda la Andalucía, donde ella no se haya hallado, porque de Córdoba, de Cádiz, de Jerez, de Málaga y de otras muchas y diversas partes, donde suceden algunos desafíos entre los amigos, luego me envian

por ella, y con esta fué con la que mataron al tablajero de Sant Lúcar, y con esta cortaron entrambos los muslos á Navarrico, el soldado del duque, y con esta Rabanal hizo las grandes cosas en Toledo, y al tiempo que Solisico mató el vizcaino en Alcázar de Consuegra, no fué otra cosa la causa, salvo tener esta espada.

FRANQUILA.

Por mi vida que estoy muy escandalizada en oir tales cosas.

AMINTHAS.

¿Y tambien la prestaste para el desafío que dicen que se hizo la semana pasada en Quesada?

GALTERIO.

No, porque bien ha un año que tienen ya por costumbre en los desafíos sacar por condicion que ninguno lleve la espada de Galterio.

FRANQUILA.

Quédate con Dios, porque te da voces

Menedemo, y ya el aurora se viene apropincuando, y el hijo de Latona ansiosamente procura de tender sus rayos sobre las muy altas cumbres del reino, de donde huyendo Saturno las armas del hijo Júpiter llamado, veniendo en Italia, propincua á su causa, se llamó Latina.

GALTERIO.

Tambien me parece, señora Franquila, que por enseñarnos que sabes poesías, no ves la hora de hacerme que calle.

FRANQUILA.

No en verdad; pero si tornas á contar las virtudes de la espada, nunca acabarás, pues que dices que tan afamada es; y por cierto de la espada de Roldan, que dicen ser encantada, ni de la del Rey Artús, la cuál afirman ser muy maravillosa, no he oido tales cosas; espantada me tienes.

GALTERIO.

Las mujeres de no nada os maravillais, y á Dios y á la Magdalena te encomiendo, que pues de tan mala gana me oyes, yo me entro en la sala.

FRANQUILA.

Anda, hermano Aminthas, y cúbrete lo mejor que pudieres, porque no te conozca nadie, que yo te seguro que anda ya harta gente levantada.

AMINTHAS.

Así lo hago, y acércate más, señora Franquila, que hace oscuro.

BERINTHO.

¿Está allí alguno de vosotros?

GALTERIO.

Menedemo y yo estamos, señor, aquí.

BERINTHO.

¿Pues qué os parece de Franquila, y cómo no le podría pagar, aunque le diese todo el tesoro del rey Midas, ni otra monarquía como la de los africanos?

MENEDEMO.

¿Pues no nos dirias con el suceso de tan

próspera ventura, cómo te hallas, ó cómo te sientes, ó cómo estás?

BERINTHO.

¿Qué tal estoy, me dices?
Estoy tal, que el pensamiento
me tiene por tan cativo,
que del grave sentimiento
él no siente ni yo siento,
si estoy muerto, si estoy vivo.
Y así el sentido doliente,
la carne ya enflaquecida
el morir triste consiento,
pues que siente que no siente
si es de muerte si es de vida,
y siente el entendimiento
del sentir sentido esquivo,
y siente tan gran tormento,
que no siente ni yo siento
si estoy muerto, si estoy vivo.

GALTERIO.

¡Oh cancion digna de estar escrita con letras de oro! y por cierto aquel florentino Petrarca, en su galana toscana lengua, no dificultó su pasion con sentencia, ni metros tan altos, ni pudo por tal estilo, aunque mucho se trabajaba, representar en

público, lo que en el alma sentía, en el tiempo que los amores de madama Laura más ahincos le ponian: ni en el tiempo que él como muchas veces afirma, más fuego tuvo encerrado en el pecho; ¡oh quién la tornase á oir otra vez! ¿Qué me dices, Menedemo, que te veo helado?

MENEDEMO.

Por la Sagrada Escritura te juro que daria mi caballo con el jaez por tener la cancion escrita; porque pienso que cosa semejable á ésta, nadie hasta hoy la compuso. Bien dicen que la necesidad es muy amiga de la especulación, y así el Persio en su Epígrama nos da cierta y verdadera doctrina dello; pero has visto la fuerza del amor que ha podido tanto, que pensando é imaginando Berintho noches y dias en Cantaflua, ha cedido sobre su acostumbrado estilo hartos quilates á mi ver.

BERINTHO.

¿Qué estás hablando, Menedemo?

MENEDEMO.

Decimos, señor, que será bien te dejá-

semos reposar, y que con tan buena esperanza te sosiegues.

BERINTHO.

Pues cierra la puerta, que oportuna y convenientemente has hablado.

GALTERIO.

¿Qué será bien que hagamos?

MENEDEMO.

¿Qué hemos de hacer, salvo dormir esto poco que queda de la noche? Y entrémonos allí en mi cámara, y así vestidos nos echaremos un poco encima de mi cama.

GALTERIO.

Ya estoy en calzas y jubon; quiero matar la vela si mandas.

MENEDEMO.

Haz á tu voluntad, y entorna la puerta.

ESCENA QUINTA.

EN QUE SE INTRODUCEN FRANQUILA, AMINTHAS Y TIBURINA.

FRANQUILA.

Oh cómo la inmensa Trinidad, ejerciendo sus maravillas acostumbradas, me ha librado de las enojosas razones y de las espantables blasfemias de Galterio; por cierto Aminthas, que maravillo mucho de cómo Berintho, caballero tan sabio, tiene en su casa hombre tan escandaloso, y aun tengo á milagro cómo vosotros lo podeis sufrir, y cómo os podeis valer que no os mata á todos.

AMINTHAS.

¿Razonas eso de verdad, señora Fran-

quila, ó vas burlando de las cosas y blasonerías de Galterio?

FRANQUILA.

No en mi ánima; salvo que á mi ver ningun delito se comete en la ciudad en que él no sea partícipe, ni pienso que hay muerte de hombre arrebatada á que el vulgo llama traicion, en que él no ponga las manos; ni á mi ver en toda esta tierra se comete aleve ni cosa fea en que él no lo apruebe antes que se haga, ó lo haya por rato despues de hecho; y por fé tengo que todos los males que de noche se hacen y la luz del dia los hace notorios, se cometen mediante su consejo y favor: y sin duda las cosas abominables y feas, y desastrados y tristes casos que oimos algunas veces que contecen, no avendrian si él no fuese el autor del todo, porque yo veo este hombre ser amigo de discordias y escándalos, y amigo de todo género de daños, y amigo de todos bollicios y de toda enemistad; y veo por el contrario que es enemigo de toda paz y de toda manera de honesto y derecho vivir, y asimismo es enemigo de toda honestidad, y de todo género de virtud, y de todas las gentes inclinadas á bien, y en conclusion

le parecen mal todas maneras por donde venimos al conocimiento de la recta y pacífica vida. Y de verdad te afirmo y aun estoy por certificallo con juramento, que toda esta provincia estaría falta y carecería de tan horribles sucesos, y tan pésimos casos, y nefandísimos delitos, y crímenes tan atroces como en ella se cometen, si éste tan pésimo y malvado hombre no estuviese en la tierra.

AMINTHAS.

Fasta aquí, señora Franquila, como ya dije, pensé que pasabas tiempo; pero veo tu sermon tan dirigido en favor de la cosa pública, y veo que hablas tan en seso y tan de verdad, y aun algo enojada, que te digo que has compuesto contra Galterio gentil inventiva; y por cierto la de Marco Tulio contra el proditor de la patria no fué más grave ni más criminosa; y por lo que te he oido, tengo por muy cierto que tienes creido, Galterio, ser tan malo como lo has pintado con la sentencia de tu riguroso sermon; pero por ser la persona que eres, y por la obligacion que todos nosotros tenemos á tu servicio te quiero avisar, porque no te estés engañada con Galterio, como mucha parte de la ciudad

está, no bien informados de lo que pasa ni de lo que en verdad es.

FRANQUILA.

¿Qué dices, Aminthas, que estoy engañada? Quiero oir lo que dices, porque eres cuerdo mancebo; pero vosotros, como es vuestro compañero, debeis ser los engañados.

AMINTHAS.

¿Pues no me harás merced, señora Franquila, que me oigas?

FRANQUILA.

Aun estaré tan atenta como el pueblo de Jano á la oracion de Marco Ciceron, cuando descubriendo la predicacion del maléfico Catilina salvó la patria. Por tanto, prosigue, prosigue, Aminthas.

AMINTHAS.

Es en verdad cosa de burla pensar de hablar en seso de las cosas de Galterio; pero pues así quieres, digo que Berintho huelga mucho de oir mil cuentos que tiene,

los más donosos del mundo; y por sacarle á barrera dale oido, consintiendo con él en todo lo que dice, y haciéndole creer que sus palabras son la misma verdad. Y desta manera métenlo en juego, y dice cosas maravillosas; pero despedido él, no pasa tiempo Berintho con los que allí se hallan de nosotros, salvo en burlar de todo cuanto ha dicho; y con eso y porque en otras cosas es gran servidor, súfrelo; porque sin duda, si perdices, ó francolines, ó truchas hay en la ciudad, él ha de saber dónde están, y aun á osadas que él lo tiene todo tan proveido, que ni el pescador ni el cazador no venden cosa sin hacérselo saber; y desta manera y calidad son los delitos que él comete, presentando á la justicia las semejantes cosas, y sirviendo á caballeros con llevárselas á su casa, y no porque no se las pagan bien; pero en fin, él se entremete de tal manera, que con todos tiene negocios, y con todos trata, y aun en verdad le quieren bien; y dejado aparte el mentir y blasonar que tiene, vive muy sin perjuicio de persona nacida, pues con nosotros los de casa, por Nuestra Señora de Monserrate que él se hace el menor, y que nunca entiende sino en hacer por todos nosotros en contentarnos, y que cualquiera necesidad

que nos ocurra de las que tú, señora, puedes pensar, él lo remedia, y él lo anda todo, y él lo resuelve de tal manera, que á todo su poder hemos de quedar contentos, y á osadas que no venga mujer de nuevo á la mancebía sin traelle carta; y lo primero que el rufian hace, venido á la ciudad, es venir á hablalle para que le concierte con los alguaciles; y sus más recios delitos son estos, y dar avisos á la justicia algunas veces de los males que se hacen. Pero en lo demás que, señora, le culpas, cierto él está bien descansado. ¿Y quieres ver su manera de vivir? Bien se te acuerda que poco ha me emprestó esta espada, y ya le oiste contar las maravillas y desastradas hazañas que con ella se habian hecho.

FRANQUILA.

Muy bien me acuerdo de todo, pues que no es así.

AMINTHAS.

Así el ánima de mi madre esté en el Paraiso, como no ha cien dias que á la puerta de nuestra posada se la ví comprar esta misma que yo traigo, de quien tanto

blasonó, de Vargas el Corredor, por cuatro reales y medio, y ya él no se acordaba que yo habia estado delante, y por mi conciencia que estuve por decírselo, salvo porque en estar tú delante se afrentaba mucho; pero á osadas que no se la perdone, ni se me quede en el papo; y de esta manera nos holgamos y pasamos tiempo con él, y estamos tan hechos, que cuando no está en casa parece que todos estamos sordos. Esto he dicho, y en suma porque veas cuán diversas son las cosas que he relatado de la opinion en que estabas, ¿qué dices, señora Franquila, de Galterio?

FRANQUILA.

¿Qué tengo decir, pues tú lo dices, sino creello como si fuesen las relaciones de Sant Juan? Pero digo entre mí que es aquel diablo para engañar á quien no le conoce; y en verdad, como sabes, él vino á prima noche aquí, y me hizo mil fieros, y porque me tardaba un poco, dijo tantas cosas, que me aglayó; y que estaba por hacer temblar la tierra cient pasadas al rededor de mi casa, y que toda la vecindad habia de perecer á mi causa en un improviso, y ¿quién acabaría de contar lo

que dijo? pero ¡oh, quién supiera sus cosas como agora! Bien dicen que el peor animal de conocer es el hombre.

AMINTHAS.

De esa manera lo hace muchas veces donde no le conocen; pero ya que, señora, estamos en tu casa, volverme he si me das licencia, que no pienso haya dos horas de aquí al dia.

FRANQUILA.

Antes, hermano Aminthas, será mejor que te entres en ese entresuelo, y duermas esto poco que queda de la noche, que ese es el aposento de mis huéspedes, y venida la mañana te irás, y débeslo hacer por ser la primera cosa que te ruego, y quédate adios, que me voy á dormir.

AMINTHAS.

Allá, señora, me mandaras ir á Roma los piés descalzos, y lo hiciera por te complacer, cuanto más aceptar la merced tan en mi provecho, que de otra cosa no tengo tanta necesidad, segun todos en aquella casa andamos desvelados; y cumpliendo tu voluntad, yo me entro á dormir.

FRANQUILA.

¡Oh desventurada de mí! ¡Y qué confusion siento, qué desatinada me hallo, y qué desmayos me toman! ¡Oh Vírgen María, y cómo se me cubre el corazon! ¡Oh qué desventura tan grande, y qué desdicha tan no pensada ha seido (*sic*) esta! ¡Oh cómo el amor de Aminthas me tiene captiva! ¡Oh cómo me hallo sin libertad, y agena de todo verdadero conocimiento! ¡Oh cuitada de mí! ¿Qué haré, qué remedio me será el más saludable? Entre grandes extremos estoy; pero ya, ya bien veo que de tan demasiado mal, la más cierta esperanza es la muerte, pues muriendo yo, y hallado á ese mancebo en mi casa, todavía quedo infamada, y allende desto, quién le escusa que por leyes de derecho, como que no quede obligado á que dé cuenta de mi muerte, y al ménos tendrá necesidad de purgar su inocencia por algun género de riguroso tormento, ejercitando el juez su albedrío, porque dél dicen que depende la administracion de la semejante justicia, considerando la calidad del delito y de la persona, y la manera de los indicios; y si eso oviese de pasar, antes permitiré dejando el bien de la futura

vida, abajar donde aquel tracio Cithareo, compelido del amor de Euridice, determinó en la dulzura y melodía de su arpa demulcir el oido de la compañía de Pluton; pero ¿qué pienso? ¿Qué oigo? ¿Qué estoy vacilando? Tengo el remedio dentro en mi casa y estoime matando; agora digo que ni culpo á Berintho, ni ménos reprendo á Cantaflua; que aunque por su honestidad callo, estoy bien cierta de su voluntad; y pues ya esto no es en mi mano lo mejor, y lo que más cumple á mi honra, es secretamente cumplir mi voluntad con mi amado Aminthas; pero ¿de qué manera será bien que lo haga? Porque si de mi voluntad le descubro mi pensamiento, tener me ha en poco: que es de lo que todas más nos guardamos, pues tambien si siente el amor que le tengo, extenderse ha, y tenerme ha por mujer de poca cuenta: pero si tantos inconvenientes pienso, nunca acabaré. Lo mejor es irme á la cama donde está, y como allá viere, así haré, procurando lo mejor que pudiere de soldar el tal desenfrenado apetito de mi voluntad, que en esta jornada me rige; y un bien hay, que la cámara donde duerme no tiene puertas, y no sentirá nada hasta que esté en la cama, pues cuando allí me vea, aunque es de poca edad, y se pica algo de

hacer del cuerdo, yo confío que á lo que de él siento, en otras cosillas que de él he visto, no se hará mucho de rogar.

AMINTHAS.

Dormía y parece que oigo voces, ¿qué será?

FRANQUILA.

Señor Aminthas, señor Aminthas, ¿no me respondes?

AMINTHAS.

¡Jesús, válame la Purificacion de Nuestra Señora! ¿Y quién es?

FRANQUILA.

Amigo Aminthas, ¿y tan presto me habeis desconocido?

AMINTHAS.

¡Oh mi señora y mi bien! ¡Y qué venida tan no pensada ha sido esta!

FRANQUILA.

Señor mio, en esta casa anda algunas

veces alguna mala cosa, y poco ha, yo que entraba en mi cama, encomencé á oir estruendo, y hallándome sola, con el gran temor, tomé por mejor consejo venirme donde estabas que no dar voces á los vecinos.

AMINTHAS.

Pues si mandas, señora, levantarme, he á encender lumbre; y si tienes alguna cera bendita, será bien que arda ante la imágen de Nuestra Señora, que es cosa de muy gran devocion contra las fantasmas y visiones de la noche.

FRANQUILA.

¿Y todo aquesto es lo que ha deprendido en Palacio? Bien me tiene entendida, vé que con las manos le estoy tentando los pechos y los muslos, y por alguna vergüenza dejo lo demás: y estáme hablando agora en santidades.

AMINTHAS.

¿Pues qué dices, mi señora, levantarme he?

FRANQUILA.

No, mi señor: que estando en compañía nunca las cosas malas parecen; pero estáte quedo y tórnate á dormir.

AMINTHAS.

Donosa está: tiéneme tan abrazado que piensa que quiero huir, y díceme que duerma: dormirá el diablo; pero en verdad, no sé qué me haga, aunque la tengo entendida, porque hasta el día de hoy no sé que cosa es mujer, y no querría caer en alguna falta por donde me tuviese por bozal; pero de necesidad tengo de hacer algo porque no me tenga por hombre para poco; principalmente que abasta lo que ella hace, que no tengo de esperar á que ella lo hago todo.

FRANQUILA.

Señor mío, no querría que me tocásedes con las manos, y que usásedes de alguna descortesía, no me acontezca á mí lo que dicen: por excusarme del fuego, dí en las brasas.

AMINTHAS.

Señora mía, descanso de mis trabajos, cosa recia es lo que dices, pues que mandas cosa que no está en mi mano.

FRANQUILA.

¡Oh desventurada de mí, y cuán sin vergüenza lo has hecho; ya, ya toda mi honra es perdida; pero amigo Aminthas, detente un poco. Jesús, Jesús, y qué cosa tan no de sufrir.

AMINTHAS.

¿De qué te quejas, señora, que aún mi voluntad no está satisfecha, y con tu revolverte á una parte y á otra das causa que te enoge; por mi amor, señora, pues, ¿me quieres hacer la merced que sea cumplida?

FRANQUILA.

¡Oh cuitada de mí! Estásme matando, y ves que no es más en mi mano, porque no te puedo sufrir, y aún no quieres que me sienta ya; por amor de Dios, y no me

hagas tanto mal, y aun querría que me dejases, pues veo que no es en tu mano el dejarme de lastimar.

AMINTHAS.

¿Dejar dices, señora? Por mi fé, si del mundo me hiciesen señor, no dejase la causa indecisa.

FRANQUILA.

¡Qué encarnizado está el mozo! Bien dicen: malo de comenzar y peor de acabar; ¡y quién vido al rapaz, los ojos bajos, fingiendo mucho de honesto! Y á buena fé, Galterio, que no lo puedo más encarecer, no sabe tanta maldad, por eso dicen, del agua mansa me guarde Dios; y de aquel hombre bueno Dios guarde la borrica de su centeno; mas quién pensara que el mogigático, haciendo del estudiante, sabia harta bellaquería; por mi fé que me tiene espantada, principalmente seyendo de tan poca edad, que apenas pienso que ha diez y siete años; y por el siglo de mis finados, que al tiempo que mi marido me hubo vírgen no rescibí la mitad de la pena. ¡Y quién en el mundo pensara que tal cosa tenia! ¡Pero ya, qué tengo de hacer, sino sufrille, haga lo que quisiere!

AMINTHAS.

Véote, señora, estar murmurado y rezando sin cuentas; querría que hablases alto, porque pienso me estás maldiciendo.

FRANQUILA.

Agora que has cumplido tu voluntad, y bien en perjuicio de mi honra y persona, estás de gana de chufas.

AMINTHAS.

¿Cumplida mi voluntad? Engañada estás en verdad, señora,

FRANQUILA.

¡Oh mezquina de mí! Acabar me quiere de matar, y que ha de ser esto; pero si mal tengo, yo lo busqué, y el mejor medio es sufrillo, aunque en verdad es para matar á todas las mujeres del mundo.

AMINTHAS.

Señora Franquila, ¿qué hora será?

FRANQUILA.

No lo sé en verdad, que tanto veo de mis duelos que no tengo cuenta ni curo del reloj dé las que quisiere, que como dicen, de concejo es; pero ¿qué hará á tu parecer, al presente tu amo Berintho?

AMINTHAS.

No me fatiga al presente ese cuidado, ni tengo ménos gana de esas pláticas; cada cosa en su tiempo.

FRANQUILA.

¡Oh, desventurada fué mi suerte! ¿y es viña que cava á destajo, ó es gotera, ó qué ha de ser esto? Ea, hermano mío, que te matas, y no me hagas ser descortés y te deje solo; y en verdad me fuera harto más sano consejo pasar el temor en mi cama y en mis solas, que no haberme puesto en manos del de la carnicería.

AMINTHAS.

¿Y luego carnicero soy yo?

FRANQUILA.

Harto carnicero eres para mí con la obra que pasas; pero si miras, el dia es, y no sé qué nos hagamos, porque se habrá de buscar oportunidad de tiempo para tu salida.

AMINTHAS.

No tengo temor, que ya yo en adversidad pueda incurrir; pues la fortuna permitió que por tan linda aventura te ganase.

FRANQUILA.

También, aunque muchacho, me parece usa de los términos de Galterio, y cada uno trae ya por estilo de hablar rufianerías, donosa gente es esta.

AMINTHAS.

¿Qué estás diciendo entre dientes, señora Franquila? Que á lo que siento estás burlando de lo que digo.

FRANQUILA.

Que será bien que me levante, porque

mi madre vive pared y medio de aquí, y todas las mañanas me viene á visitar, y aun me maravillo cómo ya no ha venido.

TIBURINA.

¿Qué haces, Franquila? ¿Eres levantada?

FRANQUILA.

Mira si lo decía yo.

TIBURINA.

¿No respondes? ¿Oyesme?

FRANQUILA.

Ya salgo, señora, que me acababa de vestir.

TIBURINA.

Pues yo me voy, y mira lo que queda en esa caja.

FRANQUILA.

Ea, madre, por vuestra vida, ¿qué es?

TIBURINA.

Esta mañana tu hermano convidó á almorzar dos ó tres amigos, porque todos se van á caza, y húbeles de aderezar un capon y unas perdices de la manera que ves, y parecióme traerte eso poco porque la fiesta no se celebrase sin tí.

FRANQUILA.

Eso poco, dice mi madre; á buena fé que hay con que se hartar tres gañanes. Pero en mi vida ví cosa más á oportuno tiempo venida, ¿qué te parece, hermano Aminthas, es buena cosa tener madre?

AMINTHAS.

¡Oh, cómo esta gentil capirotada! ¿Pero qué te paresce que hagamos?

FRANQUILA.

¿Qué me ha de parescer, sino que almorcemos? Que todos los duelos con pan son buenos, y despues venga Dios y véalo:

AMINTHAS.

¿Y así en la cama?

FRANQUILA.

¡Por Dios, que es grande inconveniente!

AMINTHAS.

Y hecho esto, ¿qué consejo te parece seguir en las cosas de Berintho?

FRANQUILA.

¿Qué consejo? De que seas levantado, vestirme he, y tú irte has por una puerta falsa que sale al adarbe, que es muy secreta, y luego tomaré el camino de Santa Isabel, y procuraré de ver el fin que todos deseamos.

AMINTHAS.

¿Y tienes, señora, creido que Cantaflua tiene buena voluntad á Berintho?

FRANQUILA.

¿Cómo buena voluntad? Burlando es la cosa, pero ya que entre mí y tí no ha de haber secreto ni cosa partida, sey cierto que de la misma manera y con la misma

ansia que ves á Berintho, hallo á Cantaflua todas las veces que la voy á visitar; y sin duda tiene más pena que él, por razon que el femíneo sexo por la mayor parte sigue los extremos, que ó amamos sin comparacion ó aborrecemos, cosa que nadie lo puede creer; y así si tienes en la memoria aquel Ovidio tan prudente en todo, dice: las madres aman á sus hijos como si fuesen sus enamorados, á donde dió á entender cuán verdaderamente y cuán por el cabo ama la mujer de que en aquella pasion inclina; esto te he dicho porque duermas á buen sueño, y porque estés seguro y bien cierto del buen fin desta negociacion.

AMINTHAS.

¿Qué me dices?

FRANQUILA.

¿Cómo si lo sabe? Mil veces se lo he certificado y bien informado está dello, ¿pues qué te piensas, amigo? ¿De dónde proceden sus tan incomparables tormentos y tan demasiadas pasiones, y dónde piensas que le precede vida de ansias tan sin medida? No anda tan engañado ni tan á ciegas como vosotros pensais.

AMINTHAS.

Espantado me tienes, luego de más circunferencias usais vosotros que la luna; por cierto, ó todos estais locos ó yo no sé nada; pues si eso es así, ¿qué ambajes, qué maneras de negociar son éstas? ¿O de qué circuitos usais? No sé qué diga salvo si no es algun círculo de reglas matemáticas que andais todos conglutinando; ¿no hubiera sido mejor que se hubiera seguido otro camino, dando otro corte á tantos inconvenientes, buscando algun medio más provechosa á todas partes, que no haber andado de acá para acullá entendiendo en cosas desaprovechadas? Por mi vida, señora Franquila, satisfagas á estos escrupulosos objetos que contra lo que has dicho opongo; pues que sabes que todo es para venir en conocimiento de la verdad.

FRANQUILA.

Algo has dicho, pero las ausencias de tu amo y aun sus desabrimientos, hablando contigo la verdad de la una parte, y la poca libertad y demasiada bondad de Cantaflua, della han sido regios inconvenien-

tes y grandes obstáculos al bien de la causa; y con algunas cosillas que á las vueltas se han ido asiendo unas de otras, se ha prorrogado la causa el tiempo que has visto; y aun por más me declarar, y eso debajo de sello de penitencia, te digo que ha más de tres años que intervengo entrellos; y así goce de tí, que es la cosa que en el mundo más quiero, que aún tengo por entender lo que los unos dicen y lo que los otros responden, ni ménos aún tengo conocido lo que los unos desean ni lo que los otros quieren, salvo de cada parte he visto mil géneros de cautelas, mil maneras de asechanzas. Y tantos modos nuevos de negociar, que si no hubiese sido por el gran amor que tengo á mi señora Cantaflua, sé que mil veces habria dado de mano á la negociacion. Esto es, esto entiendo dellos: Dios juzgue lo demás que sabe los secretos escondidos.

AMINTHAS.

Placer grande he habido en saber lo que pasa y de la persona que más entiende en la negociacion.

FRANQUILA.

Bien lo puedes eso decir de verdad; pero

¡oh cómo eres pesado, que aún no he acabado de quitar los manteles de encima la mesa y ya tornas á tus burlas tan enojosas! Ten alguna vergüenza.

AMINTHAS.

Ya me paresce que no se queja la señora tan de verdad, y aun allende desto se reposa más; y lo que dice á mi ver es por cumplir fingiendo una cosa por otra allende de lo que siente, y despues maravíllase de los otros.

FRANQUILA.

Pues que ya me parece, Aminthas, que quieres reposar, yo me voy á vestir, que la obra de mañana aprovecha.

AMINTHAS.

Agora que no está aquí quiero mirar las sábanas, veamos de qué se quejaba este diablo. ¡Santo Dios! Agora digo que no la culpo, y llena está la cama de sangre, ¿qué será? Pues decir que estaba vírgen, donoso pensamiento sería el mio, allá se avenga con buen cirujano el maestre Alonso, especialmente despues que fué á Trípoli y

vido los libros de maestro Abraham. Pero quiero ver si podré dormir un poco.

FRANQUILA.

Señor Aminthas, señor Aminthas, y creo que dormías ya.

AMINTHAS.

Sí en verdad; ¿pero qué es lo que mandas?

FRANQUILA.

¿Qué te parece, estoy gentil?

AMINTHAS.

No sé yo; más te querría la camisa que como estás.

FRANQUILA.

¡Oh, que tiene ojo el mozo!

AMINTHAS.

¿Pues no has oido decir que mujer compuesta, no hay mujer fea? Pero dime qué

es la causa que estando tu marido ausente, te vistes ropas de seda, y te pones manillas y tantas cosas de oro.

FRANQUILA.

Bien dices; pero por hacer fiesta á Cantaflua, voy desta manera.

AMINTHAS.

Por mi fé, que estás tan galana que pareces novia.

FRANQUILA.

Aún te quedaba esotra malicia; pero bien haces en levantarte, y entenderemos en algo de lo que cumple.

AMINTHAS.

Pues ya estoy vestido, ¿qué haremos?

FRANQUILA.

Abajaremos abajo y enseñarte he la puerta y irte has con la bendicion del Espíritu Santo.

AMINTHAS.

Pues sabes la casa, anda adelante.

FRANQUILA.

Cata aquí, hermano, por dónde será tu camino tan secreto, cual fué la estada del rey Alejandre á la mesa del rey enemigo.

AMINTHAS.

¡Oh pecador de mí! ¿Qué, también has leido el Quinto Curcio, ó qué es esto?

FRANQUILA.

Qué desvergüenza tan grande; la puerta abierta, y páraste agora á jurar, y no miras que estoy encima del pesebre, dígote que anda la seda muy bonica.

AMINTHAS.

¡Oh, cómo señora, no te enojaría, si estuviese en mis manos!

FRANQUILA.

No está sino en la de tus vecinos, por

eso es la cosa más récia del mundo, tener amistad con muchachos; que ni miran razon, ni tiempo, ni inconveniente; solamente que sigan ellos su voluntad y apetito; pues Aminthas, ¿qué te parece, es gran barraganía la que has hecho, y aun estáse riendo el desvergonzado? ¡Oh quién pudiese acabar consigo de no verte más en su vida!

AMINTHAS.

¡Oh esperanza de mi salud! ¡Oh esperanza de mis trabajos! Por mi conciencia te certifico que quisiera más haber perdido un dedo de la mano, que haber hecho cosa de que así te hubiese redundado fastidio; pero el demasiado amor, la demasiada pena, mi tan demasiado fuego me desculpa; ¿y piensas que estoy en mí? ¿Y piensas que tengo el acuerdo que antes? ¿Y piensas que tengo alguna libertad? No por cierto.

FRANQUILA.

¡Oh mi señor Aminthas! Y no pasen más adelante tus desabridas y tristes querellas. Mira que me sino en verte con pena; antes yo, con mucha eficacia, te

encargo que en lo que accedí me perdones, porque ser mujer y tan obligada á la honestidad, me relievan de culpa.

AMINTHAS.

Pues que ya, señora, á lo que veo, vas tornando en tí, me da licencia antes que sea más tarde, porque en la posada yo aseguro que me han echado harto ménos.

FRANQUILA.

Con tan buena ventura sea tu ida, cual fué la de Publio Scipion en Africa, para el acrecentamiento del pueblo romano; y tan dichoso seas en las armas como aquel Lucio Sico que de ningun Romano sus historiadores escriben, que persona por persona á tan grandes hazañas en favor de la su república cometiese.

AMINTHAS.

Espantado me voy de oirte.

FRANQUILA.

Anda, que no paresce nadie, y la Vírgen María te guie; todas las cosas han su-

cedido mejor que se pudiera pensar; bien será que vaya á entender en lo que tengo á cargo; quiero subir por mi manto y cerraré la puerta, y mi casa dejarla he encomendada á mi madre, diciéndole la verdad donde voy; porque ya ella sabe que ha gran tiempo que tengo estos negocios á mi cargo; y no lo tendrá por cosa nueva, ni se espantará de mi ida.

ESCENA SEXTA

EN QUE SE INTRODUCEN AMINTHAS, GALTERIO, SIMACO Y MENEDEMO.

AMINTHAS.

Oh cuán cumplido voy de contentamiento! ¡Oh cómo no hay tal mujer en el mundo como Franquila! Pero cierto siento harta congoja á su causa. Bien me decía muchas veces la dueña que sirve en nuestra casa, que si esta vianda probase, me comería los brazos hasta los codos; pero cerca estoy de la posada, y dentro en el patio veo á algunos de mis compañeros; y pues están burlando, no sienten en cosa mala nueva; bien está que aun en esto me suceden las cosas prósperas y favorables.

GALTERIO.

¡Oh, hermano Aminthas! ¿Y dónde has estado, ó cómo te has tardado, que en verdad todos estamos temerosos de tu salud?

AMINTHAS.

Dejada á Franquila en su casa, ya que me venia, encontré á mi primo el paje de don Gaspar, y hizo que nos fuésemos á dormir á su posada, y así me he detenido.

SIMACO.

Mira, hermano, lo que dices, que ese tu primo vino aquí bien ha dos horas, á preguntar por tí, y tuvo pena de que no le supimos dar entera relación.

AMINTHAS.

¡Oh hermanos! Bien dicen que la mentira no tiene piés, y pues esto Dios lo quiere, entrémonos más adentro, y contaros he mis buenas andanzas, y la buena prosperidad que me ha acontecido.

GALTERIO.

Ea, amuestra la espada, que llevándola, no habrá sido en tu mano de haber dejado de matar dos ó tres hombres.

SIMACO.

Dí, dí, que en verdad yo ya estoy vacilando mil malos pensamientos.

AMINTHAS.

Oye, que goces, y tú, Galterio, repósate que te veo muy demudado, que mi buena ventura no ha sido en perjuicio de nadie; ni es caso en que la justicia pueda proceder de su oficio.

GALTERIO.

Algo se me va apaciguando la furia; que yo ya tenia creido que habias encomendado algo por donde antes de media hora hubiéramos de degollar la mitad de la ciudad sin meter á la justicia en parte. Pero pues desto nos aseguras, dí, dí, Aminthas, que en todo serás favorecido de nosotros; y sea lo que fuere, especial-

mente que al cabo será alguna niñería, ó haberte juntado con otros pajes, ir á coger doñigales, ó algunos duraznos, á osadas sobre mi alma, ó cosa que le parezca.

AMINTHAS.

Donoso está Galterio, como si me hubiese él alguna vez visto en los semejantes tratos.

GALTERIO.

Pues no lo digo por tanto; pero fué la negra al baño, y tuvo que contar un año.

SIMACO.

Pues dí ya, Aminthas, que en verdad me estoy deshaciendo, y aun Galterio se holgará de oirte, yo lo aseguro.

GALTERIO.

En verdad que estás en lo cierto.

AMINTHAS.

¿Qué diré, qué camino seguiré, ó por dónde comenzaré á contar tan alta fortu-

na, tan gran bien, tan gran merced, como de Franquila he recibido, que desde que de aquí fuí hasta que amanesció, y aun hasta parte del día, la tuve á mi voluntad.

GALTERIO.

¿Y á eso llamas no ser en perjuicio de nadie? ¡Oh! Reniego del Agareno hismerita, y reniego de Haluza, aquél tan adorado de la gentilidad pagana. ¿Qué, en todo eso has estado entendiendo? ¿Y esa es la amistad que conmigo tenías?

AMINTHAS.

Fan forrejar castellanos.

GALTERIO.

¿Qué te parece, Simaco, de cómo el rapaz se va trifando de las cosas, y honra del hombre? Descreo de toda manera de mal vivir, y reniego de los infieles del hijo de Dios, y si no viviera con Berintho, si ya no le hubiera arrebatado la cabeza de los hombros, y aun la tuviera ya clavada en la picota, y quizá dejara de pasearme por la ciudad, que eso es como fice con el otro en Córdoba.

SIMACO.

Muy enojado te veo; pero por tu vida, ¿me cuentas qué fué eso que dices del de Córdoba? Porque muchas veces te lo oigo decir.

GALTERIO.

Cómo ¿qué no lo has sabido? Pues maravíllome que no hay cosa más pública en el Andalucía, ¿pues de dónde me encomenzaron á temer y á sonar mis cosas?

SIMACO.

Sin duda hasta hoy ninguna cosa de eso ha venido á mi memoria.

GALTERIO.

Bien parece que no tratas con hombres de seguida, si no mil veces lo oirías al día. Pero cierto fué gran osadía la mía, que estando en el potro, Francisco Guantero hizo muestra que iba á hacer mano contra mí, y no se hubo acabado de desenvolver, cuando ya le tenía con su mismo puñal cortada la mano derecha y cla-

vada encima del bodegon de Gaytanejo; pero ni por eso perdí la tierra ni dejé de pasearme.

MENEDEMO.

¿Con quién lo ha Galterio? ¿De qué está enojado?

AMINTHAS.

Déjenle á él blasonar del arnés, y no haya más mundo.

SIMACO.

Pues ese delito, récio era, y en lugar bien público; ¿qué hizo sobre ello la justicia?

GALTERIO.

Justicia, ¿qué justicia ó qué diablo? ¿No has oido decir que la justicia y la cuaresma no son sino para los ruines?

SIMACO.

Todavia deseo saber la causa; ¿por qué delito tan perjudicial á la república quédase impunido?

GALTERIO.

¿Hasme de sacar el hijo del cuerpo? La verdad, hablando contigo, á la sazon yo era hombre del alguacil, y á los tales porque hay pocos que quieran servir de aquel oficio, siempre les sufren algunas travesuras; porque si así no fuese, habríalos de acompañar por sus ojos vellidos?

SIMACO.

Pienso que llamas ser hombre del alguacil á los que el vulgo llama porquerones.

GALTERIO.

Algunos bellacos ponen esos nombres, y aun tal dice mal de sayo que lo queria tener vestido; pero en fin, de alguna manera hemos de vivir, y aquí en la ciudad, al presente ¿no ves la amistad que tengo en el corregidor y teniente?

MENEDEMO.

Oyes, Aminthas, Galterio de gana está; no sé qué yerba ha pisado esta mañana.

AMINTHAS.

Amistad dice que tiene con la justicia, miraldo; á la fé es buen malsin y gentil espía á lo que dicen, y aun afirman que él vendió á los dos pecadores de mancebos que ahorcaron esta semana habiendo comido el mismo dia con ellos; y aun dicen que no pasa cosa en la ciudad que él no va luego á ponella en el pico al teniente, seyendo testigo ó cosa que lo vala. Y despues favorécese de amigo de los alguaciles, y de decir que viene de casa del corregidor como si fuese un gran facto.

MENEDEMO.

Habla paso y está atento, que torna á sus cuentos.

SIMACO.

Bien sé que conversas con criados de los alguaciles; pero aun esta participacion no deberias curar mucho della; porque no sé que se murmuran todos por ahí.

GALTERIO.

Bien te entiendo; pero cada uno busca

sus partidos y formas de vivir como mejor pueda, y sé que treinta años ha no sería yo vivo ni estuviera ya en el mundo, aunque tuviera en buena fé veinte ánimas, si no fuera por eso que apuntaste.

SIMACO.

¡Cómo me entendiste!

GALTERIO.

¿Pues qué piensas? Con esas formas y con otras que yo sé que no han venido á tu noticia, hago cuanto quiero en la ciudad.

SIMACO.

Pues que estamos despacio, y el tiempo nos concede oportunidad, holgaría que me instruyeses en esotras maneras de negociar.

GALTERIO.

Pues así quieres, no me pierdas punto, y está atento: mi principal intencion es, como ya sabes, ser amigo de todos los ministros de la justicia, porque estos con-

tentos puede hombre desollar caras en medio de la ciudad como cada dia ves que se hace; y esto con poco trabajo se alcanza, porque con dar como poco antes apuntabas, algunos avisos de hombres facinerosos, y de algunos que juegan juegos devedados, y de algunas mancebas de casados, ó frailes ó clérigos pobres, que de los demás otro norte se sigue, como luego verás, y tambien acostumbro acompañar algunas noches al corregidor, ó teniente, y con llevalle alguna vez algun presentillo liviano de cualquier par de perdices, y con otros servicios de pelillo semejantes á éstos, puedes á banderas desplegadas meter moros.

SIMACO.

Más inconveniente me paresce á lo que tú confiesas vienen á la república de los malsines en sufrilles sus vicios, que utilidad se le sigue en castigar los crímenes que ellos en secreto revelan.

GALTERIO.

No hay duda en eso, pero que me pena á mí, y yo miro más de lo que me cumple; pero porque dijiste malsines, no quie-

ro consentir eso, antes es oficio de hombres justos y celosos de concordia: y ¿qué otro oficio es el del regidor, ó jurado, salvo mirar que las cosas de su república estén bien gobernadas, y poner espuelas al corregidor, en que castigue los excesos feos y abominables al bien popular, y hacer que con todo rigor se ejecuten?

MENEDEMO.

Aun dirá, si le oyes, que manda tanto como un veinte y cuatro.

SIMACO.

Sin duda Galterio te oyó con atento sentido y con toda solicitud; pero querria que procedieses adelante.

GALTERIO.

Esto dejado, tambien procuro de tener contentos los caballeros de la ciudad, en algunas cosas como en acompañallos de qué hombre los encuentra en la calle, que es cosa de que ellos mucho se honran; y tambien loar sus cosas á persona, que se lo hayan de decir el mismo dia, como á criados y familiares de su casa. Procuro

asimismo de encaminar sus despenseros, donde sé yo que hallarán caza ó cosa de pesca de río, y algunas veces la llevo yo hasta su casa; y no pienses que se pierde en ello nada. De manera que contentos éstos, mucho asimismo se aseguran el campo. Otra forma no pensada tengo tambien para con los señores de la Iglesia.

SIMACO.

Eso deseo mucho saber.

GALTERIO.

Procuro por todas las formas y maneras que puedo de saber quién es el amiga del provisor, del vicario, del prior, del dean, del arcediano, del tesorero, del chantre, del canónigo, del racionero; y no pienses que se me olvida la del maestre escuela; y sabido ésto, luego procuro que venga á su noticia de cómo yo lo sé; pues como ellas y aun ellos saben que yo vivo de dar avisos, luego cada uno acude con su estafa, y así procuran de contentarme hasta mandar al despensero que para conmigo ni haya cuenta ni tasa; y desta manera vienen las cosas á tal estado, procurándolo yo, que si es menester las acompaño

hasta casa dellos, otras veces las llevo algunas mensajerías, ya que tienen alguna conversacion conmigo.

SIMACO.

Maravillado estoy de oirte, pero en mi tierra fino alcahuete te llamarían, no sé acá.

GALTERIO.

No va tampoco tan al descubierto como piensas, porque como dicen, cada dia olla, etc., pero es alguna vez de cuándo en cuándo, de la manera y con la moderacion que acá los de palacio lo acostumbrais, haciendo unos amigos por otros; de manera que apaciguando lo temporal y las dignidades y jurisdiccion eclesiástica satisfecha, puede hombre dormir seguro y descansar á la sombra.

SIMACO.

Jesús; ¿y tal cosa pasa?

GALTERIO.

¿Pues cómo piensas que libré á Juan Izquierdo del pié de la horca, que despues

que los ahorcados se usan no se vido tal cosa?

SIMACO.

Placer habré que deso me certifiques cómo se puede hacer, si él segun derecho merecia la muerte.

GALTERIO.

¿La muerte me dices agora? Y aun mil muertes en buena fé en lugar de una, segun los delitos habia cometido. Pero por lo que á la sazon estaba preso, era porque estando dos hombres durmiendo, los mató por roballos.

SIMACO.

¿Y tal cosa osaste emprender?

GALTERIO.

Mucho se ha de hacer por los amigos, especialmente cuando son hombres de bien; pero muy vivamente se hizo, que con una carta de corora falsa y las justicias eclesiásticas y seglares, favoresciéndole á mi causa, en tres dias estuvo fuera de la cárcel. Y mil cosas de aquestas, y aun de ma-

yor calidad, he yo acabado en el audiencia del señor Provisor.

MENEDEMO.

¿Oyes, Aminthas, qué rayar tiene Galterio, y cuán de voluntad y con cuánta atencion le está oyendo el bueno de Simaco? En verdad que no lo tengo por hombre cuerdo.

AMINTHAS.

El á su placer está rayando, y aun si escuchas, de aquí á un poco, aún dirá que tiene más poder quel vicario del obispo.

SIMACO.

Esto dejado, hermano Galterio, pues que ya estás sin enojo, te encargo perdones á Aminthas; quél como es mancebo, y no sabiendo lo que yo sabia, excedió los límites de la razon.

GALTERIO.

¿Cómo, es posible que no lo sabia? ¿Y no sabes que lo dije yo anoche treinta veces á todos esos mozos y á quien no lo quiso oir?

SIMACO.

Por Dios, que te es en cargo Franquila, que bien le has guardado secreto.

GALTERIO.

Pues eso es lo que yo quiero que sepa ella que se sabe, porque no me importune.

SIMACO.

Como eres bonico no me maravillo.

GALTERIO.

No está en eso; pero mi efecto no es sino tenella hecha de mi fierro para cuando algunas veces nos juntamos los amigos á hablar en las semejantes cosas que pueda hombre, sin mentir, decir que he tenido parte con ella; porque es cosa muy honrosa entre nosotros haber alcanzado una mujer de un mercader, y de buen gesto como aquella; y tambien harto será de mal, si alguna vez, ocurriendo hombre á ella con alguna necesidad, no socorra con alguna dobla, y esto mejor lo hará con temor que no la publique, porque es persona honesta, que si me viese muy secreto y con gran disimulacion.

SIMACO.

Pues en lo de Aminthas, ¿qué me dices?

GALTERIO.

¿Qué tengo de decir donde tú estás? sino que le digas que me estaba burlando, y que haga lo que quisiere, declarándole mi intencion que no es sino sacar algun par de calzas; y eso quede á tu cargo, y vóime á la puerta, que veo allí al padre de la mancebía, y yo aseguro que hay haciendas, pues que me vienen á buscar.

MENEDEMO.

Entrémonos, Simaco, por ver qué hace Berintho.

GALTERIO.

Pues id, hermanos, que yo quiero ir á negociar un poco con aquellos que me esperan á la puerta.

SIMACO.

Las paces quedan hechas, Aminthas, y aun perdona hecho y por hacer.

AMINTHAS.

¡Cómo esas cosas sabe él fabricar y decir lo que nunca pasó! Mira si es mujer Franquila que se habia de contentar de sus cosas; pero no hablemos más en ello, porque Menedemo no entienda la plática y lleguémonos á la puerta de la sala.

MENEDEMO.

Simaco, ¿dónde has tenido el juicio mientras has estado oyendo á Galterio?

SIMACO.

Fué tal cosa en el mundo como las cosas que dice.

MENEDEMO.

Pues en eso no lleva medio, pero pues que vosotros os quedais, quiero ver qué hacen acá dentro sin detenerme á la puerta, porque no digan: quien escucha, de su mal oye.

ESCENA SÉPTIMA.

EN QUE SE INTRODUCEN FRANQUILA, CLÁUDIA, VETURIA Y CANTAFLUA.

FRANQUILA.

Oh mi amado y gracioso amigo Aminthas, y qué dulce es tu conversacion! Dios escudriñador de los corazones, sabe que aunque me hacia de nuevas, otra cosa sentía, allende de lo que la lengua expresaba. ¡Oh señor mio, y cómo te llevo impreso en el alma, y cómo te llevo raigado en el centro de mis entrañas! ¡Oh cómo mi pensamiento, sin divertirse á cosa un momento, no se deja de te contemplar! ¡Oh cómo mi memoria le tiene tan encomendado sabiendo que en esto me complace! ¡Oh cómo el espíritu, considerando la causa tan cerca, se

determina á todo género de pasion! ¡Oh cómo el consentimiento, viendo los clamores de mis tristes sentidos, esté prestando su voto para en la ajenacion de mi libertad! Pero en verdad, que por otra parte siento en mí un alivio sin comparacion, y un agradable contentamiento que basta á mezclar algunas deletaciones entre las tristes ansias que de tu ausencia se me causan. Agora digo que no culpo ni increpo la muerte de la fundadora de la gran Cartago, ni á la otra que cometió los crueles excesos en ódio del que triunfó del vellocino dorado; ni reprendo á la nuera de Egeo; ni á la otra que fué causa expulsiva de la peregrinacion en Egipto del israelítico pueblo; pero ¡oh Santa María Señora! Voy en mi acuerdo y qué hago, estoy ya dentro en Santa Isabel, y aún no he visto la iglesia; bien dicen que la fatiga y cuidado que en el ánimo se concibe, causa grande olvido y desacuerdo; pero paréceme que me están llamando: quiérome levantar, que bien pensarán los que me hubieren visto, que con gran devoción estaba rezando.

CLAUDIA.

Muy devota has estado, Franquila, que

rato ha que te he estado haciendo señas, y jamás me has entendido.

FRANQUILA.

¡Oh Claudia, mi señora! Perdona, así goces de tu floreciente juventud, que en verdad por acabar unas devociones, me he detenido. ¿Pero qué me dirás de Cantaflua, qué venida ha sido esta tan no acostumbrada?

CLAUDIA.

Ya tú lo puedes pensar, y cierto estos enojos la han de enterrar, y fatígase tanto que daría yo algo de la herencia de mi padre, por tener certidumbre de su vida; pero muy confusa estoy viendo de cada dia ya las cosas de mal en peor; y así creo que no pueden suceder en bien. Porque como dicen, por la vigilia conocerás el dia santo; y como mejor sabes, las cosas están el dia de hoy en mayor perturbacion que nunca estuvieron; quién lo causa, no lo sé. Diversos son los juicios del vulgo; pero de que la negociacion veo que va á parar en mal, y de que veo el caso en tales términos sin remedio; y lo que tomo por mejor es con toda astu-

cia, con toda diligencia redargüir á Cantaflua, diciéndole que dé á la maldicion los amores y aun á Berintho, y que procure su salud, que con ella todo lo alcanzará, y como dicen, á todo hay remedio salvo á la muerte.

FRANQUILA.

¿Pues qué te replica, hermana, á eso?

CLAUDIA.

Qué ha de decir, sino que claramente conoce ser verdad lo que digo; y me dice que sin duda consiste su perdicion en acordarse de Berintho, y muy de verdad le maldice muchas veces, y saca por aquella boca cosas y locuras como si estuviese dañada, todas en oprobio de Berintho, manifestando que á su causa está destruida, y se le han seguido tan grandes enojos, y yo de que de aquella manera la veo, huélgome y ayúdole mi parte considerando que en aquello consiste su bien, considerando que su salud depende en le derraigar de su pensamiento con gran liviandad, y á osadas que le enjaboramos bien algunos dias.

FRANQUILA.

Sin perros andais á caza, porque mi mote es: quien bien ama, tarde olvida.

CLAUDIA.

En fin, como dicen: el que no puede haber el asno, tórnase á la albarda.

FRANQUILA.

En todo eso hay gran mudanza, y no están las cosas de las manera que las dejé cuatro dias ha; duda me ha puesto Claudia en mi negociacion; turbado me ha en verdad; no sé qué diga, gran novedad es esta, no cuido de dónde pueda haber procedido, pero el tiempo lo descubrirá, que es el verdadero sabio. Sentencia es de aquel Tales Milesio, primero y principal de los siete en la Grecia tan afamados; pero oir quiero que Claudia procede todavia en su razon, y podrá ser que atine en algo de bueno.

CLAUDIA.

Embarazada estás, Franquila, y no respondes á cosa de lo que digo, ¿qué te pa-

rece de tanto cuidado como el en que estamos envueltas?

FRANQUILA.

Estoy enmudecida con una contrariedad muy grande, que de lo que dices resulta, si Cantaflua dice mal de Berintho, y palabras tan feas como apuntas, y aun consiente que tengo por peor que tú en su presencia las digas. Cierto es que le aborrece de todo en todo; y como de cosa que ya tiene en ódio, el tal menosprecio concebido en la voluntad, viene con la mucha abundancia y fuerzas de la sensualidad, compeliendo á la desenfrenada lengua á que ejecute lo en el pensamiento imaginado. Pues queriéndole mal como de mis promesas parece, excusado es lo que dices que tienes temor de su salud; concluido he; si te parece, asuelve el argumento, ó dí que no mirabas lo que decias, no puedes retroceder; atenta estoy, dí todo lo que tú quisieres, y no me dejes con el bocado en la boca que á ninguna parte lo puedo revolver.

CLAUDIA.

Áseste á las ramas, hermana Franqui-

la, y antes que acabe de razonar, fundándote en algunas palabras narrativas á otro fin, y tomando la cosa muy de verdad, éntrasme por unas lógicas, como si fuese en esto el atar de los trapos. Escucha, escucha, que quien bien oye, bien responde; y cuando naciere, ó tuvieres alguna duda de la sentencia de mi sermon, discutámosla hasta que entrambas nos satisfagamos, y así vendrás en verdadero conocimiento, y á tener noticia de cómo en ninguna me contradigo; pero si dejándome la palabra en la boca, faltas á todo y matas con las sotilezas que siempre acostumbras, por no venir en quiebra contigo, te rendiré las armas, como dicen los soldados.

FRANQUILA.

Pues no te burles ni estés chufando, que tan desabrida estoy, que te espantarías, porque veo de cuán árdua calidad es el caso. Pero así Dios te dé lo que deseas, que pases adelante, absolviendo el enigma tan nécia que, como ves, me tiene bien desalentada; y pues del bien ó mal de Cantaflua me alcanza la parte que ya tú puedes pensar, no debes en cosa repunar mi ruego.

CLAUDIA.

Maravíllaste Franquila de mis razones; y bien conveniente sería tu duda, si Cantaflua perseverase y tuviese constancia en lo que una vez ha dicho. Pero como en el pensamiento no se le conciba cosa en perjuicio de Berintho, ni se le raigue en la voluntad, acabadas de decir las palabras y denuestos que de suso oiste, antes que en otra cosa entienda encomienza un llanto como si tuviese delante muerto á su padre; y dirigiendo sus clamores contra sí misma, y con unas exclamaciones tan nuevas, que no sé quién se las enseñó, saca cosas por aquella boca, que estoy hecha boba oyéndola; y busca mil maneras de arrepentimientos contra lo que un Credo antes de verdad parecía que afirmaba, y con un género de retórica nunca usado, pide con tanto ahinco perdon á Berintho, como si estuviese delante, y ella le oviese errado, habiendo cometido contra él algun desastrado caso; y entretanto que estas cosas pasan, cuántos sollozos, cuántas lágrimas, cuántos suspiros, unos tras otros le vieras sacar con grandes ahincos de en medio de las entrañas; y tras esto tantos gemidos y tan tristes que

cada vez paresce que se le arranca el alma! ¿Y en aquella sazon, qué tal piensas que está? Echada en la cama ó encima de un estrado, y tan sin color que parece los espíritus vitales haberla desamparado, y muchas y muchas veces cuando de aquella manera la veo, pensando que el alma ha hecho segregacion de la carne, llego á tentalla, y hállola tan fria como si de verdad le estuviese puesto término á su vida; pues pensarás, hermana, que aunque la tiento toda, y le lavo la cara con agua, y la perfumo con algunas cosas aplicadas á los semejantes desmayos, que me siente ni responde, aunque más alto le hable, no más que si estuviese ya en el verdadero juicio; y desta manera le acontece, y esta vida pasamos con ella casi todos los dias. Así que ya he dado conclusion á lo que yo en mi intencion tenia determinado de te decir, y mi principal intento era para comunicar contigo el remedio, y qué es lo que al presente se debe elegir por mejor. Agora me puedes decir si hay algo sobre que arguyas, ó si restan tus argumentos con entera solucion.

FRANQUILA.

Señora Claudia, tan alta manera has

tenido en el proceder, y tan planamente y con tanto órden, y por tan maravilloso concepto has expuesto mis enigmas, que no sólo me has dado noticia perfecta de lo que deseaba, pero tambien has manifestado tu grande facundia en el hablar, tu sutileza de ingenio, tu presteza de entendimiento, tu profunda memoria, tu prontitud en el proceder, tu elegancia en las palabras, tu abundancia en los vocablos, y por concluir digo que ya yo estaba informada de cómo, señora, te dabas á la lengua latina; pero ¡quién pensara que tan alto estilo tenias en el razonar! Y pues Dios ha tenido por bien que se ofreciese en que contra tu voluntad y allende de lo que yo esperaba me fuesen manifiestas tus grandes cosas, de hoy adelante yo me tendré cargo de sacarte á barrera; en lo demás proveamos no ocurra algun peligro con nuestra tardanza, y entremos si te parece, que ya Veturia nos está llamando con la mano.

CLAUDIA.

Replicarte querria que me dejas confusa con tantas adulaciones; pero como dices el tiempo es largo, y vamos, que con mucha priesa nos torna á llamar Veturia; vóime que hay.

VETURIA.

¡Oh hermana Franquila, y cómo vienes à tiempo deseado! Entra, que no se compadecen más pláticas, y á osadas que tenemos haciendas.

FRANQUILA.

¡Jesús, Jesús, y parece que está muerta Cantaflua!

CLAUDIA.

Déjala al presente, que sin duda es peor hablalle; y de la manera que está á segun otras veces, es tortas y pan pintado.

CANTAFLUA.

¡Oh mi señor Berintho, y si cesasen ya tan inmensos dolores de que estoy á la contina cargada! ¡Oh si cesasen las ansias que por tu causa me vienen! ¡Oh si cesase de me herir la áspera flecha que de tus ojos enviada, tiene clavado por medio al atribulado corazon, y con tan triste herida, que á una parte ni á otra no le deja revolver! ¡Oh si cesase la llaga que de

ninguna medicina recibe remedio! ¡Oh si cesasen los mortales cuidados que de tu memoria proceden! ¿Por qué, señor, te muestras tan cruel? Osando de otra cosa allende de la natura, ¿por qué no apagas la rabia tan cruda, que con tu imaginacion tiene su aposento en medio del ánima, como en parte donde más puede dañar, por ser de compostura y materia más noble? ¿Por qué á la áspera y terrible cuita que así me aflige, no haces que dé algun alivio á los tristes sentidos? ¿Por qué estando ellos jamás despiertos, crecería su potencia, y gran remedio me sería tener verdadero conocimiento para servir de dónde proceden mis males, porque con tal consideracion, y costando la causa de mi dolor ser tan justa, gran contentamiento se me causaría? ¿Por qué las potencias de la razon con las espaldas de tal socorro resistirían de manera, que siquiera ya no me acabase de consumir?

CLAUDIA.

¿Has oido, Franquila, tal envolver de razones, ni tantas maneras, ni tan nuevas investigaciones para venir á concluir lo que quiso? ¿Qué dices, que no respondes?

FRANQUILA.

¿Qué tengo de decir? Qué estoy más muerta que viva; y tanto siento el mal de Cantaflua, que estoy por volverme sin llevar respuesta de mi embajada.

CLAUDIA.

¿Cómo? ¿Qué con mensaje le venias?

FRANQUILA.

Sí, yo una carta le traigo.

CLAUDIA.

¡Oh cuitada! ¿Y por qué no lo habias dicho antes, y hubiéramosla resucitado, aunque estuviera muerta? Espera, espera, y verás por experiencia lo que digo; señora, señora, que está aquí Franquila, y os trae una carta de Berintho: y ha dos horas que espera aquí.

CANTAFLUA.

Qué cierto es, Franquila, mi amiga, la que está allí; ella será de mí con tanta

alegria recibida, cual fué Claudio Vero del compañero y cónsul Libio Salinator, cuando en la ribera del Metauro dieron la batalla al fuerte Asdrúbal. ¡Oh hermana mia, Franquila, y cómo me parece que ha mil años que no te he visto! ¡Oh qué descuidada eres en mis cosas! ¡Oh cómo no te acuerdas de quien tanto tu honra desea! Pero en fin, con tu presencia, todas las injurias rescebidas revoco de mi ánimo. Viva soy, consolada me veo; no tengo temor de fortuna contraria, y ya capaz me veo de todo remedio, no hay daño que me pueda empecer.

CLAUDIA.

¿Qué te parece, Franquila, si se viese con Berintho?

CANTAFLUA.

¿Qué dijiste, Claudia, de Berintho?

CLAUDIA.

Qué sería bien que leyeses esa carta que te dió Franquila, que es de Berintho; y que repliques de manera que estos negocios viniesen en conclusion, y no andu-

viésemos las que te deseamos servir vacilando, y tan descarriadas como moros sin rey; y de la manera que andan las no perezosas abejas, cuando les falta la maestra; ¿y no has oido decir, señora, que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen? ¿Y no miras que en las guerras, muerto el capitan, todo el ejército perece, y sola la presencia del rey Alexandre sostenia la Monarquía del mundo, por donde cobró renombre de Monarquía universal? Pero muerto él, cómo se dividieron sus reinos, y cómo la potencia de su imperio se disminuyó; y cómo sus gentes peregrinas, entre las naciones extrañas se descarriaron; y considerada la astucia, el fuerte romano llamado Mucio, que despues del suceso próspero, le llamaron Scévola, cómo no procuró de matar salvo al rey Porsena, por libertar de tantas fatigas su propia patria; y no miras que estaba profetado herirán al pastor, y desparcirse han las ovejas; mira, mira, señora, lo que cumple á tu persona y familia, y á tus dos niñas, hermanas, que están huérfanas; y pues Dios permitió que tú, careciendo de padre y madre, fueses la cabeza de la casa principal de tu linaje, no quieras, complaciendo á tus parientes, destruirnos á todos, mira el término en

que han venido los hechos y el estado en que están, y mira que todos sus consejos son siguiendo cada uno su propio interés, y al cabo veo que dice cada uno lo que bien le está, y despues vase á holgar á su casa con su mujer y hijos, y no cura de los enojos que deja sembrados, y así cada uno con su pasion, siguiendo su apetito, daña lo que puede; no digo más, que estoy indignada y podría ser que hablase algo de que despues me arrepintiese. Pero si me quieres entender, lo dicho te basta.

CANTAFLUA.

¿Qué te paresce, amiga Franquila, de lo que ha dicho Claudia?

FRANQUILA.

Que es, señora, doncella sabia y más experta en negocios de lo que su tierna edad lo requiere, y quiere mucho y con el amor determínase á osarte decir la verdad, tan descalzamente como has visto.

CANTAFLUA.

Y acerca de lo que ha dicho, ¿qué sería tu parescer?

FRANQUILA.

Lee, señora, la carta, y mira lo que en ella viene. Y despues, si sobre todo, quisieres mi parecer, por servirte diré lo que siento.

CANTAFLUA.

Astutamente has hablado, así lo hago.

CARTA DE BERINTHO A CANTAFLUA

«*Señora mia y todo mi bien:*

»No me trabajo, ni procuro ya por reservar el vivir de tan ignominiosos cuidados, ni ménos me muestro solícito por desviar en algo la desesperacion de la amancillada vida que sostengo, ni ménos me hago tan no perezoso en certificaros agora de nuevo mis males, por causar en el corazon alivio, pues la incertidumbre de su remedio le ha causado infinidad de pena, ni ménos procuro en buscar via algun tanto segura, por do mis desacompañados sospiros caminen, pues su asídua costumbre, ya en las entrañas raigada, los tiene avisados de la perpetuidad de su

dolorido ejercicio; pero el deseo tan acucioso de seguir á toda vuestra voluntad, me dió alas para haceros muy cierta de cómo ya mis condolidas ánsias me tiene constituido en el grande extremo, y la desaventurada muerte como ve mi vida en el fin, mostrándose más rigurosa, no ejecuta el ódio que tiene con el género humano, aunque está avisada del grato consentimiento que mis potencias prestan con voluntad agradable, eligiendo el menor mal por cosa más segura, y los impedimentos y obstáculos que antepone para excusarse de sin tan acuciosa porfía son, decir que me querello sin causa, y que se requiere voto y especial consentimiento de la causa primera; de donde todo depende como de parte más principal. De manera que estando el ánima con vos, no puede ser separada de las carnes, sin ser primero libertada de las prisiones en que está; grave cosa en verdad para sentir que aún no tenga libertad para consentir en mi desesperacion, y así á lo que parece notorio la vida y muerte teneis en la mano y albedrío ageno de todo cuidado para discernir; gran descanso sentiría que feneciesen ya tan ansiosas querellas con que cada dia mil cuentos de pasiones os acarreo; porque con la memoria de vuestro

reposado vivir, y considerando vuestra determinada voluntad, permanecería contento en cualquier parte que mi tan desconsolada vida por vuestro mando se determinase; y pues en tales términos están las cosas, y todo mi deseo depende de lo que mandais que se siga, la demás dilacion y el más tardarse el espíritu en la enflaquecida carne de los tormentos pasados, será á vuestra culpa, y diré á voces que no sólo consentís en mi muerte, pero que aprobais en la total detencion del ánima, que no haré, ni en más se trabaja el enemigo mortal de la humana natura; lo demás que para concluir era necesario á la discreta y tan solícita intercesora de mi remedio, va remitido, á la cual allende de la carta en todo se dará entero crédito.»

FRANQUILA.

Ya me parece, señora, que has leido la carta, pues te la veo estar doblando y apretando en las manos; agora nos dí lo que sientes, ó qué es lo que mandas que hagamos.

CANTAFLUA.

¡Oh quién nunca hubiera sido nacida!

¡Oh quién no viviese una hora en el mundo! ¡Oh cómo para las cosas de donde depende mi remedio, y para en las cosas necesarias á mi salud, y para en los medios convenientes á la medicina de mi mal, veo claramente por especial providencia estar suspensos los agentes de la natura! ¡Oh cómo mis sentidos y los demás familiares amigos han conspirado contra mí, y con qué familiaridad están juntos deseando mi total destruccion! Solamente por complacer á la sensualidad, causa principal de la conjuracion y liga de mi doméstica familia, contra mí fabrico. ¡Oh quién viendo tan acelerado tormento, se fuese donde gente ni criatura que tuviese sentiría potencia habitase! ¡Oh si mi perpétua morada fuese ya en compañía de las hijas de la diosa de la noche, ó de los brutos animales en algun yermo donde con vista de cosa criada no se me causase refrigerio! ¡Oh si mis tristes dias pusiesen fin á tan enojosa jornada, y sin duda este sería el más saludable remedio!

CLAUDIA.

Paréceme, Franquila, que alguna zozobra ó desabrido razonamiento venía en la carta; ¿no estás atenta á las blasfemias tan

emponzoñadas que está sacando por aquélla lengua como si estuviese rabiando, y no miras cómo no tiene figura de mujer?

FRANQUILA.

Muy dudosa estoy que Cantaflua ya pueda vivir, ¡oh que señoreada la tiene éste tan incomparable dolor! No sé qué diga, pues claramente vemos que en ninguna cosa es señora de sí. Pero oigamos, que ya torna á razonar, aunque ninguna confianza tengo de llevar respuesta conveniente á la intencion de Berintho.

CANTAFLUA.

¡Oh triste y desventurada doncella! ¡Oh desconsolada mujer! ¡Oh enojosa muerte y tan enemiga de toda viviente criatura! ¿Por qué no vienes? ¿Por qué no ejercitas tus fuerzas contra mí? ¿Por qué te arredras? ¿Por qué huyes? Pues no serás recibida de la manera, ni con los lloros que en las otras moradas. ¡Oh cuán deleitable me sería tu vista! ¡Oh cuán gozo sentiría con tu horrible y espantosa vision! Ven, ven, ¿qué aguardas? No pienses que los obstáculos que te acostumbran ponerte, detendrán solo un momento que no eje-

cutes tu riguroso trance; si ésta tan señalada gracia me hicieses, mi señor, y todo mi descanso y verdadero bien, no estaría tan lastimada; no estaría con tanto tormento; no sentiría tan grandes angustias á mi causa; no sentiría las ansias mortales que de continuo le acompañan; no estaría abrasado en un nefandísimo fuego de qne veo á la clara su espíritu circuncigido; y sus ansias descansarían; sus pasiones tomarían reposo; su vida estaría consigo; sus sentidos recibirían alivio; su atormentado corazon recibiría descanso de los enojos que de continuo le maltratan; sus ojos cesarían de bañar su rostro con sus vergonzosas lágrimas. De manera que grandes bienes y grande alegría me vendría con tu visitacion; y si lo dejas porque tienes por cierto que de todo en todo recibiré descanso, no te detenga este inconveniente, porque gran dolor llevaré sin duda á la otra vida, por no haber gozado de la dulce conversacion de Berintho, y estas vacilaciones aún son las que más me fatigan; pero como sienta su mal por más principal eligió la muerte, permitiendo el menor inconveniente por evitar el mayor y más principal, y concluyendo de mí no oirás las blasfemias ni abominaciones que en las otras partes,

que inquiriendo nuevos modos de hablar, manifiestan de tí grandes oprobios, llamándote arrebatada, llamándote cruel, que en el siglo se tiene por harto mal renombre; otros te llaman triste y ejecutor riguroso; y por aquí como bien sabes, cada uno habla lo que bien le parece, y de miedo no lo dejan, porque ya saben que tarde ó temprano han de seguir tu camino, pues ni tienes amigo ni perdonas á nadie. Pero de mí soy cierta que serás llamada piadosa, dulce, misericordia y muy caritativa, sin la cual virtud criatura viviente es imposible salvarse; allende desto me serás muy grata, muy delectable, muy amorosa; no enojosa, no dolor, ni momento de fastidio me causarás. Pues ya estoy determinada, mirando los muy recios inconvenientes, los desastrados casos que á causa del mi vivir se esperan suceder.

FRANQUILA.

¡Oh, válame la Vírgen, la cual concibió sin dolor! ¿De dónde halla aquesta mujer tanta nueva invencion, y tan inopinadas maneras de hablar? Pero diga lo que quiera; que señal ha dado por donde mi partido está bien seguro; y de hoy más, al

ménos para efectuar mi propósito, no espero mala nueva. ¿Tal estás, hermana? ¿Quién creyese que no encubriría lo que tiene en el pensamiento, segun lo mucho que sabe, si estuviese en su mano? Pero bien dicen que harto liviano es el dolor, que la capacidad del seso abasta á lo encubrir; pero yo ya la ví en tiempo que hablando de los negocios se *vere lingua* mucho aunque todavía se holgaba de las pláticas; pero con todo eso, como no la aguijaban ni la metian en el tormento que agora mucho pigaba con su lomo y todas las cosas queria llevar nivelándolas por compás; mas agora ya en tal estado está el negocio que no abastó á certificármelo Claudia, sino que tambien han querido hacérmelo ver con los ojos; duerme, duerme seguro, Berintho, que tres juegos tienes hechos, y el rey y el matador en la mano; bien está, bien está; esto es lo que yo deseaba, que no estar haciendo mucho del seso, y deseando la cosa y querer que invisiblemente se efectuaba todo; pero con todo eso es grandísima lástima de ver una doncella de tan poca edad y tan hermosa, y de antiguo y ilustre linaje, y huérfana de padres, desta manera tan agena de sí. ¡Oh alta potencia y soberana deidad! ¡Y por cuántos modos vienen los

inconvenientes á las gentes en este mundo triste, y de miseria; y por cuántas formas se pasan las asechanzas contra el género humano! Así se lee en la vida de los Santos Padres; que santo Antonio Abad, vido sobre la tierra tantos lazos pasados del enemigo de la humana natura, que maravillado dijo: ¿y quién podrá pasar sin caer? Y dicen que por una voz le fué respondido: Antonio, con la humildad se pasan todos. Esto me ha ocurrido á la memoria, por lo que entre mí misma estaba diciendo de tanto género de asechanzas.

CLAUDIA.

Deja, Franquila, el hablar entre dientes, y deja el llorar, pues nada aprovecha, y procedamos hasta dar conclusion en el verdadero remedio.

FRANQUILA.

¿Pues cómo, hermana, no quieres que llore tan gran desventura, no quieres que me duela, no quieres que la carne use de su propia natura? ¿No miras que hacer otra cosa es inhumanidad y semejar á los animales salvajes? Pero en esotro que dices del remedio, bien está; quiero traer

la causa á esos términos, pues que así te parece.

CLAUDIA.

Bien has dicho, mira que es hora.

CANTAFLUA.

Mucho querria, amiga Franquila, que tú y Claudia, pues como ves la tengo en lugar de hermana, os encargásedes de tomar esta carga á vuestras cuestas; pensando el medio más provechoso y el más conveniente al verdadero fin; y en lo que os determináredes tendré por más seguro y por más sano consejo; y de mí no esperes otra respuesta, porque como ves, estoy tal y el ánimo tan dudoso, que ligeramente me inclinaré sin que en cosa retroceda de lo que vosotras ordenáredes; debéislo hacer, y tú, Franquila, que te vala y guíe el Espíritu Santo; dí primero lo que sientes.

FRANQUILA.

Pues que así, señora, lo mandas, y esa es tu voluntad, ¿qué necesidad hay de circunloquios, sino venir á lo que hace al caso? Escribe á Berintho lo que te parece-

rá, porque le consolarás mucho; pues tu vida depende de su salud, y por el contrario, pues sois tan correlativos á lo que entrambos decís, en lo demás, si mandases, yo concertaré que mañana á las dos, como que se viene á holgar á las huertas se entre por la puerta que está desta otra parte de la ermita: y pues hay buen aposento, secretamente podreis hablar en presencia de Claudia, y harto será de mal si os desconcertáredes.

CANTAFLUA.

¿Y tú, Claudia, qué dices de lo que Franquila ha dicho?

CLAUDIA.

Que es el verdadero seso, pues en tales conjunturas no se ha de mirar inconveniente ni cosa que le parezca.

CANTAFLUA.

Bien lo has pensado, y en eso me determino, y pues que entrambas estais concordes, la carta quiero escribir: llámame acá á Veturia, y tú, Franquila, de palabra concertarás lo demás.

CLAUDIA.

Amiga Veturia, mira que te llama Cantaflua, y pienso que se quiere levantar.

VETURIA.

Ya voy, que oyendo estaba todo lo que habeis concertado, y sin duda es sano consejo; y porque ví que se concluyó en lo que mejor está, no he entrado, y pues así es yo me entro á ver lo que quiere.

CANTAFLUA.

Madre, dame de vestir y ponme aquí recaudo para escribir; que pues hablabas con Claudia y con Franquila, ya te habrían informado de lo que pasa.

VETURIA.

Señora mia, muy bien está así; y mirad lo que os cumple y renegad de parientes, pues el daño que por ellos os ha venido es notorio, y á osadas que la herida que habreis cobrado por su consejo que no os la cubre pelo.

CANTAFLUA.

Gran consolacion es para mí, madre Veturia, que una mujer de tu edad y de tanta autoridad apruebe lo que está determinado, y más que tanto de veras lo estás afirmando, y pues así es yo quiero despachar á Franquila.

VETURIA.

Grandes voces parece que suenan en la iglesia; quiero ver qué es.

CANTAFLUA.

Espera un poco.

VETURIA.

¿Qué me dices, señora?

CANTAFLUA.

Que lleves esta carta y la des á Franquila.

VETURIA.

Cata aquí, Franquila hermana; la carta

ponla á buen recaudo, y antes que te vayas hablarás á Cantaflua. Pero ¿qué es eso que estais mirando por la ventana, ó qué es eso que suena en la iglesia?

FRANQUILA.

Por mi fé he de llamar á Cantaflua, y verá un juego de toros. Señora Cantaflua, señora Cantaflua, así goces de lo que más deseas y veas cumplida tu voluntad, que te acerques aquí á la ventana.

CANTAFLUA.

Por te complacer á mí me place; ¿pero qué es que muy regocijada te veo?

FRANQUILA.

Pues que, señora, si supieses la razon que para esto tengo, pero está atenta.

CANTAFLUA.

¿Qué hombres son esos que suenan en la iglesia?

FRANQUILA.

Aquél que habla alto y está muy carga-

do de armas es un rufian criado de Berintho: el más gracioso hombre del mundo, y á lo que parece, él debe haber hecho alguna travesura ó cualquier bellaquería de las que suele y viénese á sagrado.

CLAUDIA.

En verdad, si fuera Jueves Santo, que pensara segun está, que venía á guardar el monumento.

FRANQUILA.

Así lo hace; pero oye, oye, Claudia, que ya encomienza sus blasonerías.

ESCENA OCTAVA.

EN QUE SE INTRODUCEN GALTERIO, EL PADRE DE LA MANCEBÍA, AMINTHAS, FRANQUILA, CLAUDIA, CANTAFLUA, SIMACO Y MENEDEMO.

GALTERIO.

HAY tal cosa en el mundo! no sé cómo vosotros consentís tal cosa, y si estoy enojado, no es sino por lo que cumple á la manera de todos, que por mí como esos zurriones me han pasado por los oidos. ¿Y cómo un hombre que ha poco más de cinco años que tiene casa de trato, se habia de poner conmigo papo á papo, y á tú por tú, sin tener el conocimiento de que era razon, como vosotros sabeis, que ha más de veinte años que no entiendo sino en honraros á todos, como si hoy fuera el primero dia que me encargara de mujer? Pero tambien como dicen,

en honraros á vosotros me honro á mí. Y así van las cosas conforme á ley y razon; que aun Dios no hizo los dedos de la mano iguales, y en el pueblo á quien él tanto amó, sé que personas hubo señaladas de la otra gente, como fueron los Reyes, los Sumos Sacerdotes, y los Jueces, etc. ¿Qué es lo que me decís que callais todos?

PADRE.

Tienes la mayor razon del mundo, ¿qué hemos de decir sino que se concierte un ruido hechizo á su puerta, y se le corte un brazo, ó la casa?

GALTERIO.

¿Cómo un brazo? Luego de esa manera quedando las cosas sin castigo, cada uno se atreverá. Dejaldo, que yo haré de las mias, ¿no sabeis vosotros lo del otro de Córdoba?

PADRE.

Bueno estaría por Dios quien no lo supiese; pero una cosa es de saber, si sabia éste los oficios que habias tenido, porque si no lo sabia no tiene tanta culpa.

GALTERIO.

¿Cómo si lo sabia? ¿Hay algun niño en la ciudad que de eso esté ignorante?

FRANQUILA.

¡Ay! negros y amargos fueron estos oficios.

AMINTHAS.

¡Oh hermano Galterio, y cómo estás! ¿Hay necesidad que vaya á llamar á los de casa? Mira que es vergüenza que estés aquí.

GALTERIO.

¿Vergüenza dices? De mal hacer me guarde Dios, y de tomar lo ageno, que lo demás hechos son de hombres.

FRANQUILA.

Aquél que entró agora es page, y aun algo pariente de Berintho, y es un discreto mancebo.

CANTAFLUA.

Espantada me tiene este hombre, diablo debe ser.

FRANQUILA.

Si quieres, señora, oille y te huelgas dello, hacelle he decir maravillas.

CLAUDIA.

Sí, por tu vida, Franquila, que mi señora descansará.

CANTAFLUA.

Pues que á mí no me puede ver, bien puedes hablar, siquiera por satisfacer á Claudia que á mi parecer tiene ganas de burlas.

FRANQUILA.

Amigo Galterio, ¿qué buena venida es esta?

GALTERIO.

Padre y compañeros, andad en buena

hora, que me parece que me quiere hablar aquella señora, y aquí estoy á la honra de todos á media noche y á cualquier hora.

PADRE.

Pues á Dios quedeis encomendado y avisarnos has de cualquier cosa que suceda.

GALTERIO.

Pues eso como en la mano.

FRANQUILA.

¿Hasme oido, Galterio?

GALTERIO.

Señora Franquila, perdona; pero tambien andas tan por los cementerios, ¿ha por ventura sucedido algo, por donde hayamos de matar cinco ó seis hombres, y se enmiende lo que en estotro se erró?

FRANQUILA.

¿Qué ha sido, por mi amor, Galterio? que según tus cosas son recias, temor ten-

go no hayas cometido algun improviso caso.

GALTERIO.

Pláceme, señora, que ya me tienes conocido; y hasta agora poco se ha encendido, aunque un poco estuvo; pero aún hay sol en los tejados.

FRANQUILA.

Mas por mi vida, me digas qué ha sido.

GALTERIO.

Travesámonos en palabras Chabes el tabernero y yo, y pasóme por pensamiento poner mano á la espada, y como por alguna muestra que hice se supo en la ciudad, hubo tan grande alboroto, como me conocen ya, que mis cosas no son más de encomenzad, que con el temor grande, en un credo hubo mil hombres armados; y por escusar escándalos sobre cosa liviana, salime fuera de la ciudad y parecióle al padre y á aquellos hombres de bien que con él estaban, que por acatar en algo á la justicia y por bien parecer y escusar el decir de las gentes, nos viniésemos un

rato á holgar aquí á Señora Sancta Isabel, y tambien porque entretanto se apaciguase la gente.

FRANQUILA.

Por mi fé, está donoso; en verdad, que aunque lo tengo por fanfarron, cuando desta manera le ví, cuidé que habria muerto algun hombre á lo ménos.

CANTAFLUA.

Mucho me he holgado en oillo; pero tal hombre como éste, ¿para qué lo tiene Berintho en su casa, que parece escandaloso y cometedor de malas hazañas?

FRANQUILA.

Antes es de buena conversacion, salvo que le han de sufrir todas esas mentiras; pero sin duda el que no le conosce le tiene por algun diablo.

CLAUDIA.

¡Jesús! en mi vida oí decir hombre de esta arte: mas cierto tarde se hace y hora es que te vayas; porque Apolo ya está

aposentado en el ocaso, y tambien las nocturnas tinieblas á más andar vienen amenazando la luz.

CANTAFLUA.

Bien dice Claudia, ve en paz; y en lo demás segun que te paresciere, darás la mejor órden que vieres, conformándote con el tiempo y con la calidad del negocio, y porque estoy algo fatigada yo me voy á reposar.

GALTERIO.

Señora Franquila, no parece que precias á los tuyos por verte en sagrado.

FRANQUILA.

Ya abajo, hermano Galterio, y por eso no respondia.

CLAUDIA.

Contigo voy por hablar á Aminthas, por ser como me has dicho, de noble linaje, y tan acepto á Berintho; y tambien no podrá ser que á las vueltas no oigamos á Galterio algun cuento de hazañas viejas.

que ya yo que le conozco no me hartaría de oille: y anda adelante, hermana, y mira que está el escalera á oscura.

FRANQUILA.

Señor Aminthas, ¿qué venida tan no pensada ha sido ésta? ¿Vienes por ventura por favorescer á Galterio?

AMINTHAS.

Antes él nos puede favorescer á todos, pero acaso allá en casa nos informaron de lo que habia sucedido y hube de venir á saber qué cosa era, pues la honra de mi señor Berintho es que sus criados seamos favorecidos: y á su servicio cumple que miremos unos por otros.

GALTERIO.

Y creo que piensas, señora, que no tiene hombre que haga por él; pues aún tiene parientes en la corte, y hartos amigos, como has visto; y siempre me precié desto; porque como dicen, guay del solo, etc. Y en la tierra agena, la vaca corre al buey; y el que solo coma su gallo, solo ensilla su caballo.

FRANQUILA.

Bien me parece, porque siempre se os ofrecen á vosotros algunas cosillas.

GALTERIO.

A mí pasa eso; que de seis meses á esta parte tres veces he puesto en rebato el Andalucía, y aun yo te juro que sin sabello yo es esta la hora que han dado su paga al tabernero.

AMINTHAS.

Antes fué á la posada á desculparse, pensando que estabas allá; y el mayordomo le aseguró de tí, y de los de casa.

GALTERIO.

Con eso luego estará sosegada la ciudad; pero pues que así es, ¿qué tengo de hacer? ¿Tengo de quebrantar la palabra del mayordomo? Bueno estaria; como de sabrosico, pues no me cumple pasar en el reino.

FRANQUILA.

Luego ya no hay inconveniente ninguno.

AMINTHAS.

Todo está pacífico.

GALTERIO.

¿Cómo todo está pacífico? ¿Y no miras lo que dices, Aminthas? ¿Y la justicia es muerta? Pues llégate al alcalde del crimen, ó al alcalde mayor, y verás cómo te dicen luego que conviene á la república que los delitos sean castigados, y eso es; que no te comenzarán luego á cantar un prólogo más largo que sopa de rufian taimado, diciendo, conviene al bueno y grave presidente curar que la tierra que gobierna esté pacífica, lo cual hará sin dificultad, si hace que carezca de los hombres de mal vivir; y por aquí te dirá una retartadilla más larga que la fábula de Orestes, de la que dice el Juvenal que estaba escrita en el libro y en las márgenes y en las coberturas, y que aún no estaba acabada, y es verdad, que de que la parte pierde la que-

rella no hacen luego al escribano poner un auto diciendo que ellos toman el proceso en el estado en que está, y pues no hay querellante que de su oficio entienden proceder en la causa, y mal formado irá que eso es: tomaldos luego por descaminados en las cosas del provecho de su bolsa, y si les ruegan diciendo que pues no hay parte querellosa se hagan piadosamente, echaldes vereis dado falso, que luego os sufrir han, meter la cuña, teneldes el pie al herrar, aunque más hayais pasado por Xerez, tenido la Pascua en Carmona. Guay del que toman entre manos, que más purgado queda que si acabase de hacer cuenta con el ventero de Eleruela, ó de Totana, ó con el mesonero que solia estar en Osuna, que no lo puedo más encarecer, y cómo se enojan diciendo con mucha gravedad: y al rey ¿quién le quita su suprema jurisdiccion? Y qué cuidado tengo yo de la parte; por eso, no nos engañemos, Aminthas, mira ques mala burla jugar hombre con su cabeza; y como dicen: quien adelante no mire, atrás se halla; y bien canta Marta despues que está harta. Pues presentaos á la cárcel, sin que den la palabra á persona de quien tengan vergüenza; que de que os tengan en el banasto no harán salvo lo que bien les estuvie-

re; pues quejaos dellos, que aprovecharos ha como dar con el puño en el cielo, ó como echar lanzas en el mar; y no os dirán á dos por tres, sino quien engaña al ladron, cien dias gana de perdon; y que el engaño para administrar justicia es lícito en derecho; y que aun en tal caso no es obligatorio el juramento, y no hagais miedo que los venzais con razones alosadas; y si las decís que las personas de bien han de cumplir su palabra, aunque sean justicias, luego saltan como granizo en albarda, diciendo ni rey traidor, ni papa escomulgado; y que quien no fa befa no porta penacho; así que mancebo, mancebo y como sois de antaño, si como érades niño, cuando nacistes, que aún os teneis el pico amarillo y la leche en los rostros.

AMINTHAS.

Por mi conciencia que he descansado en oirte.

GALTERIO.

Pues de lo que una vez os secrestaren medio habrá como del virgo de Justilla, que se fué en gostaduras; y de lo que hicieren tendreis reduccion, tuerto ó ciego,

ó tal cual fuese, como por los cerros de Ubeda, pues apela si os place; y trabaja por tomar un lobo por otro, que no es más que querer coger agua con arnero; ó soplar el aire; y espantado estás, Aminthas; creo que pensabas que no sabía cuántas son cinco, pues más se me entiende que pan por pan y vino por vino.

AMINTHAS.

En fin, has dicho tú, paso á paso, que justicia, justicia, mas no por nuestras casas.

GALTERIO.

¿Pues qué te piensas? bobea el mozo á la fé, á tuerto ó á derecho, ayude Dios á nuestro concejo.

AMINTHAS.

Sí; pero bien sabes que no es tan fiero el leon como le pintan, ni las cosas nunca se llenan por los cabos.

GALTERIO.

Pues cierto es que aunque son como di-

go, una mala sabandija, y á diestro ó á siniestro, su casa ha de estar hasta el techo; y como dicen, llena como colmena; mas no hincan tanto las uñas como el vulgo dice, y siempre las cosas no son tanto como suenan; ni ménos procuran por llegar el lobo á la mata; solamente que ellos hagan su facto, que no andan tras otra cosa; porque de otra manera no habría hombre vivo segun la justicia es delgada, y por do quiera se cuela, y tambien muchas veces juegan á hazme la barba y hacerte el copete, y en fin, son como dicen dos á dos, y tres al mohino.

AMINTHAS.

Pues que eso sea, los escribanos lo enmiendan algo, yo lo aseguro.

GALTERIO.

Sí, sí; llegaos á Bornos: cuales otros, que bien bailan y bien hilan, sobre que en yendo á hacer la informacion del delito, lo primero que preguntan es si hay pluma; y si la hallan no juegan sino á más tomar, como cosa que les viene de bóbilis bóbilis, y de pequeño delito te ensartan más papeles que están en casa de bo-

ticario viejo. Por eso ándate tras ellos á coger lo que se les cae, y en achaque de su amistad, no hagas sino dí alguna mala palabra á tu vecino, que aunque él no se queje, te tendrán pintado en cabeza de proceso, y cuando no te catas, verás el alguacil por tus puertas.

AMINTHAS.

Como quiera que sea, es todavía buena cosa tenellos por amigos.

GALTERIO.

Ya digo que buen amigo es el gato, sino que rascuña. Amigos son ellos de sus hijos, y de que su mujer vaya á la iglesia demodrada de las otras, y más polida que sus vecinas; y á la obra me remito, y pruébalo si te parece que mucho estás hablando de oidas, y de los escarmentados se levantan los arteros: bien me entiendes.

AMINTHAS.

Al cabo estoy, que dices que los has probado, pues ya puede ser que otros digan otra cosa, porque ninguno cuenta de la feria, sino como le fué en ella.

GALTERIO.

Déjame desas parolas, que todo lo hacen parejo, y á todos les veo que trasquilan con unas tijeras, y al que alivian en algo por malos de sus pecados, que no lo hacen, salvo por sacar raja, cuanto que tal honra, ni grado, ni gracias, la voluntad les mira, como dijo el espíritu de que se fué del cuerpo del otro, la intencion me alcanza, que no el palo de la barca.

AMINTHAS.

Pues que eso sea, ¿no decias ayer á Simaco allá en casa la grande amistad que tenias con la justicia?

GALTERIO.

Para el hi de puta, que no es de Córdoba; hermano, hermano, y los bocados me cantas, bueno por Dios; y aun así medra hombre cara atrás, y qué necesidad tienes de lo que digo hoy acordarte mañana. Mira si has de ser mi coronista, y creo que me andas royendo los zancajos.

AMINTHAS.

No; pero sé que cierto es que conversas

mucho con el corregidor, y teniente y alguaciles.

GALTERIO.

No sé nada, y cígome mi peregallo, nunca ví buen ejemplo desas conversaciones; no me entres por ahí; da al diablo amistad de la justicia, so color deso ponte en sus manos, verás; bueno estaría yo si con esa confianza me asegurase, y quizás me quitara el jubon vivir con Berintho. ¿Pero quieres saber la verdad de lo que pasa? Ellos dan oido al que les va con algunas nuevas; y aun hablalles bien, y al fin como dicen el rey huélgase de la traicion, mas no del que la hace; y porque les tornen con chismes, á los tales donde los encuentran háblanles bien, y aun algunas veces los halagan; pero debajo de la buena parola está lo triste fato como dice el italiano. Tambien asimismo á los tales déjanles traer una espada y aun con concondicion que la traigan cubierta, y cada vez que les encuentran les dicen que miren su honra, y que la traigan honestamente, y al fin y al cabo del año estas amistades con alguaciles cuestan caras; mas que yo dellos espere otra cosa, ni tenga confianza en nada no creas, que

como dice el refran: más vale salto de mata; y como dice el otro: dame dineros y no me des consejos.

AMINTHAS.

Bien te entiendo, pues aun ese otro á mi ver, tiene más necesidad de consejo que de dineros; en lo demás creo que estás en lo cierto.

GALTERIO.

No que bobo es el mozo, metelde el dedo en la boca, tentalde el diente, y á lo que tengo entendido creo que piensas que todo lo que dice el pandero es vero. Pues ándate tras mí, que se me cae la capa, y ni tengo padre ni soy del lugar; que primero que me entiendas habrás comido seis caíces de sal; por eso no hagas, sino escribe bien; y tener así en la memoria lo que me oyes, que me mamo los dedos.

FRANQUILA.

Bien será echar el baston; y en fin, aunque más temor tengas á la justicia, osarás ir de aquí á casa de Berintho.

GALTERIO.

¿Cómo temor? Pues si viniesen todos los alguaciles y la calle llena de gente me atrevería á romper por medio hasta llegar á la posada, y guay del que cogiese delante, que en hora mala le habria parido su madre; y llegando hombre allá, bien pueden repicar á maitines, porque como dicen, cada gallo en su muladar.

FRANQUILA.

Todo eso me parece como hecho de perlas; y pues así es, vamos; pero llégate acá, señor Aminthas un poco, y está atento, que la señora Claudia te quiere hablar porque le he informado de quién eres, de lo mucho que merece tu persona.

AMINTHAS.

En verdad, señora Claudia, en ello yo recibo señalada merced, y gano tanto que al ménos para mi contento cosa no me pudiera avenir en que mi voluntad más deletacion recibiese, y sin duda no holgó tanto Antipatro con las saludes escritas en la carta del Gran Alexandre, vencida

la segunda batalla contra Darío, cuanto yo huelgo con tan señalada gracia como he recibido en que tu graciosa persona y tan estimada de todos se huelgue á me recibir por su servidor, ni ménos tan grata fué al Senado la solercia del niño Papirio cuanto á mis ojos es tu sobrada hermosura y gracia.

FRANQUILA.

No consiento, Aminthas, que pases adelante; porque te vas entrando en muchas honduras, y si encomienzas con tus retóricas no acabaremos ogaño.

CLAUDIA.

Muy dulce me ha sido tu razonamiento, señor Aminthas, y la merced yo la he recibido con tu vista; y yo soy la que en el trabar del conocimiento he ganado, en lo demás, el tiempo más oportunidad no concede; y aun me parece que me está dando voces Veturia.

FRANQUILA.

Pues de tu licencia nos imos, y poco á poco llegaremos á casa de Berintho.

CLAUDIA.

El Angel de la paz vaya en vuestra guarda, y sin duda no hay hombre en el mundo del arte de Galterio, al ménos para mi condicion.

GALTERIO.

De espacio dices, señora Franquila, que hemos de ir; buenos estamos, ¿y no ves que ha media hora y aún más que sabiendo la cuenta del polo ártico, se podria conocer el número de las horas?

AMINTHAS.

Pues bien dices, anda delante, que bueno andas con tus astrologías.

GALTERIO.

Mejor andas, Aminthas, tú de boda en boda, pues mira que quien todo lo quiere, etc. Y no digo más porque á buen callar llaman Sancho.

FRANQUILA.

Déjalo, si no nunca acabarás con él; mas dime qué te parece de Claudia.

AMINTHAS.

Que es una de las más hermosas y acabadas doncellas de cuantas yo he visto.

FRANQUILA.

Pues allende deso es muy discreta; y tanto que no lo podrias pensar.

AMINTHAS.

Deso no digo nada; porque en fin sabrá á mujer; pero en lo demás de su persona digo que es muy graciosa en extremo, y asaz dotada de las perfecciones de la natura, y mucho me huelgo en conocella, especialmente á tu causa; ¿pero quién es? ¿Es de aquí de la ciudad?

FRANQUILA.

Guárdenos Dios de mal; es de los muy principales caballeros, y muy rica; y como no tiene padre ni madre, y es algo parienta de Cantaflua, ha más de tres ó cuatro años que se está con ella; pero muy gran dote tiene, y muchas posesiones.

AMINTHAS.

Holgado me he de ser informado de lo que dices, porque yo por doncella de Cantaflua la tenia.

FRANQUILA.

Lo que te he dicho pasa.

GALTERIO.

Alarga el paso, Aminthas, que parece que te llevan novio, que ya yanos cerca de casa.

AMINTHAS.

¿Pues qué quieres, tengo de ir como quien va á ganar beneficio? ¿No has oido decir que por mucho madrugar, etc?

GALTERIO.

Luego le hareis callar, ó le vencereis con remoquetes, pardios, no más que si se hubiera criado en la Alcazaba; doy á la maldicion aquestos rapaces, si no tienen mil agudezas para el mal.

AMINTHAS.

¿Qué hablas entre dientes, Galterio, que parece que vas como el que jura falso?

GALTERIO.

Acá lo ha Marta con sus pollos, y topado ha Sancho con su rocin, no te cures.

AMINTHAS.

¡Oh, cómo te huelgas de la soledad y de no conversar con nadie! Pues para ser Diógenes aquél tan extremado entre todos los antiguos filósofos, sería mucho.

GALTERIO.

Más vale ir solo que mal acompañado.

AMINTHAS.

Por Dios, que nos adobas.

GALTERIO.

Mal me quieren mis comadres, etc.

FRANQUILA.

¡Oh cuitada de mí! Estóime abrasando en el amor de Aminthas, y diere cuanto en el mundo tengo y aun mi misma vida, porque me hubiese hablado alguna palabra amorosa, ó hecho alguna muestra de amor, y ha media hora que venimos hablando, y de unas palabras en otras, ha venido conversando conmigo, como si en su vida me hubiera visto, ¿hízose tal cosa jamás? Para fresco es bueno; y en fin, dicen bien que amor de niño y agua en cesto. ¡Oh desventurada de mí, y cómo no tengo dicha! A osadas que no digan por mí á quien Dios quiere bien, la casa le sabe. ¡Oh cómo nunca veo señal de salud! ¡Oh cómo todas las cosas se tornan en contrario! Bien dicen que no hay cosa segura, y que el hombre propone y Dios dispone.

SIMACO.

No miras, no miras, Menedemo; Franquila, y Aminthas y Galterio vienen juntos, y aun suben la escalera.

MENEDEMO.

Sí, por los santos de Dios, verdad dices.

¡Oh fecho y suceso próspero! Quiera el Señor, que padeció en la Cruz por amor del género humano, que las nuevas vengan segun esperamos, que bien son menester.

FRANQUILA.

¿Qué os parece, hermanos, soy buena mensajera? Pues que vengo no espereis malas nuevas, que en verdad de otra manera con Aminthas os espetara la respuesta, porque temor tuve en negociar con gente nueva, y como sabeis, cosa peligrosa es caminar con cierzo, y navegar contra viento, y nadar agua arriba, y conversar con los temerosos y no experimentados, como son las doncellas y personas semejantes, que siempre sus respuestas son cargadas de mil recelos y acompañadas de mil géneros de temores.

MENEDEMO.

¡Oh cómo nos has hecho bienaventurados con tal seguridad! Y cierto nos has tornado de muerte á vida, y porque tú lo creas, entra y detente un poco, porque al ménos para contigo te satisfagas.

FRANQUILA.

Jesús, Jesús, y está muerto Berintho; válame la Vírgen sin mancilla, ¿y qué es esto?

MENEDEMO.

Hasta que esté en su acuerdo no le hables.

FRANQUILA.

Bien proveído está.

SIMACO.

Vete á desarmar entretanto, Galterio, que te darán mucha pena las armas.

GALTERIO.

¿Cómo pena? Como el niño es ternecico, no es maravilla; sobre que me acontece traellas cuatro ó cinco años sin quitármelas noche ni dia.

SIMACO.

Bien, pero no hay necesidad como

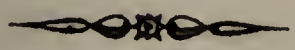
Aminthas te habrá dicho; y tanto yerro es traellas sin por qué, como dejallas en el tiempo de la necesidad.

GALTERIO.

No sé nada, nunca creo en agüeros, siempre procuro de traellas, que como dicen, en hombre apercebido, y aun yo te aseguro que más de dos veces te hagan más honra por ellas que no por las que traes en la cara, y sé que no soy yo de los que dicen, cargado de hierro, ó de los otros que al hacer temblar y al comer sudar, que aun si de esos fuese otro gallo me cantara; y á lo que dices que Aminthas me habria hablado, pues si eso no fuera y porque tengo de cumplir la palabra que el mayordomo dió, ¿habia de andar la gente por las calles tan segura y de la manera que andan?

MENEDEMO.

Oir, hermanos, y veamos lo que dice Berintho, y sabremos en lo que estamos.



ESCENA NOVENA.

EN QUE SE INTRODUCEN BERINTHO, MENEDEMO, FRANQUILA, SIMACO, AMINTHAS Y GALTERIO.

BERINTHO.

YA, ya, acabado han conmigo mis desventuradas pasiones, lanzado me han en el hoyo de la pesada tierra, y tanto los tristes y espantosos gemidos han torcido mis entrañas, que han hecho pedazos sus ligaduras, ministros crueles del oficio que de continuo ejercitan, y los ansiosos desmayos tanto se han acuciado, que ya no hay materia en que se sustenten, y el nefandísimo fuego que á la contínua me estaba abrasando, tanto ha querido encenderse, que el espíritu donde estaba aposentado está ya casi convertido en ceniza, y mis enojosas lágrimas

tanta priesa se han querido dar, que el amancillado corazón de donde procedian está ya tan desecado, que aunque mucho lo están oprimiendo ninguna sustancia le hallan, y con la falta de todo lo que digo, los suspiros que tanto espanto ponian á la miserable vida, ya han dado fin á sus amenazas, y pues tal estoy no puede tardar la desventurada muerte, ¿y cómo ha de estar en su mano? No por cierto, y pues á estos términos he llegado, y el humido radical donde la vida se sostiene está ya tan débil que es imposible no acabarse de consumir, no tengo ya querellas ni qué razonar con la muerte, porque estando mi vida en tales términos, yo aseguro que aunque yo con mucha instancia le rogase que me dejase, ella no lo hiciese, ni está la verdad hablando en su mano, porque en el principio de la creacion formada la tierra, y todas las cosas deste sublunar mundo compuestas y adornadas, el fabricador maravilloso puso en la tierra tinieblas y muerte; pero ésta su jurisdiccion limitada es y término tiene, los cuales no puede exceder y sujeta está á guardar sus límites como todas las otras cosas criadas, pues el Hacedor era tan prudentísimo para pensar y tan solercísimo para hacer, así que á lo que siento una hora no podrá

durar esta miseria en que estoy detenido, ni es posible segun natura.

MENEDEMO.

¿Qué es lo que torna á decir?

AMINTHAS.

Que trova me parece, aunque habla muy bajo; porque la carne tan condolida y ya casi consumida no le da á otra cosa lugar.

MENEDEMO.

Ea, acerquémonos, quizá dice otra cosa.

BERINTHO.

El sentir ya enflaquecido
de la tan vieja porfía,
está puesto en tal olvido,
que lo que dél he sentido
es que en cosa no confía.
Mas el dolor no decrece
con mal que nunca se aluenga,
antes con angustias crece,
tanto que no compadece
podello decir la lengua.

Y así mi triste sentido
de sí mismo no se fía,
y está ya tan decaido,
que lo que dél he sentido
es que en cosa no confía.

FRANQUILA.

¡Oh omnipotente Dios, y cuán alta manera de encarecer su pasion! ¡Oh qué cosa tan sentida, cuanto quiere dice en el metro! ¡Oh cuán por galana manera dijo lo que á mi ver será menester espacio para lo poder entender, segun la intencion de la sutilísima sentencia que en tan pocas palabras quiso comprender.

MENEDEMO.

No sé en qué se piensa este hombre de que tan alta cancion compuso, ¡cuânto yo desatinado estoy! Porque aunque he visto muchas cosas suyas, no son del arte destas, ni invenciones tan subidas ni hiladas por tan delgado estilo.

GALTERIO.

Escucha, escucha, Menedemo.

BERINTHO.

Cuando el bien de vos me vino,
cuando la cuita que paso,
cuando sentía el desatino
del fuego á tal que me fino
con llama que bien me abraso,
y cuando sentí el ensayo
de la muerte y disfavor,
y tanta angustia y desmayo,
por el mes era de Mayo
cuando hace la calor;
mas viendo el daño tan cierto,
luego corriendo á vos ví,
aunque estaba casi muerto
y el corazon todo abierto
y el alma puesta en el fin,
y los sentidos turbados
estaban y en gran temor
doloridos, lastimados,
cuando los enamorados
van á servir al amor.
Y todos muy sin sentido
corrian por ver su remedio
y llenos del mal y olvido,
con dolor tan dolorido
iban buscando su medio,
y unos hallaban el nado,
otros no tanta pasion,

otros perdian su cuidado,
sino yo triste cuitado,
que yago en esta prision,
sufriendo el desabrimiento
de la que tan mal me trata,
sufriendo tan gran tormento
y tal ánsia y pensamiento,
con angustia que me mata;
sufriendo tanta porfía,
sufriendo tan gran lision,
cuesta tal el alma mia,
que ni sé cuándo es de dia,
ni cuándo las noches son.

MENEDEMO.

¡Oh santo Dios! ¡qué maravillosa manera de metrificar, y qué medida en los piés, y qué sentencia tan comprensible á su propósito!

FRANQUILA.

Cierto, en el componer de los versos no juzgará nadie que tiene dolor, ni que siente pena.

SIMACO.

¡Oh, qué espantado estoy! ¿Dónde tie-

ne cabeza, ni memoria para las cosas que dice?

BERINTHO.

Ni sé, ni nada barrunto;
ni sé qué diga á tal fuerte,
pero ya de todo punto
conozco que estoy bien junto
á las ánsias de la muerte;
tambien mi lengua lo explica
que tendria mayor dolor,
y al mundo así publica,
sino por una avecica
que me cantaba al amor.
Así que estando conmigo,
con tanto lloro y gran llanto,
ella vé que veís que digo
me era verdadero amigo,
con su melodía y canto;
mas el mal muy lastimero
diérame mayor baldon
que atinando muy certero,
matómela un ballestero,
Dios le dé mal galardon.

FRANQUILA.

¡Oh, válame la Señora del Campo! y qué debilitada tiene la voz; no es tiempo

de más dilatar, suceda lo que sucediere, ó vengan las cosas segun que de la mente divina estuvieren dispuestas, que en ninguna cosa veo más peligro que en dejalle, porque sin hablar dará el espíritu al Señor de la natura.

MENEDEMO.

Pues que eso es, ¿qué te paresce, Franquila? No lo dilates, porque ya, como ves, ninguna cosa habla.

FRANQUILA.

¡Señor Berintho, señor Berintho!

BERINTHO.

Déjame, Menedemo, no impidas la dolorosa muerte; que ya ha prometido de no partirse de mí hasta me complacer en todo.

FRANQUILA.

Señor Berintho, que no es Menedemo, sino Franquila, tan solícita en las cosas de tu remedio.

BERINTHO.

Pues luego, hermana Franquila, te hablaré, pero déjame reposar un poco.

FRANQUILA.

Mira, señor, que os tornais á dormir; mira que os traigo una carta de vuestra tan amada Cantaflua.

BERINTHO.

¿De mi señora Cantaflua? Mira lo que dices, que con ese nombre encomienza á huir la muerte, que ya estaba poniendo fin á mis dias.

FRANQUILA.

¡Oh pecadora de mí, señor! ¿Y aún no me conoces? Abre los ojos y toma la carta y léela, y despues duerme cuanto quisieres.

BERINTHO.

¿Dónde está el entendimiento?
¿Dónde está el triste sentido?
¿Dónde mora el pensamiento?

¿Do nace tal movimiento
que así me tiene aborrido?
¿De dónde dolor tamaño,
que así amenaza la vida?
¿De dónde vino tal daño,
dígasme tú el ermitaño,
que haces la sancta vida?
¿Y adónde está la razon
que della estoy apartado,
contemplando en la vision
por quien sin comparacion
tanto crece mi cuidado?
¿Y por qué ya el alma arranco
con mal que punto no olvida?
Digas al de bien tan manco,
aquel ciervo del pié blanco,
¿dónde tiene su manida?

MENEDEMO.

¿Paréceos? No hay que dudar; salvo que la pasion del amor hace los ingenios más sotiles, y los inclina á contemplacion con el cebo de su desenfrenada voluntad, y con la esperanza de su dañada codicia.

FRANQUILA.

¿Qué no me harás, señor, merced de leer la carta? ¡Oh cuán desacordado estás!

BERINTHO.

Buen consejo es, amiga Franquila, el que das; pero ¡oh Santa María de la Muela, y cómo se me hace de mal apartarme del camino en que estaba!

FRANQUILA.

Por mi conciencia, señor, que te veo tal, que aún estoy por afirmar que no me conoces.

BERINTHO.

¡Oh mi amada y mi verdadera hermana! ¿Y tú eras? Agora doy por bien empleado el trabajo que me has hecho pasar; ¿y piensas que te habia conocido? No de verdad, y aun por las reliquias de Roma te lo juro. ¿Pues qué nuevas me traes de mi señora? ¿Qué me cuentas de aquella que puede tanto, que en oyendo la muerte su nombre, deja de ejercitar su cruel oficio, y va huyendo como si otro ejecutor de más preeminencia y dignidad viniese á corregir sus excesos. ¡Oh mi señora Cantaflua, ¿y por qué habeis tenido por bien de más dilatar mis angustias, de más alargar mi trabajoso vivir, reedificando mis

potencias en su propio ser, en oir vuestro nombre?

FRANQUILA.

Deja ya, señor, tantas lamentaciones y tantas maneras no pensadas para te más fatigar, y deja de inquirir nuevos modos aumentando tu congoja, acumulando unos trabajos sobre otros; mira, mira que con la vida especialmente gobernada con el buen seso, todas las cosas se alcanzan y suceden en bien, y si leida la carta, lo en ella contenido viniere allende de tu esperanza, ¿quién te excusa que no tornes á tu vieja lamentacion? Pero si otra cosa, segun lo que deseas se contiene, cosa bien excusada son tantos clamores y tantas quejas de nuevas exclamaciones acompañadas: si digo bien, justa cosa es que se apruebe mi sentencia; y si otra cosa te parece tambien lo dí, porque te entiendo replicar, que no pienses que así me entiendo dejar de caer, y mira que todas las cosas que se enderezan á algun fin, han de ser proporcionadas á aquel fin.

GALTERIO.

¿Qué os parece está en estudio, Franquila?

MENEDEMO.

Siempre le veo hablar maravillosamente, y por muy conclusivo estilo.

BERINTHO.

Es consejo tan saludable el que das, amiga Franquila, que el Publio Scipion seyendo mancebo, no fué tan saludable al romano Senado; empero la razón filosófica que apuntaste, sotil es, y ya te entiendo.

MENEDEMO.

Ya lee la carta, poco vivirá quien no viere el fin de lo que deseamos.

GALTERIO.

A buen callar llaman Sancho; atento estoy y no entiendo hablar hasta ver qué dice, porque en boca cerrada, etc. Y muchas veces me arrepentí por hablar, dice el sábio, pero ninguna vez por haber callado me pesó; especialmente que yo lo tengo por tal, que luego dará señal como espíritu conjuro; y á buen seguro, á osa-

das que buenas nuevas ó malas no le queden en el cuerpo.

CARTA DE CANTAFLUA A BERINTHO.

Señor mio y todo mi bien:

La experiencia y tiempo me han hecho tan cierta de los trabajos que á mi causa sufres, que sola esta memoria abasta para atormentar mi sentido con nuevos géneros de pasion; pero que hace que la misma confusion está predominando sobre las potencias del ánima, pues acompañada de huéspeda tan enojosa y tan cargada de desabrimiento, considera lo que puedo sentir, pues el dolorido sentido aun para consigo, por señales exteriores no osa enseñar cosa de lo que siente, allende de los tormentos de que está asaz cargado, que por su notoriedad y por los rigores con que son administrados, no pueden estar secretos; teniendo esto por cierto, podrás sentir la manera con que la ya condolida carne sostiene la tan amancillada vida. Pues para satisfacer en todo ó en parte algo de lo que en tu carta sientes, recibe mi voluntad, aunque por la poca libertad que tiene no osa de cumplida facultad en efectuar su deseo, principal-

mente que tambien le opunan la vergüenza y mi honestidad, acompañadas de la fuerza de la verdadera razon. De manera que de lo dicho resulta la confusion que así tiene al amancillado vivir constituido ya casi en el fin; pero mi más intolerable fatiga y la que más de nuevo me atormenta, es todas las horas del día estar de mil acuerdos, y en lo que una vez me afirmo eligiendo aquello por cosa segura, en el mesmo instante me parece otra cosa al contrario, y tan diversa de lo que primero sentia, que me semeja estar fuera de seso cuando lo tal en mí concebia, y así paso la más triste y desastrada vida, y la más sin consuelo, que la potencia del entendimiento humano puede imaginar; y esto ¿de dónde procede? Salvo que la sensualidad y razon en mí muy vigorosas, se estan haciendo lugar, y con voces alternas fatigan el entendimiento ya condolido de tantos males; y como entre sí por especial providencia esté causado tal odio, y sean tan diversas en operacion, y en sus actos tan repugnantes, con qué ímpetu, con qué furia y con qué desabrimiento llega cada una en su sazon, á contradecir todo lo que la otra ya tenia muy fabricado; y con qué formas, y con qué invencion tan sotil se repugnan, si pien-

sas que no me queda en verdad ningun sentido con tales y tan continuos destientos. Salvo para sentir como arriba dije, que de los actos en si tan diversos que en mí todas las horas se están ministrando, queda tan raigada la confusion y tan señora, que en cosa no me puedo determinar, hallándome ajena de todo medio y de toda conclusion. De manera que lo dicho, señor, será mi excusa y será mi respuesta, lo demás va encomendado á mi amiga y criada, tan solícita en las cosas de mi bien y verdadero remedio, dársele ha crédito en todo lo que de mi parte dirá.

BERINTHO.

¿Qué, es posible que esta carta sea de mi señora? Mira, hermana Franquila, que el espíritu malvado es sotil; mira la astucia de que se aprovechó contra la mujer religiosa en el concebimiento del sabio Merlin; mira no sea cosa de arte mágica. ¿No te acuerdas de haber leido de aquella nigromantesa Circe, que con sus palabras transformó los compañeros de Ulises? ¿No has oido tambien la cautela de que se aprovechó Netanabo, rey que habia sido en Egipto, contra la mujer de Philipo,

rey de Macedonia, por cuya causa algunos historiadores afirman que Alejandre fué hijo de Netanabo, aunque comunmente fué reputado como hijo de Philipo? ¿Qué me dices, estoy en lo cierto?

FRANQUILA.

Bien dicen que la fortuna próspera es cosa récia de sufrir, y aun afirman todos que torna al hombre fuera de sí, ¿y queréislo ver? Agora que tiene lo que quiere, y lo que tanto desea, y agora que Cantaflua está desesperada, y con más pena que él, estáme contando nigromancias.

BERINTHO.

¿Qué es lo que dices á Menedemo? Que todo cuanto me has dicho tengo entendido; pero aún pienso que estoy durmiendo. ¡Oh Dios, Padre comun del género humano! ¿y estoy despierto, ó qué cosa tan inopinada es esta? ¿Y es posible que del más triste y cuitado hombre del mundo, y más acompañado de miseria y tribulacion, esté tornado nuevo hombre y más próspero y más bienandante que todos los del mundo? Por cierto en sus principios las buenas andanzas del gran Pom-

peyo no fueron tan prósperas; ni la gloria de aquel macedonio monarca, acabada la conquista del orbe mundano, no se iguala con harta parte á la mia, de que al presente mi espíritu está triunfando. ¡Oh cómo veo clara y notoriamente mis potencias ser restauradas en su primera operacion! ¡Oh cómo me hallo ageno de todo género de pasion y fastidio! Cierto á mi ver la misma muerte, aunque con todo su ódio dirigiese su flecha contra mí en tal sazon, y en tiempo de tan alta ventura, y en tiempo de mi verdadera pujanza, en cosa no me pudiese empecer; pero muy cercano estuve del fin de mis dias; muy constituido me ví en la postrimera voluntad; por cierto el peligro del César en la batalla con los hijos de Pompeyo nunca se igualó al mio, aunque confesado por la boca del mismo primer dictador, afirma fasta aquel dia nunca en las batallas haber trabajado, salvo por vencer. Pero que á la sazon en lo que primero habia entendido era en defender su propia persona, y aun con no poca necesidad. De manera que hallándome con la libertad en que estoy, ¿quién podrá contar la plenitud de mi gozo? y, ¡oh qué contentamiento tan grande, oh qué señalada merced, oh cuán demasiada buena ven-

tura me es avenida! ¡Oh suma deidad, oh bondad incomprensible, oh soberana Omnipotencia, y cómo no ménos merced me ha sido hecha de presente, que el dia que estando en el vientre al cuerpo organizado, sin aliento de vida, mandaste que el ánima se oviese! Ya, ya no tengo de qué temer; no me queda recelo, ni escrúpulo, ni ménos esperanza de dolor; y las amenazas grandes contra mi vida ya han cesado; y las celadas con mil géneros de asechanzas, que tanto aumentaban mis cuidados, deshecho se han como las nieblas en presencia del rutilante Febo; y acompañado me hallo de alegría, entera señal, y asaz manifiesta de mi buena ventura, y muy cumplido me hallo de verdadera felicidad y plenísimo bien; ¿qué dices, amiga Franquila, que te veo estar retorciendo y remordiendo los lábios, contradícesme en algo?

FRANQUILA.

Estoy tan contenta oyéndote, como la reina Olimpia con las buenas andanzas del hijo, y tan satisfecha como la romana matrona, que de sobrada alegría rindió el espíritu; pero mira bien, que en este mundo, hablando la verdad contigo, ni yo

siento verdadera felicidad, ni ménos entero ni cumplido bien, ni aun cosa que le parezca.

BERINTHO.

¿Cómo es eso? Que apuntas, á lo que creo, que no tengo, ni poseo entero bien, y así repunas á la clara mi verdadera felicidad.

FRANQUILA.

Mira bien, señor, lo que dices, porque yo, aunque no tengo letras, no me entiendo mudar de mi primera sentencia.

BERINTHO.

¿Qué estás diciendo entre tí, Menedemo? ¿Has oido lo que Franquila ha dicho? ¿Qué te parece, va por el camino verdadero? Dí, dí lo que sientes, que en el campo de los filósofos estamos, éstas son las materias que tú á la contínua andas investigando; mas ten por cierto que antes el primer moviente de la natura dará fin á su arrebatado curso, y antes las ondas del mar desampara los peces desnudos en el arena, que yo deje de pensar que sola la

vista de mi señora abasta para hacerme felice.

MENEDEMO.

Sin duda yo bien sustentaría, y aun no creo que haria mucho la conclusion de Franquila, porque á mi ver está bien en lo cierto, y tú muy lejos de la verdad, y dí cuantas crónicas quisieres.

BERINTHO.

¿De qué manera puede ser lo que vosotros decís? Porque yo no hablo de oidas, salvo como testigo de vista afírmolo que vais; pero yo por muy cumplido de bien y felice, y por más que felice me tengo.

SIMACO.

Quien de poco bien es bezado, presto se harta, ¿qué haría Aminthas si la hubiese tenido en su poder como tú á la otra?

AMINTHAS.

Por Evangelio tengo que ha de ser mayor inconveniente para su ánima y aun para su cuerpo, sucedelle fortuna prós-

pera que contraria; mas oigamos á Menedemo, que mucho deseo tengo de saber hasta dónde alcanza su ballesta, porque pues él se tiene por medio letrado, y aun todos dicen que entiende harto bien, cosa conveniente será que aquí enseñe algo de lo que sabe, pues como dice el satírico poeta, que aprovecha haber aprendido, si lo que está dentro no se muestra de fuera.

BERINTHO.

Véote estar, Menedemo, vacilando y envolviendo en tu ánima tantas cosas, como el piadoso Eneas encima del monumento del muerto por el tan avaro tirano. ¿Qué me respondes, que te veo embarazado? Creo que tienes pegada la lengua al paladar.

MENEDEMO.

No ha sido en balde, ni tan demasiado pensar; pero dime, señor, ¿qué piensas, qué es sumo y verdadero bien, ó en qué consiste, á tu parecer, la verdadera felicidad?

BERINTHO.

Tú lo dices.

MENEDEMO.

A la fé, díganlo teólogos, que yo harto haré en recitar lo que ellos escriben, y aun Dios y ayuda.

BERINTHO.

Pues prosigue, que parece que te demudas.

MENEDEMO.

Aquél es sumo bien el boerio, el cual alcanzado no queda otra cosa allende dél que se pueda desear, que si alguna cosa faltase no podia ser sumo bien, pues que quedaba de fuera otra cosa que se pudiese desear, y por concluir contigo, dime, señor, pues confiesas estar acompañado de verdadero bien y te tienes por felice, confiésanos tambien si deseas de presente otra cosa allende de lo que posees, lo cual alcanzado aún piensas que te seria acrescentamiento de mayor bien.

BERINTHO.

¡Oh pecador de mí! Con tanta sotileza

y por ahí me entras, luego en todo el mundo no hay hombre bienaventurado.

MENEDEMO.

¿Pues qué te piensas, señor? Cuidas que no hay más de hablar cada uno á favor de su paladar, y en derecho de su dedo, á la mia fé la verdadera felicidad en nuestra perpétua morada se posee, que acá dolor y trabajo tenemos harto, ¿y no lo ves á la clara? Sé que bien sabes que despues de la transgresion del precepto por los primeros padres, esta morada en que andamos peregrinando fué maldita por palabras del grande é inmenso fabricador, y asímesmo el hombre y la mujer primera, de quien todos descendimos. De manera que quien quisiere gozar del sumo bien, ni quiera el fin para que fuera formado; pero mucho querría me respondieses y concluir, y bien puedes decir, señor, tu parecer, y á lo que dijere me podrás replicar.

BERINTHO.

¿Qué tengo de decir? Si al presente estoy deseando otra cosa, en buena cosa dudas, de buena ceguedad me quieres alum-

brar; mas Franquila se está riendo muy de verdad, dígalo ella en su conciencia por mí lo que siente, que yo lo remito en sus manos.

FRANQUILA.

Cuanto que si otra cosa allende del gozo presente no deseas, buena estaría Cantaflua.

BERINTHO.

Bien creo, Menedemo, que estás satisfecho de lo que tanto deseabas saber, concluye si otra cosa no resta para corroborar tu intencion.

MENEDEMO.

Que al presente en tí no more felicidad ni verdadero bien, confesado lo tienes; mañana, despues que hayas hablado á Cantaflua, examinaremos lo que resta, preguntándote todavía si te queda otra cosa que desear, allende de lo que de presente posees.

BERINTHO.

Sotilmente has concluido, y por mi fé

que quedo alegre y satisfecho de lo que has dicho, y con sotil invencion, me has hecho reparar, deteniéndome la rienda, que no piensas que estaba contento con lo que habias oido, que adelante tenia pensamiento de pasar.

AMINTHAS.

Sin duda es Menedemo hombre prudente, y no sin causa de todos, está por tal comunmente reputado.

FRANQUILA.

Algo es tarde, bien será, señor, que cenes alguna cosa, que estás desmayado, porque aún me resta de certificar algunas cosas que á la memoria me fueron encomendadas.

BERINTHO.

Pues haz, Menedemo, al mayordomo que haga aderezar la cena, y entretanto, amiga Franquila, por tu vida me digas al oido qué es lo que mi señora te mandó, que allende de la carta me dijeses, porque á mi parecer, traes larga y entera creencia.

MENEDEMO.

Si mandas, señor, ponerse ha la mesa junta á la cama.

BERINTHO.

Bien será.

FRANQUILA.

El concierto es y la voluntad de Cantaflua, y lo que sin duda desea, que mañana á las dos horas vayas á Santa Isabel, y que entres por la puerta que está de la otra parte, que como sale á las huertas está muy encubierta, y bien pienso que segun el deseo que tiene de te complacer en todo, y segun de la manera que está, que no os desconcertareis, porque sin duda con estos propios ojos la ví muerta, y decir tantas lástimas que me quebrantó el corazon en lágrimas de la gran compasion que hube cuando así la ví, y de qué manera tornó en sí, ¿y quedó consolada si te piensas? En mi ánima no de otra forma, salvo diciéndole Claudia y yo que le llevaba una carta tuya. Y de aquí

te contaría maravillas, salvo que es cosa para nunca acabar.

AMINTHAS.

Oyes, Simaco, en el término en que están los negocios, porque veas si tiene Berintho razon de tornarse de muerto vivo.

SIMACO.

Gran mujer es Franquila, y todos le quedaremos en mucha obligacion.

BERINTHO.

¿Qués lo que estoy oyendo, qué me dices, Franquila? Agora digo que me tengo por bienaventurado y cumplido de sumo bien, y por felice y más que felice, y Menedemo diga lo que quisiere y esté murmurando, que gran descanso es cumplir hombre su voluntad, y antes el hijo de Latona dejará de dar vueltas al Zodiaco que yo deje de reputarme por bienaventurado. ¡Oh Padre de todas las cosas! ¿Hay en este mundo mayor gloria? no por cierto; ni los prósperos sucesos de Artajerjes no fueron tales, ni los del que constituyó la monarquía á los persas, aquél que dió

licencia ya pasados los setenta años de la captividad al nuevo pueblo para que viniese en Jerusalem á honrar al verdadero Dios, ni ménos se iguala á esta mi buena ventura la prosperidad de Cárlos, llamado Magno, natural de Germania, aunque los galos tanto triunfan de sus hazañas; pero jamás pienso ver llegada esta hora, ni cuido ver la causa en méritos tan fortunados con tan alta ventura, y como sé que no soy yo capaz ni digno de tan demasiado gozo: ¡Oh cuántas contrariedades me ocurren! ¡Oh qué obstáculos tan recios siento contra la felicidad, que poco antes decia! ¡Oh qué cerrados veo los caminos del verdadero consejo! ¡Oh cómo callais todos! ¿Por qué no hablas, Menedemo? Que en verdad holgaría de oirte, con tanto que no fuese contradiciendo en todo ó en parte mi verdadero bien.

MENEDEMO.

Si cumplido bien fuese no se causarían dél tantos escrúpulos, ni esos sobresaltos, ni vendria acompañado de tantas zozobras; pero todos dicen que la lisonja gana amigos, y que la verdad engendra ódio; por tanto, no entiendo pasar adelante; mas si llamas felicidad ó verdadero bien

á cumplir tu voluntad con Cantaflua, y quella siga tu parescer y apetito, desde luego sin más dilacion te llamo felicísimo y aun más que beato, y pues con esto quedas satisfecho, segun te veo estar burlando con Franquila, la mesa está puesta y el maestresala viene con el manjar; cena y reposa, que más presto vendrá el tiempo de lo que cuidas.

BERINTHO.

Bien has dicho, Menedemo, hablado has la verdad, y aun si quieres mirar ninguna lisonja se contiene en tu sermon, aunque á prima faz, parece que has consentido hablando á favor de mi paladar; y pues así quieres, cenemos, y tú Franquila, por mi amor, no te levantes de donde estás, porque en la cena mezclemos algunos cuentos, siquiera de los pasados; pues estoy en tiempo que me huelgo mucho con la conversacion de mis amigos, y bien decia el filósofo que la amistad es cosa muy necesaria á la vida, y tambien el Quintiliano en las exclamaciones, dice: no hallo en las cosas humanas cosa mejor que la amistad; y el Tulio en el libro de Amicicia, dice: la amistad á todas las cosas humanas se adelante poner, y ningu-

na cosa hay tan apta á la natura, ni tan conveniente á las cosas prósperas ó adversas como la amistad; ¿qué dices, Franquila, que te estás maravillando? ¿Qué te parece acerca del noble género de la Amicicia?

FRANQUILA.

Dijo aquel Ovidio en el libro llamado del Ponto: canta el nombre de la amistad, mueve los corazones de los bárbaros, y Theofastro, sucesor en la Academia de Aristóteles, dice: de la manera que es el cuerpo sin el ánima, de aquella manera es el hombre sin amigos; y el Acursio, jurisconsulto glosador, afirma que tanto quiere decir amigo, como guarda del alma ó corazon.

MENEDEMO.

Sí, ¿pero quién será ese y lo hallemos? Porque en la verdad hay muy pocos amigos verdaderos; mas el verdadero amigo es aquél, á mi ver, el que tiene en su memoria la imágen de la verdadera Amicicia, de la manera que los antiguos la afirman y se preciaban de la tener, pintada en los lugares públicos.

FRANQUILA.

Eso dí, Menedemo, porque sin duda viene nuevamente á mi noticia.

MENEDEMO.

Pintábanla en figura de mancebo de poca edad, y la cabeza descubierta, y con una vestidura áspera, y en los pechos unas letras que decian cerca y lejos; pintábanla mancebo, dando á entender que la amistad siempre ha de estar fresca y no se ha de envejecer con el tiempo; la cabeza sin bonete, daba á entender que nunca el amigo ha de tener vergüenza de confesar el amistad que tiene al amigo en cualquier tiempo y en cualquier sazon que sea; la vestidura áspera, significaba que el amigo ha de estar siempre dispuesto á sufrir cualquier peligro, y cualquier trabajo por el amigo; y las letras de los pechos significaban que en la muerte y en la vida habia de ser y mostrarse la verdadera amistad. Las letras escritas en las haldas demostraban que el amigo cerca y lejos habia de ser amigo, dando á entender que en ausencia y en presencia ha de ser la verdadera amistad. De manera

que con tales requisitos, señora Franquila, y con tales condicciones, pocos amigos hay; y por eso dijo bien el otro á su hijo; ¿qué me dices, que tienes muchos amigos? Pues en verdad, yo nunca he podido tener más de medio amigo.

FRANQUILA.

Lo que veo es que el dia de hoy muchos son los amigos, pero pocos los escogidos; y el mejor veo que dice al tiempo de la más necesidad, lo mio, mio, y lo de mi hermano Pedro, mio. Así que á osadas sobre mi cabeza, que hay hartos amigos de taza de vino, y otros que si te ven en su tierra te dirán á la clara, si te ví no me acuerdo.

MENEDEMO.

Pues á buena fé que la verdadera amistad siempre se gana en la patria, y así se escribe de Anatarsis, filósofo que venido en Atenas á casa de Solon por oir su disciplina, dijo á un criado de casa: decid al señor que está aquí Anatarsis, que viene á el oir y á hacerse su amigo; y dicen que le fué respondido con el mismo mozo por Solon: los amigos en la propia tierra se

ganan. Pero la verdad hablando, muchos amigos y buenos hay el dia de hoy, aunque con gran dificultad se hallaria en quien concurriesen las cosas de la verdadera Amicicia. Mas de mi consejo todos deben procurar de tener muchos amigos, porque aunque en ninguno ocurriese que harto sería de mal todas las cosas convenientes á la entera amistad, segun es dicho, al ménos por poco que cada uno haga por el amigo aprovecha harto, y así dicen que como al navío en el tiempo de la tormenta no detienen las áncoras que no se pierda, así contra las ondas de la mundana fortuna los amigos detienen al amigo; esto siento, esto digo, otra eosa en mi conciencia no me queda en el buche.

FRANQUILA.

¡Oh qué maravillosamente has concluido! ¡Oh qué manera has tenido en el razonar! ¡Oh qué clara y qué plana queda la via de la verdadera amistad! Porque cierto, el amigo ha de ser otro yo, y allende de esto, Menedemo, has dado consejo á quien no lo ha querido oir, de cómo nadie rehuse toda manera de amistad; porque sin duda no hay bien ni mal que

no viene al hombre del hombre; lo dicho teniendo por constante, digo que por eso hace bien Galterio en tener tanta amistad con la justicia, que aun poco ha lo venia diciendo.

GALTERIO.

Amigos son ellos de sus bolsas, y de quien más provecho les trae, dolos á la maldicion, que no hay en el mundo más ruin amistad.

SIMACO.

Jesús, Jesús, ¿y lo que me decias ayer?

GALTERIO.

¿Tambien como esotro me cuentas los bocados? ¿Qué necesidad hay de esas memorias para el mal? Déjame vivir por amor de Dios, que yo sé lo que me cumple.

BERINTHO.

¿Qué dice, Galterio, que le veo enojado y cargado de malla? ¿Ha habido alguna cosa con alguién?

GALTERIO.

Y cómo, señor, si lo supieses; pero tornando á esotro propósito, parece tu señora Franquila, por lo que viste no ha seis horas en Santa Isabel, si tiene Galterio amigos, en tu conciencia lo dejo; de lo que Dios te vala, y así la madre criada ante de los siglos sea en tu guarda.

BERINTHO.

Cómo, ¿qué en Santa Isabel ha estado hoy Galterio?

GALTERIO.

Mas no hubiera estado, y no crees, señor, que si allá no me retuviera que hubiéramos tenido haciendas.

FRANQUILA.

Yo, señor, que estaba hablando con Cantaflua en el aposento alto, oimos voces en iglesia, y parámonos á la ventana Claudia y yo por ver lo que era, y vimos á Galterio de la manera que agora está y á otros tres hombres, no sé quiénes eran,

y á lo que Galterio me contó habia venido cierto enojo; esto es lo que yo sé.

GALTERIO.

¿Cómo tres hombres? ¿Y luego no viste más de ciento cincuenta que estaban fuera de la iglesia? Y créolo, porque los que entraron dentro no fueron salvo el padre y dos mancebos de bien.

FRANQUILA.

¡Ay, amargo fué este padre, y si no lo ha dicho mil veces ya!

BERINTHO.

Que aun á mi señora hubo de alcanzar parte, y venir á su noticia la cuestion de Galterio.

GALTERIO.

¿Y cómo, señor, y cuándo persona nacida en la ciudad que no lo supiese?

BERINTHO.

No llevan medio las cosas de Galterio, y sin duda tiene muchos amigos.

GALTERIO.

Hoy, á osadas, señor, se pudiera bien verlo.

BERINTHO.

Bien será que os vayais á cenar, porque acompañeis á Franquila, que vosotros ni yo no tenemos otro bien.

FRANQUILA.

Aminthas, por ser muchacho, se irá conmigo; qué miedo tengo de las cosas de Galterio; pero agora que estamos solos y algun tanto vaco de pasion, y con sosiego y el juicio en todo ya reposado, te quiero, señor, reprender algunas cosas, porque hasta aquí mucho he contemplado contigo y consentido en tu voluntad, siguiendo la doctrina de aquel primario de la mortal filosofía.

BERINTHO.

Pues que así quieres, antes que discurramos adelante, dime qué doctrina es de la que confiesas haberte aprovechado en el presente negocio.

FRANQUILA.

Aconseja Séneca que cuando vamos á consolar al atribulado amigo, si la causa de la pasion es récia, que hagamos lo mismo que él hace, y sigamos su voluntád, al ménos en el apariencia, no procurando con razon de distraello de la molestia ó fastidio en que está; porque dice que más se encenderá en ira y más se le aumentará el dolor, considerando que no tiene amigos que se duelen de su mal; y afirma por el contrario, que sintiendo el espíritu en tribulacion detenido, que hay amigos que tengan dolor de su pena, luego se disminuye su cuita con la tal imaginacion y con el deleite que de lo tal en él se concibe; pero afirma aquél verdadero aconsejar y consolar á los amigos, es estando ya algun tanto vacos de la pasion; dicho he, señor, lo que deseabas, agora quiero tornar á mi principal presupuesto, y como no te parece cosa vergonzosa y bien digna de reprension que el amor de una mujer te haya puesto mil veces en el artículo de la muerte, y no te ha abastado esto, salvo que á las vueltas has hecho mil desconciertos y mil desatinos que de persona de tanta autoridad como

tú y tan experto en las cosas de la política y moral doctrina, no se esperaban sin duda. De manera, que claramente nos has dado á entender que te faltó el consejo y te faltó la prudencia, no solamente la que la natura te produjo, pero tambien la adquirida mediante el currículo de tanto número de años ocupados en la doctrina de infinitos preceptores; y tambien te faltó, que no lo puedes negar, pues es notoria la parte y bien principal en el hombre, la cual faltando quedamos hechos brutos animales y agenos de toda razon.

BERINTHO.

Atento estoy; declara bien lo que dices, que inculcando unas cosas con otras, vas ofuscando la sentencia de tu sermon.

FRANQUILA.

La materia no sufre como ves otra cosa, por ser sotil y de tal calidad; pero lo méjor que pudiere la declararé. Dos partes principales hacen al hombre perfecto: la una, si sabe tanto y es tan bien enseñado que sepa aconsejar á los otros; pero ya que desta tan primaria parte carecia y no sepa dar consejo, que al ménos sepa tanto que

esté capaz para lo querer recibir; y aunque esta segunda parte como ves es ménos noble, tiénese por muy principal, porque entretanto que el hombre tiene habilidad para recibir consejo, no carece de razon; pero si ni sabe dar consejo, ni tiene prudencia para recibillo de quien más entiende, dígote que no participa de cosa de hombre; pues si esta segunda y tan principal parte, asimesmo ha estado de tí tan desviada, bien lo sabes, pues jamás no has querido oir consejo de padres, ni parientes, ni de asaz número de amigos, que sé yo y no puedes negar, pues es público cuán saludables consejos te han dado, y con cuánta voluntad han trabajado de arredrar tus enojos, y tú siempre en tus trece, procurando de dar con la cabeza en la pared.

BERINTHO.

Por Dios, que me vas adobando; mas amiga Franquila, procede, procede que bien veo que te pesa por te haber atajado.

FRANQUILA.

No pasaré adelante en mi ánima hasta

que confieses si es verdad ó no lo que tengo dicho, ó replica lo que te parezca.

BERINTHO.

No desacuerdo en cosa de lo que dices; prosigue por mi vida, que aún no sé á qué fin van dirigidas tus ignominiosas reprensiones, y temor tengo dónde has de ir á parar.

FRANQUILA.

¿Cómo á qué fin? ¿Y piensas que soy el Juvenal, que tengo de ir dividiendo mi razonamiento en sátiras? Acabado he, y si me has querido entender por gentil estilo te lo he dicho.

MENEDEMO.

Basta, que su poco á poco, Franquila le ha dicho que es asno, y da buena fin sin mal engaño; con su ánima de canto aún no la tiene entendida, que aún le está importunando que se lo diga más claro.

SIMACO.

Cosa de maravilla es con la atencion que ha estado oyéndola.

BERINTHO.

Bien me acuerdo, Franquila, haber leido la sentencia de tus palabras, y cierto son originales de Minucio, el maestro de la caballería romana, hablando contra sí y en favor del dictador Quinto Fabio, y cierto te tengo mucho que agradecer la recta intencion con que me has dicho tu parecer; pero ya sabes que mi mote antiguo es: no hay mal que iguale á la fuerza. Así que, hermana, recia cosa es ser hombre forzado y no tener la voluntad libre, y faltando ésta no se puede hacer cosa que se encamine en fin virtuoso, y no sin causa en odio de los forzadores están, estás tú y das en derecho leyes tan rigurosas que en oillas tiemblan las carnes; ¿y cómo no te es notorio que de la grandísima pasion que un solo momento no se ha partido de mí, han estado ligadas las potencias de la razon, y los ojos del entendimiento han estado ciegos, y con estos tales impedimentos y opresa la razon y sentidos, no han podido ver ni discernir la verdad por los obstáculos y objetos antepuestos de parte de la sensualidad, que tanto se enseñoreó, que no de fácile ha podido ser repelida? ¿y cuán pien-

sas que otra cosa salvo la longincuidad del tiempo, ha disminuido ira tan acelerada y tan estorbadora de mi remedio? No otra sin duda, verdad es que con lo dicho y con lo que más pudiere decirte satisfarás algo; pero aun para conmigo no quedo entero ni satisfecho del todo; por tanto para alivianar si pudiere algo de mi tan demasiada culpa, te quiero en suma relatar algunas cosas que del parte de amor de Cantaflua me han ocurrido, y si con atencion me quisieres oir, recibiré señalada gracia.

FRANQUILA.

Antes, señor, me harán gran merced.

BERINTHO.

Pues sey cierta, amiga Franquila, que desde el primer dia que la ví, con su vista traspasó el corazon, y no sé ni puedo pensar de cómo prestando consentimiento yo mismo para mi total destruccion, en el mismo instante sentí mi ánima agena de libertad, y conocí claramente que Cantaflua se habia aposentado en ella como en la parte más principal y mucho más noble. Y ví que las otras potencias de me-

nor cualidad, contemplaban y servian la nueva señora, y ni se rigen por mí, ni ménos hacian caso de cosa que yo dijese. De manera que viendo la cosa en tal estado, ocurrí al consejo que más seguro y aun más saludable me paresció. Y así me determinó de obedecer, aunque ví á la clara el perjuicio de mi propia vida, y no hube concebido en servir á Cantaflua como ya dije, cuando el libre albedrío, parte tan principal de mi remedio y amigo contra toda adversa fortuna, fué tan ligado en prisiones, que las ataduras y ñudos del Junio, que estaba en la provincia de Frigia, en el templo de Júpiter, desde el tiempo del padre del noble rey Mida; por cierto no eran tan ciegos, ni tan dificultosos de desatar le parecieron al gran Alexandre, pues la vida en tales términos la razon considerando el tan desventurado caso y suceso infelice, luego rindió las armas ciega de la oscuridad en que estaba opresa, sin que un punto sólo se defensase; pues yo miserable y de nacimiento infortunio imaginando la tan desastrada suerte, no sabia qué via eligiese como ménos dañosa, y con tanta perplejidad de desventurados acaescimientos, me determiné de cosa otro parecer ni consejo seguir, pues á más no me era

concedida facultad salvo tras la ciega fortuna; y así acompañado de tal compañía, han sucedido las cosas que dices, de lo cuál eres buen testigo. Pero ya ves que confieso que ni he tenido razon ni libre albedrio, causa principal de tantos inconvenientes. Agora que estás avisada, juzga lo que quieras y culpa á tu voluntad, que descanso he en te decir la verdad, y otra cosa allende de lo que he dicho no siento, ni sé más que te pueda decir.

FRANQUILA.

Abiertamente, señor, me das á entender, aunque de vergüenza no lo osas manifestar á la clara, que la fuerza de amor ha sido causa de tan desastrados casos, y pues esto afirmas qué entendido te tengo, buen testigo serás de la fuerza y mando que te está concedido por el fabricador de los géneros, de las causas sobre las criaturas del grande universo.

BERINTHO.

Su potencia y poderío cuán riguroso sea, ya se lo dije estotro dia á Menedemo, como ya te habrán avisado; pero sin

duda su riguroso poder y tan desabrido mando sin ninguna piedad lo ejecutó en mí. De manera que ni le impide potencia de reinos, ni señoríos, ni acata reverencia de dignidades, ni cura de grandes riquezas, ni mira, ni hace distincion en el sexo, ni le obstan un solo momento consejos de sabios, ni de barones ancianos, ni grandes huestes de caballeros, en el campo ménos se defienden, ni tampoco acostumbra perdonar las encerradas doncellas, ni la gran pudicicia de los observantes religiosos; ni ménos concede libertad á los bajos y desaventurados pastores huéspedes de las humildes chozas y tenebrosas cuevas; y lo que digo no lleva réplica, porque mil millones de libros están llenos de ejemplos, y bien á la llana consta la verdad de lo dicho; y parécete que deste sólo quiero decir que aquel Salomon, rey del tribu de Judá, nascido en la línea de Christo, prudentísimo sobre todos, cometiera los excesos tan feos que constan notorios contra el fabricador de la natura, si la fuerza de amor le tocara livianamente; cesa, cesa, hermana mia de más altercar, porque no me digas que el que está en el lodo trabaja por meter al otro, y aun porque hablando de las semejantes personas, como dicen, las paredes en tal caso han oidos; y

en fin, más sabe el loco en su casa que el cuerdo en el agena.

FRANQUILA.

Quisiera replicarte, pero veo que te huelgas y recibes gloria en ser reprendido de haber amado á Cantaflua, y por no atizar en el fuego, determino de poner fin á mi sermon. Pero si me concedes, señor, licencia, ir me he y que son ya más de las diez.

GALTERIO.

Bien dice Franquila, hermanos, que por demás es coger agua en cesto roto, y demasiada cosa es la lejía en la cabeza del asno, y cosa recia es volver el rio ni sacallo de su madre.

MÉNEDEMO.

Guarda no te oiga Berintho.

GALTERIO.

¿Qué oir? Estoy por decírselo delante, y tú no sabes como se burla conmigo.

MENEDEMO.

Sí, pero malas burlas son las verdaderas.

GALTERIO.

Agora te digo que lo has adobado, por tí se puede decir: de amigo amigo, la chinche al ojo.

MENEDEMO.

En fin, Galterio, nunca á nadie le digas cosa con que le pese; y en burlas ni en veras con tu señor no partas peras.

BERINTHO.

¿Estás ahí, Menedemo?

MENEDEMO.

Aquí estoy, señor, ¿qué mandas?

BERINTHO.

Ya es tarde y yo tengo gana de reposar un rato; dejadme solo, y Aminthas vaya

con Franquila, que no es menester más compañía.

FRANQUILA.

Muy consolada voy en te dejar con alguna alegría. ¡Plega á la Vírgen bendita que todas las cosas se vuelvan en bien!

BERINTHO.

Dios que es poderoso te agradezca los trabajos que á mi causa se te han ofrecido.

FRANQUILA.

Hermanos mios, á Dios seais encomendados.

GALTERIO.

¿Qué te parece, Simaco, si va contento el muchacho? Y aun yo te juro, por la Encarnacion del Verbo Divino, que podemos desde luego cerrar la puerta.

SIMACO.

Déjalo que agora es su tiempo.

GALTERIO.

¿Dónde vas, Menedemo, tan apriesa.

MENEDEMO.

Voy á hablar á Franquila, siquiera por que no diga el pan comido y la compañía deshecha, ó muerto es ya el ahijado por quien habiamos el compadrazgo.

GALTERIO.

Muy atento he estado esta noche oyéndola, pero otra cosa pensé de habello oido, pero ni por entre sueños le paso, por mujer de bien la tengo.

MENEDEMO.

¿Qué, por tu vida, pensabas que habia de decir?

GALTERIO.

Para Santa María no estaba aguardando sino cuando habia de sacar por la boca entre burla y juego, pues que es acabada la misa partamos las obladas.

MENEDEMO.

¿Qué te parece, Simaco, de los pensamientos de Galterio?

SIMACO.

¿Qué? Que piensa el ladron que todos están en su corazon.

MENEDEMO.

Pues antes que Franquila se vaya, me voy á despedir della.

GALTERIO.

Ida sin venida, como potros á la feria; ó la ida que hizo mi padre á Santa Marta cuarenta y cinco años ha.

ESCENA DÉCIMA

EN QUE SE INTRODUCEN FRANQUILA, AMINTHAS, GALTERIO, SIMACO, TIBURINA, SERGIA Y LA VECINA.

FRANQUILA.

Qué te parece, Aminthas, has estado atento á las cosas que ha pasado con tu amo, no sientes que bien que venga á su noticia, qué mal se ha sabido gobernar en esta jornada? ¿Y no te parece que es cosa convenible que lo saben todos? Porque yo lo tengo por tal, que no es menester más de apuntalle la cosa ó hacelle del ojo, aunque si has mirado tu condicion, todas las cosas que no le están bien y no le vienen á cuenta las disimula sobre cuantos nacieron, y aun no pienses que livianamente; antes con tanta astucia y con tan sobrada cau-

tela, que los mismos que le están hablando tienen por fé que no ha sentido ni entiende lo que le han dicho.

AMINTHAS.

Y eso, ¿por qué lo hace?

FRANQUILA.

¿Por qué? Porque mostrando sentir lo que le dicen, muchas veces habia necesidad de satisfacer, y por quitarse de aquel trabajo, hace que no siente lo que los otros dicen, ni quiere que sientan que sintió su voluntad, porque si los otros sintiesen que ellos habian sentido, sentirian que en su sentido quedaba pecado, y así recelarse yan dél.

AMINTHAS.

Y eso ¿á qué propósito?

FRANQUILA.

¿A qué propósito, hermano? Pues de aquella manera conoce el que le quiere bien ó mal para satisfacer á su voluntad cuando ve tiempo, ¿y no sabes que

Theophrasto, sucesor en el Academia de Aristótil, decía: la venganza perdiste del enemigo si te sintió por enemigo, y tambien decia: con la seguridad más gravemente herirás al enemigo?

AMINTHAS.

No, nada; ni en eso me paro á especular; lo que sé decirte, es que de todo lo que le dijeres á Berintho es como cazar con huron muerto; porque por la una oreja le entra y por la otra le sale.

FRANQUILA.

Bueno es el consejo de los amigos, y como dicen, llagas untadas duelen y no tanto; pero á la puerta de casa estamos, entra, que yo subo adelante á encender candela.

AMINTHAS.

¡Válale la maldicion á Franquila, y qué conoscida tiene la condicion á Berintho! Pero no me maravillo, que ya ha mil años que los veo andar en aquestos secretos. Y como ella es muy aguda, ha bien comprendido lo que el otro siente.

FRANQUILA.

Paréceme, hermano Aminthas, que hagas colacion, y cata aquí un mazapan; y en verdad, es de los que me envió Berintho ha más de dos meses.

AMINTHAS.

Pues bueno está para ser algo añejo; pero con dos bocados te satisfaces.

FRANQUILA.

¡Qué tengo de comer! Suerte fué mi ventura, y negra y desastrada suerte me cubrió, que estoy hecha loca por tí y tengo perdido el juicio á tu causa, y no parece que me calienta el sol sino cuando te veo; y aun siquiera por bien parescer una buena palabra no he oido de tu boca; ¡oh cómo eres ingrato! ¡Oh cómo no tienes agradecimiento! ¡Oh cómo eres desconocido y ningun amor mora contigo! y siempre tienes el gesto tan mustio, que no parece sino que todo el mundo te debe y ninguno te paga; ¿por qué no miras que por tí tengo perdida mi honra, y la vida como jugada al tablero? si mi marido ó

hermanos supiesen lo que yo paso, ¡oh desventurada de mí, y qué mala suerte me cobijó, y cuán negra y qué acompañada de dolor!

AMINTHAS.

Cesen, señora, tus largas lamentaciones; cesen ya tus tristes gemidos; que aun hasta agora el tiempo ha sido breve; pero en la verdad, ni tengo gloria, ni siento descanso, ni rescibo otro gozo salvo estar en tu presencia; pero parece que has culpado mi honesta manera de conversacion en lugares públicos, juzgando las cosas en la parte siniestra.

FRANQUILA.

¡Oh, Aminthas! Espejo y amparo de mi vida, y cómo me engañas con tus dulces razones; porque aun los prudentes y muy experimentados se aprovechan poco de su prudencia en semejantes casos; porque cierto es que contra el amor verdadero no se puede obrar discrecion, y quieres tú hacerme creer, como si fuese boba ó como si me hubiese criado en los campos, que usando de discrecion, has disimulado; buenas lisonjas son esas, y gentil manera

es de negociar en lonja, como si no te entendiese, pues al freir lo verás, que muchas veces debajo de la buena razon está el engaño, y abre el ojo, que carne asan; y si presumes de muy reagudo, por mucho madrugar no amanece más aina, y más vale al que Dios ayuda, etc.

AMINTHAS.

Señora de mi ánima, que te quiero más que á mí mismo; por tu vida que no estés enojada.

FRANQUILA.

Con lo que he dicho ya he perdido el enojo, y con que estoy cierta que de hoy más no lo harás de la manera que hasta aquí. Pero, ¡oh cómo eres tan importuno! ¿Y no fuera mejor dejarlo para en la cama?

AMINTHAS.

¡Oh mí señora, que no es más en mi mano!

FRANQUILA.

¡Oh, señor mio, y cuán mal me has tratado! ¡Ay cómo quedas muerto!

AMINTHAS.

Bien será, señora, que nos echemos, que á mi ver es más de media noche.

FRANQUILA.

Pues quítate los vestidos, que yo ya ves cómo estoy desnuda.

AMINTHAS.

Pues agora que estás sin enojo, ¿parécete bien juzgar sin oir las partes? ¿no sabes que aquél tan digno de fama, inmortal hijo de Philipo, cuando alguno venia ante él y le informaban de alguna cosa contra el que estaba ausente, acostumbraba cerrar el un oido, y preguntando que por qué lo hacia respondió, que dejaba aquel oido para oir al culpado cuando viniese?

FRANQUILA.

Bien podrias recitar las historias, sin darme, señor, tanta congoja.

AMINTHAS.

Pues ya, señora mia, no tienes ya de qué recibir pena.

FRANQUILA.

¿No será bien, señor, que duermas un rato? y yo levantarme he, que á buena fé que veo la luz, y tú con tus burlas y pláticas piensas que el tiempo se está quedo.

AMINTHAS.

¿Qué no es posible?

FRANQUILA.

Hala he bien, no es posible.

AMINTHAS.

Sí, por Nuestra Señora, y á buena fé no parece que ha dos horas que nos echamos.

FRANQUILA.

No le parece al mancebo que ha dos horas que se echó, y á buena fé más de cuatro lo he tenido encima, que no pensaba sino que era juro de heredad ó casa de por vida; y no me ha querido parecer sino al otro que decian que daba trece por docena.

AMINTHAS.

¿Qué diees, señora de mi bien?

FRANQUILA.

Que me levanto y daré órden en aderezar de comer, que será bien que seas acá convidado un dia en el año.

AMINTHAS.

¿Pues cómo podrá ser eso?

FRANQUILA.

Déjame, que yo lo ordenaré, y desde la ventana sin bajar abajo, que mi madre bien sabe abrir la puerta por de fuera, y está atento. Señora vecina, óyeme: á mi madre por otra tal que se pare aquí.

VECINA.

Señora Tiburina, Franquila dice que os llegueis á su casa.

TIBURINA.

¿Qué es lo que quieres, hija?

FRANQUILA.

Aquí al escalera una palabra.

TIBURINA.

¿Qué me dices?

FRANQUILA.

Esta madrugada vino el primo hermano de mi marido, que vive en Jerez, y hále acontecido allá cierto desconcierto y quiere estar hoy aquí secretamente, y hay necesidad que me hagais traer algo que coma.

TIBURINA.

Tú puedes matar un par de gallinas, y de casa te enviaré una liebre y un par de perdices, y vino de lo muy bueno de Martos, y bien será le hagas honra, á Sergia te enviaré, que aunque es muchacha es muy secreta, y queda con Dios, que yo voy á proveello.

FRANQUILA.

¿Has oido, hermano? buen primo de mi marido es el que está en casa.

AMINTHAS.

Ya veo que todas haceis lo que bien os está, y os salís con ello.

SERGIA.

Señora Franquila, ¿mandas que suba arriba?

FRANQUILA.

Sube, Sergia hermana, sube y haz lumbre, y esa liebre que traes con la gallina que está en el almacen, échala á cocer con un pedazo de jamon de tocino, y entretanto que la olla se cuece, pela las perdices, mientras que yo aderezo algunas cosas de por casa.

GALTERIO.

¿Oyes qué digo, Simaco?

SIMACO.

Dí, pues, acaba.

GALTERIO.

¿Qué te paresce, cómo aún Aminthas se

está en casa de Franquila? Quiero ir allá, que á osadas que tienen alguna cofradía ordenada, y podrá ser que almuerce con ellos; y es verdad, que tardaré en llegar.

SIMACO.

Pues anda en buen hora, y mira no quieras como el perrillo de las dos bodas.

FRANQUILA.

Hora es que te levantes, señor Aminthas, y esta moza te dará de vestir. Sergia hermana, entretanto que yo voy abajo, entra y darás de vestir al señor, que es primo de mi marido; mira que no lo ha de sentir la tierra.

SERGIA.

En buen hora.

AMINTHAS.

Por Dios, que me parece hermosa esta muchacha, y que será bien que se lo diga, que estos diablos siempre huelgan de las semejantes pláticas. Sergia hermana, por mi conciencía que sois hermosá doncella.

SERGIA.

Está burlando; mas diga, señor, ¿de qué es este jubon, es de oro?

AMINTHAS.

De brocado es, hermana mia.

SERGIA.

¡Oh señor, por la Pasion de Dios, no hagais tal cosa que estoy vírgen! ¡Ay mezquina de mí, y cómo, señor, me habeis muerto!

AMINTHAS.

¡Por la Pasion de Cristo, amortecido se ha, válala la maldicion!

GALTERIO.

¿Qué haces, señora Franquila, que te veo andar negociada y cerniendo sin echar harina.

FRANQUILA.

Ah que noramala vengais, porque no digais que nos hablan.

GALTERIO.

No hablas, creo que te ha visto el lobo primero.

FRANQUILA.

Tengo mil haciendas en que entender; no te maravilles, que no ha de estar siempre la persona de un temple; pero, ¿qué buena venida es esta?

GALTERIO.

La verdad es hija de Dios; vengo, señora, á llamar Aminthas, que hay en casa necesidad dél.

FRANQUILA.

Pues Galterio hermano, ¿quién te dijo que estaba acá?

GALTERIO.

¿Y cómo hay entre nosotros cosa secreta? Buenos estaríamos.

FRANQUILA.

Pues mucho te encargo, por la Pasion de Dios, que esto sea secreto.

GALTERIO.

Secreto dices, ¿y hay hombre en el mundo que así guarde el secreto como yo, que no se comete delito ni se mata hombre en el obispado, que antes que se cometa ó luego como es hecho, no me es manifiesto? Pero mira si oyes que Galterio lo descubra; y aun te diria y esto para entre nosotros, que no se ha robado casa ni hecho hurto en toda la tierra de diez años á esta parte, que no sé yo quién lo hizo; pero gracias á Dios, que no dirá nadie que por mí se descubren, y desto cierto me puedo loar, que no es más decirme á mí la cosa que enterralla ó que echalla en un pozo.

FRANQUILA.

A osadas en hora mal, y aun eso es lo que por allá se suena.

GALTERIO.

Siempre te picas de murmurar, mejor seria que te acordases cuanto hombre te desea servir.

FRANQUILA.

¡Oh por tu vida, Galterio, que me dejes no sienta algo Aminthas!

GALTERIO.

¡Oh, reniego de la que no me parió! ¿Y á tal tiempo me dices eso?

FRANQUILA.

¡Oh pecadora de mí y nunca acaba este diablo! ¡Y creer que piensa que me huelgo mucho con su vista!

GALTERIO.

Fatigada quedas, señora, pero algo se ha de hacer por complacer los amigos; mas yo me subo arriba.

FRANQUILA.

Pues habla primero.

GALTERIO.

¿Qué haces, hermano? Es hora que nos vamos.

AMINTHAS.

Galterio es aquél; ¡válalo la maldicion y quien lo ha traido acá!

GALTERIO.

¿Cómo estás turbado, Aminthas, qué has?

AMINTHAS.

El diablo subió aquí aquesta moza. Entra y mira cuál está.

GALTERIO.

¿Han degollado alguna vaca? ¿Y qué has hecho, dí?

AMINTHAS.

¡Oh que estoy despechado! Déjame agora de burlas.

GALTERIO.

¿Burlas te parecen estas? Por la cruz de Dios, si tuvieras deudo con la gente de quien por boca del mismo Salvador fué dicho, que estarian peregrinos en Egipto

cuatrocientos y tantos años, que dijera que habias hecho sacrificio.

AMINTHAS.

Dí, por tu vida, lo que te parece en esto, y déjame al presente de recitar figuras de la ley vieja.

GALTERIO.

Mudado me parece que has el consejo como hace el sabio, pues anteayer como dicen mucho eras de su bando; pero pues tambien has faltado el Pilanco has cuenta que hoy te naciste, y procura de hacer libro de nuevo, que no nació quien no erró, salvo la reservada de la culpa original; y pues tanto supiste, por sábio y por más que sábio te tengo, aunque más afirme el Ciceron no ser de sábio decir nunca pensara tal cosa, y quien yerra y se enmienda á Dios se encomienda, y aun como sabes humana cosa es pecar y diabólica perseverar en el pecado. Esto he recitado porque la materia lo requeria, en lo demás esfuérzate, que nunca cierto se vido pelleja destas en la blanquería, y todas tienen estos delicados sentimientos en los principios, y aun por encarecer el ne-

gocio muchas cosas, fingen otra cosa allende de lo que sienten, y algo es lo que digo, ¿no miras cómo ya torna en sí? Salte fuera y déjame con ella, que yo la apaciguaré, ó mal me andarán las manos.

AMINTHAS.

Así lo hago.

GALTÉRIO.

¿Sobrina, sobrina, qué habeis habido?

SÉRGIA.

De aquese primo de su marido de Franquila, que me ha deshonrado.

GALTERIO.

¿Primo de su marido? Gentil flor se traen; pues, ¿cómo fué, sobrina, cómo fué? que bien me parece que ha guardado el deudo.

SERGIA.

En acabando que acabé de dalle agua, me tomó por fuerza y se echó conmigo.

GALTERIO.

El mal recaudo es hecho ya, sobrina, y nuestro mal no lo podemos echar á puerta agena; por tanto, como moza cuerda lo disimulad; especialmente, que si Franquila lo sabe no es más tu vida.

SERGIA.

Y aun ese es el mayor inconveniente y lo que yo más temo.

GALTERIO.

Pues levanta, sobrina, levanta, y no tengas temor, que aquí estoy yo, que cubriré todos esos duelos, y echa un poco de tierra encima de esa sangre, que otra tanta salud te es en verdad; y cata aquí medio real para unas zapatillas, y quien te da un hueso no te querría ver muerto, como suelen decir.

AMINTHAS.

Pues, hermano, ¿cómo te ha ido en la feria?

GALTERIO.

Apaciguada está ya, y con medio rucio que le dí se ha soldado todo.

AMINTHAS.

Y buena me parece que anda.

GALTERIO.

Pues qué, ¿pensabas que había de cojear?

AMINTHAS.

Pues, Galterio, ¿qué dices en tu conciencia de estas cosas?

GALTERIO.

Qué quieres que diga, sino que andas hecho cuchillo de melonero, y por la Casa Santa de Jerusalem, que tengo creido que de hoy más todos tendremos que hacer en tus cosas.

FRANQUILA.

¿Qué dices, hermano Galterio, con quién lo has? Paresce que estás hablando en seso.

GALTÈRIO.

Estoy hablando á mi sobrina Sergia, que ha gran tiempo que no nos habiamos visto.

FRANQUILA.

¿Así en buen hora, Sergia, parientes teneis? Pues pon, hermana, la mesa, que todo me parece que está de buena sazon.

GALTERIO.

Eso sí, y nunca se barra la casa, que todo lo hace andar un año sin jubon; y tú, señora, dame acá esa hacienda, y abaja y cierra la puerta, que Dios lo remediará todo.

FRANQUILA.

Propio hombre de palacio es Galterio, que tambien me parece que es buen trinchante.

GALTERIO.

Mejor me parece á mí que está el vino; pienso que es de Luque ó de Lucena.

FRANQUILA.

De Martos se lo trujeron á mi madre, y aun á lo que decian, debe ser de lo de la Vega.

GALTERIO.

¡Qué tachuela!

AMINTHAS.

¿Qué te parece, Galterio, que harán agora en nuestra casa? Si discurrieran eslabones como suelen.

GALTERIO.

Déjame acabar la lebrada, y despues averiguaremos estas cuentas.

AMINTHAS.

Mas, por tu vida, ¿qué hacían cuando veniste? ¿Estaban, por dicha, rezando de vivos y profanando de vidas agenas, ó lloraban sus duelos, ó en qué entendian?

GALTERIO.

Hacian lo que suelen, girar cartas y pa-

sar adelante, y andar al amor del viento, corriendo agua abajo, hablando al favor del paladar de su vecino, diciendo otra cosa allende de la verdad, con temor de la susurracion envidiosa.

FRANQUILA.

A buena fé, pues, que no sabe poco quien eso hace; que así decia aquel Hipócrates, príncipe de los médicos: el que quisiere vivir pacíficamente, haga lo que hacen los convidados en el convite: de todos los manjares decir bien, aunque algunos no le sepan bien al gusto.

AMINTHAS.

Y aun de esa manera va como va y no como debe; y con esos tales consejos, nadie oye la verdad aunque sea de su mismo padre, porque todos se pican de dimes y de hablar lisonjas, procurando con algunas blandicias halagar y engañar al más amigo, y la verdad muy desechada, muy apartada de veras al rincon; y cierto pocos la siguen y pocos se abrazan con ella, y de esa manera cual hilamos tal andamos.

FRANQUILA.

No hay duda, toda la manera del honesto y derecho vivir anda pervertida, y por eso dice el sabio que uno de los trabajos que los reyes tienen, es que no hay quien les diga verdad.

GALTERIO.

Y aun con eso nunca lloramos duelos ajenos, trayendo la falsa balanza en el peso con que nuestro vivir se compasa, y trayendo siempre el alforja de los vicios de nuestro vecino delante los ojos, y la de los nuestros excesos á las espaldas, procurando de mirar la chicaraza en el ojo ajeno, no curando de apartar la viga que nosotros traemos á la continua colgada de nuestra propia vista.

AMINTHAS.

Cierto es, como refiere el Ciceron en una epístola, ser dicho del Eusebio, que la virtud no se alcance al hombre lleno de felicidad, y sin ella ni somos buenos ni podemos hacer buenas cosas. Pues cuán despojados estamos de esta perfectísima y

santa virtud, ya lo veis; claro está, harto ciego es como dicen, el que no ve por tela de cedazo; ¿y qué quereis más? salvo que entre un millon de hombres no vereis uno prudente; sobre decir Platon que la prudencia era guia de las virtudes, y sobre decir Sócrates, su maestro, que toda virtud sin la prudencia era ninguna cosa; y no sin causa á osadas se lee en la vida de Diógenes, aquél tan extremado en los virtuosos actos, que un dia comenzó á decir á voces: hombres, hombres, venid; y como lo oyesen muchos, fueron por ver lo que queria, y llegados dijéronle: ¿qué nos quieres? Y dicen que el prudente filósofo les respondió: no llamé yo á vosotros, pero llamé á los hombres; donde les dió á entender que no era hombre, salvo el dado á los ejercicios virtuosos, y el que seguia los límites de la razon.

GALTERIO.

A buena fé, hermano, si tanto apuras el testigo, que te diga que halles tantos deseos virtuosos como de cuernos blancos; y hablando la verdad, las burlas desechadas que ha dado, te contase yo desde aquí en nuestra ciudad los que son virtuosos, y aunque no se gastase mucho

tiempo en contallos; pero no paso adelante, y como dice el satírico poeta, por mí todas las cosas sean buenas. Dios ayude á todo el mundo, cada uno dará cuenta de sí; con una cosa me contento, que ni habrá mal sin castigo ni bien sin remuneracion; y tambien acerca de Dios, ni hay privanzas ni aceptacion de personas, y en aquel juicio sólo se guarda igualdad; con esto estoy satisfecho y quedo contento, y paso adelante, que no digo más y cíngome mi perigallo.

AMINTHAS.

No pienses que quedo poco ufano de lo que has dicho, y de cómo no dices salvo la misma verdad; porque cierto es que en el humano género, muy predominante está la torpeza; y el grosero vulgo muy amancillado está con los vicios; y la ignorancia es la que lleva á los mezquinos por camino apartado; y ellos piensan que no hay más, sino poca ropa y gran soberbia, y caminar tras el desenfrenado apetito, presumiendo de ricos con tres blancas que procuran de avanzar del necesario gasto, no acordándose que siempre el gran Alejandro se reputó por pobre hasta obtener toda la monarquía, diciendo en su

carta á Darío que el mundo no podia estar bien gobernado con dos; así que muchas veces da Dios alas á la hormiga, y por su mal, pues otros que si te piensas fingen de sabios sin haber sido discípulos, otros aunque nacidos de línea torpe, te comienzan á levantar gran caramillo de la línea de su linaje, y toma por ahí la manta, y á esotra puerta que estotra no se abre, así que de poco quieren hacer muy gran sonido, y de una pulga te arman un caballero, haciendo una torre de aire más alta que hoy y mañana, y buscadle el rastro; otros de muy tartamudos se quieren hacer elocuentes; otros seyendo á natura peregosos fingen de muy graves; otros seyendo esquivos y de mala conversacion, son reputados por muy severos; otros no sabiendo hablar de necio, son tenidos por muy cuerdos; otros del todo malignos, la grosera gente los llama astutos, pervirtiendo de todo en todo el nombre que cada uno merece, segun la mercadería en que entiende; así que si te andas como ellos dicen al hilo de la gente, con cinco párrafos de instituto mal oidos y peor estudiados, te llamarán doctor *in utroque*; mas esto dejado y volviendo á nuestro tema, ¿paréscete, hermano Galterio, que será levantado nuestro amo?

GALTERIO.

No se acuerde más el enemigo malo de mi alma que yo me acordaba al presente dél, y creo que piensas que querria yo que se concluyesen estos amores.

AMINTHAS.

Como que no rescibirías placer de ver esta causa en méritos fortunados.

GALTERIO.

¿Y qué me pena á mí? ¿Qué cuidado tengo yo de eso?

AMINTHAS.

Siquiera por amor del gozo de Berintho te habias de holgar.

GALTERIO.

A la fé, más cerca están mis dientes que mis parientes.

FRANQUILA.

¡Jesús, Jesús! ¿Y eso me dices?

GALTERIO.

¿Luego tú no ves lo que pasa? Y á burla creo que tienes la caza de los tortoleros; y cómo andaría la trulla que anda, si nuestro amo estuviese en su seso, y si entendiese como antes en las cosas de casa; juro por Dios, no hay más ley ni concierto entre nosotros que justicia en el monte de Torozos, ó en el Col de Balaguer; ¡oh qué conciencia en el mesonero que agora está en la guada cabrilla, que es el de los limones del escudero!

FRANQUILA.

¿Pues á esa llamas buena?

GALTERIO.

Y no miras tambien que por otra parte cada uno es señor de lo que quiere, y andamos á hazme la barba y hacerte el copete; ó como dicen, jugamos con el tonto á la zueca pella, haciendo guimazo al que tomamos entre las manos, y así nos andamos á ruin sea el postre, y hoy por mí y otras por tí, trayéndonos por refran quien de locura enferma, tarde ó nunca sana.

FRANQUILA.

¿Pues no ves, hermano, que eso no es cosa para poder durar mucho tiempo? porque la mucha desórden suele traer demasiado concierto.

GALTERIO.

¿Y qué cuidado tengo de aquesto? Dure lo que durare, como cuchara de pan, y sácame de este barranco y échame en el otro, y entretanto morirán el asno ó quien lo aguija.

FRANQUILA.

Todavía digo que estando las cosas en esos términos os vendrá á vosotros poco provecho.

GALTERIO.

El que anda entre la miel, siempre se ha de untar las manos aunque le pese.

FRANQUILA.

No me dirías de qué manera, cuanto yo no puedo entender ese latin.

GALTERIO.

Bien te podría informar, pero sería gastar tiempo en balde; porque cosa escusada es querer vender miel al colmenero.

AMINTHAS.

No le importunes más, sino hacelle has confesar lo suyo y lo ageno, porque ya sabes que en nuestra tierra llaman al hurtar aprovechar; en lo demás, hermanos, pues hemos comido á nuestro placer, bien será que determines que nos vamos.

FRANQUILA.

Y espérate un poco; ¡oh cómo eres desamorado, y no ves la hora destar fuera desta casa!

TIBURINA.

¡Hija Franquila, hija Franquila, mira que te digo aquí á la escalera!

GALTERIO.

Cuanto questo Dios se lo quiere, ¿sabes

que me parece, Aminthas? que á mi sobrina Sergia le des otra vuelta, que yo miraré si viene Franquila.

AMINTHAS.

Al cabo estoy bien, has dicho, contigo me entierren.

GALTERIO.

Mas ¿parécete que andaría bueno el mundo si así tuviese las manos como la lengua?

AMINTHAS.

Pues hablando se dicen las verdades.

GALTERIO.

Anda, que por eso dicen, el viejo por no poder, y el mozo por no saber, etcétera; pero bien me parece que te vas imponiendo; que la muchacha ya gruñe; reniego de oficio que queda en poder de rapaces.

SERGIA.

Paso, señor, por vuestra vida, y así volvais con bien á vuestra tierra.

GALTERIO.

Desa manera no me parece que sabe mi sobrina tu casa.

SERGIA.

¿Qué dice aquel diablo viejo? ¿y no puede callar?

FRANQUILA.

¡Sergia, Sergia, mira que te llama, señora!

SERGIA.

Señora, ya voy; mas ¡ay! señor mio, y cómo se me quiebra el corazon en dejaros; pero esta noche me podré volver acá un rato.

AMINTHAS.

Pues anda, amiga, que te tardas mucho.

GALTERIO.

Hora es, Aminthas, que nos vamos, si

la señora Franquila nos dá licencia, que más son de las doce.

FRANQUILA.

Bien será que, cierto, de plática en plática, mucho se nos ha ido el dia de entre las manos.

AMINTHAS.

Pues que así es, ¿qué nos mandas, señora, que hagamos en tu servicio?

FRANQUILA.

La Vírgen María de la coronada vaya en tu guarda; y por la puerta de arriba, pues que la sabes, os podeis ir.

GALTERIO.

Pues que así es, adios, adios, señora Franquila.

AMINTHAS.

¿Qué te parece de Franquila, Galterio? Así goces de lo que más deseas.

GALTERIO.

A la fé que es mujer de bien y de honra, y que no se contenta livianamente, sino que uno en el saco y otro en el papo.

AMINTHAS.

¿Por qué dices eso, por tu vida?

GALTERIO.

Como que no me viste; pues mientras tú sangrabas á Sergia en el palazuelo de abajo, aunque á oscuras, le enseñé la cuenta, y concurriente de la lima.

AMINTHAS.

Por tú fé que aquesto pasa ¿y desas es?

GALTERIO.

¿Y cómo que desto te maravillas? Hay ese corazon ancho que allí se quedan las paredes; nunca te cures de pedilles esas cuentas, que será sudar y tomar enojo; luego mal conoces en la mercadería, pues hágote saber que aunque ves que tengo á

Paulina casa aparte y vive harto honestamente, y como mujer de manera y de bien, que me acontece muchas noches cinco ó seis veces irme de la cama y dejalla, porque cumpla con algunos que vienen á llamar á su puerta, de quien ella no se puede excusar, salvo que les ha de hacer cortesía, y con sufrir yo aquello, que aun muchas veces lo recibo por pasatiempo; por otra parte, hace hombre della lo que quiere, y como dicen, cera y pábilo, y de aquella manera nunca manca oña dobla al hombre para gastar con los amigos, que de otra manera, esperando de contínuo la racion de palacio y no buscando otras granjerías, á las vueltas, sábete, hermano, que si hubiese para haldas no habría para mangas, y si hubiese para comer no habría para cenar, y aun yo te juro por la mi santiguada que muchos dias aun no hubiese para agua ni sal.

AMINTHAS.

¿Pues cómo quieres comparar á Franquila con Paulina? Que ayer estaba en el publique, y aun no con las muy aventajadas, rogando á blancos y negros, y no mirando si era cojo ó tuerto, con tanto que trajese el cuarto de abrocho en la

mano del broquel; por Dios que estás bueno si has de llevar por un rasero todas las cosas sin hacer diferencia de blanco á negro, ni de bueno á malo, y aun desa manera se hacen los cogombros retuertos y se quedan los hombres por los caminos sin decir aquí me duele; ¿y como no has vergüenza de dejarte decir lo que has dicho, sin considerar que Franquila es natural de la ciudad y de honestos parientes, y mujer casada con ciudadano digno de honra, y allende deso es persona muy de bien, y en tal reputacion comunmente de todos estimada? Y porque lo dicho abasta, dejo de recitarte otras cosas, fuyendo proligidad.

GALTERIO.

No sé nada, todas quieren más el dinero que la blanca; de la mejor y peor reniego; nunca ví ninguna que te diga bien está; antes si te duermes un poco en el rascar, dicen entre sí aunque algunas veces de vergüenza lo callan, que mala compañía es dos mujeres en una cama; pues hazte con ellas un poco de nuevas, y á dos por tres te dirán que eres bueno para fraile, ó que el mozo vergonzoso el diablo lo trajo á palacio; así que hermano, déjate

de esas fantasías que á todas les sabe bien, y en lo demás formados somos de lodo, y al cabo en la primera materia seremos tornados, y si miras á Adan y Eva, son padres de toda criatura viviente.

AMINTHAS.

Holgádome he mucho de oirte en verdad, y aun con tanta voluntad estaba, que quisiera que pasara la burla adelante; pero pues en eso te atajas, para aquí para delante Dios te perdone, pero yo te juro que nunca más perro al molino.

GALTERIO.

Héla muerta, ¿y no sabes que donde una puerta se cierra otra se abre? ¿y piensas que la ha de faltar? Por dicha ves la ciega, la manca, ó vieja, sino fermosa y moza, y rica, y discreta como la maldicion; mira bien, hermano, en lo que estás, y hazte ciego, y sordo, y mudo, y jugaremos con ella entrambos de patojada, y como dicen está la tuya sobre el hito, no rescibas congojas, y si necesario fuese ordille hemos un trato doble, y aun jugaremos de sus mismos bienes á la zagalarda.

AMINTHAS.

Por mi conciencia que andas bueno, en mi pensamiento estás, pero en casa estamos y todos andan regocijados; á mi cámara me voy á aderezar, que de camino me paresce que andan.

SIMACO.

¿Pues, Galterio, cómo le ha ido?

GALTERIO.

Todo de la manera que lo pensé; y por eso dicen: quien al lobo envia carne espera.

SIMACO.

Escucha, escucha, que paresce que habla nuestro amo.

ESCENA UNDÉCIMA

EN QUE SE INTRODUCEN BERINTHO, CANTAFLUA, MENEDEMO, GALTERIO, SIMACO, AMINTHAS, CLAUDIA, VETURIA Y EVARISTO.

BERINTHO.

Oh cómo se llega al término para ser infundido de plenísimo bien! ¡Oh cómo se acerca mi quietud y perpétua holganza! ¡Oh cómo se acerca mi verdadero reposo! ¡Oh cómo no hay intérvalo ni mis sentidos lo sienten, para de fácil ser infuso de verdadera felicidad! ¡Oh cómo el entero y plenísimo bien ajeno de toda zozobra viene á más andar, que yo lo siento aposentarse en mi corazon como en parte más principal, y por cierto con más ímpetu me parece que haré esta jornada, que van los caballos de Febo contra el ocaso! ¡Oh

cómo el gozo desacompañado de toda cuita, viene prometiendo salud longeva á los espíritus vitales! Por cierto, el arrobamiento del primer agente de la natura, que en espacio de veinte y cuatro horas termina y da fin á su curso, no se iguala en presteza á la acucia y solicitud con que mi desterrada vida viene amenazando á la cruda muerte llamándole ignominiosos nombres. Ya, ya todas las cosas veo favorables, y no veo inconveniente qué obstáculo ni cosa que le parezca, anteponga contra la fuerza de mi verdadera prosperidad; pues que así es y en tales términos están las cosas, bien será que mi tardanza no impida punto el camino de mi tan alta ventura. Menedemo, Menedemo, ¿estás ahí?

MENEDEMO.

¿Qué mandas, señor?

BERINTHO.

¿Hasme oido?

MENEDEMO.

Todo lo que tengo entendido; pero no queria que los de tu casa dijesen lo que

los caballeros del gran Alejandre, muerto el postrimer monarca de los persas.

BERINTHO.

¿Qué es eso, por tu vida, qué era lo que clamaba el ejército?

MENEDEMO.

Decian á voces que mucho mayor daño les habia traido la fortuna próspera y favorables açaecimientos, que los molestos sucesos y contrarias andanzas; así que, señor, será bien que vayas, que todo está aderezado, y sin que hagas mudanza en cosa, salvo de la manera que cada dia acostumbrabas pasear por la ciudad, especialmente que acaba de dar agora la una, pues estotra hora en ir poco á poco se consumirá.

BERINTHO.

¡Oh qué consejo tan saludable y tan cierto! Sin duda el del capitan anciano, no era más conveniente al ejército de los samitas; ni el de Atilio Régulo, no fué más saludable á la romana república. ¡Oh cómo me has dado la vida! Anda adelan-

te, que á lo que veo todas las cosas van y nos ocurren felices, porque como dicen, á quien Dios quiere bien, la cosa le sale.

MENEDEMO.

Llega acá esa mula, Evaristo.

BERINTHO.

Si os parece, por fuera de la ciudad iremos bien, y así por entre las huertas podremos como quien va á pasear llegar á Santa Isabel.

GALTERIO.

¿Qué te parece, Simaco, cuál va Aminthas con capa de damasco, y sayon de carmesí, y penacho de oro en la gorra? Triunfando anda la vida.

SIMACO.

Bien hace el preciarse, que es mancebo y de gentil disposicion.

AMINTHAS.

¿Qué dices, Galterio, qué dices?

GALTERIO.

Digo, hermano, que parece que tú vas á ser el novio.

AMINTHAS.

De hoy más puedes decir lo que quisieres, pues sabes que hay causa para ello; mas ¿qué te parece, por tu vida, de Sergia?

GALTERIO.

¡Oh, reniego de la puta que no me parió! ¿Y qué me ha de parecer? Pensé cuando entré que la tenias degollada, y piensas que no estuve por revolver un ruido hechizo donde muriera alguna gente, porque con lo uno se callaba lo otro.

SIMACO.

¿Qué fué, Aminthas, por tu vida, que me parece que va de verdad la conseja?

AMINTHAS.

Dígalo Galterio, que á osadas que él lo relate tan bien, como nuestro beneficiado las fiestas.

SIMACO.

Pues dí, Galterio, por tu fé; así Dios te guarde de alcalde nuevo y de alguacil viejo, ¿qué fué?

GALTERIO.

Qué diablo habia de ser, sino que fuí en casa de Franquila, y halléla que estaba abajo aderezando su casa, y como ella se pique de enjabonar sus maderas, y de echar sus manteles en cada colada, armé-le una zancadilla, y con poca dificultad cayó de espaldas; y como sea de las que dicen: hallado habeis la gritadora sin que lo supiesen los vecinos, quedamos tan amigos como dos hermanos. Y por no dar parte de lo que habia pasado, en consejo haciendo del juego maña se quedó; y tal cual dicen duelos; y yo con mi cara deslavada como aquél que no habia pasado el pié de la mano, me subí arriba, donde hallé al señor en calzas y jubon, tan despacio como mesonero del Puerto de Santa María, y tan de vagar y con tanto sosiego, como si tuviera la casa alquilada; y cerca dél estaba una muchacha de hasta doce años, más en la otra vida que en

ésta, y habia salido della tanta sangre, como si hubieran degollado un carnero; de como el mozo, si os place, la habia sonregado; y á buena fé que nos vimos en harto trabajo hasta tornalla en su acuerdo; pero en fin la apacigüé, si no lo habeis por enojo antes que Franquila subiese; y con medio rucio quedó tan contenta, como Roldan en ganar su espada; y así comimos todos á placer, como si ninguna cosa hubiera pasado; y aun despues se tornó al regosto por redoblar el envite, porque veais si le amarga la cocina; y lo mejor es que esotro de bobo miraba si cojeaba.

SIMACO.

Buen ordenar de caracol es ese, ¿y quién era la moza?

GALTERIO.

Criada de su madre de Franquila, y entró á dar aguamanos al gentil hombre, y él no supo del fuero.

SIMACO.

¿Y es así, Aminthas, ó burlas, Galterio?

AMINTHAS.

Por Nuestra Señora del Antigua, que pasa de la manera que lo hemos contado.

SIMACO.

Aquélla digo yo que es moza de buen fregado, que antes de salir del nido se manca en el establo.

GALTERIO.

¿Pues qué te piensas hay despues, sino estar hecha canasta de frutera, donde cada uno llega á picar, y ella queda siempre como carne de buitrera, salpicándose con el que más le place? Mira si ha de llevar otra cosa deste mundo, sino el bien que hiciere, y la caridad que usare con el prójimo.

SIMACO.

A osadas en hora mala.

BERINTHO.

Toma esta mula, Evaristo, y aquí de

fuera os quedareis vosotros, y Aminthas sólo entrará conmigo.

CLAUDIA.

Señora, señora, Berintho está ya en la iglesia.

VETURIA.

Pues yo quiero bajar á recibillo á la escalera, y tú Claudia te puedes entrar en esa cámara que está al cabo del corredor.

CANTAFLUA.

Bien proveido está.

BERINTHO.

¡Oh amiga Veturia! ¿y tan buen encuentro? Cuanto que de aquí no se espera suceder mala nueva.

VETURIA.

Mi señora está en esa sala y sola, y ya sabe, señor, de tu venida; entra que yo aseguro no seas mal recibido.

BERINTHO.

¡Oh mi señora! ¡Oh mi verdadera felicidad! Ni la luciente cara de Apolo resplandece tanto en el hemisferio, cuando con sus rutilantes y encendidos rayos, fuga la congregacion de los globos vapores; ni el rostro de la fermosa Diana se muestra más claro en el signo de Libra ó Acuario, cuanto tu vista y clarífico rostro resplandece en mi entendimiento, enseñándole las verdaderas líneas de tu tan inmensa excelencia y de tu tan incomparable poderío, con el cual acompañándole la beldad sin comparacion que tanto florece en tu persona, pusieron en prision mi cautiva libertad dándole leyes de perpétua servidumbre, de la cual más áspera que la causada por la culpa del postrimero rey de los israelitas, fuera imposible tener esperanza de libertad, si no fuera con el mando de la misma primera causa, de donde procedió la privacion de los sentidos corporales juntamente con el del libre albedrío; pero éste tan primario y supremo poder, acompañado de tu demasiada clemencia, usaron de tanta benevolencia, de tanta mesura, de tanta piedad, que certificadas las potencias de la razon, ya

tan privadas de las sus obras, y certificado el ya tan apasionado entendimiento, del remedio que de la tu alta bondad les venia, en un instante, en un improviso se verificaron y unieron, de tal manera, que la mucha y grande esperanza, y tan entera noticia y notoria cercioracion que venian á obtemperar y á gozar, en especulacion de la presencia de tu clarífica vista, dieron ocasion que cobraron de nuevo aliento, para que las partes y potencias de menor dignidad, ejerciendo el fin de su composicion, trujesen en tu presencia á éste tu verdadero súbdito, tu fiel servidor, tu tan aherrojado cautivo; pero gran mudanza, gran novedad se les representa, en haber tan de súbito perdido la vista, con la tan demasiada lumbre que sienten proceder de los clarores de tu seráfica y alta mesura. ¡Oh cómo fuera mi muerte más honesta en mi cámara! ¡Oh cómo siento muy grandísima confusion! ¡Oh cómo me hallo extraño de ver tales y tan excelentes maravillas! ¡Oh cómo me hallo indigno de gloria tan alta! ¡Oh cómo no tengo capacidad para poder contemplar los demasiados y escondidos secretos de ventura tan favorable! ¡Oh cómo por la incapacidad de mi entendimiento, no puedo comprender ni acabar de imaginar, los próspe-

ros y muy afortunados casos de todo mi bien!

CLAUDIA.

¿Qué te parece, Veturia, de Berintho? Dado nos ha á entender lo que dél se publica. ¡Oh qué facundia de hablar! ¡Oh qué envolver unas sentencias con otras! ¡Oh qué estilo tan maravilloso, y por términos que el entendimiento no los puede comprender, y qué maneras ha tenido en el razonar, y cómo la ha ensalzado hasta las estrellas y con invenciones que el humano juicio sobrepuja! En verdad que me parece que por sólo eso, merece gozar de Cantaflua. ¡Oh qué espantada estoy y qué maravillada en habelle oido! ¡Oh si nunca acabara! ¡Oh cómo es grande ejercicio el oir cosas altas! ¡Oh cómo no hay cosa que se iguale á la prudencia! ¡Oh cómo los hombres ignorantes y no dados al estudio ni á la literatura disciplina, no gozan del mundo, ni tienen bien, ni perfecta alegría, pues no saben distinguir entre lepra y lepra! A osadas que dijo bien Séneca á su amigo Lucilo en la octava epístola: Conviene que sirvas y que te des á la filosofía, si quieres tener verdadera libertad. Así que á la clara veo que el que no se

inclina á la ciencia se queda por asno, aunque más vaya á Bolonia, ni á la salmantiense academia; porque como dicen: quien nécio es en su villa, nécio es en Sevilla.

VETURIA.

Cierto es, que poco aprovecha y en vano trabaja la lengua del enseñador, si el oyente es imbécil, de manera que á los torpes y rudos de ingenio, en lo que les veo tener fama, es en ser notar al vulgo sus faltas, y en echar en público sus menguas, porque algunas veces cuando con mayor atencion estais pensando llevar de su plática alguna famosa doctrina, los oireis decir: parece esta luna á la de Salamanca, ó cosa que le parezca, y aun con el dedo desde aquí te señalaría alguno de estos, sin pasar los límites de nuestra parroquia; pero tornando al propósito y en lo que estamos bendicamus, digo, Claudia, que no te maravilles, porque en la ciudad es Berintho tenido por sábio; más hablando contigo la verdad, daria algo por tornar á oir tan dulce razonamiento, tan conclusivo y de tantas sentencias, que á toda razon y á todo entendimiento humano sobrepuja; pero veamos lo que dice nuestra

ama, que ya deshecha la turbacion del movimiento primero, le replica.

CANTAFLUA.

¡Oh mi señor Berintho! ¡Oh mi verdadero remedio contra las ánsias que á la contínua me afligen! Ni la vista de los clarificos Polos es tan agradable á los errados mareantes, ni la luz, las noturnas tinieblas expulsas, consuela tanto los apasionados cuerpos, ni el acucioso caminante recibe tanto descanso con el claro dia, ni los dulces campos saliendo Febo del signo del Toro se muestran más agradables, ni las rosas y flores en aquella sazon reciben mal holganza con la humildad del céfiro que las menea, cuanto tu vista causa alegría á mi tan desenfrenado apetito, á mi demasiado sentimiento, á mis tristes ánsias, á mis demasiados suspiros; y pues yo soy la de verdad apasionada, y en la verdad herida, y la que verdaderamente me duelo, no quieras, señor, con tus nuevos géneros de lamentaciones aumentar en el dolor, que ni puede crecer ni ménos estar más firme; y si dudas por la prolijidad de tiempo, que como arrebatada llama de entre las manos se nos ha ido, mira, señor, que á una don-

cella de tan alta sangre como yo soy, le convenía seyendo nacida de tan claros padres, forzar su voluntad, y la desordenada llama de que las entrañas se me encendían, y no pienses que en tan fiera conquista he estado desacompañada, que la honestidad, virtud de dignidad tan suprema, me ha sido doméstica, muy familiar guarda, muy prudente compañía, y tan áspera y dura de domar, que ella sola todo este tiempo ha estado litigando con la sensualidad, tan enemiga de la leal pudicicia, y tan amiga de todo vicio, y tan enemïga de toda honra y honesto vivir, y tan amiga de todo género y especie de delito, y tan enemiga de toda buena manera y de toda virtuosa costumbre. Asimismo ha litigado con las otras nocibles y humanas concupiscencias tan prontas y familiares de la voluntad. De manera que dentro de mi pecho se encerraban tan grandes discordias y en opinion tan contraria como tengo explicado; pues quien consigo de tal manera litigaba, y teniendo los enemigos de las puertas adentro, ¿qué piensas que habrá sentido, salvo mil mudanzas, mil antojos, mil pasiones, mil modos de nuevo tormento, estando en cada hora del dia mil acuerdos con pensamientos tan pesados y de tan grave car-

ga, que mil cuentos de veces daban conmigo en el hoyo de su sepultura triste, y otras tantas veces hasta ponerme en piés, quedaba tan lasa, que me venian los sudores de muerte, envueltos con gotas de sangre? Y en aquella sazon, aunque mi persona quedaba libre, restaba tan acompañada de miseria y con tanta pesadumbre, que el mejor remedio por consejo de la honestidad era con grandes clamores, con demasiados sollozos y llantos, y con suspiros sin número, llamar á la desventurada y misérrima muerte; y porque no se apropinaba, maldecia su tardanza; pero al presente el amor que á nadie perdona, desterró á mi tan fiel secretaria, y á mi doméstica amiga, y tan de súbito se hizo que se arredrase de mí, que no tuvo tiempo más de para me avisar que guardase mi honra, pues el amor tan de hecho procuraba mi total destruccion; así que, señor, de lo dicho te costaba mi disculpa. De manera que no tienes causa para más te doler, ni recibir fatiga, pues en todo se ha de seguir tu voluntad, con tanto que el consejo de mi tan verdadera amiga, no quede por vano; mas ¡oh desventurada de mí, y cómo se me quiebra el corazon por medio! ¡Oh cómo siento los mismos desmayos y angustias de la muerte!

BERINTHO.

¡Oh válame Dios, y cómo es allegado el fin de mi tan desventurado vivir! ¿Veturia, Veturia, no me oyes?

VETURIA.

No recibas, señor, pena, que pocos dias son los que no estamos en esto; Claudia, Claudia, daca un poco de agua rosada, aunque déjala, déjala, que no es menester, que ya parece que torna.

BERINTHO.

¡Oh señora mia! ¿Y qué ha sido esto? ¿Qué es lo que habeis sentido?

VETURIA.

¿Qué me dices, Claudia, del razonar de Cantaflua? Bien puede decir á osadas que no se quedó en la posada. ¡Oh qué elegancia tuvo en el decir! ¡Oh qué manera en el proceder! ¡Oh de qué metáforas se aprovechó para investigar lo que quiso!

CLAUDIA.

En mi vida le ví hablar por tan subli-

mado estilo, pero mejor me parece lo que Berintho dice; y no miras cómo lo remite á las manos.

VETURIA.

Eso es lo que esotra quiere, y lo que ha menester para su mal, que cuanto palabras y plumas, todas las lleva el viento.

CLAUDIA.

Mas me parece que se honra de extender la conseja.

VETURIA.

Ya ves, hermana, en el estado en que está la cosa, y en lo que anda la letra dominical; y pues te se representa lo que de ahí puede suceder, y en lo que han de parar los nublados, bien será que me vaya al escalera, porque ninguna de aquellas mujeres no suba; este paje que está en la puerta, éntrese acá, y creo que ha visto las piernas á Cantaflua.

CLAUDIA.

Consejo provechoso es y bien necesario, pero yo no lo osaré llamar.

VETURIA.

Hijo, Aminthas, entraos acá.

AMINTHAS.

Así lo hago.

CLAUDIA.

¿Qué te paresce, señor Aminthas, cómo las cosas vienen segun deseamos?

AMINTHAS.

Lo que siento, señora, es que Berintho es en todo bienaventurado.

CLAUDIA.

¡Que tan bien os parezcan las mujeres!

AMINTHAS.

Nací dellas, y que donde ellas no andan, ni hay alegría, ni descanso, ni perfecto gozo, ni contentamiento; y por el contrario, el favor de la hembra da esfuerzo al cobarde; y hace al perezoso despierto; y al tartamudo elocuente; y al né-

cio discreto; y al parlero templado; y al grosero hace pulido; y al bobo muy prudente; del rudo avisado; y del descuidado torna diligente; y de liberal pródigo; y del avaro liberal; y al desabrido torna de dulce conversacion; y del mudo torna parlero; y del cobarde hace esforzado; y del mal cristiano torna y hace religioso, compeliendo al hombre á que ni pierda misa, ni vísperas, ni completas; y del mal ginete torna gran justador; y del que poco sabe torna prudente y experimentado, mostrándole mil invenciones para venir á lo que quiere, enseñándole mil nuevas maneras de hablar, y por tan elegante y limado estilo, que dirán en los tales estar infundida á deshora el ánima de Homero; así que, señora, grandes bienes, grandes y demasiadas utilidades y mercedes sin comparacion nos viene del amor, y los que profanan de él es porque él no se acuerda, ni tiene memoria de se servir de los tales, arredrando los de su verdadera como á indignos de su tan soberano favor; así que murmuren lo que quisieren, que ruin sea á quien mal le parece.

CLAUDIA.

Por mi fé, señor Aminthas, tienes mala

crianza, que no abastaba meter la mano en los pechos, sino tambien hacer otra mayor descortesía.

AMINTHAS.

Oigamos lo que dice Cantaflua, que yo replicaré luego, disculpándome lo mejor que podré.

CLAUDIA.

Gentil disculpa, por mi fé; como á la cabeza quebrada untalle el casco, me parecerá eso.

CANTAFLUA.

Ya, señor mio, holgareis; ya cesarán vuestras exclamaciones; ya pondreis fin á vuestras tan importunas querellas; ya pondreis término á vuestros demasiados ahincos, que tan sin medida han acuciado en mi total destruccion.

BERINTHO.

No teneis, señora mia, por qué tomar tantas alteraciones, de tan delicado sentimiento acompañadas, ni ménos teneis por

qué tornar á vuestras tan contínuas y enojosas lágrimas; ni es cosa justa que procedan adelante vuestras desconsoladas quejas; ni ménos compadece razon que más os apresureis en fatigar al atribulado corazon, ya casi amortiguado de la tan acuciosa pasion, de que está tan encargado, que con harto trabajo tornará á cobrar el aliento perdido por la opresion de los vitales espíritus, que ya cuasi en él por velle incapaz del verdadero remedio, dejaban de influir aliento de vida; porque veais, mi señora, que la razon y no la humana concupiscencia, me han gobernado; y porque veais la limpieza en el alma concebida; y porque veais la justificacion del deseo; porque en público conste mi amor ser lícito; y porque parezca notoria la sinceridad de mi voluntad, que con tantos suspiros y con tantos clamores os ha deseado, digo que desde luego cumpliendo vuestro deseo, os recibo y tengo por mi legítima mujer y esposa, de la manera que los establecimientos de la Santa Iglesia lo determinan.

CANTAFLUA.

¡Oh cómo estoy contenta! ¡Oh, señor mio, cómo me habeis satisfecho! No tengo

de qué sentir congoja; el cuerpo queda libre de la pesadumbre, como mis sentidos se sienten descansados y ajenos de toda desventura, y ya mi entendimiento está reposado; todo mi bien es cumplido; todo lo que deseaba ya lo tengo; otra cosa allende de lo que poseo, jamás la deseé; de hoy más, señor, me puedes tener por la misma que dices, que yo por tal esposo te confieso; á tu voluntad puedes determinar de mi persona y casa.

AMINTHAS.

Pues, señora, ves que los deseos de Cantaflua y Berintho son cumplidos, si te parece darte alguna cuenta, porque no me tengais por mal criado.

CLAUDIA.

No siento cosa, señor Aminthas, con que me satisfagas; pues estando sólo conmigo, y viendo que de necesidad por no ser infamada habia de callar, no has cesado de conversar, de tal forma, como si yo de mi propia voluntad te hubiera llamado; y en verdad que pienso que lo demás hubieras puesto en ejecucion, si tan cerca no estuviéramos de Berintho.

AMINTHAS.

¡Oh, Claudia, discreta doncella y hermosa sobre todas las del mundo! Desde la primera vista que mis ojos te vieron, quedé por tan tuyo, y aquí donde estoy ningun acuerdo tengo, y de todo entendimiento me hallo falto, y de todo juicio ajeno. ¡Oh quién no fuera nacido! ¡Oh quién no te hubiera conocido! ¡Oh si me hicieses merced, que de tu voluntad permitieses que mi vida triste feneciese ya! ¡Oh qué angustias siento! ¡Oh qué rabia me está despedazando el corazon! ¡Oh cómo se me arranca el alma! ¡Oh cómo en tu presencia me han desfallecido las fuerzas, y han dado fin á su acostumbrado ejercicio!

CLAUDIA.

¡Oh desventurada de mí! ¡Oh qué mala ventura tan grande, y creo que está muerto! Señor Aminthas, señor Aminthas, ¿por qué no me respondes?

AMINTHAS.

¡Oh amiga de mi ánima, y cómo vues-

tra voz ha sido de tanta fuerza, que el espíritu desesperando ha reducido á las carnes, trayéndolo de la compañía de las hijas de Danoo, por satisfacer vuestra voluntad!

CLAUDIA.

¡Oh qué poco esfuerzo teneis para caballero!

AMINTHAS.

Señora mia, el monarca tan grande, hijo de Filippo, venido á la batalla con el rey de la India, recibió temor, diciendo que veia el peligro igual á su ánimo; pues yo viendo el peligro mil veces mayor que la fuerza, ¿qué aparejo veo en mí para podelle resistir, qué haré? Otro medio más seguro no lo veo que tornar á la compañía del hijo de Ciriope, si vos, señora, que sois la que me matais, no poneis el remedio.

CLAUDIA.

¡Oh, señor, que siento la pena y fuego que de vos claramente veo proceder! Por tanto, si no está en más vuestro consuelo

descanse vuestra tribulacion; esta noche á las diez, ya que Cantaflua será echada, podeis venir al huerto, y por la puerta que sale al campo os podreis entrar, que yo la tendré abierta.

AMINTHAS.

¡Oh qué gran merced! ¡Oh qué demasiada prosperidad! ¡Oh inmenso remediador y cómo has inspirado en el corazon de Claudia, mi señora, habiendo mengua de mi desventurado espíritu.

CLAUDIA.

Oigamos, señor, en lo que están Berintho y Cantaflua, que me parece que hablan; pues en lo demás no tienes de qué recibir aceleracion, pues mis dolores bastan, y quiera aquella que parió sin dolor, que todas las cosas vengan segun deseamos.

BERINTHO.

¡Oh, mi señora, y qué desmayos tan grandes os vinieron al tiempo que me vistes! ¡Oh qué muerta os ví! ¡Oh cómo estábades bien cercana de la otra vida! ¡Oh qué poco esfuerzo!

CANTAFLUA.

No te maravilles, señor mio, que la virtud de la pudicicia en la hembra es de tanto ímpetu, que la honestidad engendrada de la tal virtud, como sabes, ha causado grandes hazañas en este mundo; no te acuerdas haber leido el hecho de la mujer de Colatino, y aun esto si lo examinásemos bien, no tengo á mucho; pero qué me dirás, Ippo, doncella greciana, que muerto el padre y la familia en la mar por mano del corsario, y ella en cautiverio, queriendo el tirano cumplir su voluntad con ella, dijo que la dejasen un poco, y cuando estuvieron descuidados, se echó en la mar por no ser desflorada; y Antonina, matrona romana, muerto el marido, un momento fasta que ella murió no se quiso partir de su suegra, gran ejemplo de castidad; y qué diremos de la mujer de Masimena, caballero greciano, que entrando en un palacio vido al hijo estuprar la propia hermana, y de la vista de tan triste y miserable acaecimiento enmudeció, de tal manera, que en toda su vida no pudo hablar palabra; y otros ejemplos pudiera decir, pero basta que allende desto las mujeres somos de poco ánimo,

y débiles para las peligrosas afrentas, y muy temerosas en todo género y manera de peligro.

BERINTHO.

Bien me satisfacen, señora, las historias de castidad que recitaste, y cierto son de gran doctrina; pero no consiento que afirmes el género femíneo ser tan delicado ni tan débil como afirmas, porque si quieres considerar el gran esfuerzo de la mujer del primer monarca, nuera del rey Belo, con ánimo viril y aun no de poco rigor, ejercitó la monarquía del hijo; pues la otra imperante llamada Irena, mujer de Leon, cómo imperó muerto el marido, y cómo porque el fijo llamado Constantino era malo, y contradecía que la madre no imperase, lo echó en prisiones y le mandó sacar los ojos; y la otra reina de los escitas, llamada Thamiris, con qué furia dejó de lamentar al único hijo y la destruccion de su gente, y con el residuo ejército vino en batalla y venció al primer monarca de los persas, llamado Ciro, y satisfizo la injuria recibida.

CANTAFLUA.

¡Oh qué descanso tan grande, señor, he

recibido con la relacion de tan famosos hechos! Y en verdad que no sé qué me diga, sino que me maravillo en el ánimo femenil, concebirse pensamiento de acometer tan grandes y claras hazañas.

AMINTHAS.

Asentémonos, Claudia, señora, que ya han dado fin á las razones por un rato.

CLAUDIA.

Por Dios que recibia mucha consolacion y recreaba en oir lo que Berintho decia; porque en verdad, en mi vida habia oido decir lo que agora contó.

AMINTHAS.

¿Y no te parece, señora, que Cantaflua trujo á su propósito gentiles doctrinas? Por cierto, si lo miras bien, á pocos habrás tú visto que hayan leido esas historias.

CLAUDIA.

Por mi vida, que no me enojes más, que á lo que siento, si un poco más te de-

jase, no curaras de guardar la noche; ea, señor, por tu vida, ¿parécete que si entrase Veturia me hallaría bonica? ¡Jesús, Jesús, y qué desmesura tan grande!

AMINTHAS.

Yo te doy mi fé, de no hacerte mal ninguno; por eso no te congojes, señora mia.

CLAUDIA.

Ea, pues apártate allá, Aminthas; basta ya.

AMINTHAS.

Pues, señora, hombre soy de mis palabras, que bien guarde la fé.

CLAUDIA.

Porque no te dejaron, pero tu voluntad bien pareció; por mi conciencia y como dijo el vizcaino: voluntad de Dios visto habias, y no pensé que tan poca vergüenza tenias; pero pues estás algo satisfecho, miremos qué hacen.

BERINTHO.

¿Estás ahí, Aminthas?

AMINTHAS.

¿Qué mandas, señor?

BERINTHO.

¿Qué hora es?

AMINTHAS.

Ya fugada la luz, los planetas se representan al viso de cualquier criatura, que de su tardanza en el epicículo tuviere noticia.

CANTAFLUA.

¿Y es astrólogo Aminthas, ó qué retóricas son aquellas?

BERINTHO.

¿Eso del estudio aún te quedó?

CANTAFLUA.

¿Cómo, señor, que los planetas se parescen?

BERINTHO.

Dígalo Aminthas.

AMINTHAS.

El Sol que es el cuarto planeta y la Luna que es el primero, no se parecen.

CANTAFLUA.

¿Sí?

AMINTHAS.

Pues de la misma manera, señora, parecen los otros á quien los conoce, descendiendo desde el primero que es Saturno hasta la Luna, porque los cielos donde ellos están, no son cuerpos ocupados.

VETURIA.

Señor, hora es ya que vayas, que dejadas las astrologías de Aminthas, es ya oscuro.

BERINTHO.

Pues, señora mia, mañana y todos los

demás dias que aquí estuvieres, vendré un rato cada dia, y acabadas las novenas, la visita será en tu casa.

CANTAFLUA.

Ya dije, señor, que te tengo por marido y por señor de mi persona y de lo demás, y así puedes mandar y disponer lo que te pareciere.

BERINTHO.

Pues los ángeles te acompañen, y tú, Veturia, y mi hermana Claudia, aunque no me ha querido hablar, tendreis cargo de mi señora Cantaflua, y á Dios quedeis encomendadas.

CANTAFLUA.

¿Qué os paresce, está todo á vuestra voluntad?

CLAUDIA.

Está de la misma manera que á Dios lo suplicamos tres años ha.

VETURIA.

Todo lo que pasó hemos entendido; cena, señora, y descansa.

CLAUDIA.

Yo me voy á echar un poco, que estoy con gana de dormir.

CANTAFLUA.

Descansada me siento; por eso, Veturia, dame de cenar, y haz subir acá aquellas mujeres y mis hermanas.

BERINTHO.

Haz á esos mozos, Galterio, que lleguen acá la mula.

GALTERIO.

Bien puedes, señor, cabalgar.

AMINTHAS.

Voy pensando en Claudia, que me parece la más hermosa doncella del mundo.

SIMACO.

Allende de eso, es de nobles parientes, y muy rica.

AMINTHAS.

Apasionado voy, bien me ha parecido.

GALTERIO.

¡Oh, reniego de la puta de mi suegra! ¿Y has hecho algo de lo que sueles?

AMINTHAS.

La verdad, hermanos, no llegó la burla á más de tomalle las tetas, y á jugar un rato.

SIMACO.

Tambien andaria la fruta de palacio.

AMINTHAS.

Pues si, y aun le vi las piernas.

GALTERIO.

¡Oh descreo de la vida en que vivo! ¿Y has de ser garañon de todo el lugar? Mira si tengo de socorrer con trapos como en lo de Sergia. Y segun tienes buena tajada

no me maravillo, pero juro á los Santos Evangelios que me tienes espantado.

BERINTHO.

Buena hora es; decir á Menedemo que aderece la cena.

AMINTHAS.

Hermano Galterio, á mi cámara me voy; si me echaran de ménos, dirás por tu vida, que me sentí malo.

GALTERIO.

Anda en buen hora.

BERINTHO.

¿Y luego quereis que cenemos?

MENEDEMO.

Pues, señor, está aderezado.

BERINTHO.

¡Oh hermanos mios y cómo el dia de hoy nos hemos nacido todos! Pues ya mi

vida está segura, y pues ya estoy contento y satisfecho de lo que tanto tiempo he deseado, que en verdad nunca tuve confianza, salvo de poner fin á mis dias siguiendo esta demanda; pero Dios á quien siempre encomendé mis cosas, por su inmensa é infinita bondad, ha habido misericordia de mi cuerpo y ánima, y ha puesto la conclusion y término que habeis visto, á mi tan demasiado y tan desenfrenado apetito.

MENEDEMO.

Por eso, señor, es muy aprobada la fortaleza del ánimo en cualquier trabajo, en cualquier afrenta, y en todo género de peligro, pues mediante ella se viene al deseado fin, porque es muy cierto escudo y recia defensa contra todo linage de pasion, y contra toda manera de desventura. ¿Y quién dió causa que Marco Marcello, estando el Senado en gran congoja, por espacio de diez años, detuviese en Italia al recio enemigo? ¿Y quién fué ocasion que el Rey de los espartanos, con tan poca cantidad de gente, detuviese peleando al grandísimo y demasiado ejército de Jerjes, rey de los persas? ¿Y quién dió causa que Cedro, rey postrimero de Atenas,

tanto amor tuviese á su República, que quiso morir porque los ciudadanos quedasen salvos? ¿Quién asimismo como vió á Marco Curcio, caballero romano, que armado en su caballo saltase dentro en la abertura de la tierra que estaba en Roma, en medio la plaza, porque decian los agoreros que demandaba hombre vivo, no habiendo podido cerralla con cosa que dentro echasen? Por cierto la fortaleza de ánimo, le movió á querer morir por su República, así que de aquí aún pudiera relatar otros hechos; pero bien me basta para dar á entender, que quien de esta virtud y de la otra su compañera llamada temperanza estuviere fornido, tiene en todas su partido seguro, y aun como dicen: dos piedras y la cuesta.

BERINTHO.

Mucho placer me has dado en recurrirme á la memoria esas cosas, que cierto tales razones dignas son de perpétua fama. Pero no dejes la causa indecisa, y desotra que llaman temperanza, dí lo que sientes.

MENEDEMO.

¿Qué siento? Que el hombre falto y ca-

resciente de tal virtud, tiene harto mal, y tiene harta desventura. ¿Quién te piensas libró de total destruccion la República ateniense, salvo la sobrada moderacion en el enojo de Temístocles, que seyendo de Atenas, y habiendo hecho grandes cosas en favor de la República, al cabo la tierra le dió mal galardon y lo desterraron, y él se fué al Rey de los persas, el cual le hizo Emperador del ejército para destruir á Atenas, y llegando cerca se mató, bebiendo sangre cruda de un toro por no destruir su propia patria, templando su enojo con el sacrificio de su propia persona? ¿Y el otro Marco Coroliano, teniendo por otro caso semejante en grande aprieto á la romana República, y estando determinado de la destruir, á qué moderacion lo trujo el ruego de la madre y mujer, sino que alzó el real y se fué, y aun dicen que toda su vida quedó triste porque no se habia satisfecho?

GALTERIO.

Mejor seria irnos á cenar en buena fé, que no estar contando hazañas viejas.

BERINTHO.

Dos maravillosos ejemplos, en verdad,

son esos y bastan; y con tanto, os id, hermanos, á descansar.

MENEDEMO.

Pues, Simaco, ¿queda contenta Cantaflua?

SIMACO.

No hay duda, sino que el pleito está en tales términos, que el juez no puede apelar, pues como dicen, las partes están contentas.

GALTERIO.

Mira que te digo, Simaco, date priesa por tu vida.

SIMACO.

¿Qué quieres?

GALTERIO.

Que vamos á ver á Aminthas, que veo que está mal dispuesto en su cámara, que no ha parecido despues que venimos, y él me dijo que venia algo malo.

SIMACO.

Pues anda, que bien es.

GALTERIO.

¿Duermes, señor Aminthas, ó qué haces?

AMINTHAS.

¡Qué tengo de dormir! ¡Qué tengo de reposar, que en fuerte sino fué mi nacimiento, y fuerte desventura fué la mia! ¡Oh maravilloso Redentor de toda viviente criatura y cómo es riguroso tu castigo! ¡Oh cómo no puedo amanecer vivo si así me aquejan estas angustias! ¡Oh cómo la rabia de la muerte no se iguala á este dolor tan demasiado! ¡Oh, amor, amor, y cómo has con tu odio tenido voluntad de me destruir, que ni has considerado ser huérfano de madre, ni tan de tierna edad, ni has mirado mi falta de experiencia, para poder resistir algun tanto tu fiera y nefanda pasion! ¡Oh mi señora Claudia! ¡Oh mi infinito gozo! ¡Oh cómo habeis consentido en mi total destruccion que yo lo siento, porque de otra manera la muerte, ni estuviera tendiendo la mano por me

llevar, ni tuviera que hacer conmigo! ¡Oh cómo me hallo ajeno de todo remedio, y falto de todo bien, y sin consuelo del deleite que poco antes en la memoria ha se me representaba! ¡Oh justo juez, y ten compasion de mí, que en fuerte tiempo me arrebata la muerte, y en fuerte coyuntura estoy para la salud del alma!

SIMACO.

¿Qué te parece, Galterio, de Aminthas? ¡Oh qué desventurado dél, y no ves como se ha enmudecido!

GALTERIO.

Qué me ha de parecer, sino que tengo la mayor lástima del mundo de velle en tan gran tormento y en tan gran desventura.

SIMACO.

Quiérole hablar; ¿señor Aminthas, señor Aminthas, por qué no nos hablas?

AMINTHAS.

¿Qué tengo de hablar? ¿Qué tengo de decir? Que no se dónde me estoy, que estoy

tal, que no culpo París, pues encendido en el amor de la reina Elena, causo total perdicion al reino Troyano, y aun sino fuese porque la doctrina cristiana lo contradice, estoy por aprobar el delito abominable del padre de Mira, que preso en el amor de la hija, dió causa á que el hijo fuese comun.

GALTERIO.

¿Pues qué te parece que se haga, ó en qué podremos nosotros aprovecharte?

AMINTHAS.

¡Oh hermanos! Pues soy cierto que mi dolor sentís de verdad y que lo teneis por propio, y que todas las cosas de mi honra las mirais con todo cuidado, os quiero certificar de lo que pasa. Sabed que esta noche á las diez mandó mi señora Claudia que le fuese á hablar, y que entrase por una puerta que sale al campo, que está en el huerto de Santa Isabel.

GALTERIO.

¿Y eso me dices? ¿Pues de qué tienes pena? Si no levanta de ahí que parece que

estás muerto, y Simaco y yo iremos contigo; y dime, dime, ¿y en tal estado dejaste la causa? Luego ya fueras muerto si esa esperanza no te detuviera; por Dios, bueno andas, pues sabes que lance echas, Amintas, que si te casas con ella, puedes dar de comer con lo que tiene á cincuenta compañeros; levanta, levanta, que yo á armar me voy.

SIMACO.

En verdad, señor Aminthas, que me maravillo cómo una doncella tan niña y hermosa, y muy rica, y de noble sangre, concibió tan presto en querer cumplir tu voluntad, y Dios te hace la mayor merced del mundo; pero pues, que así es, consuélate y vamos, y si quieres algunas armas de la cámara las iré á traer.

AMINTHAS.

No hay necesidad de más desa espada y esa rodela que tengo allí.

GALTERIO.

Porque veas, Aminthas, en las cosas de hecho, ó si me duermo en las pajas.

SIMACO.

Vamos, pues, que todos estamos á punto de la tardanza, no se siga algún inconveniente, y salgamos por la puerta falsa.

AMINTHAS.

¡Oh hermanos, cómo voy alegre!

GALTERIO.

A tal cosa vas; juro por Nuestra Señora de las Huertas, en el mundo hay más bienaventurado hombre que tú.

SIMACO.

Buen coselete es éste que llevas, Galterio, ¿de dónde lo hubiste?

GALTERIO.

¿Aun agora viene á tu noticia de dónde hube el coselete? ¿Y no sabes que es éste el que quité al alférez de los soldados cuando le corté la pierna en el desafío, junto á la marina en el Grao de Valencia? En estas cosas que son en honra del hombre,

querria yo que tuviésedes vosotros buena memoria que no para andar redargüendo á cada paso, porque una palabra se me vaya alguna vez de la boca pensando en otras cosas.

AMINTHAS.

Catad aquí, la puerta abierta está; entremos y vosotros podreis estar debajo de unos naranjos que están aquí muy espesos, y yo llegarme he donde mi señora mandase que le hable.

SIMACO.

Bien es, desa manera.

GALTERIO.

Pues entra y no tengas temor, Aminthas, aunque viniesen veinte hombres de armas, que por la Pasion del Hijo de Dios, en mi vida desee tanto que se ofreciese alguna recia cuestion.

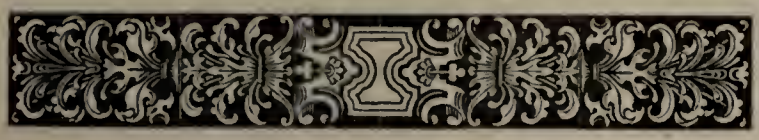
SIMACO.

Yo te digo que eso es lo que hemos

menester, especialmente para que los amores fuesen secretos.

AMINTHAS.

Vosotros quedad aquí, que yo me quiero acercar á la puerta que sale á la ermita.



ESCENA DUODÉCIMA

EN QUE SE INTRODUCEN VETURIA, CLAUDIA, AMINTHAS, SIMACO, EVARISTO, MENEDEMO, BERINTHO, PAULINA, GALTERIO Y EL PADRE.

VETURIA.

QUIERO ir á ver qué tal se siente Claudia, ó si quiere cenar, pues que Cantaflua ya está durmiendo, y todas estotras mujeres reposadas; pero válame Dios, hablando está entre sí y aun bien alto, ¿qué será esto?

CLAUDIA.

En ningun puerto veo seguridad contra la fuerte tormenta que así se trabaja, por dar con la nave de mis pensamientos en las ásperas rocas; en ninguna fortaleza ni altura de castillo, veo convenible esperanza contra la cruda artillería de que mi co-

razon es combatido, ninguna bonanza de tiempo ni serenidad de nuevas aprovecha contra las fuertes lágrimas que de mis ojos proceden; pero el medio claro está, el remedio á todos manifiesto es, el consuelo de tantos males notorio parece. ¿Qué necesidad hay de más dilacion? ¿Qué necesidad hay de gastar tiempo en lo que no aprovecha, pues todo es aumentar materiales en el fuego que tanto atiza las desventuradas entrañas? ¡Oh todo mi bien y verdadero amigo Aminthas, consuelo de mi tan ansiosa tribulacion, y cómo os gozareis de mi muerte! ¡Oh qué descanso sentirán vuestras tan demasiadas pasiones de mi vista causadas! ¡Oh cómo fuí enemiga de mí misma en no dejaros que cumpliérades vuestra voluntad! ¡Oh cómo me mostré cruel con vos! ¡Oh cómo me tengo por muy culpada y por mujer de fuerte y desastrada suerte! ¡Oh cómo muero desesperada, y cómo Atropos, una de las hermanas, está las tijeras en la mano metiéndome mil temores, diciendo que ya corta el hilo de mi vivir! ¡Oh amor tan dañoso, especialmente al sexo femenino, que por más nos aumentan en la pena, nos cercaste de una honestidad harto dañosa so velo de verdadero bien! ¡Oh cómo se quejaba el otro, aunque ni-

ño, que de doce años diste causa que te conociese! ¿Vídose jamás tal crueldad? Agora digo que ni culpo á Popilia, ni me maravillo de esta madre del primer Rey romano, que ambas doncellas del templo de Vesta, compelidas de la fuerza de amor, cometieron estrupo por donde aunque en tiempos diversos las enterraron vivas, executando la ley y estatuto de la casa de la diosa; ni ménos tengo en nada el esfuerzo de las dos primeras Reinas de la gente amazona, pues compelidas de la fuerza y amor que á los maridos tenían, aunque muertos, tomaron las armas usando otra cosa de lo que el hábito femenil requería y vengaron los amados maridos, y así tuvieron la monarquía del Oriente; ni ménos me maravillo de la nuera de Farnace, que con el amor que al marido tenía, procuró de andar armada y á caballo en las guerras que contra el pueblo romano tenía; ni ménos hago caso del hecho de Itálica, que la fuerza y amor del marido muerto le dió causa á que lloró todos los días de su vida; ni ménos me maravillo del tragar las cenizas del marido muerto la Reina de Caria; ni aquel famosísimo hecho de la Porcia, matrona romana, ménos me espanta, que oyendo la muerte del marido, tragó brasas de fuego

y se mató; ni culpo á Daymira, pues la fuerza de amor dió causa á que sin ser en culpa, fuese ocasion de la muerte del fuerte marido; ¿pero qué tengo ya más que vacilar, ni qué contarlas hemos continuos, sino seguir el camino antes de mi nacimiento predestinado, y con toda acucia pasar la basca del rio Léteo, pues que ésta tan cruda y enojosa muerte me estaba guardada?

VETURIA.

Otros duelos tenemos; nunca habremos de acabar; enhoramala los deje hoy sólos; recia cosa es encomendar la oveja al lobo; mala cosa es la estopa cabel fuego; yo fuí la causa; yo dí la ocasion; yo merezco la culpa; bien será que le hablé, si no nunca acabará, ¡pero maravillada estoy de las cosas que por la boca ha sacado! ¿Señora Claudia, dormís, ó qué haceis?

CLAUDIA.

¿Es mi madre, Veturia?

VETURIA.

Es la que tiene gran fatiga de verte

tan sin acuerdo, como y porque hoy estuviésedes una hora con Aminthas, ya querríades tenelle ahí. Y vuestro seso y vuestra discreccion, ¿dónde están? ¿Y dónde está la vergüenza que sobre manera os ha acompañado toda vuestra vida? Y vuestro reposo, ¿cómo se ha dejado vencer de la acucia en que ahora hervís, y la destreza del seso que con tanta prudencia os ha gobernado, y cómo en la mayor necesidad os ha desamparado como si fuera algun amigo fingido?

CLAUDIA.

¡Oh, madre Veturia, y qué vergüenza siento de vos, considerando la recta intencion con que me aconsejais! Pero miserable de mí y la más sin ventura doncella de cuantas nacieron, y que hace que se me está arrancando el alma, que hace que me estoy abrasando en fuego tan rabioso, que aquél con que Pluton ministra su furia, no abrasa tanto ni hace con harta impresion en los espíritus condenados; y no parece sino que víboras muy emponzoñadas, están asidas de mis entrañas las unas en opósito de las otras; pues el consejo y libre albedrío y fuerzas de la razon, no hay dellas memoria, como si desde mi nasci-

miento me hubieran dejado indefensa; y no me maravillo, porque una de las principales potencias del verdadero amor, es en todo tiempo, en todo lugar, contra todas personas, á todos estados, y en cualquier razon hállase presente. De manera que si, madre mia, me quieres culpar, dí lo que quisieres por los inconvenientes, conforme á lo que de presente te parece; pon en ejecucion lo que mandases, pues yo me estoy ardiendo en un fuego tan despierto, que como ya te dije, es peor que el infernal; y si dudas, por todos los inconvenientes del mundo, ni por todos los peligros que se me antepongan, no dejaré de ir á seguir la voluntad de mi amado Aminthas, que yo veo que es hora, yo veo que se quejará de mi tardanza, y esto aun no acrecienta poco mi dolor.

VETURIA.

Sin duda has hablado y expresado grandes maravillas, grandes inconvenientes, grandes contrariedades que un mismo sujeto se sufren y pasan compeliendo á ello la flecha del amor. Algo quisiera comunicar contigo para inquirir tu remedio siguiendo el extremo tan peligroso en que estás, eligiendo por ménos conveniente

seguir la desenfrenada voluntad que poner objetos, pero cosa excusada me parece, pues tú tienes buscado el remedio, y á lo que siento debe estar Aminthas á la puerta ó en la huerta, ó tal qué cosa; y si así es, no tardes, ve y háblale; y pues es de nobles parientes, bien será que te desposes con él, pues que no estás en disposicion de seguir otro consejo.

CLAUDIA.

¡Oh, mi verdadera madre, y cómo consintiendo con la intencion raigada en mi dañoso apetito, habeis aliviado mi tormento! La verdad, hablando con vos, yo le dije que á las diez viniese al huerto, y pienso que me espera; no querría se quejase de mí.

VETURIA.

Anda, que yo bajaré contigo á hablalle; y aun despues que yo vea oportunidad de tiempo, procuraré la satisfaccion de tu honra, y anda y no bajes candela.

CLAUDIA.

Aquí madre, os quedad á la puerta.

VETURIA.

Pues anda, que yo me siento y destas tres horas no te espero.

CLAUDIA.

Buena estaría, pues ya voy.

AMINTHAS.

¿Es mi vida, es la que resplandece en mis entrañas y las enciende como el sol, la Alagonia que manda, el norte por donde mis pensamientos se rigen, es la señora de mi libertad, es la que tiene poder para en un instante me dar la muerte y la vida? ¡Oh incomprensible deidad, y cómo puede gozar de tan próspera ventura y de felicidad, que por ser tan grande y tan maravillosa, mi entendimiento no la puede comprender!

GALTERIO.

¿Oyes, Simaco, la parola del muchacho? ¿Hay tal cosa en el mundo, que nadie conversa con Berintho, que no se torne abogado, ó retórico, ó tal qué cosa?

SIMACO.

Por mi vida, hablando de verdad, cuerda y discretamente razona, y en pocas palabras.

CLAUDIA.

Es la que desea tu gozo y contentamiento más que el remedio de su propia vida; y es la que descansa con tu vista como la leona recobrando el perdido hijo; y es la que siente tu pena y la tiene por propia; y es la que ajena de todo reposo y de la vergüenza, cosa principal y conveniente á la honestidad de la hembra, viene á seguir tu mando y á remediar tu pasion, aunque sea acumulando en la que sin comparacion me atormenta.

SIMACO.

No dirás agora, Galterio, que Claudia ha hurtado el aire á Berintho.

GALTÉRIO.

No sé, por mi fé, qué diga, sino que veo una doncella tan niña estar hablando

como letrado; pero oye lo que pasa á Aminthas.

CLAUDIA.

¡Oh mi vida y lumbre de mis ojos, y cómo me lastimais! ¡Oh cómo me fatigan vuestras enojosas burlas! ¡Ay, señor, no más, por amor al Hijo de Dios!

AMINTHAS.

Ya, señora, es cumplida mi voluntad; y en verdad, quisiera más haberme quebrado los ojos que enojaros, si conmigo lo pudiera acabar.

VETURIA.

Al mancebo, á lo que siento, no le falta lengua, ni aun manos, que ya ha hecho á lo que me parece su hacienda.

CLAUDIA.

Ya me habeis destruido la honra, señor Aminthas; ya descansareis, que por esto andábades, y ésta era vuestra priesa y ahinco.

GALTERIO.

Por la Pasion de Dios, diablo es éste; ¿no ves cómo ya la ha desempachado de contadores, aun si han de ser menester trapos, y hemos de ir á socorrer con mechas?

SIMACO.

No seas importuno, calla, déjalo, huélguese.

AMINTHAS.

¡Oh clarífica luz contra las tristes tinieblas de mis pensamientos, y contra la oscura y tenebrosa llama que así me encendía! ¡Oh mi amparo contra la muerte que así me amenazaba! ¡Oh nivel de toda beldad y mesura, y qué desmayos tan grandes siento con la sangre dañada, que por mis entrañas se va derramando en ser cierto del exceso que contra vos he cometido, y en ver claramente que todo vuestro enojo soy la culpa y causa principal! ¡Oh mi verdadera esperanza y cómo en satisfaccion de tan criminoso agravio de agradable voluntad, ofrecería la vida á

cualquier género de trabajo y á cualquier género de pasion!

VETURIA.

Porque veais si le faltan palabras; quien se lo vaya manso y con los ojos bajos.

GALTERIO.

¿Qué te parece, qué rallar tiene Aminthas agora? Por tu vida, quién pensó que para tanto fuera.

SIMACO.

Mal animal de conocer es el hombre; ¿no has oido ni fies en potro sarnoso, ni en mozo, etc?

CLAUDIA.

Cesen, señor, vuestras quejas; cesen vuestras tan demasiadas lamentaciones; cesen vuestras tan injustas querellas, que yo soy la que he ganado; yo soy la bienaventurada en serviros; yo soy la que os he dado mil enojos; yo soy la culpada.

VETURIA.

¿A dó va por ahí? En la huerta está la moza, pasado se le ha el dolor.

GALTERIO.

¿No sientes, hermano, cuán conformes están, y de cómo entre burla y juego, de rato en rato, no se quitan el uno del otro?

CLAUDIA.

Pues no me maltrateis, señor, de esa manera, que en verdad me dais mucha congoja.

AMINTHAS.

Si os parece, señora mia, vamos al cenador que está debajo de los limones.

GALTERIO.

¡Oh, reniego de la que no me parió y amanece ya! Y aun agora despacio se me van á sentar de nuevo.

VETURIA.

Por fé tengo, que Claudia está tan em-

bebida en el juego, que no se acuerda si me dejó aquí; pero satisfaga su voluntad, que no puede ser más negro el cuervo que las alas.

CLAUDIA.

Señor mio, el alba viene caminando á más andar con su tierno rostro, ¿qué mandas que se haga?

AMINTHAS.

¡Oh tinieblas y cuán molestas me sois! ¡Oh oscuridad nocturna y por qué no te alejas! ¡Oh tinieblas congeladas de los omidos y densos vapores, por qué os deshaceis tan en mi perjuicio, disminuyendo mi gloria! ¡Oh hijo de Latona, por qué te apresuras tan en mi daño acuciando con tu áspero azote la fuerza de los poderosos caballos! ¡Oh luz del mundano vivir tan grata, y cómo me eres cruel y dañosa! ¡Oh cómo me impides mi entera felicidad! ¡Oh cómo me estorbas mi cumplida holganza! ¡Oh cómo me desvias de todo mi bien! ¡Oh cómo me alejas mi verdadera alegría! ¡Oh cómo me haces ajeno de las cosas que más quiero! ¡Oh cómo me desvias á mi entendimiento su gloria infinita!

¡Oh cómo me sería dulce y muy agradable la muerte, antes que contraria leticia y antes que contraria zozobra se mezclase con mi próspera y demasiada fortuna!

GALTERIO.

No oyes, no queria que amaneciese; en mi parecer está, con todo eso dicen bien, que el que mal hace aborrece la luz.

SIMACO.

Déjame, por tu vida, que en verdad no me hartaría de oille.

CLAUDIA.

No pienses, mi verdadero amigo Aminthas, que descanso hallándome falta de tí, que eres mi verdadero bien; ni pienses que yo tengo más descanso de cuanto te veo delante; ni pienses otra claridad, salvo la tu vista alumbra la grande crudeza del demasiado dolor, impresa en mi alma; ni pienses que los rayos piramidales procedentes del lucido Febo, resplandecen más en el sublimar mundo; ni pienses que la hermosa cara de Apolo es tan grata á toda potencia vejetativa, cuánto más agradable

á mí la vista de tu graciosa persona; ni la festividad de las mieses es tan delectable al Ministro de la agricultura; ni la sombra del frondoso árbol en el estío es más conveniente al que viene cansado; ni fuente ni arroyo del agua que va saltando, es más apacible al que quiere matar la sed, que á mí es dulce tu conservacion, y los razonamientos de tan gentiles y graciosas sentencias, que de la elegancia de tu lengua, y claro y maravilloso entendimiento proceden; pero la honra que no recibe compás, no dilata, ni quiere que un momento me detenga, que Veturia me está haciendo señas, y la Santa Trinidad sea en tu guarda y te guíe.

VETURIA.

¿Habias de acabar ogaño? ¡Oh qué enojosa has sido! Subámonos.

CLAUDIA.

Señora Veturia, ¿qué te paresce por tu vida, qué discreto y qué bien razonado es mi amado Aminthas?

VETURIA.

No sé en eso, y en lo demás bien le lle-

vabas los consonantes, y en cosa ninguna no le perdías punto; pero bien será que te eches y descanses, y apacigua esa voluntad tan desordenada con que te has gobernado, y lo demás la Madre de Dios lo remediará como es menester.

CLAUDIA.

¡Oh cuán fácilmente los que están sanos aconsejan á los enfermos! Pues si tú estuvieses en mi pecho, otra cosa sentirías.

VETURIA.

Reposa y yo me voy; pero en fin, muy predominante está la sensualidad sobre tu razon.

AMINTHAS.

¡Oh cómo quedo desconsolado, y cuán ofuscada está la lumbre de mi entendimiento con la ausencia de mi señora!

GALTERIO.

¡Oh, reniego de tanta dilacion! ¿Y en eso estás agora? Anda, anda, ves que es de dia claro, y viénesme muy despacio y hablando entre dientes.

AMINTHAS.

¡Oh hermanos mios! ¿Qué os parece, cómo soy el hombre del mundo de más próspera ventura?

SIMACO.

En verdad, señor Aminthas, que sois muy dichoso; quién pensara tal cosa, que tan á vuestra voluntad hubiérades tenido á Claudia, que no hay caballero en la tierra que no desee casarse con ella, por ser quien es, y por el dote que tiene, y por la fama de su persona.

AMINTHAS.

¿Cómo? ¿Habeis entendido lo que con ella ha pasado?

GALTERIO.

Burlando lo dices, nunca pensamos te pudiera echar de encima, y dices agora si te entendimos lo que con ella pasaste.

AMINTHAS.

Y de su manera y gracia en el hablar,

¿qué me dices? Así veais cumplido lo que más deseais.

SIMACO.

¿Cuánto, qué yo espantado vengo? A Galterio se lo decía, y en verdad, que me estaba la boca abierta oyéndola.

GALTERIO.

Es verdad que se quedaba el mozo en la posada, ¿y á dó aprendiste, por vida de Aminthas, tanta macarrería?

SIMACO.

En casa estamos, ¿qué hacemos?

GALTERIO.

¿Qué hemos de hacer ya de dia? A la despensa voy, y entretanto que se levantan, aderezaré de almorzar, y aun yo seguro que no me tarde; entráos ahí, en la cámara de Aminthas, que ahí beberemos cada dos veces.

AMINTHAS.

¡Oh cómo dice bien Galterio!

SIMACO.

Pues, señor Aminthas, de las pasiones de anoche estais más apaciguado, y sin los dolores que tan en extrema manera os acuciaban.

AMINTHAS.

¡Oh mi verdadero hermano! ¿Y no te parece que tenia razon de penar por la más linda dama del mundo, por la más discreta, por la más graciosa de todas las que viven? ¡Oh qué beldad! ¡Oh qué hermosura tan estimada! ¡Oh qué prudencia! ¡Oh qué entera perficion de virtudes se aposentó en ella desde su primer nacimiento! Pues de las excelencias interiores de que goza el verdadero sentimiento, ¿quién te podrá decir las maravillas que en contemplacion he visto, y qué ingenio por experto que sea baste á comprender su tan inmensa é incomparable honestidad, su incomparable mesura, los secretos maravillosos que en ella se encierran? ¿Y qué lengua bastaria á contar la deletacion que mi espíritu siente en gozar del amor de tan alta doncella, en gozar de su tan dulce conversacion, en gozar de la hermosura

de todas las gentes tan extremada? En verdad, te digo, que con más trabajo, con más dificultad callo esto, que no lo publico á voces, que lo que pasó aquel Duque ateniense en libertar su República de tan ignominiosa servidumbre. ¿Piensas que so el que solia? ¿Piensas que tengo los pensamientos que gasto aquí? Otro soy, otro me hallo, mudado me siento en todo, muy trastocados están mis pensamientos de cómo de primero eran; no se que consejo me tome por el más saludable.

GALTERIO.

¿Qué rajar es ese, Amithas, que aún no estás cansado y veo que si os dejara que nunca acabáredes?

SIMACO.

En verdad, con mucha atencion estaba oyendo lo que Amintas decia, y no quisiera que entraras; pero ¿qué traes?

GALTERIO.

No es nada; unas magras de un pernil me dió el despensero, y yo le apañé una gallina; pues el vino es malo, que no es sino

de lo que trajeron de Luque, por eso mira si os habeis de estar hablando.

AMINTHAS.

Propio hombre del campo es Galterio.

SIMACO

Pues yo te digo que, en verdad, tenia harta voluntad de almorzar.

AMINTHAS.

Por mi fé, que estoy de la misma gana, y que me ha hecho Galterio el mayor placer del mundo.

GALTERIO.

Ea, pues señor Aminthas, hacelde mano, y mira quién es el paje.

AMINTHAS.

¿Qué en todo caso hemos de beber?

GALTERIO.

No, que con los besos de la otra nos pasaremos.

AMINTHAS.

¿Qué siempre ha de estar burlando, Galterio?

SIMACO.

Bien hace, que harto trabajo tiene en servir y hacer por todo el mundo.

EVARISTO.

Señor Amintas, ¿está ahí Galterio?

AMINTHAS.

Sí, hermano; entra por tu vida, y alcanzarás tu parte.

GALTERIO.

Y de mi mano has de tomar éste; pero, ¿qué me quieres?

EVARISTO

Ese diablo de Paulina está allí, y te demanda, y aun pienso que viene enojada.

GALTERIO.

Haciendas tendremos, que ella es tan trapacera que siempre revuelve algunos caldos, y algún dia le tengo de cortar las orejas; entra, entra, Paulina, ¿qué hay, es algo de nuevo?

PAULINA.

Razon tienes de te enojar antes de tiempo, pues que si supieses la causa que tienes y aun para no parecer en el mundo, esos son en fin tus descuidos, esos son tus menosprecios siempre; éste es el poco caso que de la persona haces, que ha ocho dias que no te he visto, ni has ido siquiera por bien parecer á decir quiero ver que hace; bien me decían que eres un desagradecido, y que estando contigo, todo el mundo me haría mil befas como si no tuviese marido; y viendo el afrenta que me han hecho, dice como en burlas, si hay algo de nuevo.

GALTERIO.

¿Qué te han hecho afrenta? Reniego de la ley del hijo de Aymina, y descreo de

la casa donde está sepultado. ¿Y es posible tal cosa en el mundo? ¿Y hay hombre en todo el reino que por pensamiento le pasó tal? Ya, ya no son las cosas sino encomenzar; el otro dia cuando la otra cuestion, luego ví que no había de venir sola; pasar habremos estos cansancios y no miras que ya tenia el coselete puesto que me daba el alma que había dél necesidad; tráiganme presto de állí, de mi cámara, el guante aferrador, y la rodela, y el gorjal, que esto bien sé á que ha de venir.

AMINTHAS.

Hermano Galterio, no hay necesidad de tantas armas, que de presto se le puede quebrar aquella cabeza.

GALTERIO.

Así me tengo de contentar. Bien sé á qué ha de venir, y aun quiera Dios que no se ponga la ciudad hoy á sacomano; así ha de pasar.

PADRE.

¿Qué es, Galterio, hay necesidad de algo?

GALTERIO.

Mira si acude el Padre; mira si tiene el hombre amigos.

PADRE.

Pues que así es, quiero ir y traer mis armas, y traeré diez ó doce hombres de bien.

GALTERIO.

Tambien por tu fé, Padre, rellama á Pedro de Lucena, y á Téllez, y á Hernando Vancalero, y á Calventes, y á Juanot de la espada corta.

AMINTHAS.

Qué hartos estamos en casa, que iremos á satisfacer en tu honra, ¿qué necesidad hay de rufianes?

GALTERIO.

¿Y así ha de ser? Por la mancebía iré, y daré una vuelta por San Roman; y aun yo aseguro que en ménos de tres Credos,

tenga setecientos ú ochocientos hombres que vayan conmigo, y quizá encontraré compañero que no se vaya tras mí, eso es.

AMINTHAS.

Por causa de la justicia, no se debe hacer tanto alboroto.

GALTERIO.

¿Justicia? Guárdete Dios de perder la vergüenza.

SIMACO.

Señor Aminthas, ¿qué en todo caso ireis con nosotros?

AMINTHAS.

Juro por vida de Claudia, mi señora, no dejase de ir con Galterio porque pensase que me habian de degollar.

BERINTHO.

¿Qué voces son esas que suenan en el patio?

MENEDEMO.

Señor, Galterio es, que se está armando, y seis ó siete rufianes con él, que no sé donde se quiere ir.

BERINTHO.

Pues mira, siquiera por quitallo de enojo, que vayan con él algunos de esos hombres de pié.

MENEDEMO.

A osadas, señor, que no es menester mandárselo.

BERINTHO.

¿Cómo?

MENEDEMO.

Todos están, señor, con él ya armados, y hasta Aminthas está con una rodela y unas corazas de brocado blanco que me llevó de la cámara.

BERINTHO.

¿Qué, tanta amistad tienen?

MENEDEMO.

Señor, de tres dias á esta parte, no se quitan de estar el uno junto al otro.

BERINTHO.

Pues baja, baja, y pónlos en paz si puedes.

MENEDEMO.

¿Qué es esto, Galterio? ¿Qué hay que hacer?

GALTERIO.

El diablo es que anda suelto. ¿Hánme de faltar á mí embarazos? Si el otro dia yo castigara á Chaves como ya estaba concertado, no hubiera nada desto; pero agora se hará una buena, y guay del que cayere, que yo aseguro que mañana en la noche aun no sean acabados de enterrar los muertos.

MENEDEMO.

Por mi fé, que no pensé que tan de verdad iba eso.

SIMACO.

Ni yo pensé, en mi vida, que así se enojara Galterio; cierto, ha de hacer alguna cosa que haya bien que hacer.

EVARISTO.

Bien será ordenar una escuadra, y si quieres yo lo tomaré á mi cargo.

GALTERIO.

El diablo es agora tiempo de cosas de soldado; sino muerto aquél y todos los que fueren del su bando, por esa trapería de diez en diez y de cinco en cinco, saquear á toda la ciudad como estamos agora, de espacio de Caracoles. Pero dime, señora Paulina, ¿quién era aquél que así te injurió?

PAULINA.

Díjome que no era mujer de bien, y que era una trapacera.

GALTERIO.

¿Tal cosa se ha de sufrir? ¿Tal cosa se ha de pasar?

AMINTHAS.

Cosa liviana me parece á mí aquello, Galterio; yo no haría caso de tal cosa, no se lo que tú te sientes.

GALTERIO.

¿Cosa liviana? Pues por ménos que aquello maté al ventero de los Palacios, y corté la cara y una pierna á Francisco Leal. ¿Pero no dices, Paulina, qué es el que te injurió tan gravemente?

PAULINA.

No sé como se llama; un hombre es que ha poco que vino á la tierra como soldado, trae una capa blanca y anda sin sayo.

GALTERIO.

¡Oh despecho de quien te vido nacer y con eso vienes! ¡Oh qué desdichado soy! ¡Oh cómo nunca se me concierta cosa á derechas! ¡Oh cómo se me tornan las cosas al revés!

SIMACO.

¿Pues, Galterio, por tu vida, qué has?

GALTERIO.

¡Oh, reniego del espíritu maligno! Es mi hermano aquél, ¿qué quieres que diga?

PAULINA.

Santa María, hijos de un padre y madre.

GALTERIO.

No, pero más es uso.

PAULINA.

Jesús, y como puede ser de ser.

GALTERIO.

¿Cómo? ¿No me has oido decir de cuando fuí al desafío, que maté á Francisco Cordonero en Arjona?

PAULINA.

No sé, nunca se te cae de la boca.

GALTERIO.

Pues ese fué mi padrino, y el tiempo

que en Moguer nos quisimos embarcar, cuando doce por doce tuvimos la cuestion, de cuatro que quedamos vivos, ese es el uno, y el otro el ventero de la Guada Cabrilla, y el otro el que agora es Padre en Estepa.

AMINTHAS.

Luego no es razon de enojalle, especialmente por poca cosa.

GALTERIO.

¿Cómo, enojalle? Pues antes me quebrase los ojos que tocalle en la halda, ¿soy yo vivo sino por él?

PAULINA.

Mira quien pensara tal cosa.

GALTERIO.

Anda, Paulina á tu casa, que yo enviaré á llamar á mi hermano y le hablaré; por amor de mí, Simaco, que cumplais con esos hombres de bien, tú y Evaristo, y súbome á ver que hace Berintho.

EVARISTO.

Pues nosotros cumpliremos por tí. Anda en buen hora, que ya me parece que está el Padre en la calle con muchos compañeros.

MENEDEMO.

Por Dios, ¿qué, piensa que le habia de quemar la ciudad? ¡Jesús, Jesús! ¿Y en esto han parado, Galterio, las cuestiones?

GALTERIO.

Pues qué te parece, por contentar aquel diablo de Paulina hice todas esas cosas, y ella creo que lo lleva creido.

MENEDEMO.

Tenémoslo creido nosotros, cuanto más Paulina.

BERINTHO.

¿Pues qué se ha hecho con la cuestion de Galterio?

MENEDEMO.

En bien, señor, ha parado todo.

BERINTHO.

Así lo hace siempre; pero bien será que adereces, porque de aquí á un rato, quiero ir á ver á mi señora.

MENEDEMO.

Cuando señor mandares, todas las cosas están ordenadas de cuidado, duerme á buen sueño.

ESCENA DÉCIMATERCERA

EN QUE SE INTRODUCEN CANTAFLUA, VETURIA, BERINTHO, AMINTHAS, GALTERIO, SIMACO Y EVARISTO.

CANTAFLUA.

No hay en el mundo cosa segura; no hay vida sin muerte, ni placer sin enojo; ni descanso sin contraria zozobra; ni sueño sin sobresalto; ni prosperidad sin adversidad; ni dia de entero gozo; ni bien del todo cumplido; ni bonanza sin tormenta; ni luz sin obscuridad; ni alegría sin tristeza; ni camino sin acechanzas; ni ménos veo cosa que se pueda decir cierta. ¡Oh deidad incomprensible, y cómo compuesto y adornado el gran Universo con las cosas en él contenidas, fué la fábrica de tanta excelencia que nos diste entera noticia de tu tan alta, tan grande, tan inmensa divinidad y omnipo-

tencia, y tuviste por bien de al ánima de tan alta natura, unir el cuerpo de tan flaca materia y de compostura corruptible, acompañado de tantos trabajos, sujeto á tantos y demasiados géneros de pasiones de donde resurgen los sobredichos inconvenientes, acompañándolo asimismo de otra ley muy indómita y repugnante á la ley de la verdadera razon y entendimiento, en lo cual manifiestamente nos enseñaste el camino de tu gloria inclinando el fin para que fué formado! Pero esta dañosa carga y tan enojosa compañía, ¿qué obstáculos, qué inconvenientes tan no pensados le antepone?

VETURIA.

Bien será que le hable que elevada está, y agora me parece que está especulando y revolviendo en el entendimiento las sagradas páginas, cuando discerniendo la cumplida gloria que esperaba, ni halla en ella felicidad ni cosa sin compañía de toda manera de pasion; pero no me maravillo, que Cantaflua es discreta y ha leído mucho, y como se halla con alguna libertad, el entendimiento deseoso de la contemplacion en las cosas altas, está con la especulacion vacilando de lo incierto á

las cosas ciertas; y así ha alcanzado la vanidad de las cosas tras que andamos, y la poca firmeza de que nuestro miserable vivir está acompañado. ¡Y cuán transitorias y livianas son las cosas que con tanta voluntad estamos deseando! ¡Y cuán presto fenece lo que nosotros pensamos y tenemos creido ser cumplido y entero bien! Así que no me maravillo, porque naturalmente, todos somos inclinados á saber lo que deseamos, y como ya tiene lo que con tanto ahinco ha estado esperando, pienso que aquella imaginacion le hace vacilar, porque las fuerzas de la sensualidad mitigadas en algo, luego las de la razon crecen y reciben aumento, y como los ojos de la voluntad se van cegando, así los de la de la razon van recobrando su lumbre; y porque todavía habla, quiero entrar aunque en algo sea enojosa, por apartalla de las cosas en que con tanta diligencia está meditando.

CANTAFLUA.

Pues, Veturia, ¿qué te parece de en lo que estaba y me has estorbado?

VETURIA.

Siento que no tienes contentamiento perfecto, no entera leticia.

CANTAFLUA.

¿Cómo quieres que tenga gozo cumplido, de que me parece que ha mil años que no ví á mi tan deseado Berintho, y aquesta pasion me aterra tanto, que de todo en todo me incita y procura de me atraer á que pierda la esperanza de todo mi bien? Pero contra ésta tan desenfrenada voluntad, que con tanta astucia está solicitando mi muerte, hay algunas resitencias y aun no débiles, pero causan tanta confusion en mi entendimiento, que me mueven á la consideracion de la entera verdad, pero no para que del todo se apartan de estotras ramas que del dañado apetito de la voluntad dependen; pero, ¡oh mi bien y cumplido de reposo, y cómo cesarían mis pensamientos de tanto vacilar, y cómo huyeron con vuestra vista, y con tanta presteza se desharían, como las delicadas nieblas tocadas de los rayos del nuestro planeta que se convierten de súbito en vapores!

VETURIA.

Más mal es el que ella confiesa que lo que yo presumía, porque no solo se está en el presupuesto y voluntad primera;

pero con el principio de encomenzar á soltar la rienda, está la sensualidad tan vigorosa, que no solamente desea lo que antes, pero aun con mayor ímpetu está codiciando más de lo que la razon requiere; y por traer y cumplir su apetito desenfrenado, en ejecucion está fatigando á la pecadora de mujer, poniéndole mil inconvenientes que no verá más á Berintho y representándole mil temores, y todo no más de para el efecto que dice. A buena fé que jure yo que está el otro con la misma confusion, y tan tocado, que pienso que está haciendo con la yerba lo mismo que la salvaje bestia herida del ballestero. Así que no hagamos sino seguir el desenfrenado y ciego apetito, veamos que utilidad ni provecho más nos redunda.

CLAUDIA.

Señora, Berintho está ya haciendo oracion en la iglesia.

VETURIA.

No me maravillo, que más le va que juramento, y aun más te digo, Claudia, que lo traen, que no pienses que se viene él; por eso, señora, piensa bien si se ha de regalar como manteca.

CANTAFLUA.

¡Oh, Veturia, y cómo no es tiempo de ocupar mi bienaventuranza, mezclando otras cosas en medio de mi tan demasiada alegría; ve, ve un momento, no se dilate lo que gastando todas las riquezas del mundo no se podría cobrar!

BERINTHO.

¡Oh mi buena hermana Veturia, y cómo me tendrás ya por muy enojoso con tanta venida y con tanto apresurarme!

VETURIA.

Eso, señor, no hallarán allá dentro; yo lo fío, pues lo mio como quiera se pasará.

BERINTHO.

¡Oh cómo nunca pensé llegar, ni ver acabada esta jornada, ni cumplido el deseo que con tanto ahinco atormentaba el entendimiento y sentidos corporales! Pero pues mis ánsias me han dejado huyendo del temor de los lucidos rayos, que del

rostro de mi señora proceden la verdadera felicidad, es conocer el tiempo próspero y saberse hombre aprovechar dél, y tener discrecion para discernir la luz de las tinieblas, y la adversidad de la fortuna próspera, repeliendo los obstáculos que siempre se anteponen para ocasion y causa de disminuir en el bien; y pues á mi señora veo, que es fin de la jornada y el fin donde todos mis pensamientos terminan su curso haciendo represa de mis ansiosos cuidados, no tengo en qué otra cosa mi sentido se ocupe, salvo en la especulacion de sus extremadas gracias, de que la natura por especial permision divina la dotó, cumpliendo el mando de la divina providencia.

CLAUDIA.

¿Qué dices, madre, de Berintho?

VETURIA.

Conformes están, que aun no piensa que lo tiene.

CANTAFLUA.

¡Oh mi señor y mi verdadera quietud, y mi entera buena y felice ventura! Ni el

planeta que entre los otros tiene tan notorio primado, deleita más con su influcion á los miserables inferiores cuerpos, ni Júpiter en la compañía de Mercurio, se muestra más agradable que tu presencia se muestra delectable á la flaca composicion de mis exteriores sentidos; pero indina de tan perfecta dilatacion, ¡y cómo podré gozar de la cosa que en bondad y verdadero merecimiento, sobrepuja á la especulacion de mi entendimiento, y discerniendo esta distancia de cuento tan innumerable, estoy tan ocupada y en juicio tan ofuscado, que asaz me basta para en mi pensamiento reputarme por la más bien andante y dichosa mujer de las que al presente viven!

CLAUDIA.

¿Qué dices, madre Veturia, qué cuanto yo no entiendo aquella algarabía?

VETURIA.

Por mi conciencia que no te sabria decir otra cosa, salvo que no quisiera que acabara tan presto; pero ya ves como Berintho no da lugar á más pláticas, y en fin, hablando contigo la verdad, aquéllo es lo

cierto, y aunque Cantaflua más desea, aunque diga que la deje haciendo de la vergonzosa; y pues que así es, dejémoslos y vamos á entender en algo.

CLAUDIA.

Yo, señora, me quiero ir un poco á mi cama, que no estoy bien dispuesta.

VETURIA.

Eso me dices, y estate riendo; el médico y cirujano que tú has menester, yo seguro que lo dijese yo agora; pues así quieres, yo quiero llamalle, y tu éntrate allá, porque bien será que tu honra se asegure y yo me voy abajo, ¿qué te parece, Claudia, digo algo?

CLAUDIA.

Yo no tengo entendimiento para poder gobernar segun la razon lo requiere, ni yo tengo ni puedo hacer otra cosa, salvo seguir aquella tan ignominiosa ley, de la cual el sucesor del primer Rey de la tribu de Judá se clamaba; en lo demás, madre, puedes disponer á tu voluntad.

AMINTHAS.

Señora Veturia, dasme licencia para que aguarde aquí á Berintho, ó mandas que me descienda abajo.

VETURIA.

Bien sé, amigo Aminthas, que otra cosa te queda dentro; pero pues que así es mejor, me parece que te entres en el aposento de Claudia y estarás á tu placer, porque por estas cinco horas no pienses que Berintho dará lugar que nadie le converse.

CLAUDIA.

Pues no os vayais madre Veturia, porque me aqueja algo el mal.

VETURIA.

Tu estás en la cama y á tu placer; el señor Aminthas está aquí, con quien podrás hablar entre tanto que yo vengo.

CLAUDIA.

¡Oh, señor Aminthas, por la Pasion de

Dios! ¿Y qué haceis, decid, y pensais que estais en vuestra casa, que así os desnudais tan de reposo?

AMINTHAS.

Todas eran en la conseja, y más la vieja.

CLAUDIA.

Pues no respondeis, señor; mira lo que haceis, que aun por la vergüenza no os habíades de echar, y á la fé, para bien nos falta sino que os quiteis la camisa.

AMINTHAS.

Yo, señora, estoy en tal tiempo, que ni temo suceso contrario ni ménos cosa que pueda venir, y como las partes más nobles y de mayor dignidad están con vos, no es mucho que lo que es ménos se aventure.

CLAUDIA.

¿Y tan poca vergüenza? ¿Y no mirais que entrará Veturia, señor mio?

AMINTHAS.

Bueno estaria, si con temor que no entre Veturia, tengo de dejar de gozar de todo mi bien y de mi verdadera vida.

CLAUDIA.

Pues que eso sea, señor; y mi descanso, de mientras tan fieras angustias que á tu causa me aquejan, no me maltrates; no quieras ser el verdugo de mi persona, pues tan obediente está siguiendo lo que más te place disponer della.

VETURIA.

A osadas, hermana Claudia, que tú te pases esos enojos aunque más delicada seas; pero quiero ir á ver en qué está Berintho y Cantaflua, que me parece que están razonando muy despacio.

CANTAFLUA.

Bien sería, señor mio, que usases de alguna moderacion, y bien basta lo hecho, especialmente por este aposento donde estamos, ser coherente á la Iglesia Sagrada,

á la cual se debe grandísima veneracion y reverencia; y bien sabes que el Antiocho, llamado el Grande, Rey de los sirianos, cuán desventuradamente feneció á causa del poco acatamiento que tuvo en robar las riquezas del templo, por el cual exceso los sacerdotes le mataron desvergozadamente; y aquél gran Pompeyo, porque profanó el templo del hijo de Bersabe, considera el infortunio con que feneció á manos de los satélites del ingrato Tholomeo; pues aquél su sucesor en el Imperio de Oriente, llamado Marco Crasso, porque quiso con su demasiada codicia gozar de las riquezas del templo del Gran Dios, mira de la manera que feneció; y tambien, señor, debes considerar que aun los gentiles que no tuvieron noticia de la religion cristiana, honraron y temieron mucho de hacer ofensa á los templos de sus dioses, aunque paganos; y así se escribe que los romanos enviando una copa de oro á la ínsula de Delphos, al templo de Apolo, un corsario de la gente caparitana la tomó, pero viniendo á noticia de su Príncipe, con cuánta honra, con cuánta majestad hizo tornar y llevar á los mismos suyos el don ofrecido al templo; pues al tiempo que los de Africa robaron el templo de la ínsula de Malta, con cuánto enojo indig-

nado del tal delito, su rey, llamado Masimisa, hizo restituir las reliquias de márfil, acatando que eran dedicadas en veneracion de Dios. Pues si los gentiles carecientes de la verdadera creencia y cumplida sabiduría, se moderaron segun es dicho, ¿cuánto más los cristianos lo deben hacer, cumplidos de su verdadera ley y de doctrina perfecta, y tan instrutos en las cosas divinas del culto del verdadero Hijo de Dios?

VETURIA.

Puesta está en santidades, veamos en lo que parará.

BERINTHO.

Dulce, señora mia, me ha sido tu razonamiento de los antiguos y famosos hechos de la gentilidad; pero yo en el templo de Dios no hago exceso ni hay necesidad de poner duda, pues yo si en algun tiempo confesase haber violado cosa sagrada, mucho era digno de culpa, pues Dios no quiere que me acuse de lo que no delinquí; en lo demás, aunque algo se exceda, es dando obra á cosa lícita, y mi voluntad que es la que Dios recibe se ha de juzgar.

VETURIA.

De manera, que á lo que siento, sus hipocresías aprovecharon poco á Cantaflua, y ella quedaba harto burlada si hubiera hablado de verdad; pero por mi fé, que se pone el sol, y que será bien que sepan la hora que es; y pues yo veo que están reposados, quiero entrar allá como que voy á otra cosa.

CANTAFLUA.

Amiga Veturia, paréceme que Berintho, mi señor, se quiere quedar acá esta noche, bien será que hagas aderezar de cenar.

VETURIA.

Todo recaudo hay, señora, acá; yo haré lo que mandas.

BERINTHO.

Amiga Veturia, dile á Aminthas que haga á esos mozos que se vayan despues que sea anochecido, y solamente se quede él.

VETURIA.

Al descubierto me parece que quiere jugar esta gente, y tambien le sucede á Claudia, como si estuviese hecha de concierto con Berintho. Pero quiero ir, y haré que se levante Aminthas. ¿En qué estás, señora Claudia, estás ya más sin pasion? ¡Ah, señor Aminthas, que no os podeis encubrir ni negar la verdad, con el hurto en las manos os he tomado!

CLAUDIA.

Madre Veturia, Aminthas es mi señor y mi marido, y está desposado conmigo; por eso no te maravilles de lo que ves, que de mi persona puede determinar á su voluntad como de su misma cosa.

VETURIA.

¿Qué decís, señor Aminthas, de lo que dice Claudia?

AMINTHAS.

Que soy el más bien andante hombre del mundo y de más ventura, pues mi se-

ñora Claudia ha tenido por bien de me hacer tanta merced en desposarse conmigo, meresciendo ella cien mil veces más, por muchas cosas que constan notorias.

CLAUDIA.

Por mi vida, señor, que no me enoje si más dices, que no pienses que con eso me huelgo; pues yo soy la dichosa, la bienaventurada, y la que he ganado y alcanzado mucha honra, en que un caballero como tú, de tan ilustre familia y tan dado de virtudes, tuvieses voluntad de rescibir por esposa una mujer desacompañada de padres, y tan falta de todas las cosas convenientes á tal persona como la tuya.

VETURIA.

Mucho me he holgado, Claudia, de lo que has dicho, porque todo ese acatamiento y reverencia se debe á los maridos, y dejado esto, digo señor Aminthas, que estoy muy satisfecha y muy contenta conmigo, en que tan cumplidamente habeis satisfecho en su honra á Claudia, y de tan generosa persona como la vuestra no se esperaba ménos. Tambien es menester que os levanteis, y hagais que esos

criados de Berintho se vayan, porque él me parece que quiere cenar acá y quedarse la noche; y habrá necesidad que vos, señora Claudia, me ayudeis en algo, siquiera porque os traigo otras nuevas conforme á vuestra voluntad, y son que manda Berintho que Aminthas solo se quede; en esotro ya no teneis que imaginar, dejadlo á mi cargo, y cuanto tiempo sea y Berintho esté casado, que no tardará muchos dias, yo lo comunicaré con Cantaflua, y se dará órden como vuestro matrimonio se celebre, sin que de lo pasado se sepa cosa ni venga en noticia del vulgo.

CLAUDIA.

¡Oh, madre, cómo estoy en todo consolada! Y con esto que me has dicho me descuido, remitiendo las cosas de mi honra en tus manos.

AMINTHAS.

Bien está así, y sin duda estoy descansado, pues que mi señora Claudia se ha satisfecho; y yo voy á despedir aquellos mozos, porque ya las tinieblas están predominando sobre la luz, y gozando de la

preeminencia que desde la creacion les fué concedida por el maravilloso ministro de la natura.

SIMACO.

¡Oh, señor Aminthas, y es hora que bajeis acá!

AMINTHAS.

Berintho se queda acá esta noche, y manda que os vayais todos; despedir esos mozos, y entretanto que se hace hora de cenar, hablaremos nosotros un poco.

GALTERIO.

Hermano Evaristo, paréceme que nuestro amo se queda acá esta noche; haz á esos mozos que lleven la mula, y vete á dar razon á esos hombres de bien de lo que hoy sucedió, porque es bien hacer cuenta dellos.

EVARISTO.

Pues yo me voy, bien será que se haga de la manera que dices.

SIMACO.

¿Cómo te ha ido, por tu vida, señor Aminthas, que Galterio y yo no hemos pasado tiempo en otra cosa, salvo en comunicar tu gozo, y en recibir placer de tu próspera ventura?

AMINTHAS.

¿Pues qué, si hermanos, supiésedes lo que hoy ha pasado?

GALTERIO.

¿Qué, por tu vida?

AMINTHAS.

Que á la fé, cuando subí, hallé á Claudia en la cama, que decia estar algo mal indispuesta, y sin más decir, me desnudé y me eché á su lado, y aun allende desto, hermanos, sed ciertos que me he desposado con ella.

GALTERIO.

¿Eso pasa? Cuanto que este dia bien pue-

des contallo con piedra blanca, señor Aminthas, y más has hecho que yo te enseñé.

AMINTHAS.

¿Porqué dijiste, por vida de Galterio, eso que lo podia contar con piedra blanca?

GALTERIO.

¿Pues cómo eres poeta y no me entiendes? No sabes que dice el persio en una sátira: ¡Oh, macrino está el dia, cuéntalo con piedra blanca! Porque como sabes, los gentiles el dia que habian recibido buen dia, ponian en un saco que tenian una piedra blanca, y el dia de fortuna contraria, en otro saco echaban una piedra negra, y por ahí tenian su cuenta; si te parece que he concluido, dílo Simaco.

SIMACO.

A la fé, bien y cierto me has satisfecho.

AMINTHAS.

Ya me ha ocurrido, á la memoria, lo que Galterio dice; ¿pero á quién se le ha-

bia de acordar? Por esto está Berintho en su seso, en decir que no se halla sin Galterio; por Nuestra Señora que tiene razon.

GALTERIO.

Pero dejado esto, por tu vida, Aminthas, ¿quéjase la señora Claudia como la noche pasada?

AMINTHAS.

Pues ya tú lo sabes; ó de verdad ó fingiendo una cosa por otra, jamás le faltan quejas, ni aquél su tan acostumbrado gruñir; pero tiempo es, hermanos, que os vayais, porque querrá cenar Berintho, y á Dios quedéis encomendados.

SIMACO.

Dios conserve todas las cosas en bien, y la Madre de Dios quede en tu guarda.

VETURIA.

Señor Aminthas, entra allá, que ya me parece que comienzan á cenar.

AMINTHAS.

¿Y no me ha llamado Berintho?

VETURIA.

Hasta agora no.

CANTAFLUA.

Pues, hermano Aminthas, ¿qué hora es á vuestro parecer?

AMINTHAS.

Ya el arrebatado boreas con el poco temor por el ocaso de los atentos del basis procedentes, y con las fuerzas nuevamente en él infusas, á causa de la lumbre del primer planeta está predominante, anda despojando los árboles de sus frondas, y á los dulces campos de la apostura de sus hermosos cabellos.

CANTAFLUA.

En verdad, señor, que me huelgo mucho con estas astrologías de Aminthas, salvo que no las entiendo; y cierto dicen que por la astrología se aciertan muchas de las cosas futuras.

AMINTHAS.

Así afirman que Jónico, cuarto hijo de

Noé, nacido despues del Universal Diluvio, fué tan grande astrólogo, que pronosticó el aumento grande y tambien la disminucion de las cuatro monarquías y reinos principales; y aun algunos afirman que él fué el que dió el consejo á Nembrot de la manera que podria reinar.

CANTAFLUA.

Pues eso habeis dicho, por vuestra vida, me digais que nunca lo he podido acabar de saber eso de Nembrot y cómo edificó la Torre.

AMINTHAS.

Por mi conciencia, señora, no sé en ello más de lo que por ahí se dice, y saben todos que Nembrot hizo la Torre que el vulgo llama de Babilonia.

CANTAFLUA.

Mucho quisiera, cierto, que en esto me informárades.

BERINTHO.

Causado el Diluvio por los pecados de

las gentes, Noé, sólo con su mujer y tres hijos y nueras, quedó en el Arca; destos tres hijos de Noé descendieron setenta y dos generaciones, y estando juntos tres Príncipes, el uno llamado Nembrot, descendiente de Chan, y el otro llamado Suphena, descendiente de Japhet, y el otro llamado Jectan, descendiente del linaje de Sem, conspiraron contra su mismo Dios, diciendo: hagamos Torre que llegue hasta el cielo, y así edificaron la Torre; y estando alta, herida de los vientos, fué derribada, y conociendo Dios la malicia de las gentes, permitió por su pecado la confusion en las lenguas, y cuantas generaciones eran, tantas lenguas hablablan, y en Heber y en su familia, solamente quedó la propia lengua, porque aquél no intervino en el consejo. Y de ahí se dividieron las generaciones á poblar en diversas partes. Y la Torre se llamó Babel, que quiere decir confusion, porque allí nació la confusion de las lenguas; pero Asur, hijo de Sem, no quiso intervenir en el consejo, y antes de la confusion de las lenguas se fué á Siria con su familia, y allí pobló. El edificio desta Torre fué en Oriente, y cerca del rio Eufrates, y allí fué el principio del reino de Nembrot; despues se fué huyendo á los persas, y

dejó su reino á su hijo Belo, el cual reinó en oscuro, á causa de la poca gente. Esto, señora, he dicho, porque me paresció que Aminthas no satisfacía lo que deseabas saber.

CANTAFLUA.

En verdad, señor, apacible me ha sido oirte, y que tenía voluntad de saber lo que tan plenamente has explanado.

BERINTHO.

Alza, Veturia amiga, la mesa, que no es cosa justa que se esté impidiendo mi gusto, pasándose el tiempo sin comunicar de las excelencias de mi señora.

VETURIA.

¿Has oido, Claudia, la plática? Parécete que Berintho tiene más gana de estar solo que acompañado, y pues así es, yo doy órden que se acuesten, y entretanto cena tú y Aminthas, que despues de cenar, concertado que haya lo necesario, os iré á visitar.

CANTAFLUA.

Bien será, Veturia, que te vayas á po-

ner recaudo en algunas cosas que serán necesarias, que ya aquí no eres más menester, y allá harás alguna falta.

VETURIA.

Vóyme, que parece que aquí poca gana tienen de mi compañía.

CLAUDIA.

¿Parécete, madre, que nos dimos buena priesa á cenar?

VETURIA.

Más os van en esotro, no cures; y pues que ya estais en esos términos, pienso que hago estorbo, y por eso me voy.

AMINTHAS.

Más por mi vida, Veturia, que te sientes un poco y oigas lo que mi señora Claudia me estaba diciendo.

VETURIA.

Pues, que así quieres, aunque Claudia me parece que hace mal gesto, lo habré de hacer.

CLAUDIA.

No, en buena fé, madre; pero estábale diciendo á mi señor Aminthas, como de que estaba ausente dél, me enflaquecía mucho.

VETURIA.

Pues más diré, sino que tiene vergüenza, señor Aminthas.

AMINTHAS.

¿Qué, por tu fé?

VETURIA.

Hánle dicho que eres poeta, y querría le glosase mote que ella compuso, que dice: ser ausente me enflaquece.

AMINTHAS.

Pues así mandas, Veturia, á mí me place.

Glosa al mote de Claudia, que dice: ser ausente me enflaquece.

La gracia que en vos florece
sustenta á todo vivir,

antes que cosa no empece,
y cierto desaparece
toda mi cuita y morir;
más otra y gran novedad
los sentidos oscurece,
muy notoria en la verdad,
pues de vuestra gran beldad
ser ausente me enflaquece.

VETURIA.

¿Qué te parece, Claudia, si sabe metrificar? Y pues quedas con tanto gozo y con tanto descanso, yo me voy, que más noche se ha hecho de lo que cuidamos.

CLAUDIA.

Por mi amor, que descanses un rato y tomes algun reposo, que no nos corren moros, y un día viene tras otro, y mira que no hay dos horas de aquí al día, y no has pegado ojos, y en mi conciencia que dello tengo pena.

AMINTHAS.

¡Cómo tengo de dormir, que toda esta noche anda Veturia que parece estantigua!

CLAUDIA.

Dios sabe, pues, la pena que ella trae consigo, que como es mujer muy honrada y tan antigua criada de la casa de Cantaflua, pésale demasiadamente de todo acto contrario á la honestidad, y de toda voluntad desordenada; pero también de que más no puede, como persona discreta ha procurado de encubrir nuestras faltas, y de verdad le somos en mucha obligación.

AMINTHAS.

Por cierto así me ha parecido siempre mujer amiga de toda bondad, y que estoy bien satisfecho de su conversación.

VETURIA.

Ya me parece que amanece, quiero ir á ver en lo que está Berintho, si se levanta ó que ordena que hacer; toma, toma, aun agora de nuevo se está quejando Cantaflua, como si le pesase con el juego; pero con todo eso es trabajo que no creo que en toda la noche han dormido, pues si piensa hallar el suelo será trabajo del henchir la tina las hijas de Danae;

pero quiérome ir un poco á parlar con Aminthas, que él no tiene tan grave la conversación, si la dote de Claudia no se la vuelve; que acontece, cuando pobres humanos, cuando ricos soberbios. ¿Señor Aminthas, ¿dormís?

AMINTHAS.

¡Oh, Veturia, señora! ¿Y tú eres?

VETURIA.

Por cierto, vosotros estais buenos, ¿y en eso os estais?

CLAUDIA.

¡Oh, señor! Por amor de Dios, y déjame ya, que es vergüenza, y mira cómo Veturia se fué huyendo de que vido tanta deshonestidad; ¿y allende deso habeis os de matar?

AMINTHAS.

Pues ya, señora mia, no recibais pena, y pues ya la cámara está llena de claridad, quiérome levantar, porque en llamando Berintho no me tenga por negli-

gente, pues la oportunidad del tiempo no requiere otra cosa.

CLAUDIA.

Jesús, y tan presto está en pié, ¿y no pudiera reposar un poco?

AMINTHAS.

Quiero ir á ver si se levanta Berintho; hablando están.

BERINTHO.

Si mandas, señora de mi vida, que me levante, tiempo convenible es, mira qué mandas.

CANTAFLUA.

Pues que así es, señor mio, hoy me quiero ir á mi casa, y los dias que de las novenas me quedan por cumplir, otro tiempo más oportuno me concederá la Vírgen sin mancilla, porque segun lo que ha pasado, necesidad habrá de suplir algunas cosas. Y mis hermanas están allá desacompañadas, de manera que si llega una necesidad sobre otra; en lo demás no

se qué me daría por oille á Aminthas otras astrologias como las de anoche.

BERINTHO.

Eso presto se cumplirá, si no hay otro deseo; Veturia, llama acá á Aminthas.

VETURIA.

Señor Aminthas, Berintho vos llama.

CANTAFLUA.

¿Es muy tarde, hermano Aminthas?

AMINTHAS.

Ya el cuarto planeta está tendiendo los rayos sobre los altos cumbres, donde los hijos del padre de la segunda edad recibieron la bendición, despues de haber sacrificado los animales en honra del gran Dios.

CANTAFLUA.

Eso dices, Aminthas, por los hijos del Noé, que salidos del arca en las cumbres de Armenia, sacrificaron y dieron gra-

cias á Dios, por donde merescieron la bendicion del verdadero Criador.

AMINTHAS.

Pues que, señora, estás al cabo, yo voy á ver si son venidos los mozos.

CLAUDIA.

Ce, Aminthas, ce, por mi vida, que entres acá.

AMINTHAS.

¿Y todo esto es, señora?

VETURIA.

Así es bien, Aminthas, que la obra de mañana aprovecha.

CLAUDIA.

Dije á esas mujeres que me sentía mal dispuesta, y trujéronme esta gallina asada y quiero que coma Aminthas siquiera dos bocados.

VETURIA.

Bien haces, Claudia, que como dicen: quien su carro unta á sus bueyes ayuda.

CLAUDIA.

Todas las cosas, madre, echas siempre á la peor parte.

AMINTHAS.

Pues que esto es hecho, bien será si son venidos los mozos con la mula.

VETURIA.

Media hora ha que están allí, y Galterio todavía contando cuentos.

AMINTHAS.

Siempre lo hace así, que éste es su oficio, y la verdad, él no tiene granjería salvo regocijarnos á todos, y por mi fé, que no valdriamos nada sin él.

VETURIA.

Señor Aminthas, presto, presto, que ya se ha despedido Berintho de Cantaflua, y abaja la escalera.

AMINTHAS.

Santa María, y tan presto; ¿pues qué mandas, señora Claudia?

CLAUDIA.

Que el Señor que guió en Belen los tres Reyes de Oriente te guie.

BERINTHO.

Llega acá esa mula, Evaristo.

GALTERIO.

Alegre te veo, señor Aminthas; bien parece que está la tuya sobre el hito.

AMINTHAS.

¿Y tú, Simaco, qué me dices?

SIMACO.

Que no se dirá por tí: á donde hay gran entendimiento hay poca ventura.

AMINTHAS.

¿De qué manera?

SIMACO.

Tú, de claro entendimiento y bien so-

til para discernir asazmente, como dicen: lo negro de lo blanco; tú, de tu natural inclinado á todo género de virtud; tu, dulce de conversacion con los que razonas; tú, familiar á los amigos que es virtud de que especialmente la natura te acompañó; tú dotado de toda hermosura de miembros, y despues para echar el sello á tus cosas, echóte la ventura en suerte que tuvieses por mujer á Claudia; que haber especificar su perficcion, sería un cuento sin número, y un infinito proceso; si otra cosa allende desto sintiera, en verdad que por ninguna pasion lo dejara de decir.

GALTERIO.

Bueno andas, Simaco; despues el otro dia mofabas de mí.

AMINTHAS.

Dios cumpla lo que falta, que como dicen, él sabe en cuál casa hay más moneda; pero si quieres mirar, Berintho, procura de rendirte las gracias, por los mismos consonantes; pero el tiempo es largo.

BERINTHO.

Llama, Aminthas, á Menedemo y á to-

dos esos criados de casa, que suban arriba, porque les quiero hablar.

CANTAFLUA.

A mí señor Berintho le dije, Veturia, que hoy me iría á mi casa; será bien que lo proveas, y tráiganme la mula y alguno de los escuderos vengan á ir conmigo.

CLAUDIA.

Por mi conciencia, que es asi lo mejor del mundo.

VETURIA.

Pues yo, señora, lo proveeré todo, acabado que hayas de oir misa; que sin duda es buena determinación, pues que todas las cosas suceden prósperas, y en todos los casos se muestran favorables.

ESCENA DÉCIMACUARTA

EN QUE SE INTRODUCEN
BERINTHO, MENEDEMO, SIMACO, AMINTHAS, GALTERIO
FRANQUILA Y SERGIA.

BERINTHO.

Oh sagrada, oh Divina majestad, y quién hay á la sazon en el mundo que más bienaventurado viva que yo! Por cierto no, ninguno; ¡oh cómo mis pensamientos hallaron vado en el hondo piélago por do navegaban! ¡Oh cómo mis angustias mortales hallaron puerto en el tiempo de la mayor necesidad, y cómo la nave donde mi entendimiento peregrinaba en el tiempo de la tempestuosa tormenta, gozó de la segura bonanza! ¡Oh cómo el camino más áspero que por el que caminó el fuerte Hércules, por do mis tristezas caminaban con poco vagar, allanó sus malezas y hondos barrancos! ¡Cómo

del más triste hombre del mundo soy el más alegre! ¡Cómo de cautivo y ageno de libertad, soy tornado libre y franco contra toda especie de servidumbre! ¡Oh cómo del más penado y enfermo, soy tornado más sin pasion, y el más desacompañado de dolor que hombre que viva! De manera que los infortunios casos se han tornado en prósperos y fortunados acaecimientos; y la cruel y áspera fortuna que así me abajó en la profundidad de su rueda, está tan en favor y ha usado de tanta piedad consigo, que girándola al contrario, me ha sublimado en lo más alto de toda la cumbre, y pues ningun temor se me presenta de contraria zozobra, justa cosa es, hermanos mios, que mi tan alta ventura, mi gozo sin comparacion de que el espirítu está muy triunfando, se manifieste á esotros sentidos exteriores, comunicando con ellos su tan entera felicidad, pues les han sido compañeros en la pasada y desastrada suerte, y tambien por algunas señales, es justa cosa que las gentes del pueblo se certifiquen de mi tan cumplido bien.

SIMACO.

Donosa está Cantaflua, ¿y no oyes lo

que dice que la quiere publicar? Haceldes placer, vereis.

MENEDEMO.

Cierto, no me paresce bien lo que apunta.

GALTERIO.

¿No veis que dice será bien publicar lo pasado? Aun no lo dice en latin.

MENEDEMO.

Antes que pase adelante, le quiero hablar.

AMINTHAS.

Necesidad hay de ille á la mano, que la fortuna contraria hace el corazon áspero para sufrir cualquiera adversidad y ésta es una de las principales virtudes; pero la prosperidad causa una impaciencia desenfrenada, y un movimiento acompañado de poco sosiego, y una voluntariosa gana cargada de mil pensamientos sin rienda. Y con toda acucia se trabaja á divulgar en público por exteriores actos aquella gloria fingida, de que á su parecer

su entendimiento esta asaz cargado, así que Menedemo, prosigue, que necesidad hay, y aun tanta, que no fué mayor la del gran Rey, hijo de Filippo, en el tiempo que desdoraba la gentileza con que á todos los Reyes habia sobrepujado; le decían que de un gran Rey era tornado gobernador de Darío.

MENEDEMO.

Con mucha elegancia y sotil astucia me has avisado, Aminthas; pero está atento, que él piensa que no hay más mundo de gozar de Cantaflua, pues lo que en estas tales bodas se gana, se suele pagar con las setenas, como el que hurta; y aun yo te digo que algunas veces no cuesta tan caro haber comido la vaca del Rey, que suelen decir, si te acuerdas, que á cabo de cien años se paga; y aun estas entradas á hurtadillas, algunas veces son peores que la entrada de los de Menas en el erético laberinto, y aun algunas veces piensan hacer leña en el monte ageno, y la hacen en el mismo suyo; y aun le hacen del cielo cebolla, haciéndoles creer que truena sin nublados; y aun les vende el gato por liebre, y el vinagre por vino, y la hiel por miel, y el

aceite por fino bálsamo, y la redoma cascada por sana; y del sayal les hacen creer que es grana de Florencia, en luciéndoles las razas con alguna cara forjada de falso metal; y así les hacen comer la manzana podrida por sana y con aquellas risas y con ay, señor, no venga alguien, se pasan aquellas cosillas, fingiendo algunos gritillos; y á rio vuelto como dicen, ganancia de pescadores; así que recia cosa es conferir con ellas, que por eso dijo el otro, de la mala te guarda, y de la buena no fies nada.

GALTERIO.

Dormido se ha Berintho sobre la mesa, como habeis visto; entre tanto que recuerda te encargo mucho, Menedemo, me digas lo que sientes en esa materia, porque por experiencia y por vista de ojos mucho sé yo de la conseja.

MENEDEMO.

¿Qué quieres que diga? Que es hablar en esto pensar buscar vado en medio del golfo; pero en suma te digo que todas en comun son rencillosas, mal contentadizas, desabridas, enojosas, porfiosas, vendicativas, no domadas á la razon; siempre

nadan agua arriba y caminan por las sierras, y siempre andan al revés; y amigas de novedades y de contradecir en todo; nunca alegres sino cuando las rascan y cuando se hallen en su pleito; amigas de contienda, y aun algunas veces las revuelven; codiciosas, golosas, livianas, de poco secreto aun para encubrir sus mismas maldades; presuntuosas, de poco sosiego, crueles, soberbiosas, airadas, perezosas, deseosas de lo ageno, amigas de lo suyo, y aun alguna vez, la verdad hablando, como dicen, guardan la ceniza, y derraman la harina; pues pensar hartallos, y contigo hablo, Aminthas, de aquella su negra vianda, obra sería tan vana como querer ir en Rodas sin pasar agua; y qué honestas se hacen, qué fingir otra cosa allende de lo que desean, y que devotas al parecer, y qué visitadoras de los monasterios, y aun muchas veces debajo de la buena razon. Y qué autoridad representan, y qué huecas van; y con cuánto reposo, y qué vagarosas por fingir gravedad; y como dicen, so el sayal ayal; y qué misericordiosas se hacen, aunque no para perdonar sus injurias, y con cuánto reposo hablan de que ellas entienden que es menester que el pez pique en el anzuelo; y qué agudas para el mal, y qué

cautelosas, y qué cavilaciones buscan para hacer lo que quieren; y qué prestas, y qué solícitas, y qué osadas, y qué atrevidas, y qué desenvueltas; y cómo nunca duermen, y todo para que aquel su desenfrenado apetito se cumpla, y su voluntad malvada venga en ejecución; y de qué mentiras están acompañadas á la contina; y qué lisonjas venden donde á ellas les parece que son menester; y qué esponja tienen para empapar á los bozalejos; y qué chismosas, y qué parleras, y qué desvergonzadas, así que todo el campo es suyo; qué pedigüeñas, qué importunas, qué mal acondicionadas, qué tristes se hacen muchas veces; de cuán poca memoria están acompañadas, y de cuántas simulaciones y disimulaciones usan; en fin, son como las lobas en el escoger; y así dice Salomon, que así como no hay aspereza sobre la cabeza de la sierpe, así no hay saña ni ira que iguale á la de la mujer; que mejor era vivir con los leones y con los dragones que no con la mujer airada; y dijo asimismo, que por la primera mujer vino el pecado, y que por ella morimos todos, y aun dijo que mejor era la iniquidad del hombre que la bondad de la mujer; y dijo si la mujer tuviera poderío sobre el varon, haría cual-

quier mal; y el filósofo dijo: Tres cosas echan al hombre fuera de su casa, el humo, la casa mal cubierta, y la mala mujer; y dijo Salomon que de cien hombres había hallado uno bueno, y que de mil mujeres no habia hallado ninguna.

GALTERIO.

Todavía habrá algunas que carezcan del general vituperio, y no podrá ser menos; y como has dicho lo malo, sería bien dijeses lo bueno, siquiera por te disculpar en algo. Que sabes qué cosa es venir en lengua dellas, como quien dá una blanca al pregonero.

MENEDEMO.

Lo dicho, dicho; de la mujer reniego; esto sé, esto digo, esto he aprendido tratando con ellas; otra cosa en contrario en mi conciencia no la siento.

GALTERIO.

Pues que te estás en tus trece, no quiero ser porfiado, especialmente que Aminthas me hace señas que calle, que recuerda Berintho; y aun ya habla; oigámoslo,

que dice que para en esotro más hay días que longanizas; y aun como dicen, para cada puerco hay su San Martín, y aun siempre sobra uno.

BERINTHO.

¿En qué estais? Algo he dormido, tornar quiero á mi principal y primero intento; ¿pero qué estás, Menedemo, murmurando, qué dices? Dílo, dílo, que Dios te prospere, que no pasaré adelante hasta ser informado de los temores que se representan de la sentencia de mi sermon.

MENEDEMO.

La verdad hablando, porque como dicen es hija de Dios, lo que apuntas algo me suena mal en los oidos, porque á lo que siento, redunda todo el fundamento en que estás, harto en oprobio de la honra de Cantaflua, y aun la tuya no se queda en la posada, pues de lo secreto hacerse público, no es de cuerdo; y aun allende desto los inconvenientes que podrían resultar de lo oculto haciendo notorio los ciegos lo verán; así que, señor, modera tu gozo, que no ménos loado es Marco, cónsul romano, por haberse moderado en

el triunfo, y así templarse en el gozo, que Coroliano y Temístocles el ateniense, capitán de los persas, en haberse templado en destruir ambos sus propias patrias, aunque en diversos tiempos.

BERINTHO.

Bien ves dónde van esas viras, y no me maravillo que esteis algo azorados, pues las palabras que oisteis dieron causa á que eso se os concibiese á vosotros en el pensamiento; pero no es lo que siento, ni lo que quiero que se haga tan perjudicial, ni tan escandaloso como cuidais, porque caso sería de ménos valer tener pensamiento de publicar lo pasado; pero lo que quiero es, Menedemo, que des á esos pajes y á esos mozos de espuelas, las libreas de carmesí pelo que les estaban hechas para el recibimiento del César, y mi mala disposicion lo estorbó. Y asimismo será bien que algunos continuos de casa justen la primera fiesta que venga; y dalles han caballos de la caballeriza; y tú les darás de la cámara algunas piezas de seda á cada uno de la color que querrá; y pónganse luego carteles por los cantones; y á los que vieres que firman para saber de justar, á cada uno enviarás un caballo

aderezado á la guisa, y dos piezas de seda; y tambien allí en nuestra plaza se corran seis toros, y deseo tomes el cargo, Galterio, si no recibes de ello pena.

GALTERIO.

¿Pena, señor? Esas son misas, y desde luego haz cuenta que están cerrados los más bravos toros que están en toda la ribera del Jarama.

BERINTHO.

Así conviene, pero asimismo será cosa conveniente que á Franquila, á quien somos en tanta obligacion, le envies tres piezas de seda y algunas cosas de oro, de manera que se cumpla con ella, y no quede en cosa querellosa, pues ya sabeis lo que se le debe, y tambien le envias seis marcos de plata labrada de la bajilla dorada, y á todos esos hombres de pié les darás capas de Contray y sayos de damasco. Y á Claudia envia una pieza de tela de oro, y otra pieza de brocado de lo más rico que está en la cámara, y dos piezas de carmesí pelo, y la cadena de oro esmaltada de rubíes; y á Veturia, asimismo le envía algunas joyas, de manera

que no quede quejosa, y esto se cumpla luego.

MENEDEMO.

Antes que comas se hará, señor, de la manera que mandas, y luego voy á lo proveer todo.

GALTERIO.

Pues yo asimismo voy á poner recaudo en lo que me está encomendado, y en hacer desde luego proveer en que se hagan las barreras, siquiera porque no digan, á dineros pagados brazos quebrados.

BERINTHO.

¿Qué dices, Simaco? Así Dios te cumpla tus deseos, parécete que estoy en lo cierto en contemplar con todos, y en cumplir con cada uno segun que merecen, conformándome con el tiempo, y con la calidad de las personas, y con el merecimiento de mi señora, por cuya causa se hace como primera y principal, de donde mi tan demasiado gozo depende; dilo, dilo, que mucho deseo saber lo que sientes.

SIMACO.

¿Qué quieres que diga? Sino que no es fiesta donde no comen bien, y donde no hay dádivas se quebrantan las peñas, porque cada uno no tiene ojo sino á lo que le ha de dar, y en ver bullir dinero, todos se alegran, y aun si miras aquel gran vandálico Duque, allende de ser en extremo animoso, y tan experto en el ánimo militar, gran acrescentamiento le es á su famosa fama cuán largo era en el repartir sus haberes, en tanto que el codicioso vulgo de lo que más se acuerda es de la moneda que recibía, y aun te certifico que ninguno es magnánimo, ni se puede contar por tal si en el gasto usa de moderacion.

AMINTHAS.

Pues buena cosa es la templanza.

SIMACO.

Ya lo sé; pero es buena y loable entre mercaderes y ciudadanos y caballeros pobres; pero en el género de los grandes señores, muy reprobada es la templanza,

porque todos la tienen por avaricia; pues estar tenido por codicioso gran mengua es, porque raiz es de todos los males, y del gran señor avaro todos huyen y profanan, y burlan, y nunca se hartan de mofar, diciendo que tanto goza de sus rentas su vecino como él, y mucho lo reprueba Demócrito, filósofo, en el libro llamado *De liberalitate*, donde dice que la templanza es remedio contra la necesidad, y aun si miras, Aminthas, por los caminos, y ventas, y mesones, y en las plazas, y ayuntamientos de gente, nunca se entiende, salvo en loar al magnífico y franco, y en decir mil oprobios contra los avaros, pues como es bonica cosa venir en boca de las gentes, más les valdría, te aseguro, estar de cuartanas, y con tal fama allá se aborugen; pero á Marco Craso y á Midas, sus grandes riquezas y demasiados tesoros, ni les acarrearon provecho, ni fama, pues ya que en este mundo no valen por ellas, es verdad que les aprovechan algo para en el venidero siglo, eso es, que aun si miras por la misma boca del Salvador, está dicho que los que tuvieren dineros, con gran dificultad irán al Paraíso. Esto he dicho, señor, por te satisfacer, agora podrás decir si estoy en lo cierto, ó si me engaño en algo.

AMINTHAS.

Maravillosamente has hablado, y á mi cámara me voy, si me llamasen, allá me hallarás.

BERINTHO.

Escudriñado has me dado toda la moral filosófica, y aunque en suma, has recitado todo lo que se contiene en la filosófica doctrina; y en fin, te digo que más has dicho que has sabido; pero por hondo piélago navegamos; cesa, cesa, que más vale callar que mal hablar; y mira quién viene, que pienso que el lobo es en la conseja.

SIMACO.

Franquila es, y bien callando se viene.

FRANQUILA.

¿Pues qué quieres, Simaco, que venga dando voces? Sé que no soy pregonero.

BERIÑTHO.

¡Oh mi amiga! ¡Oh mi hermana Fran-

quila! ¿Y qué te has hecho? ¿Cómo no has venido á gozar de mi gloria y á ver por vista de ojos las maravillas invisibles y las excelencias de que los sentidos corporales han estado gozando, y la especulacion un solo momento á otras cosas no se divierte porque le parece incurrir en torpe caso y feo hecho, contra aquello de más merecimiento, de más bondad, de más hermosura, de más beldad, que todas las que en el mundo viven? Y dí, Franquila, lo que sientes, que parece que estás sonriéndote y burlando de lo que digo.

FRANQUILA.

Lo que digo es que pues estamos despacio, y tú ya tan aliviado de los trabajos pasados, que quiero jugar contigo al decir las verdades, como hacen las comadres, trás el fuego.

BERINTHO.

Que no parece, Franquila, que tengo razon en estar alegre, por haber cumplido lo que con tanto ahinco he deseado, y con la más acabada doncella, y con la de más perfeccion de cuantas viven, con la cual la natura repartió asazmente, dotándola

de tanta gracia y beldad, que al resplandor de su fulgente rostro oscurece á toda la gracia y hermosura que entre las otras está repartida.

FRANQUILA.

Lo que digo es que ruin sea quien por ruin se tiene, en lo demás, allí lo tiene donde las otras; pues de noche á oscuras no hay ninguna mujer fea, ni tampoco de la cinta abajo mujer vieja; esto siento, esto me paresce, pero como dicen, no hay amor feo, y aun ojos hay que de lagaña se pagan.

BERINTHO.

Bien me has adobado, Franquila, más mucho te tengo de sufrir, por tanto á eso no te replico; mas ¿qué te parece de cuán rica es de posesiones Cantaflua, y de joyas y moneda amonedada, que es otra parte para añadir algo en mi próspera ventura?

FRANQUILA.

Rico es quien está bien con Dios; y el enemigo malo es el pobre; y aquél es pobre, el que por pobre se tiene; y rico el

que se contenta con lo poco; y aun allende desto, lo bien ganado se pierde, y lo malo ello y su dueño; y de las riquezas mal ganadas no gozará el heredero tercero se dice adonde ya sabes; y siempre es más el ruido que las nueces; y muchas veces donde piensas que hay tocinos no hay estacas, y más quisiera decir sino por no enojarte.

BERINTHO.

Reapuntada y aun tras picadura vienes, Franquila, no sé qué yerba te has pisado esta mañana; ¿pero no te parece que la antigüedad y nobleza del linaje de Cantaflua abasta para repeler estos obstáculos que contra los bienes de la fortuna antepones?

FRANQUILA.

El Rey Migallo, Dios sólo es el bueno, está dicho por su misma boca; y todos somos hijos de Adan y Eva; y todos somos formados de la damacénica masa: uno es el Padre de las cosas; uno es el que todo administra; y Él dió al Sol los rayos, y los cuernos á la Luna, y hizo la natura; y si miramos los principios y á nuestro Hace-

dor, ninguno es de mal linaje, salvo el que por los vicios deja y se aparta de su propio nacimiento, así que muchos hablan de nobleza y no saben dónde mora, ni aun ménos en qué consiste y aun oyen cantar gallo y no saben adónde.

BERINTHO.

¡Oh cómo huelgo en oirte, hermana Franquila! ¿Y qué tanto se te entiende de las cosas de la nobleza?

FRANQUILA.

Y aun á buena fé que de la nobleza que en la verdad es vana, aun se piensan muchos estar muy fornidos, y que á dos azadonadas les hallasen el agua, y aun no tan claro como la de la fuente de aguas blancas.

MÈNEDEMO.

Secutiva estás, señora Franquila; pero pues tan resoluta vienes en esta materia, holgaria de disputalla contigo, aunque mal proveida, solamente con lo que de presente me ocurre á la memoria.

FRANQUILA.

Pues así quieres, ¿qué te parece á tí en qué consiste la nobleza ó qué es la definicion della? Porque mediante la definicion venimos en conocimiento del ser de la cosa, y la definicion es principio de toda demostracion, y el conocimiento de las cosas no lo tenemos, salvo mediante la definicion, como ya dije; por tanto, replica lo que te parecerá.

MENEDEMO.

Los dichos de los filósofos andas escudriñando; temor me recrece de verte tan adornada de toda verdad; pero no entiendo en un pelo retroceder de lo ya comenzado, y así digo por venir en algo de lo que deseas, que nobleza es una excelencia fija en nosotros desde la nuestra primer orígen, y así la nobleza del hombre principalmente se ha de mirar y considerar de aquella parte, por lo cual es hombre, conviene á saber, de parte del ánima.

FRANQUILA.

Muy alto vuelas, Menedemo; abájate,

abájate y gozaremos de tu sermon, que no quiero hablar de tan alta nobleza, y yo te doy mil ventajas, porque hablar contigo en tan sotil materia sería caminar por el Monte de Torozos, y no sería bien llenar de agua el molino. Destotra nobleza vana me dí que de la verdadera, deja esas disputas para cuando con tu amo te halles á osadas.

MENEDEMO.

Pues que así quies, no quiero en cosa contradecir tu ruego; nobleza es una alabanza y loor que nos desciende de la bondad de nuestros padres y abuelos; y de aquí decia el beato Hierónimo, no veo otra cosa en la nobleza que desear salvo que los nobles con una necesidad están apremiados para no haberse de apartar de la bondad de los mayores.

FRANQUILA.

Y si se apartan, ¿qué me dices, perderán la nobleza?

MENEDEMO.

Adevinar de buena ceguedad me alumbras, como los unos la ganan, la pierden

los otros; sino pregunta á los israelitas si hubo entre ellos nobles, y más que nobles, y aun ilustres y sobre ilustres; pero si de todo en todo lo perdieron, ya lo ves.

FRANQUILA.

Pasa adelante, pasa adelante por amor de Dios, que no quiero pendencias con esas gentes, ni con esos quiero dar, ni tomar como ellos hacian el sábado; pero prosigue, y dime de dónde hubo el primer orígen al principio la nobleza, y si desenredares bien esta red, aun quedarás por buen cazador.

MENEDEMO.

Pues que tan de raiz quieres estas cosas, y así quieres sacar la grama de cuajo, atiende un poco, que no quiero esmanecer tu mando. En la segunda edad, como el linaje humano estuviese multiplicado y las gentes algo prontas al mal, convino prohibir los insultos castigando los malos, pues como no hubiese juez encomenzaron á escoger y hacer diferencia de unos hombres á otros, y de unas personas á otras; y daban mando á uno sobre todos los otros, por más sabio, ó por más vir-

tuoso, ó por más justo, para que aquél pudiese punir los delitos, y de aquí se comenzaron á llamar nobles los hombres á quien tal cargo les era cometido, y asimismo los que dellos descendían; y llamaban los nobles como más notables y señalados en virtud que los otros; y aunque si te piensas, destos despues se llamaron y vinieron los reyes; y despues desto se introdujeron algunas otras noblezas por alguna singular fortaleza, y otras por dinero, y otras por tiranías. Y así ha ido rodando el mundo unos principiando nobleza; otros perdiendo la que otros habian ganado; otros recobrando la que estaba perdida; y en verdad, si discurriese por las historias te espantaría de la manera que las monarquías, é imperios y reinos se han hecho, y se han acrecentado y menguado, y ha habido tantas mudanzas, que todo buen coronista te dirá que no hay hombre que no descienda de Reyes y grandes señores, si encomienzas á subir por la línea de cada uno, y aun diga Berintho que se le están saltando las lágrimas de la manera que sus antecesores poblaron la ciudad de Thebas; y en cuánta gloria, y en cuánta prosperidad, y en cuán sublimado estado se vieron; pero el discurso del tiempo que á nadie perdona, y

como las cosas grandes no pueden estar mucho tiempo en un ser, con cuántos incendios, con cuántas devastaciones la destruyeron por el suelo; lee el Estacio y verás si tiene Berintho razon de estimarse en mucho; pero no por eso deja de ser peregrino en las ajenas naciones.

FRANQUILA.

Jesús, Jesús, atónita me tienes de verdad, y que por esas honduras me entras.

MENEDEMO.

¿Pues qué, te piensas que tengo de hacer mencion de las noblezas ganadas de anteayer? El uno por escudero; el otro que la compró con dineros; el otro que le favoreció el señor á quien servía; el otro que se hizo doctor; el otro que con cautelas y testigos falsos se hizo noble; y la virtud buscalda: halae, halae, nobles, nobles; ninguno vale más de lo que tiene; y esto veo que se usa; y ésta es la mercaduría que más se trata y más se vende.

FRANQUILA.

Verdad es; pero quien peces quiere, mo-

jar se tiene; que como sabes, no se toman las truchas con haldas enjutas; y en fin, que apuntas que hoy llaman nobles al que no pecha.

MENEDEMO.

A la fé, noble hallo ques el que hace ó la que face las obras, pues se señalan en virtud de los otros sus vecinos; que el no pechar, ya te digo cuán livianamente se alcanza.

FRANQUILA.

Y en las mujeres me parece que apuntas que tambien consista nobleza.

MENEDEMO.

¿Pues quién se la quita?

FRANQUILA.

¿Quién? Que veo que en cuanto á las honras y dignidades no se hace consideracion salvo de padre; y aun si miras, la mujer del noble goza de todas las exenciones y privilegios del marido, sin que se considere quien es ella; y aun muerto el marido, les veo que gozan de la misma manera entre tanto que están viudas.

MENEDEMO.

Ya yo te digo que cosa diferente es la nobleza, mediante la cuál tenemos alabanza, á la nobleza mediante la cuál no contribuimos en los pechos reales; pero parécete que oscurecía poco la fama del hombre la torpeza de la madre, que no quiero perjudicar á nadie, y aun parécete que la honra del marido procede de la mujer; burlando es, en tanto que seyendo Séneca preguntado del amigo que con quien se casaría, respondió considerando esto que digo: casarte has con mujer que su madre y abuela hayan sido castas.

FRANQUILA.

Bien, pero el caballo hace la yegua.

MENEDEMO.

No sé en buena fé; y aun la yegua al caballo muchas veees; ¿y quieres lo ver? Llégate al andaluz á compralle el potro, que lo primero que te encomenzará á contar para te aducir á lo que quiere, será la bondad y ligereza de la madre, y el talle y color que tenia.

FRANQUILA.

No te puedo hacer perder el rastro; en todo me desatinas, y aun pienso que si más te importuno, me dirás algo que no quiera oir; por tanto me callo y no quiero porfiar.

MENEDEMO.

No pienses en esto, Franquila; pero cierto los hijos mucho se loan de la bondad de la madre, y aunque en la verdad la del padre es la principal; y aun si miras en la órden de Rodas, tanto caso se hace de la nobleza de la madre, como la del padre.

GALTERIO.

No puedo entender á este diablo; hoy si miras como las trataba, y agora no se harta de hablar en su favor.

SIMACO.

Él se entiende, déjalo estar.

BERINTHO.

Altamente has razonado, Menedemo; y

á diestro y á siniestro has cortado, procediendo sin amor, sin temor; pero se te quedaron en el tintero las noblezas que provienen de las dos milicias, militar y literaria, introducidas por los emperadores y juriconsultos en favor de la cosa pública.

MENEDEMO.

No sé nada, en esto me atajo; á cada parte hay cien leguas de mal camino, adónde irá el buey que no are; y qué quieres que te diga, sino que dicen los mismos derechos que no se goza de la inmunidad de la milicia militar, salvo estando ocupados en servicio de la patria; cállome, cállome, que tendré muchos émulos; no quiero tratar de vidas ajenas, ni investigar las cesáreas doctrinas; si bien ó mal hacen, con su pan se lo coman, que de lo tal, ni quiero ser juez, ni el testigo.

GALTERIO.

Espantado me tiene Menedemo, y nunca creo que ha de acabar, y yo hago mal paje en el estar en pié; quiérome ir á ver que hace Aminthas.

SIMACO.

Esperar quiero por ver en lo que paran los trajes.

BERINTHO.

De manera que dices, Menedemo, que de los caballeros, ni de la disciplina militar no quieres hablar cosa, como si fuese poco lo que has dicho.

MENEDEMO.

Poco ó mucho lo dicho no se puede tornar ya atrás; pero cierto me quedan bien encargo.

GALTERIO.

¿Qué haces, Aminthas? ¿Qué haces? Qué estás durmiendo sin perro, y tienes los espías de las puertas adentro, y no lo sientes.

AMINTHAS.

Mia fé, hermano; dejeme á Berintho hablando en lo excusado, como suele, y víneme á reposar; más ¿qué es eso que

apuntabas? ¿Ha venido alguna mercadurría de nuevo de la féria, ó fruta nueva en casa del padre, ó qué regocijo es éste que traes?

GALTERIO.

Y como venido si pensases que Franquila y mi sobrina Sergia están en casa, y Franquila berlingando como suele, diciendo pajas esas véndense á mujer; maravedís diez exhibírseos han por ellas; y de aquí sus ciertas filaterías matizadas con aquellos sus tan polidos retóricos colores.

AMINTHAS.

Acabo de rato Andújar, y piensa que es cada día pascua, ó que en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño; pues á otro mercado vaya do mejor se venda su hilaza; que aquí á lo otro le sobra el adobado.

GALTERIO.

Mal la tratas, pues no está en tiempo de volver, como dicen los cañibetes; por eso no pienses en eso, que una puerta se cierra, otra se abre.

AMINTHAS.

En esas cuentas yo no rezo, ni ménos las asiento en mis libros; pero dime, ¿háte conocido Sergia?

GALTERIO.

No, si no búrlate con el medio real, y piensas vivir de bóbilis bóbilis, ó como suelen decir, de mogollon; y creo que en tu seso pensabas comer sin escotar; y pasar por el puerto sin pagar portazgo; y navegar sin pagar flete; pues ándate haciendo la cuenta sin la huéspeda, y hallarte has como suelen decir un trapo sin dineros.

AMINTHAS.

Por los Santos Evangelios, no sé qué me diga, sino quieres reportorio de remoquetes y trashechos.

GALTERIO.

Déjate desas Francias, y mira si quieres que entre.

AMINTHAS.

¿Cómo que me conoció?

GALTERIO.

¿Pues qué te pensabas, que hurtabas bogas? Tambien te conoce como á los dedos de su mano, y tambien para qué quieres que se encubra es moneda falsa; hay sino prometelle treinta doblas para su casamiento, y allí están los bienes de Claudia; y si de mal cabo vino la oveja, por el mismo irá la pelleja, y á buen entendedor pocas palabras.

AMINTHAS.

Bien dices, ande la mano; que ni al gastador que gaste, ni al endurador que endurar.

GALTERIO.

Y aun como dicen, del pan de mi compadre buen catico á mi ahijado, y yo salgo á traella, y dale si te parece un lava dientes.

AMINTHAS.

Por mi fé, que eres bueno para echar cuerno, que presto convertirías al pueblo.

GALTERIO.

Mi sobrina Sergia te entra á ver, señor Aminthas, por eso no sea la burla del otro dia, y yo me salgo.

AMINTHAS.

¡Oh hermana Sergia! Que aun has tenido cuidado de visitarme. Dios te consuele y te vea. Pues ya Galterio te habrá dicho la voluntad que tengo de te ayudar para tu casamiento, y el cuidado que siempre tendré de mirar lo que te cumpla; por tanto, de ninguna cosa tienes de qué recibir pena.

SERGIA.

Dios, señor mio, te lo agradezca, y en todo te haga bienaventurado; pero ya consolada estoy en saber quién eres, y de cuán antiguo y noble linaje, y qué acompañado de parientes, y qué dotado de todo

género de virtud, y de cuán gentil conversacion con tus familiares; así que yo no pienso sino que si se me quebró el pié será por bien, y Dios sabe, en fin, cuál es lo mejor.

GALTERIO.

Donosa moza es ésta, por la Pasion de Dios, y está leyendo en escuelas; y no es esto, sino que en casa del melcochero todos hacen melcochas, y en casa del alboguero todos son albogueros.

AMINTHAS.

Bien me satisface de cuán acertadamente has hablado, y de cómo estás tan en lo cierto, y huelgo porque eres persona discreta.

SERGIA.

Pues mira, señor, que me echa toda de fuera; no me trate desa manera, porque aun en los actos feos es buena y loada la honestidad.

GALTERIO.

Otra vuelta con el diablo, como el que andaba en el ozeña.

AMINTHAS.

Pues ya, Sergia hermana, no os enojeis, que para comer el palmito, necesidad hay de quitalle la ropa de encima.

GALTERIO.

Estáte, Aminthas, muy despacio y muy extendiéndote como el ruin en casa del suegro, y no miras que Franquila es salida del aposento de Berintho, y viene enderezada acá, aunque está hablando con Menedemo y Simaco en los corredores.

AMINTHAS.

Pues que así es, Sergia se salga, por que viéndola aquí no se le engendre alguna sospecha.

GALTÉRIO.

Buena sospecha sobre cuerpo hechos.

AMINTHAS.

Pues Sergia, id con la bendición de Dios, y cuando os halleis desocupada os podeis venir hacia acá.

SERGIA.

Yo lo llevo en cuidado, y como señor, mandas, se hará.

GALTERIO.

Por mí que es moza de buena crianza y bien educada, y de harto buen gesto; con tales tropezones á osadas que no te lleves las uñas del pié.

FRANQUILA.

Creo que vengo á tiempo, deseando si el aficcion no me engaña, pero ¿qué regalos son estos, Aminthas? Tan tarde y estarte en la cama; fuera andas de la costumbre primera, y en esto Galterio me ayudará si no se vuelve de tu bando, usando de la itálica costumbre *buia lo venchitore.*

AMINTHAS.

Gran merced es ésta, señora Franquila, no sé cuándo lo podré servir.

GALTERIO.

En cada parte, señora, si miras, hay

harto trabajo, y las gentes son tales, que do quiera está bien raigada esa malvada costumbre, y todos querrían comer los rábanos con los dientes ajenos, y sacar la culebra del horado con la mano del vecino, y por eso decían los otros que sabían bien todos esos mineros; en el tiempo de la prosperidad, muchos amigos contarás, pero si el tiempo se tornare nublado, solo te hallarás; y si miras en todos estados de gentes verás que así se guarda comunmente, y por la tal regla todos se siguen, y si lees en las vidas de los Pontífices, cuántos hallarás maltratados faltándoles sus mismos familiares en el tiempo de la necesidad; y si has leido de muchos emperadores privados en vida de la potestad imperial, y muchos reyes y otros señores perdidos sus reinos, no creas que la causa es otra, salvo los amigos hacelles contradicion cuando les ven en necesidad; esto pasa discurriendo hasta el mozo del escudero y monaguillo de la iglesia, criado del sacristan, y el que hace otra cosa es que está fornido de virtud, y esto ¿en qué piensas que consiste? Salvo en que la caridad y amor del prójimo está resfriado; y así todos no siguen á otro, ni le agradan, ni sirven, ni le procuran de contentar, y como esto sea el principal

fundamento, y tras lo que andan; y no contentándose con la ganancia honesta, cuando ven camino por donde á su parecer se les tuerce lo que llevan en pensamientos, los que arrojan la primera piedra y los que primero dicen: vaya, vaya, ó rabia, rabia, son los criados; descubriendo en aquel tiempo la voluntad que siempre tuvieron, que es la que tengo dicho.

FRANQUILA.

Por Dios que has hablado grandes maravillas; pero de tí quiero saber si harías lo mismo si en estos términos vieses á tu amo.

GALTERIO.

Peor es hurgalle; sálgome, porque quereis hablar en secreto, bien veo le pesa Aminthas con mi tardanza.

AMINTHAS.

Señora, buena venida ha sido ésta, ¿hay algo que hacer? ¿Qué pláticas han sido estas tan largas?

FRANQUILA.

Vine á dar las gracias de la merced recibida, y por oir á Menedemo me he estado dos horas saltando de unas materias en otras, y tambien Berintho ha dicho cosas profundas como nosotros le sacábamos á barrera.

GALTERIO.

Ce, ce.

FRANQUILA.

¿Qué dices? Hablas acá.

GALTERIO.

Veturia entra alegre segun que en el gesto lo muestra, y arriba sube; voy á ver lo que quiere, que cierto no es sin gran misterio, y tan cargada viene de buenas nuevas como la abeja viene á la colmena en el tiempo de mucha flor.

FRANQUILA.

Anda por tu vida, que no me entiendo

de ir hasta saber cosa de tanta novedad; venir Veturia en medio del día á casa de Berintho, cosa que jamás se pensó, y bien puedes hacer una raya en la pared, ó en el agua, porque mejor señale.

GALTERIO.

Anda, no cures que el tiempo hace y deshace las cosas.

ESCENA DÉCIMAQUINTA

EN QUE SE INTRODUCEN MENEDEMO, BERINTHO, VETURIA, GALTERIO, FRANQUILA, AMINTHAS, SIMACO Y EVARISTO.

MENEDEMO.

SEÑOR, señor, Veturia entra en casa muy gozosa, y aun con no mucho vagar, y muy acompañada de las criadas de Cantaflua; buenas nuevas trae, que así lo representa en el gesto, que de otra manera yo fiador que no viniera.

BERINTHO.

Por el maravilloso Criador te juro que estoy turbado con tan inopinada venida, ¿por qué caso tan improviso puede haber sucedido para que una dueña como es Veturia viniese de venir ha me hablar publicamente? No lo tengo por buena señal, car-

gado estoy de mil agüeros; pero poco vivirá quien no supiese la causa de la nueva embajada; anda, anda, y sube con ella, que digna es de toda honra.

VETURIA.

¡Oh, Menedemo, y cómo nunca pareces! Las mañas tienes del rey, que á donde no estás, no te hallan. Pero dime, por tu vida, ¿qué hace Berintho? ¿Cómo le va? ¿O qué tal se siente? ¿Está ya algo más sosegado? Gran deseo tendria de hablalle.

MENEDEMO.

Pues entra, señora, que mejor relacion te dará el deseo que preguntas, salvo sino es él como el otro ciego, que le preguntaban si veia y respondió: el cirujano me dice que ya veo.

VETURIA.

Esas son tus frechas, y las viras de tu aljaba; pero en conclusion me has satisfecho.

BERINTHO.

¡Oh, amiga Veturia! Y qué próspero me

fallo con tu venida, y con eso hace el dia tan claro; pero dime, dime, que mucho descansaré en sabello, ¿qué hace mi señora? ¿Qué nuevas hay, ó á que te envía? Que bien veo que no es sin causa muy necesaria, aunque me asegura el reposo que veo en tu habla, y el espacio y mucho vagar en tu persona, y la alegría que representas en el gesto.

VETURIA.

Todas circunferencias y rodeos desechados te fago, señor mío; cierto, que Floribundo y Archano, tios de Cantaflua, y los más cercanos que ves que tiene, á lo que parece, como vieron tanta mudanza en los criados de tu casa, en los ver vestidos de tan ricas libreas, y en ver que tus continuos quieren justar temiéndose de lo que podría ser, vinieron poco ha á hablar á Cantaflua algo sentidos de la burla; pero como ella al presente se halla favorecida, y esté determinada de lo que ha de hacer, no les habló como las otras veces, antes se quejó mucho dellos, y les dijo á osadas bien el sueño y la soltura, y aunque no se le pasaron pajuelas en la boca, y ellos de aquella manera la vieron, como sean personas cuerdas, debieran caer en la

cuenta, y sufrieron como juncos, y bien conocieron el yerro pasado; y Claudia de que vido la plática, á osadas que no se quedó en la posada, y aunque yo hablé tambien algunas cosillas; pero á todo hicieron orejas de mercader, y en conclusion quedaron buenos amigos, y el diablo se fué para ruin, y concertaron entre ellos que sería bien que pusiesen algunos caballeros de la ciudad, amigos suyos, para que te hablen, y el casamiento se concertase; y con esta determinacion se partieron de Cantaflua muy conformes y muy contentos, y porque sería bien que en todo estés avisado, porque como dicen: Hombre apercibibido, etc., me envía mi señora á tí para que sepas la moneda que corre, y de quién te has de guardar; y sin duda son tan buenas las nuevas al parecer, de nosotras, que caso más fortunado, ni más favorable no nos podía al presente ocurrir; y como Cantaflua esté tan contenta que aún no piensa que te tiene, te suplica estés, señor, en los negocios tan constante y con tanta firmeza como hasta aquí. Esta es mi embajada, á esto fué mi venida, si en algo he errado me perdona, porque dicen que el mensajero, ni ha de ser perezoso, ni mentiroso.

BERINTHO.

¡Oh qué nuevas de tan demasiada ventura! ¡Oh qué prosperidad de tan soberano favor! ¡Oh próspero y nunca pensado acaecimiento! ¡Y qué es posible que mi ventura tanto me favorezca! Escrúpulo tengo con tanta bonanza, porque como suelen decir, tanto bien no es bien; en lo demás que Veturia dices, antes los dos polos se mudarán de su costumbre, y antes la octava esfera dejará caer las estrellas fijas, que yo en un minuto haga mudanza de lo prometido; y antes el planeta Mercurio dejará de ser convertible, que en mi haya un punto de inconstancia; y antes el huerto de los deleites dejará de estar supósito al signo de Aries y Libra, y se apartará de la vecindad de la tórrida zona; y de la cara de Apolo antes dejará de pasar el centro dél dobladas veces en el año, que á mi me pase por pensamiento de enojar á mi señora; y antes la natura del cielo dejará de estar templada con aguas; y antes los elementos inferiores se encenderán con la conflagracion del superior fuego, que yo deje de servir á Cantaflua; burla, burla otras burlas, amiga Veturia, y juega otros juegos, y en burlas

ni en veras no hables en eso, que de solo oirte estoy temblando como azogado.

VETURIA.

El que verdaderamente ama como señor, mejor sabes siempre está cargado de mil pensamientos, de mil inconvenientes, de mil sobresaltos, de mil alteraciones, de mil sospechas, y siempre juzga las cosas á la peor parte; y lo negro le parece blanco, y por el contrario, lo blanco le semeja que es negro; y del día hace noche, y de las noches días, y así se sigue á la continua tras la voluntad desenfrenada, y más pudiera decir sino que no oso; pero lo dicho abasta para que apartes los escrúpulos que formas con bien delicado sentimiento, y aún más que el género femenino está, y es más aparejado para los inconvenientes que suelen resultar de los hechos, y más temido con hasta parte que el viril sexo. De manera que asaz excusada está Cantaflua, y si te he enojado, perdona señor mío, que al ménos la intencion no erró. En lo demás, Claudia te besa las manos, y yo no me salgo del juego por las mercedes recibidas y por otras que esperamos. Y con tanto me voy, que tarde es, y pues en la noche será nuestro huesped, allá reñirás lo que queda.

BERINTHO.

Muy dulce me ha sido oirte, Veturia, y si el tiempo lugar nos concediera, todavía te importunara reposaras un poco; pero pues has concluído, la Madre de Dios te acompañe, que yo no quiero de tí ser increpado por importuno, ni ménos que por enojoso me reputes; en esotro que dices para todo habrá lugar, que por eso hizo Dios un día tras otro.

VETURIA.

Pues la Madre de consolacion te guarde, que asaz voy consolada.

BERINTHO.

¿Qué te parece, Simaco, y tú Menedemo, qué dices de cuán bien razonada es Veturia?

MENEDEMO.

Es vieja, y el tiempo hace á los hombres maestros experimentados.

BERINTHO.

Pues hace aderezar la cena temprano,

porque esta noche tengo de ir á casa de mi señora, y abajaos todos con Veturia.

FRANQUILA.

¿Cómo vienes, Galterio, cómo vienes, que parece que vas á pujar las rentas?

GALTERIO.

Basta, que hay buenas nuevas, y dad el casamiento por público, porque Floriburdo y Archano, tios de Cantaflua, han hablado con ella en todo sosiego y concordia, y éstas son las nuevas que Veturia trujo.

FRANQUILA.

¡Oh cómo soy alegre, oh cómo soy acompañada de gozo, y de todo placer! Desde aquí me voy á ver á Cantaflua, y á recibir parte de su descanso.

GALTERIO.

Pues por esotra puerta, porque ya viene Veturia, te puedes colar, y cierto es hoy dia de entero gozo; bien dicen que placer y dolor, y amores y dineros, y diablos, mal se pueden encubrir.

FRANQUILA.

Pues señor Aminthas, lo dicho, y mañana á la noche os espero á tí y á Galterio.

AMINTHAS.

La paz del Hijo de Dios te acompañe.

GALTERIO.

¿Qué aún quiere que corra el juego, que pase la burla adelante? creo que ha de ser como el gaitero de la Guardia, que le rogaron tres dias que tañese, y seis que dejase de tañer; así son todos estos diablos pegajosos como levadura, y más pedigüeños que frailes observantes.

AMINTHAS.

Oye que no sé quién suena.

GALTERIO.

Por Nuestra Señora del Antigua, Veturia es; y como lobo viene paso á paso.

VETURIA.

¿Qué haces, señor Aminthas? Pienso que andas alcanzado de sueño, y con eso estás haciendo del dia noche.

AMINTHAS.

¡Oh, madre Veturia, y cuánto regocijo has puesto en la casa con tu venida! Por eso dicen: Dios te dé buen comprador y mejor entrevenidor; ¿quién como tú hubiera sabido gobernar estos negocios, con tanta destreza, con tanta vigilancia, con tanta poca pereza, con tanta desenvoltura, con tanta discrecion, con tanto sufrimiento, acompañada de todo género de prudencia?

VETURIA.

Bien me enlodas, Aminthas, y sobre buen servicio mal galardon. Dios enmiende lo que falta y cumpla las menguas; que mi fé, la verdadera sabiduría, es buscar el camino de la gloria y de la vida que siempre ha de durar, que estotras cosas transitorias son, y livianas en el peso, y vanas

en el meollo; así que al que tú vieres encaminado en obras y pensamientos en las cosas del futuro siglo, llámale sabio, pues tiende los ojos adonde está el verdadero bien, el verdadero centro, el verdadero norte de todas las cosas criadas, que estotra vía rocío es de la mañana, y flores frescas, y á la tarde secas y marchitas. Y como un soplo se consume nuestro vivir, y el camino muy largo, y las provisiones que echamos en el fardel pocas, y así desta manera va todo hácia bajo, y en nada imitamos al verdadero maestro, antes burlamos de los que le siguen; ¡oh qué perdidos somos, oh qué engañados andamos, oh miserables y de poco saber, oh ciegos de entendimiento, oh pobres de todo juicio, oh faltos del verdadero bien, oh ajenos de toda virtud, oh desacompañados de la verdadera bondad, y en qué andamos, en qué andamos! Cállome, cállome, y mira ques tarde y me estarán esperando, dí si mandas algo.

AMINTHAS.

Pues que tan breve es tu partida, madre, darás esta carta á mi señora Claudia, y á la memoria no te quiero encomendar nada.

VETURIA.

Si mandas leer lo que en ella va, que abierta está, y no debe ser carta.

AMINTHAS.

Antes recibiré merced.

VETURIA.

Cancion de Aminthas para Claudia.

Abrasais, dama muy bella,
al alma que está en prision,
con tal fuego y tal centella
que de sólo el calor della
ya se enciende el corazon.
Y así cresciendo su arder,
quema que punto no olvida,
mas todo su contender
es abrasar y encender
las entrañas y la vida;
así que muy clara estrella
es de tanta perfeccion,
la lumbre que está con ella,
que de sólo el calor della
ya se enciende el corazón.
Y de forma se matiza

dentro en el mismo sentido
que sin que nadie le atiza
me convierto ya en ceniza;
¿quién jamás tal cosa vido?
mas no que forme querella
ni crezca más mi pasion,
aunque abrasa tanto en vella
que de sólo el calor della
ya se enciende el corazón.

Metáfora de Aminthas para Claudia, en que la loa mucho.

Caminando el pensamiento
con triste grave desmayo,
vido dama muy hermosa
y más linda que la rosa
ni que flor del mes de Mayo;
era de grande mesura
muy extraña en gran manera,
pues su gesto y su cordura
ni tan bella criatura
nunca en el mundo se viera;
en su forma muy honesta
eras y en todo gentil
con una invencion sotil
adornada y muy apuesta,
la vergüenza y la bondad
en ella se encierra y cabe,
era de muy tierna edad,

mas su gracia y su beldad
no hay lengua que bien la alabe;
viendo tan rico tesoro
muy gran gloria recibí,
asentada en muy gran coro
relumbrando más que el oro
ni quel sol, ni quel rubí,
de toda gracia perfecta
era y de dulce razon,
de gentil conversacion,
¡oh qué linda, qué discreta!
En esto inclino el sentido
por ver la perla preciosa,
mas luego me ví vencido
y en el amor encendido
de aquella tan fresca rosa,
y ajeno bien me sentí
de un mal dañoso sin calma,
en vella cuando la ví,
mas tambien yo recibí
gran deletacion al alma,
en esto cuido espirar
y las carnes tal sintieron
y los ojos que la vieron
cuidaban desesperar,
y con mal que tanto dura
dije de damas más altas
sin duda en vuestra figura
se esmeró bien la natura
por haceros tan sin falta,

y creciendo el tal dolor
no cesaba de quejarme,
diciendo con gran clamor,
perdóname, dios de amor,
tú no quieras acabarme;
y también dije á la hora
con voces muy extrañas,
¿por qué no mirais, señora,
que mi vida que os adora
se abrasa con las entrañas?
Ella me replica luego
con gracia gentil y honesta,
y dijo con gran sosiego:
esa llama y ese fuego
es cosa muy deshonesta,
así que tu gran porfía
procura daño y deshonra,
y aunque mil veces al día
más penase el alma mía,
tengo de mirar mi honra;
luego le dije de presto,
y con tanto así me vino,
dama de muy lindo gesto,
el mi amor es muy honesto
y se inclina á buena fin,
por tanto cese y no insista
mi lengua que ya importuna,
pero sin otra conquista
relumbrais vos á mi vista
más quel sol ni que la luna.—*Fin.*

AMINTHAS.

Pues madre Veturia, ¿qué te parece, sabría ya comer el pan con corteza?

VETURIA.

Así me parece que serías buen mozo para madre vieja, y el dinero en la poyateja; pero hablando de verdad eres gran poeta, y la cancion es muy alta, y en el romance usaste de sotil invencion; huélgome por el placer que habrá Claudia, porque es amiga de ver trobadas cosas nuevas; mas dime quién suena en la recámara, que me parece que hacen bullicio.

AMINTHAS.

Algunos desos criados de casa entraban por verme, y como te vieron aquí, entráronse allá dentro; y como todos estén tan alterados con el placer no acostumbrado, no pueden callar, y aun tambien con lo que les han dado tienen el corazon caliente; y como en estos negocios muchas veces la sangre hierva sin fuego, no pueden usar de moderaeion ni templar su gozo con alguna parte de las zozobras pasadas.

VETURIA.

Por mi fé que recibiese descanso en que los llamase, porque de todos juntos me querria mucho despedir, y aun deseo hablar con Menedemo algo, y oille, que á muchos en la ciudad les he oido loar de persona sabia.

AMINTHAS.

Pues que esa voluntad tienes, madre, mucha razon es que se cumpla; y aun á harto más se extienden mis pensamientos para en las cosas de tu servicio. Menedemo, Menedemo, ¿por qué no entras tú y la compañía? Anda, anda, que no pienses que estorbas en casa.

MENEDEMO.

Al consejo nadie se ha de llegar sin ser llamado, nos enseña el Caton; pues tambien si te acuerdas de la doctrina del Salvador, en los convites siempre te has de asentar en parte donde antes te rueguen que pases adelante, que no en lugar donde te digan que te apartes un poco.

VETURIA.

Grandes doctrinas fueron las de Cristo, y si las gentes mirásemos, muy clara y llana está la carrera de la gloria, aunque es bien estrecha, y más y más con nuestro miserable vivir; y no sé cómo nos andamos en este valle de lágrimas.

MENEDEMO.

¿Cómo? Por la culpa de los primeros padres, y como todos pecasen en Adan, estamos sujetos al pecado; y así nos conviene hacer agria penitencia, y recibir grandes trabajos y muchas tribulaciones para purgarnos, y así están capaces de gloria, que aun si miras, Dios no perdonó á su mismo y único hijo.

AMINTHAS.

Mucho querria, Menedemo, que acerca de eso dijeses alguna cosa; porque allende de yo recibir muy señalada gracia, Veturia holgara mucho.

GALTERIO.

A osadas que pocos cocos habeis me-

nester, ni aun hay necesidad de azomalle mucho para en esas cosas.

MENEDEMO.

Cosa bien ajena de mi voluntad es si miras, Aminthas, el andar revolviendo las sagradas páginas, ni inquirir teológicas materias; pero algo diré por servir á Veturia llanamente, como quien habla entre compadres.

VETURIA.

¡Oh cómo descansaré, Menedemo! Y aun no pienses que es poco mérito recitar la palabra de Dios.

MENEDEMO.

El principio de Dios por ser tan alto, tan grande, tan maravilloso, tan infinito, y de tan inmensa excelencia, no se puede comprender. Por tanto, es mejor y más seguro dejadas las cosas insensibles y vanas, tender los ojos adonde está la silla, la habitacion, la perpétua lumbre del verdadero Dios. El cual es principio y fin y centro de toda natura, y de toda cosa que tenga ser, y abasta al hombre

para perfecta pendencia saber y entender, que hay Dios hacedor de todo, por quien y por cuyo mando todas las cosas se rigen, y gobiernan; y saber que á uno solo, y trino en personas, ha de recibir por Dios, padre comun del linaje humano, fabricador de todas las cosas muy maravillosas; y así afirma el divino histórico en el Génesis, principio de la ley mosáica, que Dios hacedor de todas las cosas hizo primero el cielo, y púsolo en lo más alto para que fuese morada del mismo Dios; luego fundó la tierra y sometióla al cielo, lo cual todo formó, de aquello que no era, y sin materia prejacente, ni preparada; así que de nonada crió todas las cosas, y esto se ha de tener por cierto, pues el Hacedor era tan prudentísimo para pensar, tan solertísimo para hacer, pues la fuente del pleno y consumado bien era en él. Esto hecho, las primeras criaturas que crió fueron los ángeles, de aquello que no era; la tierra estaba inagne como lo dice el beato Hierónimo en su traduccion, ó como dicen los setenta y dos intérpretes, estaba y era incompuesta é invisible; y así procediendo por su fábrica segun Moisés nos la enseña, dividiéndola en seis dias de obra. La postrera criatura que crió fué el hombre en el campo da-

maceno cerca de Hierusalen, y de la misma tierra, y luego lo puso en el Paraiso terrenal, y allí envió sueño en Adan, y sacóle una de sus costillas, y de ella formó á Eva, nuestra primera madre; y el Paraiso terrenal está en el principio del Oriente y cerca de la zona quemada; y está en lugar tan alto que dicen que las aguas del general diluvio no llegaron á él, y allí mandó á nuestro padre que comiese de todos los árboles, y así le dió el precepto afirmativo. Pero para probar la obediencia del hombre, mandóles que del árbol de la ciencia del bien y del mal no comiesen, dándoles el precepto prohibitivo, el cual no guardaron; y así pecaron por la gula en el pecado de la inobediencia, y luego despojados de la gracia en que eran criados, el cherubin con un cuchillo de fuego los echó del Paraiso, y Dios maldijo á la sierpe y á nuestros padres; y así mismo á la tierra; y así desnudos se vinieron al valle de Ebron, y allí vivian de las yerbas y frutas campesinas; pero gravísima penitencia hizo Adan, de manera que si con el pecado nos echó de la gloria, con la penitencia nos enseñó el camino de la vida eterna, y así discurrieron las gentes hasta el diluvio general, que vino por los hierros y pecados de la

criatura de ánima racional; solamente quedó Noé con su mujer, y tres hijos, y tres nueras, en el cual se encomenzó la segunda edad, y es de saber que al tiempo que Adan durmió le fué en el sueño revelado el advenimiento; pero no supo la causa de la venida de Cristo en el mundo hasta que pecó, que luego le fué manifiesto que habia de venir á remediar su pecado, y ésta fué la creencia, y fé de las gentes de la ley de natura, porque Adan lo dijo á sus hijos, y así fué de generacion en generacion; y en esta ley, ni habia confesion verbal, ni penitencia infringida por sacerdote, salvo que las gentes que vivian muy bien, y que habian de ser justos, se habian de arrepentir solamente en su corazon del pecado cometido; y así fué la segunda edad hasta Abrahan. En el cual tiempo ya estaba de todo en todo muy olvidada la creencia del advenimiento, y Dios lo reveló á Abrahan, y así osó publicar que habia Dios; y en él se comenzó la tercera edad, y tambien la historia de los patriarcas y profetas que honraron al verdadero Dios, y así muerto Abrahan, Isaac, su hijo, tambien fué mucho amigo de Dios y patriarca, y despues Jacob, de donde descendieron las doce tribus; y así discurrieron los tiempos hasta el divino Moisés

que vido Dios faz á faz, que de ninguno otro se escribe en este siglo, salvo dél y de San Pablo; siendo Moisés muy amigo de Dios, le dió la ley de Escritura escrita en dos tablas de piedra, y de allí adelante los justos y amigos de Dios vivian en la ley mosáica, y en ella no hubo confesion verbal, salvo arrepentimiento del pecado y demostracion en sacrificar; y así pasaron las gentes hasta David, en donde se encomienza la cuarta edad, y David fué rey, y del tribu de Judá, que fué el más noble, y deste tribu y desta generacion real y tan santa, nació la Vírgen Santa María, en la cual vino el Espíritu Santo, siendo ella doncella de catorce años, y el mensajero que á ella vino por mandamiento del Padre fué el ángel Gabriel, y oida la suprema embajada de sólo el consentimiento, fué en el mismo instante preñada, quedándose vírgen como antes era, y parió al Hijo de Dios, y así lo que della nació fué Dios y hombre; y pobremente lo parió, quedando todavia vírgen; pero grandes maravillas hubo en la misma hora en el mundo, y aunque le parió en el filo de la media noche, todo el mundo esclareció, dándose á entender que el Señor de la natura era nacido; y así el mismo Dios despues de humano se

crió entre nosotros con muy grandes trabajos, recibiendo persecuciones; pero muy apartado de la conversacion de las gentes estuvo hasta los veintinueve años, cumpliendo y guardando la ley de Moisés; y despues abiertamente se quiso demostrar al mundo predicando, y llamándose hijo de Dios, y tomando apóstoles, testigos y pregoneros de su verdad, y naciendo y viviendo y muriendo y resucitando y subiendo á los cielos, grandes milagros hizo; y cumplió todo lo que estaba escrito dél por los Profetas; y en la cena instituyó el Sacramento; y así consumió y acabó todas las cosas de la ley de Escritura; y aquella ley quedando por vieja y del todo cumplida, vínola con esta otra ley nueva de gracia, y así en su nacimiento se encomenzó esta sexta edad en que estamos, y durará hasta la venida del Antecristo, y de allí hasta el juicio final.

GALTERIO.

¿Qué todavía ha de venir el Antecristo?

MENEDEMO.

Mas pon en ello dubda, él vendrá en los postreros dias, y ha de ser nacido á lo

que algunos dicen del Tribu de Dan; y unos quieren que será engendrado de mal espíritu, y de mujer. Pero no para que se sepa de cierto, abaste que será nacido de un dañado y nefandísimo ayuntamiento; por permision de Dios tendrá poder para hacer cuantas maravillas querrá; llamarse ha muchos nombres, especialmente se llamará hijo de la perdicion; pondrá el mundo en la mayor confusion que nunca estuvo, desde su creacion; no habrá misericordia de nadie; estará entre nosotros sin se mostrar hasta que haya cuasi treinta años, y despues encomenzará manso. Mas luego hará las mismas obras que diablo; de voluntad, y por fuerza, todo el mundo le será subjeto; seguille han muchos, especialmente todos los israelitas, porque les hará creer que es el Mesías que ellos de bobos, ciegos de la verdad, aún están esperando, y él se circuncidará en Hierusalen, y reedificará el templo. Y Elias y Enoch vendrán del Paraiso terrenal, y perseguille han mucho y hacelle han callar, y estar turbado; degollados ha en la plaza de Hierusalen, y allí los dejará estar tres dias. Y oyendo una voz del cielo se levantarán, y se irán á la gloria. Pero despues que haya reinado tres años y medio, ira al monte Olivete, y dirá que

quiere subir al cielo, y allí abajará fuego del cielo y lo quemará. Y otros dicen que San Miguel abajará y le matará.

GALTERIO.

A mi parecer bien excusada seria su venida, pues á lo que parece no ha de ser para provecho de nadie.

MENEDEMO.

Antes es muy necesaria su venida para corona de los buenos y justos, y para más condenacion de los malos.

GALTERIO.

Y despues dél muerto, ¿qué dicen que será?

MENEDEMO.

Que luego los del pueblo de Israel, conoscido su yerro se convertirán, y todos dicen que presto será el juicio final; pero el dia ninguno lo sabe, salvo que todos afirman que será muy presto, y quince señales pone San Hierónimo, que vendrán

primero. Y todos asimismo concluyen que ha de haber tiempo para que se conviertan los que hubieren seguido al Antecristo. Y así vendrá el Hijo de Dios con grande majestad, y en el valle de Josaphat todo hombre será juzgado, y á los buenos se les dará la gloria perpétua en remuneracion de sus buenas obras, y los malos serán condenados á pena perpétua sin fin. Pero no sé qué me diga de la vida que todos hacemos. ¡Oh quién se pudiese templar de las lágrimas, viendo al judáico pueblo, por quien Dios hizo tantas y tan grandes maravillas, cómo le negaron, y con cautelas y falsos testigos le hicieron padecer muerte de cruz! Y aún no contentos desto siguen y porfian en su pertinacia. Y si nuestros monarcas Hernando y Elisabeth, tan cristianísimos, no les hablaran á la mano, pienso que ya publicaran con voz de trompeta su yerro. ¡Oh gente mísera! ¡Oh ciega! ¡Oh cómo dicen que creen en Moisés sin entender palabra de lo que el varon santo escribió, ni ménos de lo que profetaron los varones santos del Viejo Testamento!

GALTERIO.

¿Pues qué te pena á tí que los quemen

Mueran y vivamos, y con salud los acompañemos hasta do sabes.

MENEDEMO.

¡Oh que son projimos! ¡Oh que los quiso mucho Dios! ¡Oh que la caridad es madre de las virtudes! Déjame, déjame, que quiero llorar su duelo.

GALTERIO.

Pues no te acuites, que no serán todos malos, que harto mal seria; pues tambien si todos los quieres buenos, así puedes pedir ojo de abad asado.

MENEDEMO.

¿Todos malos? Bueno luego andaria el mundo; no por cierto, ni Dios lo quiera, que aun si se te acuerda al tiempo que crucificaron á Cristo, judíos mismos fueron en lo sepultar, y antes, y en aquel tiempo, y despues siempre hubo entre ellos hombres justos y varones nobles, y muy amigos de Dios; pero de lo que he duelo es de la gente en comun, que sin saber palabra ni sin haber leido letra de su misma ley, están obstinados en el mal.

GALTERIO.

No sé, nunca lloro duelos ajenos; pero si miras cómo va el mundo, muy desviada va en comun toda la gente del verdadero camino; pocos hay buenos, muchos caminan tras la voluntad; hartos dolores y duelos hay, yo te aseguro.

MENEDEMO.

Al cabo estoy, todo lo tengo entendido; ya veo la vanidad de la gente, y tras lo que todos andan claro está, y en fin, todo lo veo muy turbio, y como dicen matas y por rozar.

GALTERIO.

A la fé, tornando á lo primero, bien nos estuviéramos en el Paraiso terrenal para siempre, si nuestro mismo Padre dél no nos echara.

MENEDEMO.

¿En tu seso piensas que nos habiamos de estar allí?

GALTERIO.

Así lo tengo creido, ¿pues yerro en esto?

MENEDEMO.

Así de poco como quien no quiere la cosa; para otro Paraiso más excelente, más maravilloso, de infinitísima gloria, fuimos criados.

GALTERIO.

No te entiendo; porque si miras el árbol de la vida que estaba plantado en el Paraiso Terrenal nos hacia y daba causa de inmortalidad, aunque dicen que no por virtud puramente natural, pero por virtud gratuita, por razon de la obediencia del ánima á Dios; así que yo he oido afirmar que de dos maneras fué la inmortalidad del hombre en el estado de la inocencia, la una era de una fuerza intrínseca que procedia de Dios, y la otra era extrínseca que era del comer del árbol de la vida, y este árbol aun dicen que tambien diera vida muy larga á Adan, aun despues del pecado si comiera dél. Y por eso está

escrito en el tercer capítulo del Génesis, hablando Dios con los ángeles: mirad que Adan por aventura no coma del árbol de la vida, y viva mucho tiempo, y esto así lo entienden allí los doctores, como muchas veces me decia á mí el beneficiado de San Roman, mi compadre; así que no puedo entender en ninguna manera esta conseja.

MENEDEMO.

Verdad has dicho en todo, que si no pecaran los primeros padres, ajenos éramos de toda muerte; pero no por eso nos habiamos de estar allí para siempre; antes cumplido el número de los electos en cuerpo y en alma, habiamos de ser llamados arrebatadamente á la gloria del empíreo cielo, á gozar de tan alta gloria, que las lenguas humanas todas juntas no acabarian de podella contar.

GALTÉRIO.

Eso te digo yo, que fuere buen mudarse de una casa á otra, y buen andar de boda en boda, y como dicen de bien y mejor; satisfecho quedo, bien has absuelto mis enigmas, haz lo que quieres, que hecho y

por hacer te perdono, con tanto que me digas si cumplió que Cristo padeciese, y tambien si hay alguna señal de la venida del Antecristo.

MENEDEMO.

Convino padecer y así entran en su gloria, dijo San Lucas; y las cosas que van á algun fin han de ser proporcionadas al fin, dice el filósofo; pues como el pecado de Adan fuese tan grande que no hay quien lo pueda decir, así la satisfaccion habia de ser proporcionada á la culpa que venia á purgar, y en eso que dices de la venida del Antecristo, cuando tù veas cisma en la Iglesia de Nuestro Señor Dios, y que gobierna el papa no elegido canónicamente, y luego le veas despojado, y que gobierna la Iglesia el verdadero Pontífice, y que él y sus Cardenales son justos y santos en aquel tiempo, y estando la Iglesia bien administrada, vendrá el Antecristo.

GALTERIO.

No te quiero más importunar, que para mí lo que has dicho me abasta; pero aun te juro que podria predicar por las aldeas.

VETURIA.

¡Oh, Menedemo! ¿Y cómo desde la creacion del mundo has venido discurriendo por la Sagrada Escritura hasta el juicio final, declarándonos grandes cosas, grandes maravillas, altos é incomprensibles secretos, y tantas doctrinas y tan saludables y de tanta verdad, que no sé dónde te tienes cabeza para haber de poder recitar en suma tales cosas, instruyéndonos en la verdad de la otra vida y universal resurreccion que esperamos? Mas cierto todo viviente mundano bien á rienda suelta camina tras los vicios, y de esta manera con harto trabajo nos salvamos.

MENEDEMO.

Cierto es que el que se quisiere salvar ha de vender sus bienes, ó dallos á pobres y seguir á Cristo.

VETURIA.

¿Y quién será éste tan atrevido que se pueda desatar de los vínculos de la pesada tierra?

MENEDEMO.

¿Quién? Quién quiere más su salud y el bien de su alma, que á la mujer, ni á los hijos, ni á los parientes, y hartos hay destos, que no pienses que hablo á lumbre de pajas, sino discurre por esas órdenes de religiosos y religiosas, y verás si hay muchos que claramente hicieron lo que digo.

VETURIA.

¿De manera que la vida contemplativa te place?

MENEDEMO.

Pues es de mayor excelencia con mucho que el estado de la vida activa; pero aun acá en el siglo si miras, verás asaz justos y personas que miran bien por la salud del ánima, y son bien temerosos de Dios.

VETURIA.

En duda lo pongo, porque si discurres por todos oficios, verás desde el mayor al menor cómo todos siguen la vida sinies-

tra, caminando tras codicias, raiz de todos los males; de manera que todos el dia de hoy son soberbios, avaros, airados sus propósitos, lujuriosos, glotones, envidiosos, perezosos, pues los preceptos naturales así divinos como humanos, guardan bien á esotra puerta, que ésta no se abre; no sé, no sé, malo es hablar de vidas ajenas; cállome por no herir en el ojo.

MENEDEMO.

Verdad es lo que dices, corrompido está el modo del honesto y recto y católico vivir, pero este sacramento de la penitencia, concedido en la ley de gracia, mucho nos limpia; gran escardillo es para las mancillas del alma, porque ya que pequemos, poniéndonos á los pies del sacerdote y manifestando nuestros pecados claramente, quedamos absueltos y libres de las penas del infierno, y aun se podria hacer con tanta contricion y con tanto dolor de corazon la confesion, que en el mismo momento quedásemos libres de las penas del purgatorio; pero tambien tenemos grandes remedios con las gracias é indulgencias que los pontífices vicarios de Cristo nos conceden, comunicando con nosotros los bienes del tesoro de la Iglesia.

VETURIA.

¿Qué tesoro es? Eso me dí, Menedemo, así goces.

MENEDEMO.

La sangre de Cristo y sus martirios, y de todos los santos y mártires y confesores y justos, es el tesoro preciosisímo de la Iglesia; y deste reparten con nosotros los pontífices, y tambien todas las obras que el hombre santo y justo hace, demasiadas de las necesarias para satisfaccion de sus pecados, se acumulan al tesoro de la Iglesia; y así nos aprovechamos de los bienes y obras ajenas. De manera que quien con toda atencion quisiere caminar este viaje, grandes socorros y alivios tiene.

VETURIA.

Satisfecha estoy; pero la satisfaccion en la penitencia por cosa recia la tengo, y ahí está la liebre.

MENEDEMO.

Mucho hce en esto el arado, cierto es.

y ahí está la liebre; porque el pecado no se perdona si no se restituye lo ajeno, el decreto lo dice, y aun la regla del derecho; pero ya hay muchos que no deben á nadie nada, y otros que aunque deben restituyen.

VETURIA.

A buena fé, pocos son esos, ¿y el que no tiene, cómo restituirá?

MENEDEMO.

La voluntad le abasta, y como dicen, al que no tiene el rey le hace franco.

EVARISTO.

Cenar quiere Berintho, y á tí llaman, Menedemo; por eso estate contando vidas ajenas.

VETURIA.

Alegre quedo, y bien asazmente de lo que deseaba. Berintho me parece que te llama, cese la plática, y porque tambien Cantaflua me estará esperando, y Aminthas está ya harto de oir cosas de la otra vida.

MÈNEDEMO.

Quiero ir.

AMINTHAS.

No, madre, en mi conciencia; salvo que juro de verdad, que en mi vida oí cosa con más atencion.

VETURIA.

Pues yo me voy, y vosotros que tan alegres estais, y con tanto gozo, holgaos bien y regocijaos, que yo, Veturia, he acabado de representar la comedia.

FIN DE LA COMEDIA LLAMADA THEBAYDA.

Fué impresa la presente obra llamada
Thebayda, en Sevilla, en casa de
Andrés de Búrgos. Acabóse
á diez dias de Mayo.
Año de mil y qui-
nientos y quaren-
ta y seys
años.